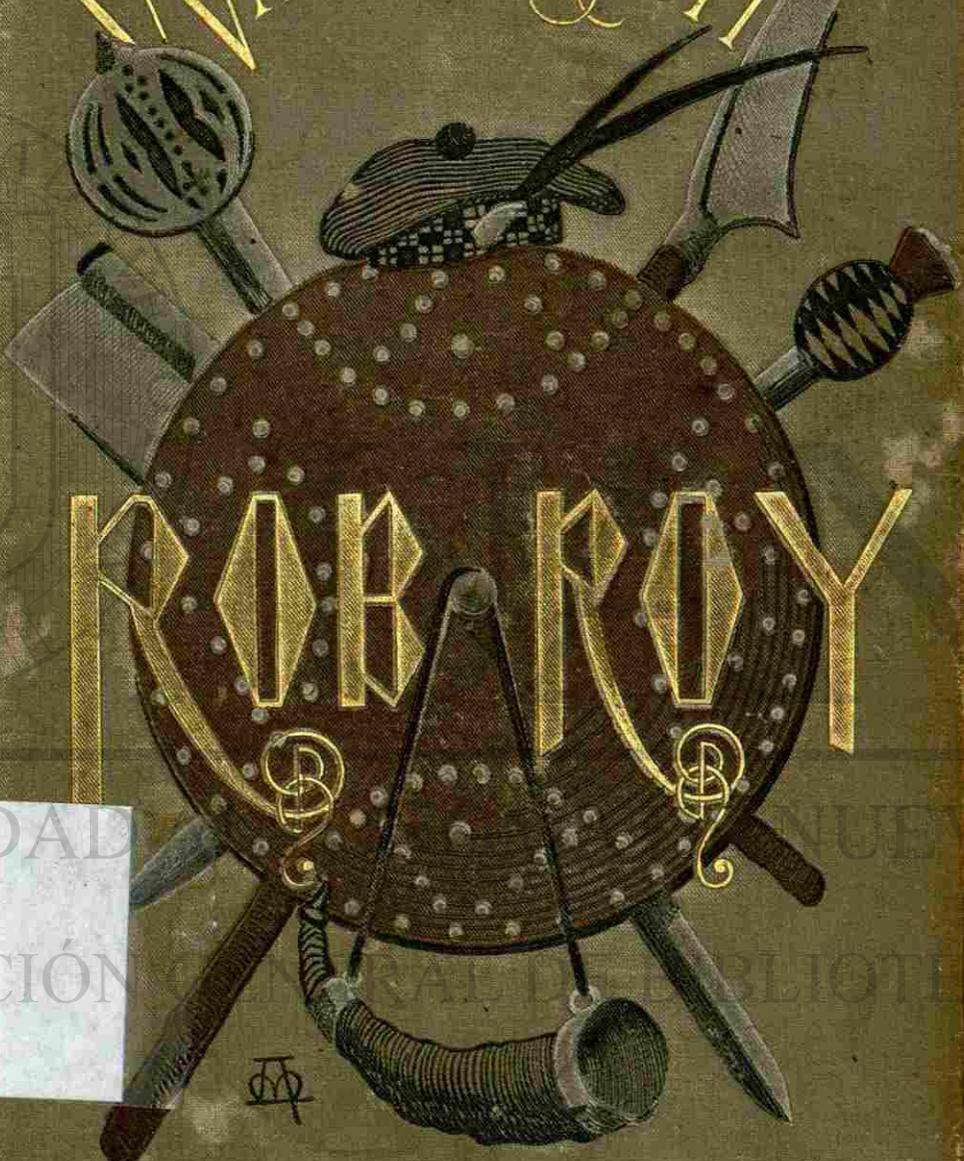


WALTER SCOTT

ROB ROY

BIBLIOTECA
NACIONAL
DE ESPAÑA



W.S.

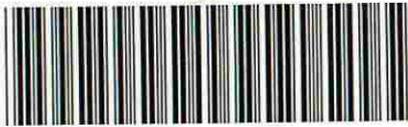
WHELAN'S
SCOTCH

PR5322

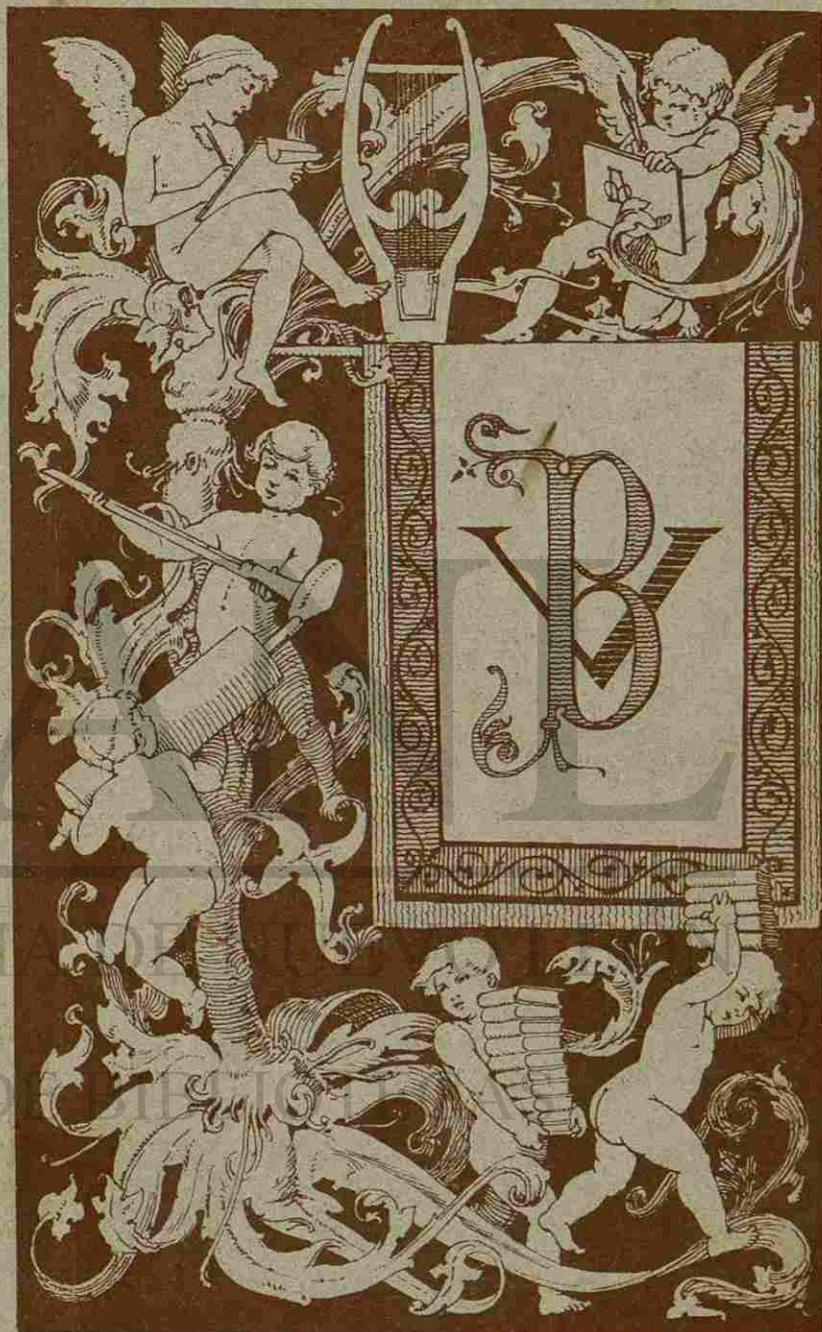
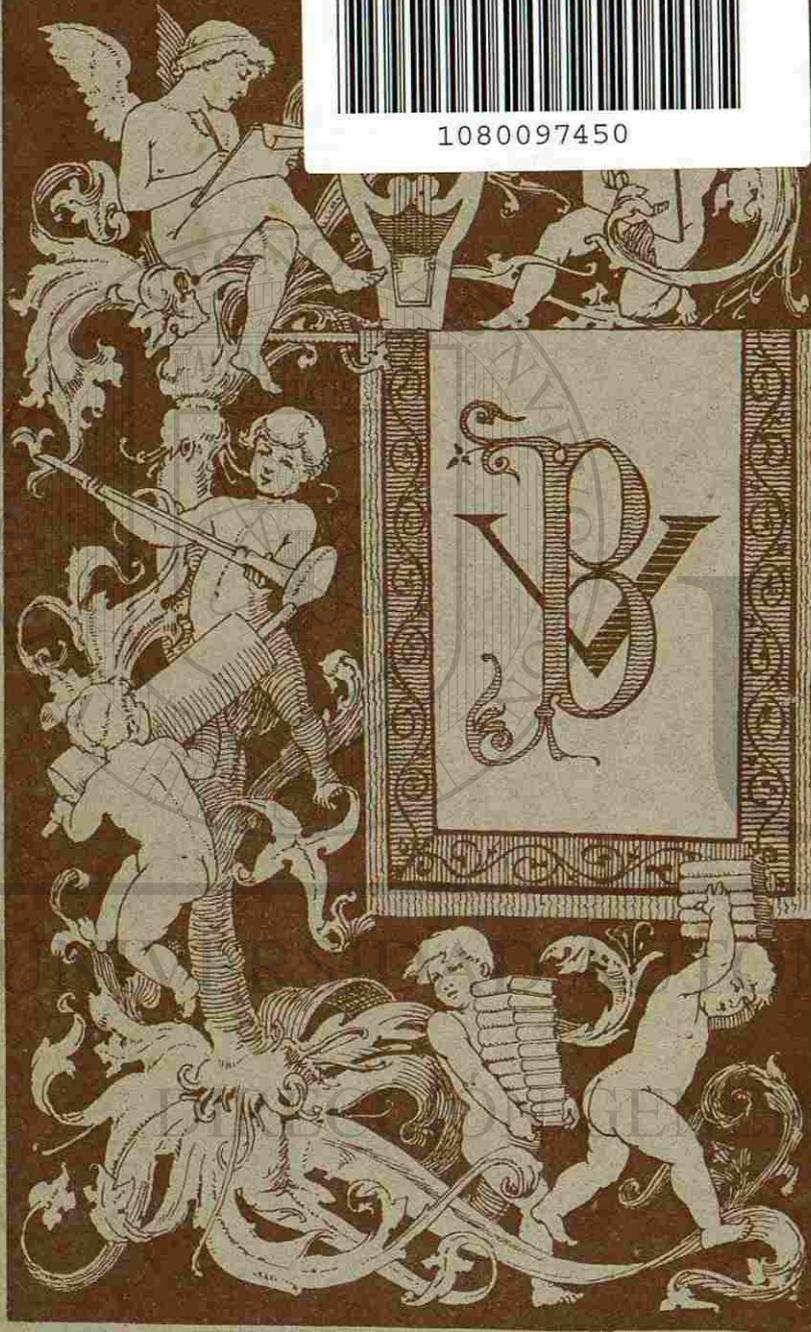
R6

1882

c. 1



1080097450



2003 09



ROB ROY

TOMO I



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

14472



ROB ROY.

82-3-4
5.
BIBLIOTECA VERDAGUER

ROB ROY

POR

WALTER SCOTT

TRADUCCIÓN DE

D. JOAQUIN RIERA Y BERTRÁN

CON DIBUJOS DE

E. COURBOIN, GODEFROY DURAND, RIOU Y H. TOUSSAINT

Fotografiados de C. Verdaguer

TOMO I

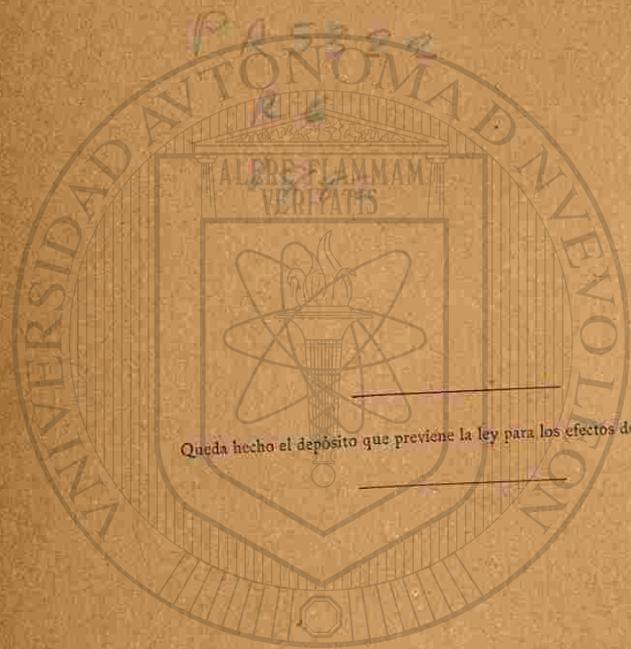


BARCELONA

C. VERDAGUER, IMPRESOR-EDITOR

CALLES DE LLULL Y CERDEÑA, (ENSANCHE)

1882



Queda hecho el depósito que previene la ley para los efectos de propiedad.



DIRECCION GENERAL DE

Tipo-litografía de CELESTINO VERDAGUER.

AL QUE LEYERE.

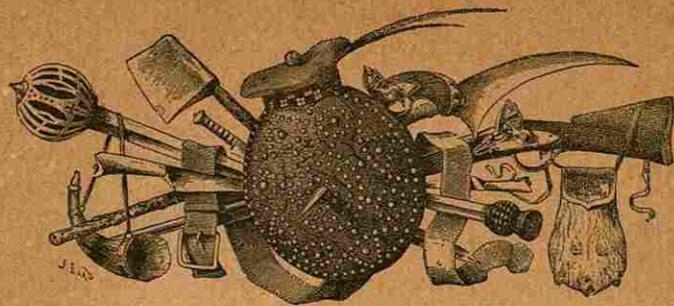


AS novelas de Walter Scott han obtenido ya la sanción del tiempo. Por voz unánime de los críticos y de las personas de buen gusto se ha reconocido que hay en aquellas narraciones méritos superiores á los que existen en otras obras de igual índole, cualidades que les aseguran un interés humano permanente y en virtud del cual serán leídas con agrado en todas las épocas. Hoy día en que las investigaciones históricas han aportado al caudal de los conocimientos generales un número enorme de datos, que permiten al novelista imprimir á sus producciones de carácter histórico una fisonomía en que no falta rasgo alguno; hoy día en que la arqueología, la indumentaria, el arte en todos sus ramos han excavado archivos, hojeado códices y revuelto pergaminos para averiguar los menores detalles de las costumbres, del traje, de los pasatiempos, del modo de ser de las pasadas generaciones; se encontrará, acaso, que en las novelas de Walter Scott la personalidad del autor aparece de una manera demasiado visible al través de sus personajes y que en los cuadros por él pintados, en los lugares que describe, en los retratos de sus obras, no existe el lujo de pormenores, las apuntes gráficas, la erudición portentosa — y muchas veces empalagosa — que hoy se halla en trabajos de imaginación como los escritos por el insigne novelista escocés, lujo y erudición, por otra parte,

fáciles de lograr con mediana constancia y con una biblioteca de muchos cuerpos.

Mas si esto falta, á veces, en alguna de las novelas de Walter Scott, aparecen en ellas en cambio, de un modo muy señalado, otros méritos que no obtienen ni obtendrán nunca la mera laboriosidad y la paciente lectura. Walter Scott supo adivinar el genio, el alma de las épocas que describió en sus novelas; las pasiones y los vicios de sus personajes pintan con viveza lo que constituía el fondo de la sociedad en el tiempo en que la acción se desarrolla; cada una de sus figuras es un retrato completo, sin abstracciones retóricas, sin recursos de convención, antes con la naturalidad, con la espontaneidad y el encanto de quien ha estudiado profundamente el corazón humano, ha leído bien en el libro de la Historia, y de lo que existe y existirá siempre, y de lo que ha existido en pasados siglos, ha sabido trazar animadas narraciones, en las cuales resplandece, por soberbia manera, el ingenio del historiador, del poeta y del artista.

Walter Scott, además, juzga los tiempos y las generaciones que fueron con una imparcialidad y con un elevado criterio que constituye su mejor elogio y de que saca provechosa enseñanza el lector discreto. Solo en ciertos momentos abandona algo este camino llevado de preocupaciones propias de la secta á que pertenecía; preocupaciones que sin embargo no ejercerán influencia alguna dañosa en el ánimo de quien leyere sus novelas, teniendo presente esta advertencia. Así lo han entendido los muchos escritores católicos que han ensalzado á Walter Scott y recomendado la lectura de sus obras con la salvedad antedicha. Por todas estas razones, pues, hemos resuelto reproducir sus bellísimas NOVELAS, empezando por ROB ROY que forma el asunto de este volumen y del que ha de seguirle.



CAPÍTULO PRIMERO.

¿Qué mal he hecho para que caiga sobre mí tan cruel aflicción? Ya no tengo hijos y ni siquiera aquél me pertenece. La maldición, que me persigue, pesa sobre su cabeza; si, ella es la que así te ha cambiado. ¿Viajar? Algun día enviaré á viajar mi caballo.

BEAUMONT Y FLETCHER. — Mr. Thomas.

HABEISME rogado, mi querido Tresham, que dedique una parte de los ocios con que la Providencia ha bendecido el término de mi carrera, á consignar, por escrito, las pruebas y vicisitudes que señalaron el principio de ella.

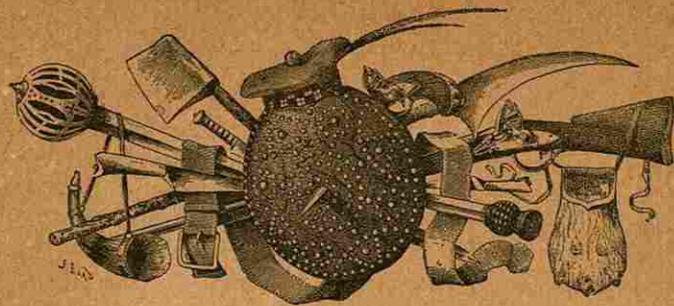
El recuerdo de esas aventuras, según os place apellidarlas, ha dejado, en verdad, sobre mí una huella viva y duradera de goce y de pesar, y no la experimento jamás sin un profundo sentimiento de gratitud y de devoción hácia el soberano Arbitro de las cosas humanas que ha guiado mis pasos á través de un dédalo de obstáculos y de peligros. ¡Contraste que infunde un encanto más á la dichosa paz de mis postreros días!

Debo, asimismo, deferir á una opinión que á menudo habéis

fáciles de lograr con mediana constancia y con una biblioteca de muchos cuerpos.

Mas si esto falta, á veces, en alguna de las novelas de Walter Scott, aparecen en ellas en cambio, de un modo muy señalado, otros méritos que no obtienen ni obtendrán nunca la mera laboriosidad y la paciente lectura. Walter Scott supo adivinar el genio, el alma de las épocas que describió en sus novelas; las pasiones y los vicios de sus personajes pintan con viveza lo que constituía el fondo de la sociedad en el tiempo en que la acción se desarrolla; cada una de sus figuras es un retrato completo, sin abstracciones retóricas, sin recursos de convención, antes con la naturalidad, con la espontaneidad y el encanto de quien ha estudiado profundamente el corazón humano, ha leído bien en el libro de la Historia, y de lo que existe y existirá siempre, y de lo que ha existido en pasados siglos, ha sabido trazar animadas narraciones, en las cuales resplandece, por soberbia manera, el ingenio del historiador, del poeta y del artista.

Walter Scott, además, juzga los tiempos y las generaciones que fueron con una imparcialidad y con un elevado criterio que constituye su mejor elogio y de que saca provechosa enseñanza el lector discreto. Solo en ciertos momentos abandona algo este camino llevado de preocupaciones propias de la secta á que pertenecía; preocupaciones que sin embargo no ejercerán influencia alguna dañosa en el ánimo de quien leyere sus novelas, teniendo presente esta advertencia. Así lo han entendido los muchos escritores católicos que han ensalzado á Walter Scott y recomendado la lectura de sus obras con la salvedad antedicha. Por todas estas razones, pues, hemos resuelto reproducir sus bellísimas NOVELAS, empezando por ROB ROY que forma el asunto de este volumen y del que ha de seguirle.



CAPÍTULO PRIMERO.

¿Qué mal he hecho para que caiga sobre mí tan cruel aflicción? Ya no tengo hijos y ni siquiera aquél me pertenece. La maldición, que me persigue, pesa sobre su cabeza; si, ella es la que así te ha cambiado. ¿Viajar? Algun día enviaré á viajar mi caballo.

BEAUMONT Y FLETCHER. — Mr. Thomas.

HABEISME rogado, mi querido Tresham, que dedique una parte de los ocios con que la Providencia ha bendecido el término de mi carrera, á consignar, por escrito, las pruebas y vicisitudes que señalaron el principio de ella.

El recuerdo de esas aventuras, según os place apellidarlas, ha dejado, en verdad, sobre mí una huella viva y duradera de goce y de pesar, y no la experimento jamás sin un profundo sentimiento de gratitud y de devoción hácia el soberano Árbitro de las cosas humanas que ha guiado mis pasos á través de un dédalo de obstáculos y de peligros. ¡Contraste que infunde un encanto más á la dichosa paz de mis postreros días!

Debo, asimismo, deferir á una opinión que á menudo habéis

manifestado. Los acontecimientos en que me he visto envuelto dentro de un pueblo cuyo proceder y cuyas costumbres son aún tan particulares, ofrecen su lado pintoresco y atractivo para quienes gustan de oír á un anciano hablar de los pasados tiempos.

No echéis en olvido, empero, que ciertas narraciones que se han contado entre amigos pierden la mitad de su valor cuando se confían al papel, y que las historias en que el oído ha tomado interés, no bien salen de labios del mismo que ha desempeñado su parte en ellas, parecen menos dignas de atención leídas en el silencio del gabinete. Y ya que una florida ancianidad y una salud robusta os prometen, con toda probabilidad, existencia más dilatada que la mía, encerrad estas páginas en algún secreto cajón de vuestro escritorio hasta tanto que nos hayamos separado el uno del otro por un acontecimiento que puede sobrevenir á cualquiera hora y que sobrevendrá dentro de pocos, sí, dentro de pocos años. Cuando nos habremos separado en este mundo, para encontrarnos, (así lo espero) en otro mundo mejor, seguro estoy de que apreciaréis, más que los méritos, la memoria del amigo que ya no existirá, y entonces, en las circunstancias cuyo cuadro voy á trazar, hallaréis asunto para reflexiones tal vez melancólicas, pero no faltas de atractivo.

Hay quién lega á sus más caros confidentes una imagen de lo que fué algún día: yo deposito en vuestras manos la exposición fiel de mis ideas y sentimientos, de mis errores y cualidades, en la firme esperanza de que las locuras y los azares de mi juventud hallarán en vos el mismo juez indulgente y bueno que más de una vez ha reparado las faltas de mi edad madura.

Una de las ventajas que, entre otras muchas, tiene el dedicar á un amigo íntimo las propias memorias, (palabra asaz solemne aplicada á mis humildes hojas) es la de prescindir de ciertos detalles inútiles para él y que, indispensables para un extraño, le distraerían de cosas más interesantes. ¿Hay necesidad alguna de imponeros el fastidio so pretexto de que estáis á mi disposición y de que tengo delante de mi tinta, papel y

tiempo? Respecto á no abusar de ocasión tan tentadora para hablar de mí y de lo que me interesa, hasta dentro de cosas que os son familiares, no me atrevo á prometerlo. El gusto de referir, sobre todo cuando somos héroes del relato, hace á menudo perder de vista las atenciones debidas á la paciencia y al goce de nuestros oyentes. Los mejores y los más sabios han sucumbido á la tentación.

Básteme recordaros un singular ejemplo que tomaré de esa edición original, una de las más raras, de las memorias de Sully, la cual, con el entusiasta orgullo de un bibliófilo, ponéis por encima de aquella en que se ha sustituido su forma por la más cómoda de una narración histórica. Para mí lo curioso de ellas está en ver hasta qué grado de debilidad el autor las sacrifica al sentimiento de su importancia personal.

Si mal no recuerdo, aquel venerable señor, aquel gran político había encargado simultáneamente á cuatro gentil-hombres de su casa el poner en orden los diarios y memorias de su vida bajo el título de *Memorias de las sabias y reales Economías de Estado, domésticas, políticas y militares de Enrique el Grande*, etc. Dispuesta la compilación, los graves analistas entresacaron de ella los elementos para una narración biográfica, dedicada á su señor, *in propria persona*. Y hé aquí cómo Sully, en vez de hablar en tercera, como Julio César, ó en primera, como la mayoría de los que, en el apogéo de la grandeza ó desde su gabinete de estudio, se proponen contar su vida: hé aquí, repito, cómo disfrutó el tan refinado cuanto singular placer de hacerse reproducir sus recuerdos por los secretarios siendo con ello á la vez oyente, héroe y probablemente autor de todo el libro. ¿No estáis viendo al antiguo ministro, tieso como una estaca, en su gorguera abollada y en su jubon colante galoneado de oro, pomposamente sentado bajo dosel, prestando oído á los compiladores? ¡Espectáculo curioso! Y los últimos, descubierta la cabeza, le repetirían ceremoniosamente: «Así discurresteis... El señor rey puso en vuestras manos los despachos... Y emprendisteis de nuevo la marcha... Tales fueron los secretos avisos que disteis al señor rey...»: cosas todas que él se

sabía mejor que cualquiera de ellos y cuyo conocimiento había adquirido por él mismo.

Sin hallarse precisamente en la posición, un tanto grotesca, del gran Sully, no fuera ménos ridículo en Francis Osbaldistone el disertar prolijamente con William Tresham acerca de su nacimiento, de su educación y de sus lazos de parentesco. Lucharé, por tanto, lo mejor que sepa, contra el demonio del amor propio y procuraré no hablar palabra de lo que ya os es conocido. Cosas, empero, habrá que deba recordar, porque, aparte el haber decidido de mi destino, el tiempo las haya quizá borrado de vuestra memoria.

Debéis haber conservado el recuerdo de mi padre, puesto que, estando á él asociado el vuestro, le conocisteis desde vuestra infancia. Habían ya pasado para él sus días felices, y la edad y las dolencias amortiguado aquel ardor que desplegaba en sus especulaciones y empresas. Hubiera sido menos rico, sin duda, pero igualmente dichoso tal vez, si hubiese consagrado al progreso de las ciencias, aquella voluntad de hierro, aquella viva inteligencia y aquella mirada de águila que puso al servicio de las operaciones comerciales. No obstante, se halla en sus vicisitudes atrativo bastante poderoso para fascinar á un espíritu audáz hasta dejando á un lado el afán de lucro. Quién fia la embarcación á las inconstantes olas debe unir la experiencia del piloto á la firmeza del navegante, y, aun así, se expone á naufragar si el soplo de la fortuna no le es propicio.

Mezcla de vigilancia obligatoria y de azar inevitable, ofrécese á menudo la terrible alternativa: ¿triunfará la prudencia de la fortuna, ó la fortuna derribará los cálculos de la prudencia? — Y entonces se ponen de relieve las fuerzas múltiples del alma á la par de sus sentimientos, y el comercio adquiere todo el prestigio del juego sin presentar la inmoralidad de éste.

En 1715, cuando no había cumplido yo mis veinte años, — ¡Dios me valga! — fui llamado bruscamente desde Burdeos á Londres para recibir de mi padre un importante aviso.

No olvidaré en mi vida nuestra primera entrevista.

Al dar disposiciones á los que tenía cerca de sí, mi padre había adquirido la costumbre de usar un tono breve, cortado, un tanto duro. Paréceme estarle viendo aún como si fuera ayer: erguido y firme el talle, el paso vivo y seguro, claros y penetrantes los ojos, la frente surcada por las arrugas; y me parece oír su palabra limpia y precisa, y su voz, cuya accidental sequedad estaba muy lejos de ser la de su corazón.

No bien me hube apeado, corrí al gabinete de mi padre. Éste se paseaba con aire grave y serio. La súbita presencia de su hijo único, á quien no había visto desde cuatro años atrás, no alteró en lo más mínimo su sangre fría. Arrojéme á sus brazos. Era bueno, sin ser tierno, y una lágrima, debilidad del momento, humedeció sus párpados.

— Dubourg me ha escrito que está contento de vos, Frank; me dijo.

— Celebro, señor...

— Pero yo... yo tengo ménos motivo para estarlo; — añadió apoyándose en su escritorio.

— Siento mucho, señor...

— ¡Celebro! ¡Siento!... Palabras que, las más de las veces, nada ó poca cosa significan. Ved vuestra última carta.

Sacóla de entre multitud de otras liadas con un bramante encarnado y cuidadosamente agrupadas y rotuladas. Allá yacía mi pobre epístola motivada por un asunto que interesaba mucho á mi corazón y escrita en los términos más propios, según yo, para commover, sinó para convencer, á mi padre; allá, repito, yacía envuelta en un paquete de papelotes de exclusivo interés comercial.

No pude contener una sonrisa, pensando en el sentimiento de vanidad herida y de mortificación con el cual contemplaba yo mi demanda, fruto de penosa labor, (puede creérseme) extraída de un lio de cartas-órdenes ó de crédito, de todo el vulgar enjambre de una correspondencia mercantil. «Indudablemente — pensé para mí — una carta de tamaña importancia (y tan bien escrita, aunque no osara confesármelo,) merecía

lugar aparte y, sobre todo, examen más serio que aquellas en que se trata de comercio y de banca.»

Mi padre no notó mi disgusto y, aunque lo observara, no le hubiera preocupado en lo más mínimo. Con la carta en una de sus manos, prosiguió:



— Esta es vuestra carta, Frank, fecha del 21 del próximo pasado. En ella me significais — y aquí recorrió con la vista algunos pasajes, — que en el momento de abrazar una carrera,

negocio de gran trascendencia para la vida, esperarís que mi bondad paternal os concederá, al ménos, la alternativa en la elección; que existen impedimentos... Si, realmente existen impedimentos y, entre paréntesis, ¿no sabriais escribir de un modo más inteligible, poniendo los correspondientes tildes á vuestras *ll* y abriendo los rizados de vuestras *ss*?... Impedimentos invencibles para el plan que os he propuesto... Habláis largo sobre el particular, pues habéis llenado cuatro caras de buen papel para lo que, mediante algún esfuerzo en ser claro y limpio, hubierais podido resumir en cuatro líneas. En una palabra, Frank, vuestra carta se reduce á lo siguiente: á que no queréis cumplir con mi voluntad.

— Lo que equivale á decir, en el presente caso, que no puedo acceder á ella.

— Yo me preocupo muy poco con las palabras, muchacho: — dijo mi padre, cuya inflexibilidad presentaba las apariencias de una calma imperturbable. — A veces es más urbano decir *no puedo* que decir *no quiero*: convenido; pero son frases sinónimas cuando no existe imposibilidad moral. Por lo demás, á mí no me gusta atropellar los negocios. Seguiremos después de comer...; Owen!

Owen compareció. No tenían aún sus cabellos aquella blancura de plata que debían dar á su vejez un aspecto tan venerable, porque á la sazón no había cumplido sus cincuenta años. Vestía, si, como vistió toda su vida: levitón color de avellanas, chaleco y calzón de lo mismo, media de seda gris perla, zapatos con hebillas de plata, bocamangas de batista bien plegadas y ceñidas sobre sus manos, las cuales bocamangas, una vez en el despacho, internaba cuidadosamente á fin de preservarlas de las manchas de tinta. En una palabra, presentaba aquel aspecto grave y solemne, pero bondadoso, que distinguió hasta su muerte, al dependiente principal de la importante casa Osbaldistone y Tresham.

Después que el viejo y buen empleado me hubo dado un afectuoso apretón de mano:

— Owen, — le dijo mi padre, — hoy comerás con nosotros

para saber las noticias que nos trae Frank de nuestros amigos de Burdeos.

Saludó de un solo trazo para expresar su respetuosa gratitud, pues en aquella época en que la distancia entre inferiores y superiores se mantenía con un rigor desconocido por la nuestra, una invitación como la indicada significaba señalado favor.

Aquella comida no se borrará, durante largo tiempo, de mi memoria.

Bajo la influencia de la inquietud que me oprimía y de un concentrado enojo, era incapaz de tomar en la conversación la parte activa que anhelaba mi padre y acontecióme varias veces que respondí bastante mal á las preguntas con que me abrumaba. Fluctuando entre su respeto al jefe de la casa y su cariño al muchacho que, en otro tiempo, había hecho saltar sobre sus rodillas, Owen se esforzaba, con el celo tímido del aliado de una nación invadida, en explicar, á cada uno de mis errores, lo que yo había querido decir, cubriendo mi retirada. Mas semejantes maniobras de salvación, lejos de socorrerme, no hicieron sinó redoblar el mal humor de mi padre, quien descargó parte del mismo sobre mi oficioso defensor.

Durante mi estancia en casa Dubourg, mi conducta no se había parecido, en verdad, á la de

El pasante de notario

Nacido para causar

De un padre la irritación,

Pues en vez de trabajar

Borroneando un inventario,

Borroneaba una canción.

Pero, hablando francamente, sólo había trabajado yo lo preciso para obtener buenos informes del francés, antiguo corresponsal de la casa encargado de iniciarme en los arcanos del comercio. En mi colocación, habíame dedicado, principalmente, al estudio de las letras y á los ejercicios corporales. Ese doble género de aptitudes no era, no, antipático á mi padre, ni mucho

menos. Tenía demasiado buen sentido para ignorar que constituyen uno de los más nobles ornamentos del hombre y estaba persuadido de que añadirían relieve y dignidad á la carrera que yo debía seguir. Su ambición rayaba más alto todavía: no me destinaba á sucederle sólo en sus bienes, si que también en aquel espíritu de vastas combinaciones que permiten extender y perpetuar una pingüe herencia.

Amaba su estado, y tal era el motivo que ponía por encima de todo para obligarme á tomarlo, sin dejar de tener otros motivos cuyo secreto no averigüé hasta más adelante. Tan entusiasta como hábil y audaz en sus proyectos, cada empresa coronada por el éxito le servía de grada para elevarse á nuevas especulaciones cuyos medios suministraba ella misma. Caminar, como conquistador insaciable, de victoria en victoria, sin pararse á asegurar el fruto de sus triunfos, y mucho menos para disfrutarlos: tal parecía ser su destino. Acostumbrado á ver oscilar su fortuna toda en la balanza del azar; fértil en recursos para hacerla inclinar á su favor, nunca se sentía tan bien, ni desplegaba mayor decisión y energía que cuando disputaba su provecho á las conmovedoras vicisitudes del acaso. Semejábase, en ello, al marinero que menosprecia sin cesar las olas y el enemigo, y cuya confianza se redobla en el momento del combate ó de la tempestad.

Con todo, no se le ocultaba que bastarian los años ó una enfermedad accidental para abatir sus fuerzas, y ansiaba ardentemente hacer de mí un auxiliar á quien sus caducas manos pudieran confiar el timón, capaz de dirigir la marcha del buque con el auxilio de sus consejos é instrucciones.

M. Tresham, aunque tenía su fortuna entera colocada en la casa, era sólo, según frase corriente, un sócio comanditario; Owen, de una probidad á toda prueba y excelente calculista, prestaba inestimables servicios al frente de las oficinas, pero le faltaban los conocimientos y el génio necesarios para confiársele la dirección general. Caso de fallecer repentinamente mi padre, ¿qué sucedería al sin número de proyectos concebidos por él, si su hijo, preparado desde larga fecha á los contra-

tiempos del comercio, no estuviese en disposición de sostener la carga que depondría el viejo Atlas? ¿Qué sería de su propio hijo si, ajeno á esa clase de negocios, se hallase de improviso envuelto en un laberinto de especulaciones, sin la experiencia necesaria para orientarse en él?



Francis Osvaldistone.

Tales eran las razones, ostensibles ú ocultas, que habían determinado á mi padre á hacerme seguir su estado, y, una vez resuelto, nada de este mundo hubiera podido disuadirle. No obstante, estaba yo tan interesado en ello, que hubiera debido concedérseme antes la palabra en el asunto. A una obs-

tinación tan aferrada á la suya, hubiera opuesto, por mi parte, una resolución formada y diametralmente contraria.

Mi resistencia á las aspiraciones de mi padre no dejaba de tener, pues, su excusa. No distinguía, claramente, cuáles eran los motivos que le animaban, ni hasta qué punto dependía de ellos su tranquilidad. Creyendo seguro el disfrutar, algún día, de una inmensa fortuna, y en la espera de una renta considerable, no se me había ocurrido que fuera necesario, para adquirir los aludidos bienes, someterme á violencia alguna y á trabajos que repugnaban á mi carácter y á mis aficiones. En la proposición de mi padre no veía más que el deseo de acrecer, por mis manos, aquel cúmulo de riquezas que él había reunido ya. Mejor juez que él respecto á los medios de procurarme la dicha, ¿era verdaderamente tal el de dedicarme al acrecentamiento de una fortuna que me parecía bastar, de sobras, para las exigencias de una vida de sociedad? No era esa mi convicción.

Hé ahí porqué, fuerza es repetirlo, mi estancia en Burdeos no había correspondido á las esperanzas paternas. Lo que mi padre estimaba como asunto principal no era para mí de consecuencias y, á no retenerme el deber, ni siquiera habría preocupado mi atención. Dubourg, nuestro corresponsal único, (cualidad que le valía cuantiosos beneficios) era un compadre demasiado ladino para dar al jefe de la casa noticias que hubieran disgustado á padre é hijo simultáneamente; y tal vez, conforme se verá, cuidaba de servir sus propios intereses al permitirme descuidar el estudio para el cual se me había puesto bajo su tutela.

Mi sistema de vida era, en su casa, muy metódico, y, por lo tocante á costumbres y comportamiento, nada tenía que echarme en cara. Mas, en presencia de defectos peores que la negligencia y el desvío del comercio, ¿quién sabe si el astuto perillán no habría mostrado complacencia idéntica? Sea como quiera, viéndome destinar una buena parte del día á las ocupaciones que él me señalaba, le importaba poco averiguar en qué pasaba yo el resto, y no le parecía mal el verme hojear Cor-

neille y Boileau en lugar de cualquier viejo manual de comercio ó de banca.

En su correspondencia inglesa y en uno ú otro pasaje, Dubourg no dejaba de hacer deslizar la siguiente frase cómoda que había leído en alguna parte: «Vuestro hijo es cuanto un padre puede desear.» Frase pesada en fuerza de repetida, pero que no tuvo el dón de despertar inquietud alguna en mi padre, por ofrecer un sentido claro y preciso. En materia de estilo, ni el mismo Addison hubiera podido facilitar modismos más satisfactorios que éstos: «Al recibo de la vuestra de... Habiendo dispensado buena acogida á los incluidos billetes, cuyo detalle va á continuación...»

Sabiendo, pues, perfectamente lo que de mí se prometía, y bajo las constantes seguridades de Dubourg, mi padre no dudó un instante de que llegaría yo al punto en que deseaba verme.

Sobrevino la epístola, escrita en un día de desgracia y en la que, después de prolijas y elocuentes excusas, declinaba yo la honra de ocupar una plaza, un pupitre y un taburete en un rincón de las sombrías oficinas de Crane Alley: pupitre y taburete más elevados que los de Owen y de otros empleados, y que no cedía más que al tripode del mismo principal.

Desde entónces fué todo de mal en peor. Las misivas de Dubourg se hicieron tan sospechosas como si hubiese consentido la protesta de su firma, y fui muy luego llamado á Londres donde me aguardaba el recibimiento que acabo de referir.



MONTERREY, N. L.

CAPÍTULO II.

Comienzo á sospechar de veras que el caballerito tiene un terrible defecto: el de hacer versos. Si se halla contagiado por ese frívolo mal, no hay esperanza de hacer carrera de él. Está perdido como ciudadano, si persiste todavía en rimar.

BEN JONSON. — *La Fiera de San Bartolomé.*

POR punto general, sabía mi padre dominarse perfectamente, y rara vez su cólera se manifestaba de otro modo que en tono seco y duro con aquellos que la habían provocado. Jamás se expresaba con señales de arrebató ni con amenazas. Infundía en todo, su espíritu de sistema, siendo su costumbre la de ejecutar *lo necesario* según los casos y sin frases inútiles.

Con sonrisa poco halagüeña, pues, escuchó mis sumarias contestaciones acerca del estado del comercio en Francia y consintió en que me enredase explicando los misterios del lucro; de las tarifas, de las averías y del peso limpio. Hasta aquel momento no tuve porqué quejarme mucho de mi memoria, á juzgar por el talante de mi padre nada contrariado; pero en

neille y Boileau en lugar de cualquier viejo manual de comercio ó de banca.

En su correspondencia inglesa y en uno ú otro pasaje, Dubourg no dejaba de hacer deslizar la siguiente frase cómoda que había leído en alguna parte: «Vuestro hijo es cuanto un padre puede desear.» Frase pesada en fuerza de repetida, pero que no tuvo el dón de despertar inquietud alguna en mi padre, por ofrecer un sentido claro y preciso. En materia de estilo, ni el mismo Addison hubiera podido facilitar modismos más satisfactorios que éstos: «Al recibo de la vuestra de... Habiendo dispensado buena acogida á los incluidos billetes, cuyo detalle va á continuación...»

Sabiendo, pues, perfectamente lo que de mí se prometía, y bajo las constantes seguridades de Dubourg, mi padre no dudó un instante de que llegaría yo al punto en que deseaba verme.

Sobrevino la epístola, escrita en un día de desgracia y en la que, después de prolijas y elocuentes excusas, declinaba yo la honra de ocupar una plaza, un pupitre y un taburete en un rincón de las sombrías oficinas de Crane Alley: pupitre y taburete más elevados que los de Owen y de otros empleados, y que no cedía más que al tripode del mismo principal.

Desde entónces fué todo de mal en peor. Las misivas de Dubourg se hicieron tan sospechosas como si hubiese consentido la protesta de su firma, y fui muy luego llamado á Londres donde me aguardaba el recibimiento que acabo de referir.



MONTERREY, N. L.

CAPÍTULO II.

Comienzo á sospechar de veras que el caballerito tiene un terrible defecto: el de hacer versos. Si se halla contagiado por ese frívolo mal, no hay esperanza de hacer carrera de él. Está perdido como ciudadano, si persiste todavía en rimar.

BEN JONSON. — *La Fiera de San Bartolomé.*

POR punto general, sabía mi padre dominarse perfectamente, y rara vez su cólera se manifestaba de otro modo que en tono seco y duro con aquellos que la habían provocado. Jamás se expresaba con señales de arrebató ni con amenazas. Infundía en todo, su espíritu de sistema, siendo su costumbre la de ejecutar *lo necesario* según los casos y sin frases inútiles.

Con sonrisa poco halagüena, pues, escuchó mis sumarias contestaciones acerca del estado del comercio en Francia y consintió en que me enredase explicando los misterios del lucro; de las tarifas, de las averías y del peso limpio. Hasta aquel momento no tuve porqué quejarme mucho de mi memoria, á juzgar por el talante de mi padre nada contrariado; pero en

cuanto me vi en la imposibilidad de explicarle estrictamente el efecto que el descrédito de los luses de oro había ocasionado en la negociación de letras de cambio :

— ¡ El acontecimiento nacional más notable de mi época ! — exclamó mi padre , testigo de la revolución política de 1688. — ¡ No sabe de ello más que lo que sabría un poste !

Owen acudió en mi auxilio con sus formas timidas y conciliadoras.

— El señor Francis — observó — no habrá seguramente olvidado que, por ordenanza del rey Luis XIV, fecha de 1.º de mayo de 1700, fué otorgado al portador el derecho de reclamar, dentro de los diez días siguientes al vencimiento...

— El señor Francis — dijo mi padre, cortándole la palabra — no dejará seguramente de recordar, por un momento, todo lo que vos tendréis la amabilidad de apuntarle. Pero ¡ cáspita ! ¿ cómo lo ha permitido Dubourg ? Y á propósito, Owen : ¿ qué especie de muchacho es su sobrino Clemente, ese jóven menor, de pelo negro, que trabaja en las oficinas ?

— Uno de los más inteligentes empleados de la casa, señor, y que más sorprende por su precocidad ; — respondió Owen, cuyo corazón se había conquistado el joven francés con su buen humor y cortesania.

— Si, si ; presumo que entiende algo, *él*, en operaciones de banca. Dubourg se las compuso de modo que tuviera yo á mano un chico listo que entendiera el negocio ; pero he comprendido su treta, y observará que le he sorprendido al verificar el balance. Owen, abonad á Clemente su sueldo hasta el próximo trimestre y que regrese á Burdeos en la embarcación de su padre, que está de vuelta.

— ¿ Regresar Clemente Dubourg ? — dijo Owen azorado.

— Si, señor, y sobre la marcha. Basta con un inglés tonto en las oficinas, para hacer disparates, sin ver en ellas á un maligno francés para sacar partido de los mismos.

Había permanecido yo bastante temporada en los Estados de Luis el Grande para aprender á detestar cordialmente los actos de una autoridad arbitraria, aunque semejante aversión no se

me hubiera inspirado desde mi más tierna infancia. En consecuencia, no pude abstenerme de interceder en favor del digno é inocente joven condenado á pagar la falta de haber adquirido conocimientos que mi padre hubiera deseado para mí.

— Perdonad, señor : — dije luégo que M. Osbaldistone hubo cesado de hablar ; — es, en mi concepto, justo hasta lo sumo que, si he descuidado yo mis estudios, sea yo sólo quien sufra el consiguiente castigo. No tengo derecho de echar en cara á M. Dubourg el no haberme ofrecido ocasión para instruirme, aun cuando no me haya sido de provecho ; y en cuanto á monsieur Clemente...

— En cuanto á él y á vos, — interrumpió mi padre, — tomaré las medidas que me parecerán necesarias. No importa ; está bien, Frank, el asumir la responsabilidad de la queja ; me parece muy bien : lo confieso. En cuanto al viejo Dubourg, — añadió volviéndose hácia Owen, — que se ha contentado con facilitar á Frank lo elementos de una instrucción práctica, sin cerciorarse de sus progresos ni advertirme de su negligencia, me sería imposible dar por saldada la cuenta. Ya lo veis, Owen : mi hijo posee los principios naturales de equidad que honran á todo comerciante inglés.

El anciano dependiente tomó la palabra, en la actitud doctoral que le era familiar, es decir gacha la cabeza y la derecha mano un tanto al aire : costumbre ésta originada por la de colocar la pluma detras de la oreja antes de hablar.

— Paréceme — dijo — que el señor Francis posee el principio esencial de toda contabilidad moral, la gran regla de tres del deber : que A haga á B lo que quisiera que B le hiciese. El producto dará la regla de conducta pedida.

Este modo de reducir el divino precepto á fórmula aritmética hizo sonreír á mi padre, quien, empero, replicó al momento :

— Todo eso nada significa, Frank. Habéis derrochado el tiempo como un niño, y es necesario aprender á vivir como hombre desde hoy en adelante. Os colocaré, por durante algunos meses, bajo la dirección de Owen, á fin de conquistar el terreno perdido.

Iba yo á contestar, cuando Owen me suplicó, con mirada y gesto, que me abstuviera de hacerlo. A pesar mío, pues, guardé silencio.

— Y ahora, — continuó mi padre — volvamos al asunto de mi carta del último mes, á la que disteis contestación muy á la ligera y poco satisfactoria. Por de pronto escancia para beber en tu copa y pasa la botella á Owen.

La falta de valor ó de audacia, como se quiera, no ha sido nunca mi flaco. Respondí con aplomo que « si él conceptuaba mi carta poco satisfactoria, yo lo sentía, pero que no la había escrito á la ligera, sinó despues de reflexionar maduramente acerca de la proposición que él había tenido la bondad de hacerme, sintiendo en el alma verme privado de suscribir á aquélla. »

Mi padre clavó en mí su mirada escudriñadora, retirándola al instante. Ante su silencio, creíme obligado á proseguir, si- quiera fuera con cierta turbación, interrumpiéndome él sólo con algunos monosílabos.

— Es imposible, señor, profesar mayor respeto á carrera alguna que el que profeso yo á la del comercio, aunque no fuese la vuestra!

— ¡ De veras !

— El comercio aproxima las naciones, remedia las necesidades y contribuye al bienestar general; es á la gran familia del mundo civilizado lo que las relaciones ordinarias de la vida son á las sociedades privadas, ó, más bien, lo que el aire y los alimentos son á nuestros cuerpos.

— ¿ Y qué, caballero ?

— Y no obstante, señor, véome obligado á insistir en mi negativa de dedicarme á una carrera para la cual me reconozco con escasa aptitud.

— La adquiriréis; esto corre de mi cuenta. No sois ya el huésped ni el discípulo de Dubourg.

— Pero, padre mío, es que no es de falta de instrucción de lo que yo me quejo, sinó de mi incapacidad!

— Vamos á ver. ¿ Habéis hecho uso de vuestro « diario » del modo que os indiqué ?

— Sí, señor.

— Os ruego que vayáis por él.

El libro en cuestión era una especie de libro de memorias



Owen.

que había usado por orden de mi padre y respecto al cual me había éste recomendado el consignar, por medio de notas, lo que de interesante aprendiera durante el curso de mis estudios.

Previendo que padre me lo pediría algún día para examinarlo, habíame dado yo buena maña de inscribir en él toda clase de detalles que pudieran ser de su agrado. Mas, con excesiva frecuencia, la pluma había hecho de las suyas sin consultar á la cabeza y, como el tal libro no se separaba de mí, sucedió que alguna vez dejé deslizar en él cosas completamente ajenas al comercio. Lo puse en manos de mi padre con la ferviente esperanza de que no daría éste con cosa alguna que pudiera indisponerlo más en mi contra.

La cara de Owen, que se nublara con la demanda del « diario », serenóse con mi resuelta contestación y brilló satisfecha al traer yo un registro cuyo exterior era el de libro comercial, más largo que ancho, con broches de cuero y encuadernación de badana. La vista de aquel cuaderno de negocios reanimó á mi buen amigo, cuya alegría llegó al colmo no bien mi padre hubo leído algunas páginas, sazonándolas, acá y allá, con observaciones críticas.

— *Aguardientes: barriles, barrilillos y toneles, en Nantes, 29; en Cognac y en la Rochelle, 27; veltas (1) pipa; en Burdeos, 32.* Muy bien, Frank. *Derechos de tonelaje y de aduana: véanse las Tablas de Saxby.* No está bien: hubierais debido copiar el pasaje: eso ayuda á fijarlo en la memoria. *Comercio interior y exterior. — Trigo. — Cartas de pago á la salida. — Telas de Bretaña, de Flandes. — Bacalao seco, pescadilla, merluza, lota común (2).* Hubierais debido anotarlos todos bajo la denominación general de « bacalao: » ¿ Qué longitud tiene un bacalao ?

Owen, viéndome en descubierto, aventuró un murmullo cuyo sentido afortunadamente cogí al vuelo.

— Veinticuatro pulgadas, señor.

— Y una merluza diez y ocho. ¡ Bravo ! Conviene saber esto cuando se negocia con Portugal. Pero ¿ qué habéis puesto aquí ? *Burdeos: fundada el año... Château-Trompette... Palacio*

(1) Medida holandesa para líquidos, usada en los puertos oceánicos de Francia, equivalente á 6 pintas, que son dos azumbres y tres cutarillos.

(2) Lota: especie de lamprea de río.

Galien... Bien, bien: muy puesto en razón. Esto es una especie de neblina en que todos los negocios de la jornada (compras, órdenes, pagos, recibos, finiquitos, ofertas, comisiones y cartas-órdenes) están consignados muy confusamente.

— Para ser transcritos luego, con mejor orden, en el « diario » y en el « mayor »; — observó Owen. — Me agrada en extremo que el señor Francis sea tan metódico.

Pasaba tan presto á merecer favór, que el miedo empezaba á aturrullarme viendo á mi padre obstinado en su resolución de dedicarme á los negocios. Y, como sentía yo repugnancia tan decidida contra ellos, lamentaba ya, sirviéndome de las frases de mi amigo Owen, el haber sido « tan metódico. » Nada tenía que temer por este lado.

Una hoja de papel llena de enmendados se desprendió del registro. Cogióla al vuelo mi padre y, sin poner mientes en la observación de Owen sobre la necesidad de pegar las hojas volantes con obleas, leyó:

— A LA MEMORIA DE EDUARDO, EL PRÍNCIPE NEGRO. ¿ Qué es ésto ? ¡ Versos ! ¡ Por María Santísima, Frank, estais loco !

Mi padre, como verdadero comerciante, miraba con desprecio las obras de los poetas. Religioso y formado en una secta religiosa disidente, parecía semejante ocupación tan fútil como profana.

Antes de condenarle, fuerza es recordar cómo vivieron y emplearon sus talentos numerosos poetas, á fines del siglo xvii. A más de que la secta á que pertenecía mi padre sentía, ó afectaba sentir, como se quiera, una aversión del todo puritana contra las producciones ligeras de la literatura. Eran, por tanto, numerosos los motivos que contribuían á aumentar la desagradable sorpresa que excitó el funesto hallazgo de aquella malhadada composición.

En cuanto al pobre Owen, si la redonda peluca que traía puesta á la sazón hubiera sido capaz de desrizarse sola y eruirse de horror sobre la cabeza, los trabajos del artista que la había arreglado por la mañana hubiéranse malogrado, con toda seguridad, al solo efecto de la estupefacción. Un déficit en la

caja, un borrón en el mayor, un error de cálculo en una factura no le afectaran tan penosamente como aquella enormidad.

Mi padre leyó la composición poética, ora aparentándose incapáz de comprender su sentido, ora con énfasis heróico-cómico, siempre con el tono de esa ironía amarga tan á propósito para excitar los nervios de un autor.

« ¡ Oh, quién la voz del mágico Olifante
Tuviera, que del héroe agonizante
Clamor lanzó que el eco repetía,
Allá en Fuenterrabia,
Contando al imperante
Los medios reprobados
Con que Rolando al hierro sucumbía
De los hijos de Iberia bronceados. »

— ¡ El eco de Fuenterrabia ! — dijo mi padre interrumpiendo la lectura. — La feria de Fuenterrabia hubiera venido más á cuento. ¡ Hijos bronceados ! ¿ A qué salís con eso ? ¿ No podíais decir *morenos*, hablando en inglés, ya que necesitéis absolutamente escribir tonterías ?

« Si pudiera, salvando tierra y mares,
Resonar, llegarían sus cantares,
Tristes al par de fieros,
A nuestra más remota y triste orilla
Contando cual la flor de los guerreros
De Albión, de un pueblo espanto y maravilla,
Vencedor de Castilla y de Poitiers,
En muerte horrible vino á perecer. »

— *Poitiers*, entre paréntesis, se escribe siempre con una *s* y no sé porqué la ortografía ha de sacrificarse á la rima.

« La hora ha sonado... Abrid esa ventana, »
Dijo, « y mi frente sostened ! Que vea

En tierra de destierro cual descende
De su almo trono el sol y cómo biende
Con su luz, que en arroyos centellea,
Las laderas de Blaye y engalana
Dorando suavemente
Del Garona la azul larga corriente.

— *Suavemente y corriente*: rima imperfecta. Cómo Frank !
¿ ni siquiera conocéis el miserable oficio que habéis escogido ?

« En su lecho de gloria
Se tiende como yo y, piadoso el cielo,
De su rey saludando la partida,
Vierte lágrimas tristes de rocío.
Presas de acerbo duelo,
Virgenes que pobláis el suelo mio,
¡ Llorad del Negro Principe en memoria,
Y llorad de su vida
La carrera agotada y destruida !
« Mi honra miro radiosa
En bravos compañeros
Y el terror de su nombre en los vencidos.
Mi alma será dichosa
En días venideros
Viendo de Albión los jóvenes guerreros
Entre nubes llameantes
Renovar nuestros triunfos más brillantes. » (A*)

— *Nubes llameantes*: hombre ¡ qué novedad ! Salud, señoras mías ! Os deseo unas felices Pascuas !... ¡ Digo ! El pregonero rimaría mejor que vos. — Y tirando el papel lejos de si con supremo aire de desdén, terminó diciendo : — Por mi honor, Frank, que sois cien veces más loco de lo que creía.

(*) Para las notas A, B, C, etc., véase al final del volumen.

¿Qué responder á eso? Estaba yo inmóvil, el corazón repleto de indignación y de vergüenza, en tanto que mi padre, tranquilo y severo, lanzaba sobre mi miradas de lástima depreciativa, y el pobre Owen, levantados al cielo ojos y manos, parecía tan aterrorizado como si acabara de leer el nombre de su principal en la lista de los quebrados.

Al fin, me atreví á romper el silencio esforzándome en dar firmeza á mi voz para disimular la emoción.

— Demasiado sé, señor, cuán incapaz soy de desempeñar en el mundo el papel importante que me destináis, y, por dicha mía, no me tienta la fortuna que podría procurarme. El señor Owen os prestaría más eficaz auxilio.

Esta última frase no estaba exenta de malicia. Encontrábase algo resentido con el buen hombre por haber abandonado tan presto mi causa.

— ¡Owen! — repitió mi padre. — Este muchacho desbarra: decididamente pierde el juicio. Caballerito que, tan si cumplidos, me encargáis al señor Owen, (después de todo, veo bien que debo esperar más de un extraño que de mi hijo), ¿qué sabios proyectos son los que abrigáis, si me es lícito averiguarlos?

— Señor, — contesté reuniendo todas mis fuerzas, — desearía viajar dos ó tres años, si os pareciese bien. En caso contrario, considerárame dichoso con pasar igual período de tiempo en la universidad de Oxford ó en la de Cambridge, á pesar de la edad que cuento ya.

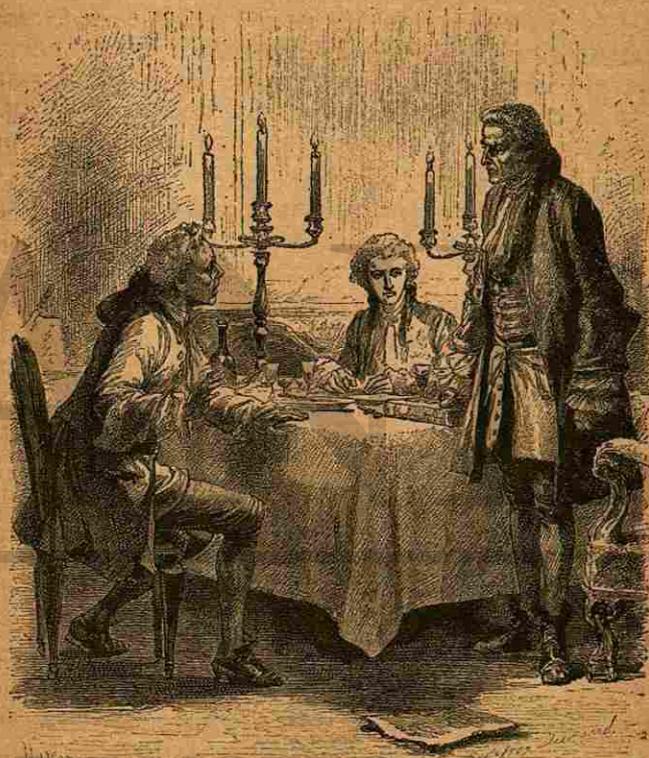
— ¡Por vida del sentido común! ¿Se ha oído nada semejante?... ¡Asistir á la escuela, entre pedantes y jacobinos, cuando podéis hacer fortuna en el mundo! ¿A qué, muchachón de marca mayor, á qué el pícaro gusto de sentarse en los bancos del colegio, en Westminster ó en Etón, para aprender rudimentos y sintaxis de Lilly y recibir azotes?

— Ya que sea demasiado tarde, según vos, para perfeccionar mis estudios, permitidme regresar al continente.

— Demasido tiempo habéis estado en él, Francis, y para maldito el adelanto.

— En ese caso, señor, excogeré la carrera de las armas, con preferencia á otra activa.

— Excoged el diablo! — gritó bruscamente mi padre. — En verdad, — añadió, calmándose, — que me hacéis disparatar tanto como vos. ¿No hay para volverse loco, Owen?



El pobre Owen meneó la cabeza y bajó los ojos.

— Escuchad, Frank: — prosiguió mi padre; — voy á presentar la cuestión en dos palabras. Contaba yo vuestra edad cuando padre me arrojó de la casa y donó á mi hermano me-

— Hay muchas personas dignas entre los católicos.

En el momento en que Owen se disponía á replicar, con inusitado calor, entró de nuevo mi padre en el salón.

— Tenéis razón, Owen, — dijo, — y yo estaba en un error. Nos tomaremos más tiempo para meditar acerca del asunto. Joven, os concedo un mes de término.

Inclinéme en silencio, bastante satisfecho de una próroga que me infundía la esperanza de que cedería un poco el rigor paterno.

Aquel mes de prueba trascurrió lentamente, sin que acaeciera nada de notable.

Iba y venía yo; pasaba el tiempo á mi antojo, y mi padre no me dirigía ni una observación, ni una queja. Bien es verdad que, salvo las horas de comida, raras veces le veía, y que él se daba buen cuidado de evitar una discusión que, como se comprenderá, no me sentía impaciente por abordar. Nuestras conversaciones versaban sobre las noticias del día ó sobre asuntos generales, (recurso socorrido para quienes se han tratado poco) y nadie, oyéndonos, hubiera adivinado que debíamos abordar de común acuerdo, un debate de alta importancia.

No obstante, la idea á que acabo de aludir me desazonaba como una pesadilla. ¿Sostendría mi padre su palabra y desheredaría á su hijo único para favorecer á un sobrino de cuya existencia misma no tenía pruebas? Considerando bien las cosas, la conducta de mi progenitor, en semejante lance, no auguraba nada bueno. Por desgracia, me había formado un falso concepto del carácter de mi padre, ateniéndome al lugar considerable que ocupaba yo en el hogar doméstico antes de trasladarme á Francia. Hombres hay, en efecto, que se prestan con complacencia á los caprichos de sus niños, porque esto les entretiene y divierte, los cuales hombres no dejan de ser ménos severos cuando sus propios chicos llegados á la edad de la razón, se atreven á contrariar su voluntad. Pero, lejos de sospecharlo así, quería yo convencerme de que lo único que debía temer era la pérdida temporal de la gracia paterna, era el verme despedido, verbigracia, de la casa por durante algunas

semanas. Y ese castigo llegaría tanto más á tiempo, en cuanto me proporcionaría ocasión de volver á mi *Rolando furioso*: poema que ambicionaba yo traducir en verso inglés.

Dejé que esa hipótesis se apoderara tan por completo de mi alma, que había ya ordenado mis borradores y estaba en vías de meditar acerca de la corrección de ciertas octavas á lo Spencer, cuando oí golpear tímidamente en la puerta de mi aposento.

— ¡ Adelante! — dije.

Apareció el señor Owen.

Había tanta regularidad en los movimientos y costumbres del digno hombre que, según todas las apariencias, era la primera vez que subía hasta el segundo piso de la casa, aun cuando él vivía en el primero, y me preocupa todavía el pensar cómo se las compuso para dar con mi habitación.

— Señor Francis, — dijo conteniéndome en mitad de mis exclamaciones de sorpresa y de alborozo; — no sé si me asiste la razón al venir á comunicaros lo que acabo de averiguar, ya que no está bien el hablar fuera de la oficina de lo que acontece dentro. No se debe, según el dicho, referir á las columnas del almacén cuantas líneas hay en el libro mayor. Sea como quiera, el joven Ficelle, que había estado ausente durante más de quince días, anteayer regresó.

— No veo en ello nada de particular.

— Esperad, señor Francis. Vuestro padre le confió una misión confidencial. ¿ Á dónde fué? No habrá sido á Folmouth para el negocio de las sardinas, puesto que las cuentas con Blackwell y compañía, de Exeter, están ultimadas, y los empresarios de las minas de Cornouailles han satisfecho lo que han podido. Para toda otra negociación hubiera sido indispensable consultar mis libros. En una palabra, tengo la firme convicción de que Ficelle ha ido al Norte.

— ¿ Lo creéis de veras? — dije un tanto alarmado.

— Después de su regreso, no hace sinó hablar de sus botas nuevas, de sus espuelas de Ripón y de una riña de gallos en York. ¡ Tan cierto como la tabla de Pitágoras! ¡ Permita el cie-

lo, muchacho mío, que consintáis en complacer á vuestro padre, es decir en ser hombre y comerciante á un tiempo mismo!

En aquel momento experimenté una viva tentación á someterme y colmar á Owen de alegría, rogándole manifestase á mi padre que me rendía á discreción. El orgullo manantial de tan-



tos bienes y de tantos males, el orgullo me lo impidió. El sentimiento se atascó en mi garganta y, mientras tosía yo para sacudirlo, Owen oyó á mi padre que le llamaba. Apresuróse á bajar, y la ocasión voló.

Mi padre era metódico en todo. El mismo día, á la misma hora, en el mismo salón, con el mismo tono y de la misma manera que un mes atrás, reprodujo la proposición que me hiciera de asociarme á su casa y de encargarme de un servicio determinado, invitándome á darle una contestación definitiva. He pensado, con el tiempo, que medió excesiva tirantéz por su parte, y pienso todavía que faltó prudencia á su modo de proceder. Formas más conciliadoras le hubieran, de seguro, hecho alcanzar sus fines. Así, pues, permanecí inquebrantable

y rehusé, con toda la deferencia posible, los ofrecimientos que él me hizo.

Tal vez (pues ¿quién acierta á juzgar su propio corazón?) tal vez conceptuaba yo indigno de un hombre el capitular á la primera intimación, y esperaba verme más instigado, para justificar, ante mis ojos, un cambio de frente. Si era así, me desilusioné. Mi padre volvióse friamente hacia Owen y pronunció sólo las siguientes palabras:

— Lo habia previsto. — Después, dirigiéndose á mí, añadió: — Está bien, Frank: á vuestra edad os halláis ya en estado de juzgar, ó no lo estaréis nunca, acerca de lo que puede haceros dichoso. Inútil es, pues, insistir de nuevo. Pero, aunque no esté obligado yo á penetrar en vuestras ideas más de lo que vos lo estáis á ceder ante las mías, ¿podré saber si habéis formado algun proyecto para el cual necesitéis de mi auxilio?

Respondí, no sin alguna confusión, que «no habiendo cursado carrera alguna y no poseyendo nada, me era á todas luces imposible el bastarme á mi propio, si mi padre no me socorria; que mis aspiraciones eran muy limitadas, y que, á pesar de mi aversión á la carrera comercial, confiaba en que él no me retiraría su protección y su cariño.»

— En otros términos: — dijo — ¿lo que vos queréis es apoyaros en mi brazo para ir á donde se os ocurra? Lo uno no se aviene con lo otro, Frank. En consecuencia, pienso que seguiréis mis instrucciones... con tal de que no contrarien vuestro capricho.

Quise hablar.

— ¡ Os ruego que guardéis silencio! — añadió. — Suponiendo que la cosa os tiene cuenta, saldréis inmediatamente para el norte de Inglaterra, pasaréis á casa de vuestro tío y trabajaréis conocimiento con su familia. Entre sus hijos (creo que son seis) he excogido uno que, según se me asegura, es en todos conceptos digno de ocupar la plaza que os destinaba yo en la casa. Al efecto, hay que terminar algunos arreglos, y vuestra presencia allá sea tal vez necesaria. Recibiréis nuevas instrucciones en el castillo de Osbaldistone, donde me haréis el

obsequio de permanecer hasta nueva orden. Mañana, por la mañana, todo estará dispuesto para vuestra partida.

Dijo, y salió del salón.

—¿Qué significa todo eso, señor Owen?— pregunté á mi excelente amigo, cuyo aspecto expresaba el abatimiento más profundo.

—Que os habéis perdido, señor Frank: hélo aquí todo. Cuando vuestro padre habla en ese tono sosegado y resuelto, cambia menos que un saldo de cuentas.

Los acontecimientos le dieron la razón.

A la madrugada siguiente, en efecto, y desde las cinco, caminaba yo, caballero en bastante buen caballo, por la via de York, con cincuenta guineas en el bolsón, viajando, según todas las probabilidades, en busca de un sucesor para mi padre que me reemplazaria á su lado y en su afecto y que tal vez me arrebataria su fortuna.



CAPÍTULO III.

Desplegada la vela, flota del uno al otro lado; el batel, no enderezado, hace agua; medio sumergido, con incierto rumbo, va al azar; el remo se quiebra por completo y el timón está perdido.

I. GAY.—Fábulas.

Las divisiones de esta importante historia van separadas por medio de epígrafes á fin de cautivar la valiosa atención del lector con los atractivos de un estilo más encantador que el mio.

Así, la fábula que acabo de citar alude á un imprudente navegante que desata con denuedo una barca de sus amarras y, sin ser capaz de dirigirla, la abandona á la corriente de un gran río. Jamás estudiante alguno que, por atolondramiento ó por bravata, se lanzó á tan peligrosa aventura, sintió, sobre las rápidas olas, el horror de su situación como cuando me hallé flotando sin brújula en el océano de la vida.

La facilidad singular con que mi padre había roto el lazo que se considera el más sagrado entre cuantos unen á los miembros de una sociedad y me dejaba partir á guisa de proscrito del hogar doméstico, desvaneció la confianza en mis méritos perso-

nor la parte de herencia que me correspondía. Sali del castillo de Osbaldistone, caballero en un mal rocín y con diez guineas en el bolsillo. Desde entonces no he vuelto á pisar los umbrales de la puerta, ni los pisaré jamás. Mi hermano vive aún, si no se ha roto el esternón en una de sus cacerías de zorras: lo ignoro y me tiene sin cuidado. Pero tiene hijos y adoptaré uno de ellos, Frank, si me hacéis perder los estribos.

— Como gustéis; — contesté con más indiferencia que respeto: — vuestros bienes, vuestros son.

— Si, Frank, míos son, si el trabajo de haberlos adquirido y el cuidado en conservarlos constituyen un derecho de propiedad: ningún abejorro se alimentará con mis briznas de miel. Meditadlo bien: lo que he dicho no son palabras vanas; lo que he resuelto lo ejecutaré.

— ¡ Pero amo mio!... Caro y dignísimo señor... — exclamó Owen derramando lágrimas. — Vuestra costumbre no es la de tratar con tanta prisa los negocios de importancia! Antes de cerrar la cuenta, dad tiempo al señor Francis para efectuar el balance... El os quiere, seguro estoy de ello, y en cuanto ponga mientes en su obediencia filial, no formulará objeción alguna.

— ¿ Pensáis — dijo mi padre severamente, — que he de proponerle por dos veces ser mi amigo, mi ayuda, mi confidente, asociándole á mis trabajos y á mi fortuna? Owen, creía que me conocíais mejor.

Y lanzó sobre mí una mirada como si quisiera decir más; pero volviéndose de espaldas y salió bruscamente.

Quedé muy conmovido, lo confieso: no me había preocupado antes aquel aspecto de la cuestión, y, á empezar por él mi padre, es probable que no hubiera tenido razón poderosa para quejarse de mí.

Era ya demasiado tarde. Sentí en mí mucho de su tenacidad de carácter, y estaba escrito que debía de hallar, en mi propia falta, el castigo, demasiado débil aún, de mi desobediencia.

Una vez á solas con Owen, éste puso en mí sus ojos humedecidos por las lágrimas, como ganoso de descubrir, antes de

ensayar el papel de medianero, cuál era el punto vulnerable de mi resistencia. Por fin, comenzó con frases entrecortadas y sin ilación alguna.

— ¡ Señor!... Señor Francis... ¡ Válgame el cielo, señor!... ¡ Qué fatalidad, señor Osbaldistone!... ¿ Quién podía presumir?... ¡ Vos! ¡ Tan buen chico!... ¡ Por amor de Dios, examinad los dos platillos de la balanza!... Pensad en lo que váis á perder... ¡ Una fortuna tan pingüe, señor!... ¡ Una de las mejores casas de la Cité, conocida antiguamente bajo la razón social de Tresham y Trent, hoy bajo la de Osbaldistone y Tresham!... ¡ Nadaríais en oro, señor Francis! Y después, si había algo que os fastidiase en el trabajo de las oficinas, — añadió bajando la voz, — aquí estoy yo para arreglárselo cada mes, cada semana, cada día, si gustáis... Vamos, querido señor Francis: no olvidéis el respeto debido á vuestro padre, si queréis alcanzar en este mundo larga vida.

— Gracias, señor Owen; os quedo sumamente reconocido, pero mi padre es el mejor juez respecto al empleo de su fortuna. Ha hablado de uno de mis primos: que disponga de sus bienes según le acomode. Yo no venderé mi libertad á peso de oro.

— ¿ De oro, señor? ¡ Ah! ¡ Si hubieseis visto el balance correspondiente al último trimestre! Cinco cifras, señor Frank, cinco cifras en la partida de cada sócio... ¡ Y todo eso pasaría á un papista, á un majadero del Norte y, lo que es peor, á un enemigo del rey! Esto me parte el corazón, señor Francis, á mí que he trabajado como un negro para hacer prosperar la casa. Fijaos en lo bien que sonará un «Osbaldistone, Tresham y Osbaldistone» O tal vez... ¿ quién sabe?... — Y aquí bajó de nuevo la voz — Un «Osbaldistone y Tresham», puesto que el principal es capaz de freirsela á todos.

— Pero, señor Owen, mi primo se apellida también Osbaldistone, y la razón social no sonará peor á vuestros oídos.

— ¡ Vaya! ¿ No sabéis, señor Francis, lo mucho que os quiero!... ¡ Vuestro primo! Un papista como su padre, sin duda, y un adversario de la dinastía reinante (B): A bien que lo mismo dá; ¿ no es cierto?

obsequio de permanecer hasta nueva orden. Mañana, por la mañana, todo estará dispuesto para vuestra partida.

Dijo, y salió del salón.

—¿Qué significa todo eso, señor Owen?— pregunté á mi excelente amigo, cuyo aspecto expresaba el abatimiento más profundo.

—Que os habéis perdido, señor Frank: hélo aquí todo. Cuando vuestro padre habla en ese tono sosegado y resuelto, cambia menos que un saldo de cuentas.

Los acontecimientos le dieron la razón.

A la madrugada siguiente, en efecto, y desde las cinco, caminaba yo, caballero en bastante buen caballo, por la via de York, con cincuenta guineas en el bolsón, viajando, según todas las probabilidades, en busca de un sucesor para mi padre que me reemplazara á su lado y en su afecto y que tal vez me arrebataría su fortuna.



CAPÍTULO III.

Desplegada la vela, flota del uno al otro lado; el batel, no enderezado, hace agua; medio sumergido, con incierto rumbo, va al azar; el remo se quiebra por completo y el timón está perdido.

I. GAY.—Fábulas.

Las divisiones de esta importante historia van separadas por medio de epígrafes á fin de cautivar la valiosa atención del lector con los atractivos de un estilo más encantador que el mio.

Así, la fábula que acabo de citar alude á un imprudente navegante que desata con denuedo una barca de sus amarras y, sin ser capaz de dirigirla, la abandona á la corriente de un gran río. Jamás estudiante alguno que, por atolondramiento ó por bravata, se lanzó á tan peligrosa aventura, sintió, sobre las rápidas olas, el horror de su situación como cuando me hallé flotando sin brújula en el océano de la vida.

La facilidad singular con que mi padre había roto el lazo que se considera el más sagrado entre cuantos unen á los miembros de una sociedad y me dejaba partir á guisa de proscrito del hogar doméstico, desvaneció la confianza en mis méritos perso-

nales que me sostuviera hasta entonces. El príncipe Encantador del cuento, ora pescador y ora hijo de rey, no podía juzgarse más degradado que yo. El egoísmo, que todo lo agranda, nos induce de tal modo á considerar como dependencia natural de nuestras personas los accesorios de que se rodea la prosperidad, que la convicción de nuestra impotencia, una vez abandonados á los propios recursos, nos llena de inesplicable mortificación.

A medida que me alejaba de Londres, el apartado toque de sus campanas reprodujo, más de una vez, en mi oído, el famoso *¡Vuelve, pues!* percibido ya por el futuro alcalde Ricardo Wittington; y cuando, desde las alturas de Highgate, contemplé la capital coronada de neblina, parecióme que abandonaba, tras de mí, la dicha, la opulencia, los encantos de la sociedad con todos los placeres de la existencia civilizada.

Pero estaba echada mi suerte. No era cuerdo esperar que una sumisión tardía y de mal género me restableciera en la situación perdida. Por el contrario: rígido é inflexible mi padre, hubiera tenido para mí más desprecio que indulgencia viéndome, tarde y por necesidad, condescender á sus deseos. Mi obstinación natural me sostenía también, á la par que, por lo bajo, representábame el orgullo la desairada situación en que aparecería yo caso de que me bastara un simple paseo fuera de Londres para disipar una resolución adoptada después de un mes de serias reflexiones.

A su vez la esperanza, que jamás desierta de los corazones jóvenes y esforzados, iluminaba con su prestigio mis nuevos proyectos. ¿Había mi padre pronunciado tan resueltamente la orden que me excluía de la familia, sin ánimo de repararla? No. Intentaba poner á prueba mi carácter. Presentándose yo paciente y firme, me granjearía más aprecio, y la consecuencia de ello no podía ser otra que una amigable conciliación en nuestras diferencias. Fijaba ya, de mi parte, las concesiones á otorgar y los artículos de nuestro convenio imaginario que debería mantener enérgicamente. El resultado de tan bellos cálculos fué que se me debía reintegrar en todos mis derechos de

familia y que el único castigo á mi indisciplina debería ser el de mostrar en lo sucesivo más obediencia.

Entre tanto, era árbitro de mi persona y saboreaba el sentimiento de independencia que todo corazón primerizo acoje con emoción de voluptuosidad mezclada de temor.

Sin estar provisto con creces, mi bolsillo bastaba para hacer frente á las necesidades y á los deseos de un viajante. Durante mi permanencia en Burdeos, habíame acostumbrado á servirme yo mismo; mi caballo era joven, lozano y vivo, y la elasticidad de mi carácter pudo muy luego más que las visiones melancólicas que me habían asediado al partir.

No me hubiera disgustado, empero, el andar camino por uno que hubiese ofrecido más alimento á la curiosidad ó, á lo menos, puntos de vista más interesantes. La carretera del Norte estaba entonces, y puede que lo esté hoy todavía, desprovista por completo de belleza, y creo que no existe otra región de Inglaterra que ofrezca menos objetos dignos de llamar la atención.

A pesar de la seguridad completa en mi misión, los pensamientos que cruzaban por mi espíritu no estaban ajenos á la amargura. Hasta la musa, esta franca coqueta que me había arrojado en medio de aquel país salvaje, me abandonaba á mi desgracia.

El fastidio no tardara en consumirme si, acá y allá, no hubiese tenido ocasión de cambiar algunas palabras con los viajeros que seguían dirección igual á la mía. Pero aquellos encuentros no ofrecían ni variedad ni interés. Curas de aldea, montados y trotando hacia el templo, después de una visita á sus ovejas; colonos ó ganaderos regresando de lejana feria; negociantes en comisión recorriendo la provincia para realizar créditos retrasados; de vez en cuando, un oficial del rey en busca de reclutas: tal era la gente que ponía en movimiento guarda-barreras y muchachos de mesón.

Nuestras conversaciones versaban sobre diezmos y artículos de la fe, sobre bueyes y granos, sobre mercancías sólidas y liquidas, sobre la solvencia de los tenderos: amenizado todo,

de tiempo en tiempo, por la relación de un asedio ó de una batalla de Flandes, que tal vez el narrador conocía sólo de oídas. Las historias de ladrones, tema fecundo é interesante, llenaban los vacíos, y los nombres del Colono de oro, del Bandido fantasma, de Jack Needham y de otros héroes de la *Ópera del Pelón* nos eran familiares. Oyendo tales relatos, los viandantes (como niños que se apiñan en derredor del hogar, á medida que adelanta la historia del aparecido,) acercábanse unos á otros, miraban en torno de ellos, examinaban el cebo de sus pistolas y juraban socorrerse mutuamente en caso de ataque: juramento que, á semejanza de muchas alianzas ofensivas y defensivas, se echa en olvido al menor asomo de peligro.

De cuantos individuos he visto en mi vida atormentados por terrores de ese género, un pobre señor, con quien viajé día y medio, es quien me ha solazado más.

Traía sobre su silla una pequeña maleta, al parecer muy pesada y que vigilaba con exquisito cuidado, sin perderla un instante de vista, ni confiarla al oficioso celo de los criados y mesoneros que le ofrecían encargarse de ella. Con igual prudencia sombría, esforzabase no sólo en ocultar el objeto de su viaje y el lugar de su destino, si que también la dirección que pensaba emprender al siguiente día. Nada le ponía en más aprieto que las preguntas de costumbre: «¿Hacia qué lado os encamináis? ¿En dónde pensáis hacer alto?» La idea del sitio en que hacer noche, sobre todo, le causaba la más viva desazón, pues evitaba el pasar por los solitarios evitando lo que consideraba vecindario sospechoso. En Grantham creo que no se acostó durante toda la noche, por haber visto entrar en la habitación inmediata á la suya cierto sugeto gordo y bizco, con peluca negra y traje bordado en oro deslucido.

A pesar de sus continuas alarmas, mi compañero de viaje, según todas las apariencias, era persona más que capaz de defenderse. Robusto y bien construido, la escarapela de su sombrero galoneado parecía indicar que mi hombre había servido en el ejército ó pertenecía á éste por uno ú otro concepto. Su

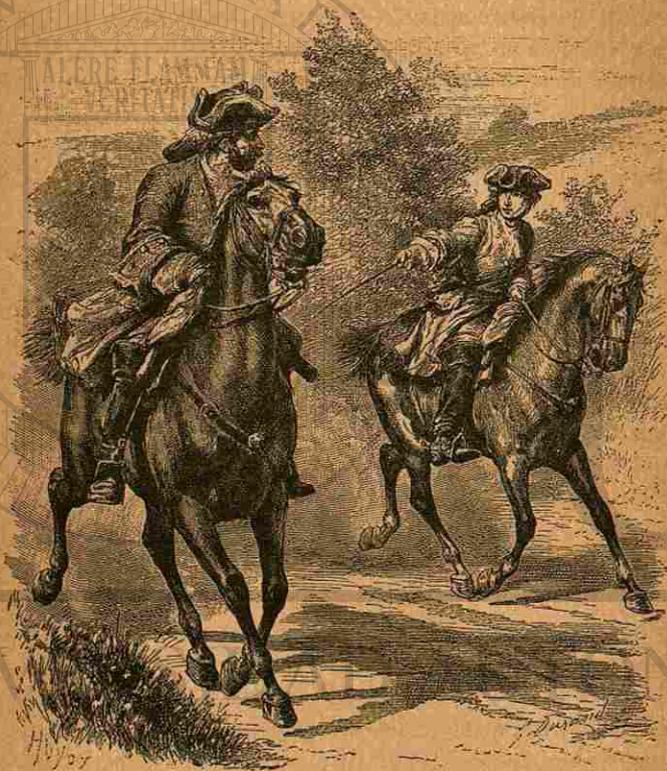
conversación, aunque siempre bastante vulgar, era la de un varón sesudo, mientras los terribles fantasmas que pululaban en su imaginación le daban un momento de tregua, bastando, empero, cualquier encuentro fortuito para evocarlos. Iguales aprensiones le inspiraba una cerca que un despoblado; el silbido de un pastor se convertía en señal de ladrones; el espectáculo mismo de una horca, mostrándole que la justicia acababa de enviar un malhechor al otro mundo, no dejaba de recordarle los muchos que en éste quedaban para ahorcar.

La compañía de aquel hombre convirtiérase en insoportable, á no ser por la distracción que ofrecía al decaimiento de mis solitarias reflexiones. De otra parte, algunas de las historias extraordinarias que él se complacía en recitar tenían en sí mismas cierto interés, y lo chocante de los detalles con que las adornaba ofrecíame, á veces, ocasión de divertirme á costas suyas. En sus narraciones, numerosos viajeros, destrozados por las partidas de ladrones, debían su infortunio á la imprudencia en viajar con algún extranjero de buen porte y conversación agradable, cuya compañía presagiara goce á la par de protección. ¡Como que había alegrado los sinsabores del camino con cuentos y canciones y había sabido hacer entrar en razón al mesonero, desvaneciendo las preocupaciones del adlátere! Por fin y so pretexto de tomar por el camino más corto, atravesando lugares solitarios, atraía á sus confiadas víctimas hacia alguno separado de la calzada en el fondo de horrible caverna. Allí, volviendo á desempeñar su verdadero papel, el de capitán de bandidos, daba un silbido que hacía salir súbitamente de sus escondrijos á los camaradas, quienes arrancaban á los imprudentes la bolsa y á veces la vida.

Al final de una de esas historias, cuyo relato parecía redoblar más y más las zozobras del narrador, reparé en que no dejaba de atisbarme con mirada inquieta y suspicáz, como si de pronto se creyera en la compañía de uno de aquellos peligrosos personajes que acababa de describir. No bien semejantes ideas asaltaban el espíritu de aquel ingenioso verdugo de sí propio, separábase de mí, tomaba por el otro lado de la carre-

tera, se ponía en acecho y examinaba sus armas dispuesto á huir ó á defenderse, según las circunstancias.

La desconfianza que manifestaba creíala yo pasajera y me divertía demasiado, además, para ofenderme. Y á decir verdad,



aunque me tomara, á ratos, por un bandido, no se permitía observación alguna referente á mi traje ni á mis maneras.

En aquellos tiempos se podía tener el exterior de un hombre de bien y ser todo un saltador de caminos. La división del trabajo no estaba marcada con tanta precisión como lo ha sido luégo, y la profesión del aventurero de buen tono, que esca-

moteaba el dinero jugando á la baraja ó á la pelota, aliábase con frecuencia á la del ladrón declarado que, en los eriales de Bagshot ó en los prados de Finchley, pedía la bolsa ó la vida al galante petardista, su compadre. Había, asimismo, en las costumbres cierta grosería, cierta insolencia que han disminuido mucho y hasta desaparecido. Las gentes desposeídas de recursos tenían, si no me engaño, menos repugnancia entonces que ahora á poner en juego medios criminales para reparar su fortuna.

Estaba, sin duda, muy lejano el tiempo en que el sabio Antonio Wood lamentaba la ejecución de dos bizarros y guapos chicos que fueron ahorcados, sin contemplación alguna, en Oxford, sólo porque la miseria les había obligado á exigir contribuciones en la carretera. Más lejos estábamos aún de los días del Príncipe loco y de Poins, personajes de Shakspeare. Pero era tal la extensión de los numerosos eriales sin acotar, que rodeaban las capitales, y tan ruin la población de los distritos apartados, que bien podían hallarse á menudo, en aquellos, bandidos á caballo (especie que algún día será tal vez desconocida) que trabajasen con bastante urbanidad. Parecidos á Gibbet, en *La Estratagema de los Maestrillos*, echábenselas de ser los mejor educados entre los viandantes y de portarse con todo el decoro apetecible en el desempeño de su oficio.

En mi situación, muchos jóvenes hubieran acabado por indignarse de veras ante una equivocación que les confundiera con los malhechores de aquella honorífica categoría. Yo, por el contrario, holgábame ora en despertar, ora en adormecer las sospechas de mi tembloroso acompañante; es decir, me complacía en barajar más y más unos sesos que la naturaleza y el miedo combinados no habían hecho muy sanos. En cuanto la franqueza de mis modales inducía á mi hombre á perfecta seguridad, bastaba una ligera referencia al objeto de su viaje ó á la clase de negocios que motivaban éste para avivar, de nuevo, su recelo.

Por ejemplo: la conversación acerca de la fuerza y celeridad comparativas de nuestras cabalgaduras, tomó el sesgo siguiente:

— ¡Oh, caballero! — exclamó mi adlátere. — En cuanto al galope, concedido; pero permitidme deciros que vuestro caballo, (bellísimo animal, lo confieso,) tiene los huesos demasiado pequeños para ser buen andarín. El trote, caballero, — añadió espoleando su bucéfalo, — el trote es la verdadera marcha de un caballo de posta, y, si estuviéramos cerca de una ciudad, apostara yo dos botellas de burdeos, efectivas en la primera posada, á que tomaría la delantera á vuestro lindo corredor en bien dispuesta vía.

— Alegráos, señor mio: — contesté; — ahí se ofrece un espacio de terreno que ni hecho de encargo.

— Hem! Hem!... — replicó alarmado. — Me he impuesto como regla de viaje, el no reventar á mi caballo entre parada y parada. ¿Quién sabe si será necesaria toda su velocidad? De otra parte, caballero, al proponeros la apuesta lo hacía bajo el supuesto de que fuera igual el peso.

— Enhorabuena. Consiento en cargar con el exceso. ¿Cuánto pesa vuestra maleta?

— ¿Mi ma... ma... leta? — tartamudeó. — ¡Pues! Poca cosa!... Una bagatela... Algunas camisas y... algunos pares de medias...

— ¡Oh! Eso en apariencia; pero, en realidad, tiene trazas de pesar mucho. Nada: van apostadas las dos botellas á que suma la diferencia cabal entre la carga de mi caballo y la del vuestro.

— Estáis en un error, caballero; os lo aseguro; estáis en grave error; — repuso, pasando al otro lado del camino, según su costumbre en las ocasiones alarmantes.

— ¡Vamos! Dispuesto estoy á correr el riesgo de la aventura: hasta apuesto diez contra uno á que, con vuestra maleta en grupa, os adelanto todavía.

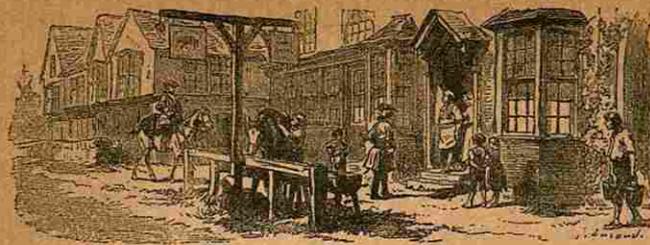
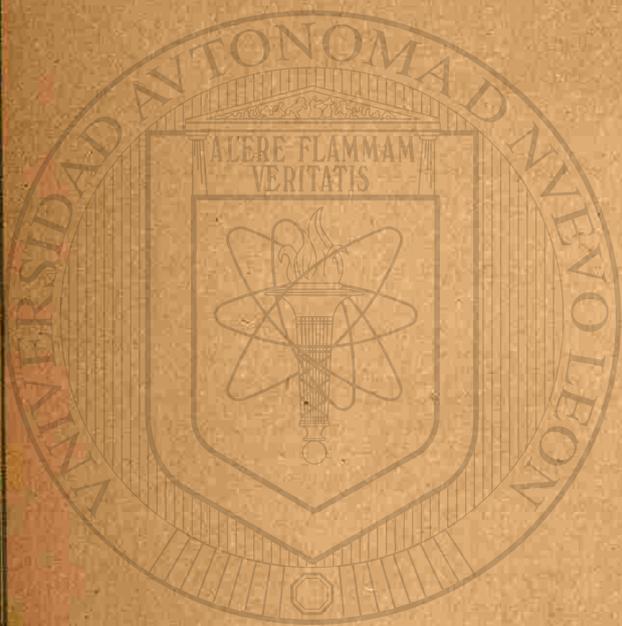
Este ofrecimiento elevó al colmo el terror de mi compañero. Su nariz, color de solera de vino, debido á más de un buen vaso de burdeos ó de madera, tomó un tinte pálido y amarillento, y sus dientes rechinaron de terror. Una proposición tan resuelta y audáz evocó, al parecer, ante sus ojos á los picaros redomados en toda la atrocidad de su cometido.

Mientras el pobre balbuceaba una respuesta, procuré que hiciera de tripas corazón hablándole de un campanario que se destacaba en el horizonte y haciéndole observar que nos encontrábamos bastante cerca de poblado para escapar del peligro de un mal encuentro: á cuyas palabras volvió á serenarse su cara, sin que dejase yo de notar que no olvidaría pronto, por su parte, una proposición tan malsonante como había sido la mía.

Esos detalles relativos al carácter de mi compañero y al modo con que lo convertía yo en juguete mio, parecerán fastidiosos; pero véome obligado á darlos porque, frívolos y todo, ejercieron gran influencia en los acontecimientos cuyo relato va á seguir.

La conducta de aquel hombre no me inspiró, por entonces, más que desprecio, confirmándome en la opinión de que, entre todas las inclinaciones que mueven á nuestros semejantes á atormentarse, no hay otra más rebelde, más lastimosa ni más miserable que la cobardía.





CAPÍTULO IV.

« Los escoceses son pobres », clama en tono áspero el inglés hinchado de orgullo. El cargo es merecido, y aquéllos no se defienden contra él. ¿ No están, pues, rigurosamente en su derecho trasladándose aquí con intención de reparar las injusticias de la suerte?

CÁRLOS CHURCHILL.

EXISTÍA, en el tiempo de que hablo, una antigua usanza que, según creo, ha pasado de moda ó se practica sólo por gente vulgar.

Verificándose, como se verificaban, á caballo los viajes largos, y, en consecuencia, á pequeñas jornadas, se seguía la costumbre de hacer alto el domingo en alguna localidad para asistir al templo y dar descanso á las caballerías: costumbre no menos provechosa á estos útiles animales que á sus dueños.

A semejante práctica acompañaba, en cierto modo, otra que recordaba la antigua hospitalidad inglesa. El dueño de una buena hostería, sacudiendo, durante el séptimo día, su carácter comercial, invitaba á sus huéspedes transitorios á participar, en familia, de su carne de buey y de su puding (1): invita-

(1) Manjar compuesto de pasas, miga de pan, tuétano de vaca, etc.

ción bien acogida, comunmente, por todos aquellos que no creían que un acto de complacencia iba á rebajarles. La botella de vino que se pedía, después de comer, para brindar á la salud del anfitrión, era la única indemnización que á éste se ofrecía y estaba él dispuesto á aceptar.

A fuer de ciudadano del mundo, asistía yo gustoso á las escenas todas en que pudiera arraigar mi conocimiento de la especie humana, aparte de que ningún derecho tenía á retraerme, bajo pretexto de mi rango distinguido. No dejé, pues, de aceptar, cada domingo, la hospitalidad consabida, lo mismo en *La Liga* que en *El Oso* ó en *El León de Oro*.

El honrado posadero, engreído por el sentimiento de su accidental importancia, y orgulloso de presidir, sentado á la mesa, á las personas á quienes tenía la costumbre de servir, constituía ya, en sí mismo, un espectáculo divertido. Al rededor del astro principal gravitaban planetas de más modesta luz: los espíritus listos y las notabilidades de campanario; el farmacéutico, el procurador y hasta el vicario, no desdenándose de tomar parte en el festín semanal. Los convidados, gente del país perteneciente á diversas clases, presentaban, con su lenguaje, sus modales y sus opiniones, contrastes chocantes y á propósito para interesar al observador ganoso de estudiar al hombre en algunas de sus variedades.

Uno de aquellos días y en circunstancias como las indicadas, mi medroso compañero y yo nos disponíamos á sentarnos á la mesa del posadero de *El Oso negro*, (villa de Darlington, diócesis de Durham,) cuando nuestro anfitrión, hombre de rubicundo semblante, notificónos, en tono de excusa, que un hidalgo escocés comería con nosotros.

— ¡Hidalgo! ¿De qué especie?— apresuróse á preguntar mi compañero, á cuyo pensamiento acudían probablemente los «hidalgos de camino», conforme se apellidaba á los ladrones.

— Toma! De especie escocesa: ya os lo he dicho;— contestó el mesonero.— Allá bajo son todos nobles, como sabéis, aunque no gasten camisa. Ese, empero, es un mozo de buen porte. Nunca escocés más listo pasó el puente de Berwick... Tratante en ganado, á lo que creo.

— Procuradnos á toda costa su compañía;— dijo mi compañero; y volviéndose hácia mí, comunicóme sus reflexiones.

— Respeto á los escoceses, caballero, estimo y honro á esa nación por su moralidad. Se les acusa de pobres y desaseados, pero son honrados, aunque vistan harapos, como dice el poeta. Personas dignas de crédito hanme asegurado que en Escocia no son conocidos los salteadores de camino.

— Consiste en que no hay cosa que saltar, — observó el mesonero riendo á carcajada suelta y satisfecho de sí mismo.

— No, posadero, no;— respondió, detrás de él, una voz recia y bien timbrada, — consiste únicamente en que los vistas de aduanas é inspectores ingleses, que habéis colocado más allá del Tweed, han cargado con el oficio á costas de los que lo ejercían.

— Bien dicho, señor Campbell;— replicó el mesonero.— No os creía tan cerca de nosotros; pero sabéis que soy del condado de York en que los perros tienen la lengua expedita. ¿Qué tal van los mercados por el Mediodía?

— Como siempre: los cuerdos venden y compran, y los locos son comprados y vendidos.

— Ya; pero á cuerdos y locos no les falta comida y... aquí está para empezar la nuestra, un cuarto trasero de buey como jamás hambriento alguno hirió con el tenedor.

Y, así diciendo, preparó su gran cuchillo, adjudicóse el sitio de honor, á la parte más extrema de la mesa, y cargó los platos á la redonda con sendas tajadas procedentes de su cocina.

Era la vez primera en que oía yo hablar á un escocés, ó mejor dicho, que me hallaba frente á frente de un individuo perteneciente á la antigua raza escocesa, la cual, desde mi infancia, había cautivado mi imaginación.

Pertenecía mi padre á una antigua familia del Northumberland, y la casa solariega de nuestros mayores se elevaba á algunas leguas del paraje en que comía yo á la sazón. El resentimiento que separaba á mi padre de sus parientes era tan vivo, que rara vez se le ocurría hablar de su origen, teniendo por

la más despreciable de las vanidades la que se ostenta con el calificativo de «orgullo de familia.» La única distinción que ambicionaba era la de que se le llamara William Osbaldistone, el primer comerciante, ó á lo menos uno de los primeros comerciantes de Londres. Aunque se le probara que descendía, en



línea recta, de Guillermo el Conquistador, su amor propio se hubiera sentido menos lisonjeado que oyendo los murmullos y cuchicheos que producía su llegada entre los toros (alzistas), los osos, (bajistas) y los corredores de Bolsa. Ansiaba sinceramente que permaneciese yo ignorante de mi linaje y de mi parentela, á fin de que no hubiera entre nosotros divergencia alguna acerca del particular.

No obstante, sus proyectos, (como acaece á menudo á los mejor combinados,) vieronse contrariados, hasta cierto punto, por un sér á quien su orgullo no hubiera creído capaz de oponerse en manera alguna. Su nodriza, anciana mujer del Northumberland, era la única persona de su país natal por

quien se interesaba, y cuando la fortuna principió á sonreírle, el primer empleo que dió á sus favores fué el de conceder á Mabel Ricketts un sitio en su hogar. Muerta mi madre, á ella confié la tarea de cuidarme en mis primeras enfermedades y de dispensarme aquellas delicadas atenciones que la infancia exige de la ternura de una mujer. Como su amo le había prohibido hablar, en presencia suya, de los matorrales, montes y valles de su querida tierra, ella se desquitaba conmigo haciendo descripciones sin fin de los espectáculos de su juventud y recordando largas narraciones de los sucesos que la tradición había enlazado á ellos. Tales lecciones, poco graves si bien pintorescas, encontraban en mí un oyente infatigable.

¡Pobre anciana! Paréceme verla todavía, la cabeza algo oscilante, por efecto de la edad, cubierta con una cofia ajustada y tan blanca como la nieve; arrugado el rostro, pero respirando un aire de salud que debía á la costumbre de los trabajos rústicos. Paréceme verla mirando vagamente, desde la ventana, la estrecha calle y las paredes de ladrillo de enfrente, mientras terminaba, con un suspiro, su balada favorita, que prefería yo entonces, y prefiero aún, á *fè mia*, á los cantábiles de ópera inventados por el caprichoso genio de un *maestro* italiano.

*¿ Quién nos podrá devolver
La encina, el fresno y la yedra
De más hermosa verdor
En el norte de Inglaterra?*

Mabel no hablaba de la nación escocesa sino con toda la animosidad de que era capaz. Los habitantes del otro lado de la frontera desempeñaban, en sus historias, el papel que los ogros y gigantes con botas de á siete leguas hacen, por regla general, en los cuentos de nodrizas. ¿Podía ser de otro modo? ¿No fué acaso Duglás el Negro quien dió muerte, con propia mano, al heredero de la familia Osbaldistone el día siguiente al en que entrara en posesión del dominio de sus padres, sorprendiendo, á él y á sus vasallos, en mitad de la fiesta que

daba con tal motivo? ¿No fué, acaso, Gualtero el Diablo quien, en tiempos poco lejanos de mi bisabuelo, robó todos nuestros corderillos en las montañas de Fare? ¿Y no teníamos, acaso, como pruebas de la venganza librada contra sus maldades, numerosos trofeos que, según versión auténtica de la vieja aldeana, habían sido conquistados con mayor honra? Sir Enrique Osbaldistone, quinto barón de su nombre, ¿no fué el raptor de la linda señorita de Fairnington, como Aquiles lo fué de Chryseida y de Briseida? ¿No la retuvo, acaso, en su castillo, á pesar de las fuerzas unidas de los jefes escoceses más poderosos y de más alto renombre? Y nuestras espadas ¿no habían acaso brillado en primer término en las batallas en que el Sajón triunfó tantas veces de sus rivales? En las guerras del Norte adquirió nuestra familia la plenitud de su gloria, reponiéndose de todas las contrariedades.

Inflamado por semejantes relatos, acostubrémeme á mirar la nación escocesa como raza hostil por naturaleza á los habitantes meridionales del reino, y los discursos que pronunciaba mi padre afirmáronme más y más en mis preveniciones.

Había él emprendido un vasto negocio en maderas de roble con los propietarios montañeses, y decía que los hallaba siempre más dispuestos á cerrar el trato y á exigir el arreglo, que exactos en cumplir las cláusulas que les obligaban. Recelaba, asimismo, en contra de los negociantes escoceses, á quienes se veía obligado á emplear como intermediarios, que pretendían adjudicarse, en una ú otra forma, parte de beneficio más considerable que la que en realidad les correspondía. De modo que si Mabel tenía por que quejarse de los guerreros escoceses de los tiempos pasados, su amo no se desencadenaba menos contra los ardides de los modernos Sinones.

Y hé aquí cómo ambos, sin premeditarlo, inspiraron á mi tierna inteligencia una aversión sincera contra los habitantes del Norte de la Gran Bretaña, á quienes me representaba como sanguinarios en la guerra, pérfidos en la paz, interesados, egoistas, avaros, tunantes en los menores asuntos; casi desnudos de buenas cualidades, á no calificarse de tales una feroci-

dad parecida al valor en los combates, y una habilidosa astucia que sustituía á la prudencia en las ordinarias relaciones. Para justificar ó excusar, al menos, á los que alimentaban semejantes preocupaciones, debo decir que en aquella época los escoceses incurrian en idéntica injusticia contra los ingleses, á quienes despreciaban, por acuerdo unánime, como pueblo de ricachos orgullosos y de insolentes sibaritas. Tales eran los gérmenes del rencor nacional, que subsistía en uno y otro país: consecuencia natural de su existencia como reinos largo tiempo separados y rivales.

Con desfavorable impresión, pues, miré al primer escocés que hallé en mi camino.

La figura de M. Campbell, casi en su totalidad, corroboraba la idea preconcebida que tenía yo de sus compatriotas. Presentaba los rasgos duros y las formas atléticas que caracterizan á aquellos, teniendo, además, el acento nacional y aquel tono lento y pedantesco que rebuscan para evitar el empleo de los idiotismos de su dialecto. Noté también en la mayoría de sus observaciones y respuestas, la desconfianza y el disimulo escoceses; pero me sorprendió, en verdad, el aire de favor y de superioridad que parecía elevarlo por encima de la compañía en que se hallaba casualmente. Su traje era lo más rudo posible, aunque decente, denotando un estado de medianía, sinó de privación, en tiempos en que se tiraba tanto dinero para componerse, hasta por parte de las gentes ínfimas con pujos de personas distinguidas. Su conversación revelóme que trataba en ganados: género de ocupación no muy encoquetado, que digamos.

Con todo y á pesar de tales desventajas, parecíale muy natural el dispensar á cuantos le rodeaban aquella condescendencia urbana, pero fría, que demuestra una superioridad real ó afectada sobre aquellos á quienes se dirige. Emitía su opinión con el aplomo y seguridad que se arroga el hombre á quien su rango ó su instrucción conceden los primeros lugares, como si sus palabras no pudieran sufrir ni contradicción ni sombra de duda. Nuestro anfitrión y sus comensales domingueros, después de

una ó dos tentativas para defender sus opiniones á fuerza de gritos y de afirmaciones atrevidas, acababan por someterse á la autoridad de M. Campbell, quien pasaba á ser árbitro de la conversación.

Tentado estuve, por curiosidad, de entrar en palestra con él, fiado en mi aprendizaje del mundo, con ocasión de mi permanencia en el extranjero, y en los conocimientos de que una regular educación habia dotado mi espíritu. Bajo este último concepto, no se aventuró á sostener la lucha, y muy luégo eché de ver que su talento natural no habia sido cultivado. En cambio, halléle mucho más enterado que yo del estado de Francia, del carácter del anciano rey y de los ministros que rodeaban á éste. Sus opiniones sutiles, intencionadas y, á veces, satíricas, provenian de un observador atento á los asuntos de dicho país.

Tocante al terreno político, Campbell se mantenía en una reserva que le aconsejaba sin duda la prudencia. Las divisiones de los partidos whig y tory conmovian entonces la Inglaterra hasta sus cimientos, y una facción poderosa, adicta á los intereses de los Estuardos, amenazaba á la dinastía de Hannover establecida apenas en el trono. En cada taberna resonaba el vocerío de las disputas entre politiqueros de baja condición. Y como nuestro mesonero, muy ducho en materia de opiniones, tenia por regla el no atentar á una buena práctica, cada domingo era su mesa teatro de discusiones tan apasionadas cual si se promovieran en consejo municipal. El cura, el boticario y, con ellos, un hombre pequeño que nada descubria acerca de su estado, pero en cuya agilidad y chasqueteo de dedos reconocí al barbero, sostenian acaloradamente la causa de la alta Iglesia y de los Estuardos. El cobrador de impuestos, conforme á su deber, y el asesor, que aspiraba á un módico empleo dependiente de la Corona, interesado vivamente en el debate, defendian, al igual que mi compañero de viaje, y con no menos calor que él, el partido del rey Jorje I y la sucesión real en la linea protestante. Era aquello una tempestad de gritos desaforados y de horribles juramentos.



Los dos campos enemigos llamaron á M. Campbell, ganoso en igual grado de obtener la aprobación de uno y otro.

— Sois escocés, — exclamó el uno — y un hidalgo de vuestro país debe declararse en pró de los derechos legítimos y hereditarios.

— Sois presbiteriano, — exclamó el otro — y no podéis aplaudir el poder absoluto.

Después de haber logrado, no sin dificultad, un momento de silencio:

— Caballeros: — dijo el oráculo, — no niego que el rey Jorge merezca las simpatías de sus amigos, y, á fé mía, que si consigue sostenerse, de seguro que podrá hacer del colector un comisario de aduanas y conferir á nuestro amigo Guitam el cargo de abogado general; siendo, asimismo, libre para conceder una buena plaza ó una pensión á ese honrado caballero sentado sobre la maleta que prefiere á una silla. Por otra parte, sin género alguno de duda, el rey Jaime tiene un corazón agradecido y, en cuanto le toque el turno, nada le impedirá, si le parece bien, el nombrar al reverendo eclesiástico arzobispo de Cantorbery y al doctor Mixtura primer médico de la real casa, ni de confiar, en fin, su real barba á los cuidados de mi amigo Mousson. Pero, como dudo mucho de que uno ú otro de los dos principes rivales ofrezca á vuestro servidor, Roberto Campbell, un vaso de aguardiente, si le acosa la sed, doy mi voto á Jonatás Brown, vuestro mesonero, y le proclamo rey de los escanciadores, á condición de que haga servirnos otra botella de vino tan buena como la última.

Esta agudeza fué acogida con bravos unánimes; el posadero se asoció á ella cordialmente y, después de dar cumplimiento á la condición de que dependía su realeza, apresuróse á comunicar á sus convidados que, no por ser de talante pacífico, M. Campbell dejaba de tener el valor de un león.

— Si, señores; — añadió, — hallándose solo, puso en fuga á siete ladrones, camino de Witson!

— Estáis confundiendo, caro amigo: — dijo Campbell interrumpiéndole, — no eran sinó dos, y los dos sin brios, como convendría que fuesen siempre.

— ¡Qué! ¿Será posible, caballero? — interrogó mi pusilánime acercando su asiento, es decir su maleta, al escocés. — ¿Será posible? ¡ Dos ladrones contra vos solo!

— Nada más cierto, caballero, y no veo que la cosa valga la pena de tanta compunción.

— Á fe mía, que me diera por dichoso de disfrutar el placer de vuestra compañía. Me dirijo hácia el Norte, caballero.

Esta información benévola respecto á la meta de su viaje

(soltaba la lengua por vez primera,) no produjo efecto alguno en el escocés, quien no se dió por entendido.

— ¡Viajar juntos, caballero! Fuera difícil; — contestó á secas. — Vos montáis á caballo, sin duda, y yo; hoy por hoy, ando á pié ó monto un jaco montañés que maldito lo que anda.



Y esto dicho, arregló la cuenta de la botella que había pedido, tiró el importe sobre la mesa y levantóse en señal de despedida.

Acercósele mi compañero; cogióle por un botón del traje, y atrájole hacia el alféizar de una ventana; ante cuyas manifestaciones apremiantes creí adivinar que reiteraba sus peticiones á Campbell, quien parecía negarse á ellas.

— Me encargo de todos los gastos, caballero; — dijo mi hombre en alta voz, como si hubiera dado con un argumento irresistible.

— Imposible, repito! — replicó el otro con aire desdeñoso. — Tengo que hacer en Rothbury.

— ¡Oh! nada me apremia, caballero, y, por la pérdida de uno ó de dos días, no he de privarme de una compañía como la vuestra.

— Por mi honor, señor mío, — dijo Campbell, — que me es

imposible prestaros el servicio al cual dais tanta importancia. Viajo para asuntos particulares, —añadió irguiéndose con orgullo,— y si algún consejo puedo daros, es el de que no os asociéis en camino al primer extranjero sobrevenido, y más aún el de que os abstengáis de decir hacia donde os dirigís á aquellos que no os lo preguntan.

Y, sin mucha ceremonia, volvió la espalda al importuno. Aproximándose luego á mi, en el momento en que los convidados abandonaban la mesa, dijo:

— Vuestro amigo, caballero, es expansivo en exceso, trayendo, como trae, tan precioso depósito.

— Ese señor — contesté, — no es amigo mio; es un conocimiento que he hecho en camino. Nada sé de él, ni siquiera su nombre, y pareceme que vos habéis adelantado más que yo en su confianza.

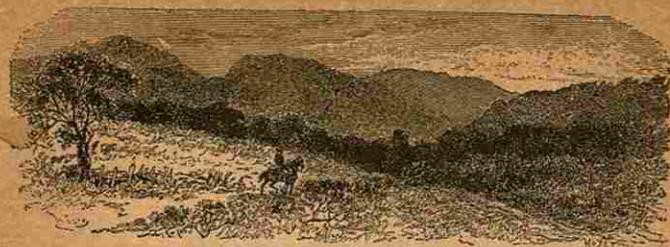
— Quería decir sólo — repuso en tono brusco, — que no es muy prudente, por su parte, ofrecer el honor de su compañía á quien no lo apetece.

— Debe conocer sus asuntos mejor que nadie, — repliqué, — y sentiría ser juez de ello bajo uno ú otro punto de vista.

M. Campbell, sin ulterior observación, expresóme el deseo de que tuviera yo un buen viaje, y la compañía se retiró.

Al siguiente día, por la mañana, separéme del tímido viajante, puesto que dejaba yo la carretera del Norte para dirigirme al Oeste, hácia el castillo de Osbaldistone, residencia de mi tío.

Ante las miradas indescifrables que clavó en mí en aquel momento, no puedo asegurar si quedó ó no contento de mi partida. De mí se decir que sus terrores habían cesado de divertirme y, francamente, de muy buena gana me vi desembarazado de él.



CAPÍTULO V.

¡Cómo palpita emocionado mi corazón viendo á cada una de esas niñas encantadoras, adorno y orgullo de nuestra isla, lanzar su generoso corcel, que devora el espacio, unido ó quebrado, sin inquietarse por lo escabroso de una costa, ni precipitarse en la hondonada que se abre á sus piés!

W. SOMERVILLE. — *La Coza.*

AVANZANDO hacia el Norte, que saludaba yo como tierra natal, sentíame conmovido por el entusiasmo que los sitios agrestes y románticos inspiran á los amantes de la naturaleza.

No teniendo ya que sufrir la molesta charla de mi compañero, experimenté el gozo de observar cómo el país se distinguía del que había recorrido hasta entonces. Las corrientes de agua merecían con mayor justicia el nombre de tales, puesto que, en vez de discurrir perezosamente por entre cañaverales y sauces, pasaban ruidosas bajo la sombra de arbolado salvaje, sin decrecer, á través de valles solitarios que, descubriéndose al paso y de trecho en trecho, parece que invitan al viajero á visitar sus cavidades.

imposible prestaros el servicio al cual dais tanta importancia. Viajo para asuntos particulares, —añadió irguiéndose con orgullo,— y si algún consejo puedo daros, es el de que no os asociéis en camino al primer extranjero sobrevenido, y más aún el de que os abstengáis de decir hacia donde os dirigís á aquellos que no os lo preguntan.

Y, sin mucha ceremonia, volvió la espalda al importuno. Aproximándose luego á mi, en el momento en que los convidados abandonaban la mesa, dijo:

— Vuestro amigo, caballero, es expansivo en exceso, trayendo, como trae, tan precioso depósito.

— Ese señor — contesté, — no es amigo mio; es un conocimiento que he hecho en camino. Nada sé de él, ni siquiera su nombre, y pareceme que vos habéis adelantado más que yo en su confianza.

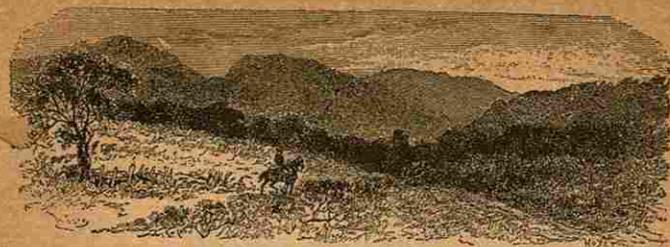
— Quería decir sólo — repuso en tono brusco, — que no es muy prudente, por su parte, ofrecer el honor de su compañía á quien no lo apetece.

— Debe conocer sus asuntos mejor que nadie, — repliqué, — y sentiría ser juez de ello bajo uno ú otro punto de vista.

M. Campbell, sin ulterior observación, expresóme el deseo de que tuviera yo un buen viaje, y la compañía se retiró.

Al siguiente día, por la mañana, separéme del tímido viajante, puesto que dejaba yo la carretera del Norte para dirigirme al Oeste, hácia el castillo de Osbaldistone, residencia de mi tío.

Ante las miradas indescifrables que clavó en mí en aquel momento, no puedo asegurar si quedó ó no contento de mi partida. De mí se decir que sus terrores habían cesado de divertirme y, francamente, de muy buena gana me vi desembarazado de él.



CAPÍTULO V.

¡Cómo palpita emocionado mi corazón viendo á cada una de esas niñas encantadoras, adorno y orgullo de nuestra isla, lanzar su generoso corcel, que devora el espacio, unido ó quebrado, sin inquietarse por lo escabroso de una costa, ni precipitarse en la hondonada que se abre á sus piés!

W. SOMERVILLE. — *La Coza*.

AVANZANDO hacia el Norte, que saludaba yo como tierra natal, sentíame conmovido por el entusiasmo que los sitios agrestes y románticos inspiran á los amantes de la naturaleza.

No teniendo ya que sufrir la molesta charla de mi compañero, experimenté el gozo de observar cómo el país se distinguía del que había recorrido hasta entonces. Las corrientes de agua merecían con mayor justicia el nombre de tales, puesto que, en vez de discurrir perezosamente por entre cañaverales y sauces, pasaban ruidosas bajo la sombra de arbolado salvaje, sin decrecer, á través de valles solitarios que, descubriéndose al paso y de trecho en trecho, parece que invitan al viajero á visitar sus cavidades.

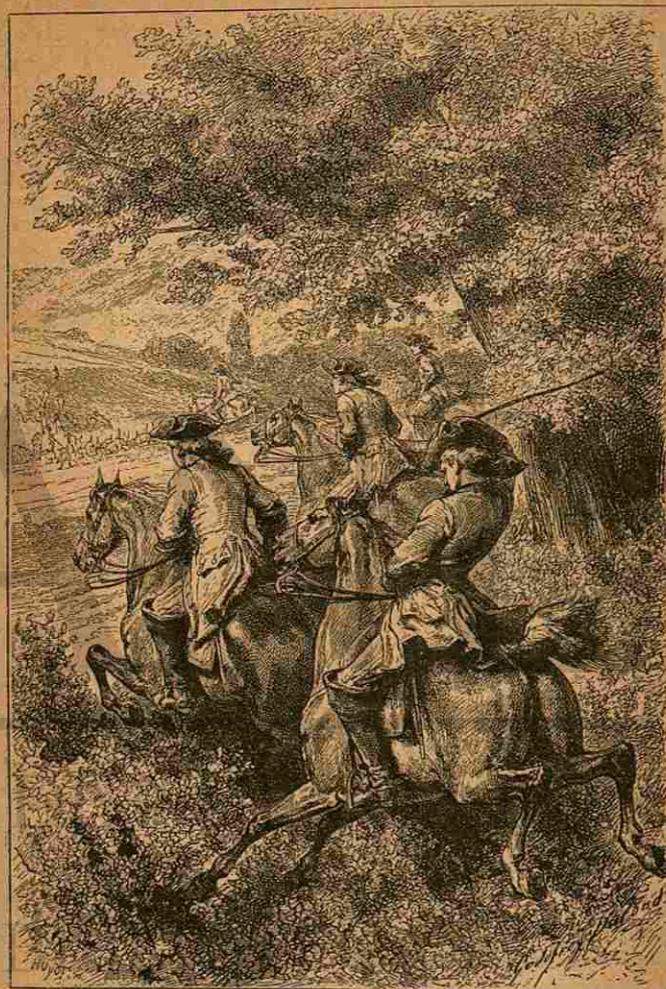
Ante mí elevábase la cordillera de los Atados en su severa majestad. No ofrecía, ciertamente, esa admirable variedad de rocas que caracteriza las montañas de época más remota, pero su enorme masa, sus redondeados promontorios cubiertos por una verdor oscura y rojiza, su aspecto desolado y su extensión vasta formaban un conjunto cuya originalidad influía de un modo muy vivo en la imaginación.

La casa solariega á que estaba ya cercano, hallábase situada en un *glen*: especie de valle encajado en medio de las montañas. Los dilatados dominios que pertenecieran, allá en remotos días, á la familia Osbaldistone, tiempo atrás habían sido enajenados por efecto de desgracia ó incuria de mis abuelos; empero lo que de ellos restaba era suficiente para hacer inscribir á mi tío en la categoría de los ricos propietarios. Conforme se me dijo durante el camino, aquél empleaba sus rentas en ejercer la hospitalidad fastuosa de un noble del Norte en aquella época, conceptuándolo indispensable al honor de la familia.

Desde lo alto de una colina había divisado yo, en el horizonte, el castillo de Osbaldistone: vasto y antiguo edificio destacando sobre una espeser de grandes encinas druídicas.

Habíame dirigido por aquella parte, tan directa y aceleradamente como lo permitían las revueltas de un camino bastante malo, cuando mi caballo, á pesar de su fatiga, enderezó las orejas á los alegres é incesantes ladridos de una jauría excitada á intervalos por los toques de un cuerno de caza, conforme á la moda francesa que acababa de introducirse. Que el momento no era muy propicio para presentarme á un cazador tan entusiasta como mi tío, supuesto que la jauría le perteneciese, fué para mí indudable. En consecuencia, hice desviar á mi cabalgadura para evitar un encuentro, con intento de llegar luego y con toda tranquilidad al castillo para esperar el regreso de mi tío. Apostado en un declive y cediendo, mal de mi grado, al interés que sabe tan bien despertar toda distracción campestre, aceché con cierta impaciencia la llegada de los cazadores.

El zorro, rudamente atacado, rendido casi por la fatiga,



La caza de zorro.

lanzóse el primero á través del soto que guarnecía el flanco derecho del valle. Su rabo gacho, su ensuciado pelo y su pesado andar, claro anunciaban la proximidad de su fin. El ávido cuervo, aleteando por encima del pobre animal, disponíase ya á hacer presa en él. Atravesó el arroyo que bañaba el *glen*, y, mientras trepaba penosamente por la torrentera opuesta, los perros más excitados, seguidos por el resto de la gritadora jauría, salieron del bosque, lo propio que el batidor y tres ó cuatro caballeros. Guiados por su infalible instinto, los perros dominaron la dirección que seguía el zorro, y los cazadores, por su parte, secundaron con un ardor y una temeridad superiores á todo obstáculo. Jóvenes, altos y vigorosos, montaban á la perfección y vestían unos trajes de colores verde y rojo propios de la sociedad particular formada bajo los auspicios del viejo Hildebrando Osbaldistone.

Viéndoles pasar delante de mí: «Esos son mis primos» pensé; y me dije enseguida: «¿Cómo será recibido por esos notables sucesores de Nemrod? Muy improbable es que yo, que entiendo poco ó nada en esos ejercicios, me encuentre á gusto en la familia de mi tío.»

Una aparición inesperada interrumpió mis reflexiones.

Era una joven dama cuyos rasgos deliciosos embellecían la animación de la caza y la rapidéz de la carrera. Montaba un hermoso caballo negro salpicado por los espumarajos de blanca nieve que relucían en su bocado. Su traje, poco común entonces, sancionado después por la moda bajo el nombre de *amazona*, consistía en una larga saya, busto vestido á lo varonil y sombrero también de hombre: traje completamente nuevo para mí. Su pelo negro se había destrenzado y flotaba en mil rizos sobre sus espaldas. Las asperezas del terreno, á través del cual dirigía su caballo con una seguridad y una sangre fría admirables, obligáronla á moderar su ímpetu y á pasar más cerca de mí que los restantes ginetes; merced á lo cual pude examinar, á mi sabor, unas elegantes formas y una belleza de rara distinción que el embriagador tumulto de la escena, la singularidad del vestido y lo novelesco de la repentina aparición realizaban con indecible encanto.

Al pasar frente á mí, su caballo, jadeante de fogosidad, desvióse en el preciso momento en que, vuelto al terreno compacto, ella acababa de hacerle reemprender el galope.

La ocasión de salir en su ayuda era muy natural y la aproveché. Por fortuna, no existía motivo alguno para alarmarse. El caballo no había tropezado ni flaqueado, y, además, la bella amazona era demasiado dueña de sí misma para inquietarse por tan mínimo accidente. Recompensó, pues, con una sonrisa mis buenas intenciones; lo cual fué bastante para inducirme á seguir la caza, poniendo á su lado y al galope mi caballo.

Los gritos de victoria y las ardientes sonatas anunciaron luego que no era ya necesario precipitarse: la caza estaba terminada. Uno de los jóvenes, que había yo visto pasar, corrió hacia nosotros, agitando, en señal de triunfo, la cola del zorro como para hacer burla de mi bella compañera.

— Está bien: — dijo ella; — lo veo; pero menos camorra! Si Febé — añadió acariciando el pescuezo del soberbio animal que montaba, — no hubiese tenido que atravesar los pedruscos, no tendríais motivo para mostraros tan orgulloso.

Habíanse reunido, mientras hablaba así, y les ví dirigir su vista hacia mi lado platicando en voz baja. La joven dama parecía solicitar del cazador algo á que él se negaba en ademán mohino y con una especie de ridícula terquedad. Encaminándose hacia mí, dijo aquélla:

— Bueno, bueno, Thornie: puesto que os negáis á ello, corre de mi cuenta y en paz. Caballero, — prosiguió dirigiéndome la palabra — quería lograr que ese amable joven os pidiera informes acerca de sí, recorriendo esos alrededores, habéis tenido noticia de uno de nuestros amigos, el señor Francis Osbaldistone, á quien estamos aguardando en el castillo de unos días á esta parte.

Considerad con qué prisa me dí á conocer á la joven, dándole gracias por su amable solicitud.

— Siendo así, caballero, — añadió — como la cortesía de mi pariente no se ha formado todavía, permitidme que, á pesar de

las conveniencias, me constituya en maestra de ceremonias y os presente al joven Thorncliff Osbaldistone, vuestro primo, y á Diana Vernon, que tiene, en igual grado, la honra de ser aliada de tan cumplido caballero.

Habia en el modo con que se expresó una mezcla de audacia, de ironía y de sencillez. La experiencia que tenía yo del mundo facilitóme el contestar en igual tono, al testificarle cuán reconocido quedaba á su complacencia y cuán dichoso por nuestro encuentro.

A decir verdad, mi galantería fué expresada de forma que la dama pudo adjudicarse la mejor parte. En cuanto al primo, tenía todo el aspecto de un ganso montaráz: torpe, salvaje y algo más que bobo. Díome, empero, un apretón de mano, diciendo que le era preciso separarse para ayudar al batidor y á sus hermanos á reunir los perros: excusa más bien dedicada á miss Vernon que á mí.

— ¡ Anda, anda, — dijo ella siguiéndole con mirada llena del más vivo desdén; — príncipe de las caballerizas, de las riñas de gallos y de las carreras de caballos! A bien que el uno no vale más que el otro. ¿ Habéis leído á Markham?

— Es éste un nombre enteramente desconocido para mí.

— ¡ Bondad divina! ¡ En qué playa habéis naufragado! ¡ Bárbaro extranjero no iniciado en el sublime Alcorán de la tribu salvaje en cuyo seno va á morar! ¿ No haber leído á Markham, el gran legislador de los albéitares? ¡ Tiemblo, pues, pensando que tampoco conocéis á los modernos Gibson y Bartlett!

— ¡ Ay!... No!

— ¿ Y no os ruboriza el confesarlo? Será preciso borraros de nuestra parentela. ¡ Ah! ¿ Con qué no sabéis ni administrar una purga, ni colocar un sedal?

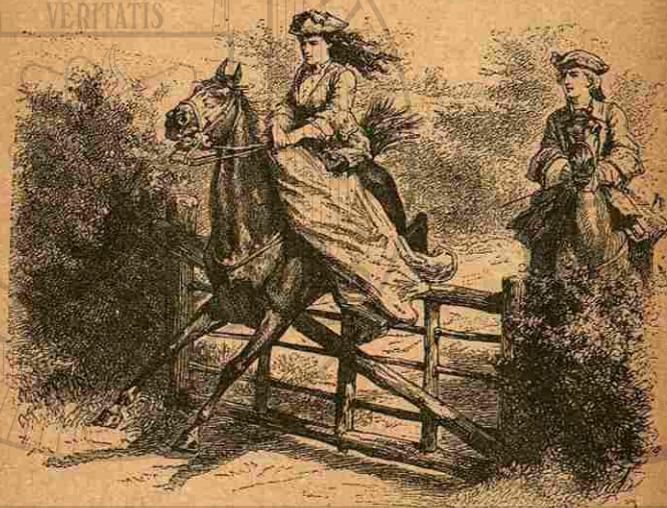
— Eso reza con el palafrenero y le dejo hacer.

— ¡ Negligencia increíble! ¿ Ni herrar un potro, ni cortarle las crines ó la cola: verdad? ¿ De modo que si se os hablase de arreglar la lengua á un perro para evitar sus mordiscos, ó bien de trasquilarle, ó de cercenarle las pezuñas; ó de domesticar y de encopillar á un halcón ó de arreglarle la comida; ó bien si...

— Para reasumir, en una palabra, mi falta de méritos: no poseo ni uno de todos los relacionados con lo campestre.

— Válgame el cielo, señor Francis Osbaldistone: ¿qué sabéis, pues, hacer?

— Poca cosa buena, miss Vernon. Sólo cuando mi potro está ensillado, sé mantenerme firme, y cuando está mi halcón dispuesto, sé hacerle volar.



— Ahora lo veremos: — dijo, poniendo al trote su cabalgadura.

En aquel sitio una barrera, formada con fragmentos de madera y flanqueada por un gran seto cubierto de matorrales, nos cortaba el camino. Adelantéme para franquearlo, cuando miss Vernon superó el obstáculo haciendo pegar un rápido salto á su bruto. Fué para mi cuestión de honra el imitarla, y en un instante encontréme á su lado.

— ¡Vamos! — exclamó ella. — Aun queda algún recurso. Temía que fueseis un Osbaldistone muy degenerado. Pero ¿quién ha podido guiaros á nuestro corral, como apellidan los

vecinos á nuestra casa de cazadores? ¿Supongo que hubierais podido pasaros sin ella?

Esta nueva pregunta me ofrecía ocasión de colocarme, respecto á mi deliciosa compañera, en el pié de intimidación que parecía provocar mis confidencias. Por ello contesté á media voz:

— En verdad, querida señorita, que me sintiera tentado á considerar como dura penitencia mi estancia en el castillo, si sus moradores fueran tales cuales los describís. Pero existe, seguro estoy de ello, una excepción que basta á compensar el desagrado.

— ¡Ah! ¿Aludís á Rashleigh?

— Precisamente á él... no. Pensaba... perdonad... pensaba en alguien menos apartado de mí.

— ¡Un cumplido! Sería de buen tono fingir no entenderlo; pero mis ideas sobre el particular son otras, y si no os dirijo un ceremonioso saludo, es porque voy montada. Por lo demás, y bromas aparte, merezco una excepción, porque soy en el castillo la única persona con quien se pueda pasar el rato, excepción hecha del anciano presbítero y de Rashleigh.

— ¡Por Dios! ¿quién es ese Rashleigh?

— Un caballero que quisiera que todo el mundo se le pareciera para parecerse á todo el mundo. Rashleigh es el menor de los hijos de sir Hildebrando; de edad igual á la vuestra, poco más ó menos, aunque no tiene como vos... En fin, que no paga con su figura. La naturaleza le ha dotado de una pizca de buen sentido, y el seminario de una carretada de instrucción. Es lo que, entre nosotros, se llama un gran sabio, en un país en que los sabios escasean. Piensa dedicarse á la Iglesia, pero no tiene impaciencia alguna para ordenarse.

— ¿A la Iglesia católica?

— Claro está. ¿A qué otra, sinó?... Pero olvidaba... Se me ha dicho que sois hereje. ¿Es verdad?

— No sabría negarlo.

— ¿A pesar de haber residido en el continente, en países católicos?

— Unos cuatro años.

— ¿Habéis visitado conventos?

— Muchos, y en ellos no he notado gran cosa en elogio de su religión.

— Los que habitan en ellos ¿no son felices?

— Los hay, pero son en corto número aquellos á quienes un sentimiento de profunda devoción, el disgusto de las tribulaciones y de las miserias mundanales junto con una apatía natural de carácter ha lanzado al retiro. Otros hay que se han decidido por la reclusión en un momento de inmoderado entusiasmo ó en un acceso de arrebato ocasionado por una contrariedad ó por una desgracia. Estos son desdichados. La nostalgia les sobreviene con los recuerdos de otros días, y, parecidos á las bestias salvajes enjauladas, una necesidad continua de agitación les devora, en tanto que sus vecinos sueñan ó engordan pacíficamente en cárcel no menos estrecha que la suya.

— Y ¿cuál es la suerte de las víctimas condenadas á reclusión por extraña voluntad? ¿Qué sería de ellas, sobre todo si su origen las llamara á disfrutar de la vida y á gozar de los favores de ésta?

— Parécense á aves en la jaula. Reducidas á consumir su existencia en un encierro, procuran ilusionarse con el cultivo de talentos afortunados que, á dejarlas libres, hubieran sido ornamento de la sociedad.

— Seguiré el ejemplo... — respondió miss Vernon — es decir — añadió, rectificando, — preferiría no seguir el del halcón que, privado de desplegar libremente sus alas, se desgarró contra los barrotes de su jaula. Pero volvamos á Rashleigh; — continuó, en tono más alegre. — Nunca habréis visto hombre más amable... por durante una semana, á lo menos. ¡Ah! Si se decidiera á casarse con una ciega, nada tendría que temer en su conquista! Por desgracia, la vista destruye el encanto del oído... Hétenos en la cuadra del vetusto caserío, cuyo aspecto es tan salvaje y pasado de moda como el de sus dueños. Aquí no se hacen grandes dispendios para el tocado, como presumiréis de seguro: no obstante, fuerza es que me descargue de

todos estos arreos, que calientan demasiado... Además, este sombrero me lastima la frente.

Descubriéndose, la amable niña sacudió los mil bucles de su negra cabellera y, entre risueña y ruborosa, separólos con sus blancos y afilados dedos, poniendo al descubierto un rostro encantador y unos ojos negros y vivos. Si había en sus gestos algo de coquetería, la negligente simplicidad de sus modales no permitía notarlo.

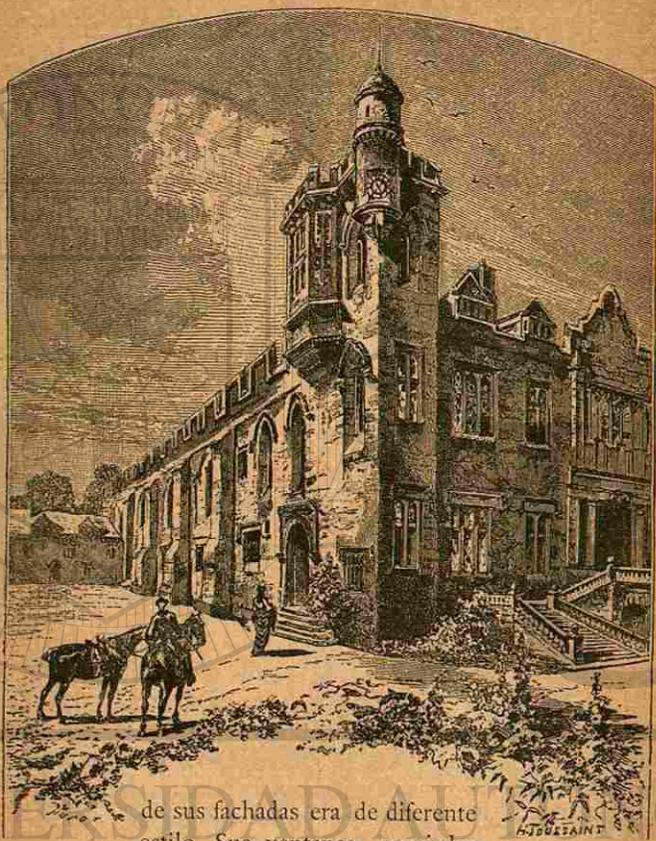
Se me escapó el decirle que, á juzgar de la familia por lo que de ella veía, el tocado sería, en mi concepto, una precaución muy supérflua.

— Ese es cumplido de última novedad; — respondió, — aunque fuera tal vez más conforme al bien parecer hacerse la sorda. Mejor excusa hallaréis para mi poquito de negligencia después de conocer á los oseznos entre los cuales váis á vivir. El arte sería impotente para cambiarles la naturaleza. En breve la vieja campana anunciará la comida: campana cascada desde que tocó sola, con triple repiqueteo, el día del desembarque del príncipe de Orange, y que mi tío, por respeto á su talento de adivina, no ha consentido jamás en que se reparara. Ea, galante caballero: cuidad de mi palafren hasta que encuentre yo escudero más humilde que os alivie de semejante molestia.

Presentóme la brida como la hubiera presentado á un antiguo amigo de infancia; apeóse, atravesó la cuadra con ligero andar y desapareció por una puerta baja.

Su salida dejome sumido en la admiración de sus hechizos, y bastante desorientado por el desembarazo natural de sus maneras tanto más chocantes en cuanto estábamos en una época durante la cual las leyes de la etiqueta, partiendo de la corte del gran rey, prescribían al bello sexo un excesivo comedimiento. Aguardando, estaba hecho un tonto en mitad de aquella vasta cuadra, plantado sobre mi caballo y sujetando al otro por la rienda.

El edificio no me hubiera ofrecido cosa alguna que pudiera llamar la atención de un forastero, á haberme hallado en situación de examinarlo. Tenía la forma de un cuadrado y cada una



de sus fachadas era de diferente estilo. Sus ventanas, enrejadas y con jambas de piedra, sus agudas torrecitas y sus macizos arquivadros dábanle el aspecto del interior de un claustro ó de uno de los más antiguos y menos hermosos colegios de Oxford. Llamé, pero nadie acudió, irritándome más y más el servir de objetivo á la curiosidad de la servidumbre. Cabezas de hombres y de mujeres asomaban, alargándose, en muchas ventanas y se retiraban súbito, como conejos en sus madrigueras, no bien volvía yo la vista hacia ellas.

El regreso de los cazadores y de la jauría me sacó de apuros; pero no sin algún trabajo conseguí que un majadero criado se encargara de los caballos, y que otro me acompañara á la presencia del dueño de la casa. El palurdo desempeñó su cometido con la galantería de un rústico obligado á guiar una patrulla enemiga, siéndome indispensable no perderle de vista para impedirle que me abandonara en aquel dédalo de corredores bajos y abovedados que desembocaban en lo que él llamó *salón de piedra*, donde debía yo ser conducido á la graciosa presencia de mi tío.

Llegamos, por fin, á dicho salón, que era largo, abovedado y construido con sillarejos de piedra. Allí, sobre una hilera de recias é inmutables mesas de roble, iba á servirse la comida.

Aquel venerable salón, teatro de las alegrías de muchas generaciones de la familia Osbaldistone, testificaba asimismo las hazañas venatorias de la misma. Gigantescos fragmentos de ciervo, trofeos contemporáneos tal vez de las famosas querellas entre Percy y Duglás, colgaban en las paredes entre pieles de zorros, de tejones, de nutrias, de martas y de otras bestias salvajes. Al lado de las armas de la antigua caballería, que habían servido para guerrear contra los escoceses, veíanse otras más conformes con los pasatiempos de un castellano, tales como ballestas, escopetas de toda clase, redes y cañas de pescar, venablos y otros muchos curiosos instrumentos destinados á cojer ó á matar la caza. Figuraban, además, algunos cuadros ahumados y ensuciados por manchas de cerveza, representando señores y damas, celebridades de otros tiempos, los unos con luengas barbas ó enormes pelucas, y fijos obstinadamente los ojos de ellas en la rosa que sostenían en sus manos.

Apenas si tuve tiempo para pasear mi vista al rededor del salón. Doce lacayos, en librea azul, precipitáronse allí en tropel, más ocupados en darse órdenes recíprocas que en cumplir sus respectivos deberes. Amontonáronse cabe el hogar haces y troncos de leña; presto chasqueteó la lumbre, chisporroteó y se sumió, formando torbellinos de llama y de humo, en un conducto bastante ancho para poderse colocar en su remate un

banco de piedra. Sobre la cubierta de la chimenea, (construcción pesada y hecha de una sola pieza de granito rojo, que los siglos engrosaran con una capa de hollín,) un artista del país había esculpido los mónstruos de un escudo de familia en actitudes erguidas y gesticulantes.



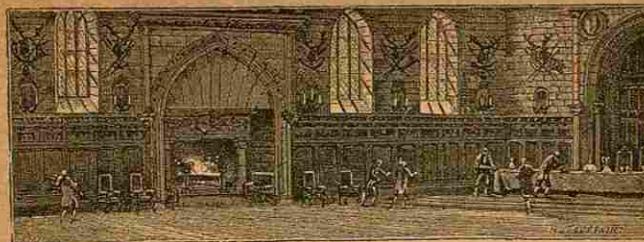
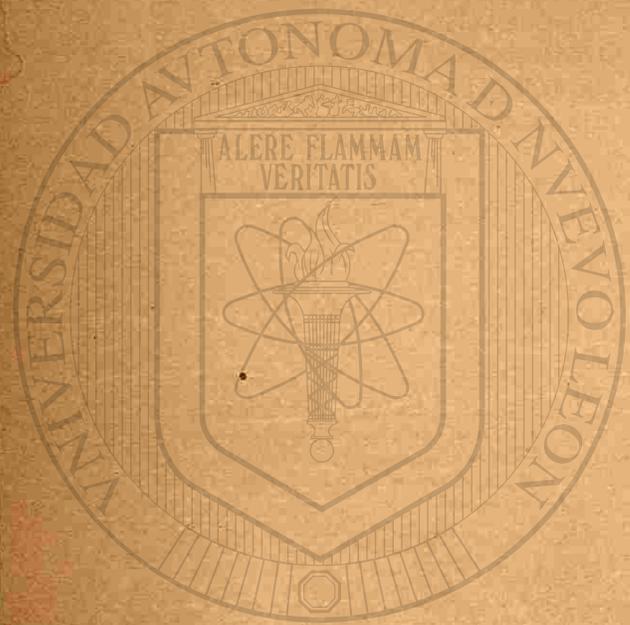
Unos criados trajeron enormes platos repletos de manjares sustanciosos; otros, vasos, frascos y botellas con un arsenal de licores. Fué aquello una zarracina indescriptible de choques de codos y de espaldas, de pisotones, de atropellos mútuos. En suma: mucho ruido y pocas nueces.

Tantos esfuerzos discordantes produjeron el resultado apetecido: la cena quedó, por fin, dispuesta sobre la mesa. Entonces comenzó una bataola de voces de hombres y de perros, mezclada con los chasquidos del látigo, los enérgicos juramentos y el sordo ruido de las botas de montar, cuyos pasos lentos resonaron sobre el pavimento como los de la estátua del Comendador en *El festín de piedra*. Tamaño alboroto anunciaba la llegada de aquéllos en honor de los cuales se había dispuesto todo. Momento crítico y que, en vez de producir la calma, pareció ele-

var al colmo la desazón entre la servidumbre. Unos gritaban: «¡ Despachad de una vez! » Otros: «¡ No tan aprisa! » Aquí se pretendía despejar el camino para hacer lugar al amo y á sus jóvenes hijos, y allá agrupábanse al rededor de la mesa, obstruyendo el tránsito. Crecía una disputa para decir si debía permanecer cerrada ó bien abrirse la gran puerta de dos hojas que separaba el comedor de una especie de galería de negro maderamen.

Por fin se abrió la puerta y dió ingreso á ocho perros, al cura de la casa, al médico del lugar, á mis seis primos y á mi tío, que entraron sin orden alguno.





CAPÍTULO VI.

Tiembla el severo salón... ¡Hélos, hélos aquí! El ruido de las voces conmueve la bóveda. Avanzan, diversos en su apariencia, diversos en sus cascos y trajes. El andar de todos es imponente y agitanse fieramente sus cimbras.

TU. PENROSE. — *El campo de batalla.*

Si el anciano sir Hildebrando no se había dado gran prisa en presentarse ante su sobrino, de cuya llegada debía haberse enterado mucho antes, su excusa estaba en sus grandes ocupaciones.

— Te hubiera visto antes, muchacho; — exclamó después de un vigoroso apretón de manos; — pero, ante todo, me era indispensable ver la jauría en la perrera. Bien venido seas al castillo, muchacho! Por ahí andan tu primo Perci, tu primo Thornie y tu primo John... y por allá tu primo Dick, tu primo Wilfrid y... ¡Calle! ¿Dónde se ha metido Rashleigh? ¡Ah! por ese lado... separa tu gran cuerpo, Thornie, para que veamos a tu hermano... Ahí tienes a tu primo Rashleigh. Conque ¿tu padre se ha acordado, por fin, de la vieja casa solariega y

del viejo Hildebrando?... Vale más tarde que nunca... Bien venido seas, muchacho: esto lo resume todo. ¿Por dónde anda la pequeña Die? Allá entra... Es mi sobrina Diana, la hija del hermano de mi mujer, la niña más linda de nuestros valles, llegue la que llegue detrás... Y ahora, acerquémonos á la mesa.

Para formarse idea del personaje que dejaba tantos cabos sueltos, figuráos un hombre frizando en los sesenta, en traje de caza cuyos ricos bordados habian deslucido, de un modo particular, las largas lluvias de otoño. Empero, sir Hildebrando, á pesar de lo rústico de sus modales, habia vivido durante cierta época de su vida, en la corte, como en el campo, agregado en calidad de oficial, al ejército reunido, durante 1686, en las llanuras de Hounslow por el imprudente y desgraciado Jaime II. Mas sus ensueños de ambición, si es que los tuvo alguna vez, desvaneciéronse con motivo de la crisis política que destruyó á su soberano, y entregóse á la vida retirada en los dominios de su padre.

A pesar de su aspecto rústico, sir Hildebrando conservaba aún cierto aire superior, apareciendo entre sus hijos como desolada columna de orden corintio, presa de hierba y de musgo, al frente de sucias é informes piedras de un monumento druidico. Los hijos, en efecto, semejaban los pedruscos más pesados y menos devastados que puedan verse. Altos, robustos, buenos mozos, los cinco mayores parecían esperar una chispa del fuego que arrebató Prometeo, de esa gracia exterior, de esas maneras que, en sociedad, ocupan á menudo el lugar de la inteligencia. Bajo el aspecto moral, su cualidad saliente era cierto dejo de buen humor y de contentamiento que se desplegaba en sus recias figuras, mostrando sólo una pretensión: la de brillar en los ejercicios corporales, su único pasatiempo. Los colosos Gyas y Cloanthé no se parecen más, en el poema de Virgilio, de lo que se parecían entre sí mis colosales primos Percival, Thorncliff, John, Richard y Wilfrid Osbaldistone.

Para desquitarse, empero, de tan rara monotonía en sus creaciones, la señora Naturaleza habia querido que Rashleigh,

el menor de los Osbaldistone, ofreciese raro contraste, por su estatura y por sus modales, (tanto como por el carácter y el talento,) no sólo con respecto á sus hermanos, si que también con relación á la mayoría de hombres que habia conocido yo hasta aquella fecha.



Cuando Percie, Thornie y compañía hubieron, por turno, inclinado la cabeza, gesticulado y presentado la espalda más bien que la mano, á medida que su padre les iba nombrando,

Rashleigh se adelantó y dirigióme la bienvenida al castillo, dándose tono y aires de hombre de mundo. Su exterior no prevenía en favor suyo: era pequeño, en tanto que sus hermanos mayores parecían descendientes del gigante Anak, siendo muy fornidos, mientras que Rashleigh, anaque lleno de vigor, tenía el cuello de toro y alabeado el cuerpo. Por efecto de cierto incidente que le sobrevino durante su infancia, había en su andar un defecto de equilibrio muy semejante á la cojera real. Según unos, ese era obstáculo para ser admitido á tomar órdenes, ya que la Iglesia romana, como es sabido, no confiere jamás el sacerdocio á persona atacada por defectos físicos; pero, en concepto de otros, aquella desagradable imperfección, resultado de deplorable incuria, no era bastante grave para impedirle el llegar á presbítero.

Existen fisonomías tales, que basta una mirada para fijarlas en la memoria. Objetos de penosa curiosidad, represéntanse en aquella sin cesar, aun cuando promuevan sentimientos de repulsión ó de disgusto. Tal era Rashleigh. Y nó porque la corteza de su rostro, considerada en sí misma, produjese aquella instantánea impresión, toda vez que sus irregulares trazos nada tenían de vulgares, y sus ojos vivos y negros como sus espesas cejas impedían el considerarle de insignificante fealdad. Pero dejaba sorprender en su mirada tal expresión de artificio y de cálculo, ó, provocándole, de imprudente ferocidad, que hacia mella en la atención del fisionomista menos ejercitado. Tal vez la naturaleza la había evidenciado, por igual razón que ha impuesto un ruido de cascabel á la serpiente más venenosa. En compensación de tales defectos externos, Rashleigh poseía la voz más dulce, melodiosa y varia en acentos, y su suficiencia para tratar asuntos mil hacía más sensible la belleza de su órgano vocal. Apenas hubo pronunciado la primera frase gratulatoria, que hube de convenir, con miss Vernon, en que mi nuevo primo conquistaría de seguro á cualquiera mujer que juzgase sólo con el oído del mérito de aquél.

Iba á sentarse á mi lado, pero miss Vernon que, en atención

á su sexo, hacía á su antojo los honores de la mesa, colocóme entre ella y Thorncliff, á cuyo grato arreglo ya se comprenderá que me presté gustosísimo.

— Es preciso que os hable; — me dijo. — He colocado expresamente al honrado Thornie entre vos y Rashleigh. Será

*Como colchón tendido en la muralla,
Que amortigua el golpear de la metralla;*

en tanto que, por mi parte y á fuer de conocida la más antigua para vos en esta espiritual familia, os pediré opinión acerca de todos nosotros.

— Asunto muy complicado, miss Vernon, para un recién desembarcado como soy yo.

— ¡ Oh! La historia natural de nuestra familia es superficial por completo. Hay entre los individuos ligeras relaciones que exigen la sagacidad de un observador; pero las especies, como dicen los sabios, á lo que creo, se distinguen á la primera ojeada.

— En tal caso, ó mucho me equivoco, ó mis cinco primos mayores tienen, á poca diferencia, el mismo carácter.

— Si: se encuentra en ellos, y en raro conjunto, al borracho, al guarda-bosques, al reñidor, al chalán y al badulaque. Pero así como no existen en un mismo árbol dos hojas exactamente parecidas, de la misma suerte esos felices ingredientes, mezclados en cantidades desiguales para cada individuo, forman una estimable diversidad para quien se complazca en el estudio de los caracteres.

— Trazadme, por favor, su retrato.

— Los tendréis todos de tamaño natural en un cuadro de familia. El favor que me pedis es demasiado ligero para negároslo. Percie, el mayor y heredero presunto, tiene más de borracho que de guarda-bosques, de reñidor, de chalán y de badulaque. Mi precioso Thornie se muestra más reñidor que borracho y que lo demás. John, que se pasa semanas enteras durmiendo en los bosques, tiene mucho de guarda rural. El carácter de

chalán predomina en Dick, capaz de andar, día y noche, sesenta leguas para asistir á una carrera de caballos. En fin, la estolidéz eclipsa de tal modo las otras cualidades de Wilfrid, que puede calificársele exactamente de estólido.

— Bonita colección, en verdad, cuyas diferencias individuales pertenecen á especies muy interesantes. Pero... y sir Hildebrando ¿no ocupa su lugar en el cuadro?

— Aprecio á mi tío, se ha portado bien conmigo, (ó tal ha sido, al menos, su intención,) y dejó á vuestro cuidado el pintároslo cuando le conozcáis mejor.

— ¡Vamos! — dije para mí, — la chica conserva todavía un resto de indulgencia: lo celebro. ¿Quién diablo hubiera presumido critica tan mordaz por parte de una persona tan joven y tan adorablemente linda?

— Estáis pensando en mí; — observó clavándome sus negros ojos, como si hubiese querido leer en el fondo de mi alma.

— Convengo en ello; — respondí algo desconcertado por lo imprevisto de una alusión directa. Después, procurando dar un sesgo galante á mi confesión, añadí: — ¿Cómo me sería posible pensar en otra cosa, dado el sitio que tengo la dicha de ocupar?

La joven sonrió con desdenoso gesto, propio exclusivamente de ella.

— Os lo diré de una vez para siempre, señor Osbaldistone: dirigirme cumplidos es trabajo perdido. No abuséis así de las cosas bonitas, (moneda corriente de los guapos caballeros que recorren las provincias,) semejantes á las baratijas y avalorios que traen consigo los navegantes para amansar á los salvajes habitantes de las comarcas que descubren. Séd menos pronto en dar salida á vuestro género. Hay en el Northumberland bastantes indígenas respecto á los cuales el procedimiento os dará renombre. Conmigo, os lo repito, de nada serviría, pues lo estimo en lo que vale.

Quedé mudo y confuso.

— Me recordáis, en este momento, — prosiguió ella insistiendo en su tono de chacota y de descuido, — el cuento de ha-

das en que un hombre vé súbitamente trocadas en cachos de pizarra las monedas que traerá al mercado. He despreciado, malbaratado vuestras provisiones de cumplidos con una intempestiva observación. Dejemos eso. Vuestro semblante fuera muy engañoso, señor mio, si no dispusierais de cosas más agradables que las nonadas que cualquier caballerito bien rizado se cree en el caso de recitar á una pobre muchacha; y esto sólo en atención á que ella viste sedas y blondas, así como él ostenta un traje de fino paño bordado en oro. Vuestro andar ordinario, diría uno de mis cinco primos, es con mucho preferible á vuestro porte galante. Procurad olvidar mi desgraciado sexo; llamadme Tom Vernon, si así os agrada, pero habladme como á un amigo ó á un compañero. ¡No podéis figuraros hasta que punto os lo agradeceré!

— El ofrecimiento es muy seductor.

— Es más; — replicó, puesto el dedo en alto. — ¿No os he dicho ya que no sufriré ni la sombra de un cumplido?... Y ahora, en cuanto hayáis bebido á la salud de mi tío, que os está amenazando con lo que el llama su vaso lleno, os diré lo que pensáis de mí.

Después que, á fuer de dócil sobrino, hube apurado el vaso, la conversación se hizo un instante general. El continuo chocar de los cuchillos y tenedores, el ensañamiento que desplegaban el primo Thorncliff, á mi derecha, y el primo Dick, á la izquierda de miss Vernon, (cómodas pantallas que nos aislaban del resto de los comensales) en batirse contra los amasijos de vianda colocados en sus respectivos platos, permitieron reanudar la conversación.

— Ahora, — la dije, — permitidme demandaros con toda franqueza, miss Vernon, lo que, en vuestro concepto, pienso de vos. Gustoso y de buena fe lo dijera yo, á no haberme vos prohibido los elogios.

— Vuestro auxilio me es innecesario. Soy bastante adivina para descubrir, sin él, cuáles son vuestros pensamientos. Vos me tomáis por una muchacha atrevida y singular, mitad coqueta mitad picarilla, ávida de llamar la atención por la desen-

voltura de sus modales y el afán precipitado de sus salidas, porque no posee lo que Addison llama «las gracias amables de nuestro sexo». Y... ¿quién sabe? Tal vez creéis que alimento la intención secreta de colmaros de admiración! Si mortifico el concepto que tenéis de vos mismo, lo sentiré, pero jamás lo habréis desviado tanto. Toda la confianza que he puesto en vos, la hubiera dispensado espontáneamente á vuestro padre, si hubiese podido comprenderme. En el seno de esta familia feliz, véome tan privada de auditorio inteligente, como Sancho en Sierra Morena, y por esto, en cuanto se presenta ocasión, ó hablo ó me muero. Pero estad convencido de que no hubierais obtenido una sola de las noticias que os tengo comunicadas, si hubiese abrigado el menor recelo acerca de la opinión de mi prójimo.

— Es una verdadera crueldad, miss Vernon, el quitar á vuestras confianzas hasta la sombra de favor personal. No importa: las recibiré á título de lo que os plazca. En nuestra descripción de familia no habéis incluido al señor Rashleigh.

Creí notar en ella cierto estremecimiento, y contestóme precipitadamente en tono casi sofocado:

— Ni una palabra acerca de él! Tiene el oído tan fino, cuando anda en juego su amor propio, que las palabras llegarían á él á través de la maciza corpulencia de Thornie, repleto, como está, de buey, de caza y de puding.

— Vaya en gracia; más antes de hablar he fijado la vista detrás del muro viviente que nos separa, y he notado que el sitio destinado al primo Rashleigh se halla vacío, porque ha abandonado la mesa.

— No hay que tranquilizarse por ello. Fiad en mí: antes de hablar palabra de él, subí á la cúspide del monte de las Nutrias, donde la vista se extiende á diez leguas á la redonda; colocáos sobre la punta, hablad muy quedo y... al fin y al cabo, no será seguro que el pájaro que pasó no le haya transmitido vuestras palabras. Ha sido preceptor mío durante cuatro años; nos sentimos cansados uno de otro, y con igual placer estamos viendo llegar el momento de separarnos.

— ¿De modo que mi primo va á partir?

— Sí: dentro de pocos días. ¿No lo sabiais? Vuestro padre es más discreto que sir Hildebrando. Ante la nueva de que ibais á ser nuestro huésped, durante algún tiempo, y de que vuestro padre deseaba ver á su lado á uno de sus brillantes sobrinos para ocupar la situación lucrativa que vuestro capricho deja vacante, señor Francis, el bueno de mi tío reunió la familia en plena sesión, incluso el despensero, el intendente y el guarda-bosques. La augusta asamblea de los páres y de los grandes oficiales de Osbaldistone no permaneció sentada, como podéis presumir, ante la perspectiva de elegir vuestro sustituto, puesto que, limitada toda la aritmética de los hermanos en general, á saber calcular los peligros de un gallo en riña, no hubo quien ambicionara disputar la prerogativa á Rashleigh. Pero un poquito de solemnidad no había de estar de más para trasformar á Rashleigh de humilde sacerdote católico, que debía de ser, en rico y próspero rentista; y no sin alguna repugnancia consintió la asamblea tamaña degradación.

— ¡Honrados escrúpulos! ¿Cómo los vencieron?

— A mi entender, por el deseo general de desembarazarse del *sire*. Aunque es el menor de la familia, él ha conseguido, con sus mañas, dominar á todo el mundo, y cada uno siente su dependencia sin poder sacudirla. Quien incurre en la desgracia de oponérsele, seguro está que habrá de arrepentirse de ello durante el año; peor para quien le presta algún servicio señalado, puesto que habrá de arrepentirse más.

— En tal caso, — dije sonriendo, — debo precaverme mucho, ya que soy causa involuntaria del cambio en su posición!

— ¡Sí, sí! Resúltele pérdida ó beneficio, os profesará rencor... ¡Ah! Ya sirven el queso y los rábanos. Van á traer la salud del rey y de la Iglesia. Para los curas y damas es señal de partida; y yo, único retazo de mi sexo en el castillo, doy el ejemplo y me retiro.

Así diciendo, desapareció, dejándome entusiasmado con lo original é imprevisto de su conversación.

Por más que haya yo recordado, tan fielmente como me ha

sido posible, sus particulares locuciones, desconfío de haber dado idea de las mismas. Eran mezcla de simplicidad verdadera, de delicadeza natural y de desdenoso atrevimiento: modificado y realzado, en su conjunto, por la vivacidad de una encantadora fisonomía. Aquel abandono familiar, aquel exceso de confianza tenían, en realidad, mucho de que sorprenderme en fuerza de su rareza. Pero no vaya á creerse tan rígido á un hombre de veintidos años que fuese á condenar, en una joven de diez y ocho, el no haber sabido observar para con él la conveniente reserva. Al contrario: sus confidencias me agradaban y lisonjaban, á un tiempo mismo, á pesar de la declaración hecha por ella de que, si se conducía de aquel modo, era por haber hallado un oyente digno de ella. Sentía yo la presunción propia de mi edad, y mi permanencia en Francia distaba mucho de habérmela corregido. Distintivos regulares y agradable exterior, ventajas cuyo beneficio me adjudicaba á mi propio, no eran, en concepto mio, títulos demasiado débiles cerca de una bella. Siendo mi vanidad favorable á miss Vernon, ¿cómo tratar rigorosamente una franqueza que parecía justificar mi propio mérito? Seducido ya por su llamativo aspecto y por lo singular de su situación, ¿podía yo hacer otra cosa que aplaudir el tacto perfecto que había mostrado en la elección de un amigo?

Desde que miss Vernon se hubo retirado del comedor, la botella circuló, ó más bien voló, sin descanso, al rededor de la mesa.

Educado en país extranjero, sentía yo un vivo disgusto contra la intemperancia: vicio demasiado común entonces, y aún hoy, entre nuestros compatriotas. Los dicharachos que sazonan las orgías no me satisfacían mucho más, y si algo había de hacérmelos más intolerables era el oírlos proferir por personas de mi familia. Aproveché, pues, cierta coyuntura favorable y desaparecí por una puerta lateral, sin saber á donde me conduciría, resuelto á no sufrir, por más tiempo, el espectáculo de un padre invitando á sus hijos á una degradante bacanal y sosteniendo con ellos los más groseros diálogos.

Acontecióme, empero, lo que temi. Corrieron en mi busca gritando que era preciso recuperar por fuerza al desertor de las banderas de Baco. En cuanto percibi los clamores y alaridos de la manada de borrachos, que se precipitaba golpeando con sus grandes botas, por la escalera de caracol en que me había yo ocultado, comprendí que iba á ser detenido si no me apresuraba á largarme de allá.

Abrir una ventana que daba á un jardín de antigua moda y saltar abajo, desde una altura de seis piés, fué obra de un instante. Acto seguido resonaron, tras de mi, los gritos de: « ¡Ohé! ¡Ohé! Se escapó! »

Tomé por una alameda, despues por otra con toda la ligereza de mis piernas, y, viéndome, por fin, libre de la busca de mis perseguidores, moderé el paso para gozar de la frescura del aire, que los vapores del vino, no menos que la rapidez de mi fuga, hacían doblemente grata.

Paseándome, vi al jardinero muy atareado en sus quehaceres de la tarde, y me detuve para contemplar su laborío.

— Buenas tardes, amigo; — le dije.

— Buenas, buenas; — contestó el hombre sin mirarme y en un acento que, á la primera palabra, descubría su origen escocés.

— ¡ Hermoso tiempo para vos, amigo!

— ¡ Psé! No hay para que quejarse; — repuso con aquella



sobriedad de elogio que emplean siempre los aldeanos para celebrar el más hermoso tiempo del mundo. Y, levantando entonces la cabeza para ver quién le hablaba, puso la mano en su gorro con aire respetuoso, y añadió: — ¡ Eh! ; Válgame el cielo! Deslumbra contemplar en el jardín y á tal hora, un tan bello y recamado *jistocorps*.

— ¿ Bello... qué?

— ¡ Tóma! Un *jistocorps*, una chaqueta como la vuestra. ¡ Pues! Los otros tienen algo más que hacer allá arriba: desbrochar la suya para hacer lugar á las viandas, al puding henchido, y al buen vino, sin duda... Tal es el trabajo de la tarde, en este lado de la frontera.

— No se come tan bien en vuestro país, querido, para sentir deseo de permanecer hasta tan tarde á la mesa.

— ¡ Ah, caballero! Vos no conocéis la Escocia. ¡ No es que falten buenas cosas, no! Tenemos cuanto hay de succulento en caza mayor, volatería y pescado, sin contar las cebollas, los rábanos, nabos y otras legumbres; pero se tiene allá buen sentido y continencia, y es uno moderado en cuestión de boca. Aquí, por el contrario: desde la cocina al comedor se atracan toda su hartura, del principio al fin de las veinticuatro horas. Los días de ayuno, la misma canción. Llamán ayunar al traerles en carruaje el más rico pescado de mar de Hartlepool y de Sunderland: truchas, alosas, salmónes y demás. Hacen de su abstinencia motivo de gula y de abominación. ¡ Oh! ¡ Es horroroso! Pero basta de conversación, pues Vuestro Honor es probablemente un papista como los demás.

— Nada de eso. He sido educado en la religión protestante, y soy presbiteriano independiente.

— Tome, pues, Vuestro Honor la mano derecha de un coreligionario; — exclamó el jardinero mostrando tanta alegría como eran capaces de expresar sus rudas facciones; y á fin de probar que su estimación no consistía en palabras, sacó de su faltriquera una caja de cuerno (su « acirate », según él) y me ofreció una toma de tabaco en polvo, dirigiéndome un gesto completamente fraternal.

Después de corresponder á su atención, preguntéle si hacia mucho tiempo que servía á los Osbaldistone.



— ¡ Ah! — exclamó puestos los ojos en el castillo. — Cerca de veinticuatro años hace que estoy entregado á las bestias salvajes de Efeso: tan cierto como que me llamo Andrés Bon-service.

— Pues... si vuestra religión y vuestra templanza, excelente amigo Andrés, se avienen tan mal con los ritos católicos y las costumbres inglesas, paréceme que os habéis impuesto, sin necesidad, muy larga penitencia. Hubierais podido hallar casa en que la mesa fuese menos opipara y la fé más ortodoxa. ¡ Supongo no será por falta de talento que no estáis colocado á gusto!

— No sentara bien en mí hablar de mis méritos; — dijo Andrés dando una ojeada á su alrededor con cierta complacencia; — pero, vanidad aparte, creo entender un poco en el oficio, porque debéis saber que he nacido y soy natural de Drip-daily, lugar en que se hace medrar á las coles bajo campana, y se aprovecha el plantío antes de sazón. Hablando, empero, con franqueza, veinticuatro años hace que, al comienzo de cada estación, me preparo para marcharme. Mas llega el día, siem-

pre hay algo que va á echar flor, y que quisiera yo ver florido, ó algo que va á madurar y que quisiera ver maduro, ó bien algo que sembrar y que quisiera ver cómo nace y... nada: de fin en fin de año, aquí me tenéis. Y si os dijera que, con seguridad, me voy para la Candelaria, no estaría más cierto de ello que veinte años atrás, y á la postre, aquí me encontraríais destripando mis terrones. A mayor abundamiento, y para no ocultar nada á Vuestro Honor, Andrés no ha podido dar con mejor colocación. Si Vuestro Honor quisiera indicarme otra en que poder oír la pura doctrina, y hacer pastar á una vaca, con casita, jardincito y más de diez libras anuales de gajes, sin amo para contar las manzanas, creed que os quedaria yo muy reconocido.

— ¡ Brabo, Andrés! Si no encontráis, no es por falta en el pedir.

— Nadie lo prohíbe. ¿ Tiene que pasar uno toda la vida para ser apreciado en su justo valor?

— ¡ A lo que observo, no profesáis afición á las señoras!

— ¡ No, á fe mía! Después del padre Adán, son la perdición de los jardineros. ¡ Ah, lo que pueden las malas prácticas! Necesitan albaricoques, peras, melocotones y manzanas, tanto en verano como en invierno, sin curarse de si la estación los da de sí. Pero, á Dios gracias, no tenemos aquí tamaña peste, exceptuando la vieja Marta; y aun ésta no se contenta con el permiso concedido á los chiquillos de su hermana, de picotear las moras, cuando vienen los domingos á tomar el thé en la habitación del conserje... con cuyo motivo, les regalo yo alguna blanda manzana para su cena.

— ¡ Olvidáis á vuestra joven señora!

— ¿ Qué señora es la que olvido? ¿Cuál?

— Vuestra joven señora miss Vernon.

— ¡ Ah! ¡ la pequeñita! No es tal señora, caballero. Deseo que sea la de ella misma, y también que no sea la de cierto particular, de aquí á mucho tiempo. Es un salvajito: tal como suena.

— ¡ Hola! — exclamé más vivamente interesado de lo que

me atrevía á reconocer y á dejarle presumir. — ¿ Conocéis los secretos de la familia, Andrés?

— Si les conozco, debo guardarlos, y no fermentarán en mi boca como la cerveza en la tinaja: os respondo de ello. En cuanto á miss Diana... para mí, ni es carne ni es caldo.

Y púsose á cavar con redoblado ardor.

— Acabad, — dije; — soy amigo de la familia, y quisiera conocer bien á la joven.

— Pues mucho me temo que es algo más que una valiente muchacha; — indicó Andrés guiñando el ojo, y meneando la cabeza con aire grave y misterioso. — Hay gato encerrado... ¿ Vuestro Honor me comprende?

— ¡ No, á fe mía! Procurad ser más explícito; — dije, haciendo deslizar una « corona » en su callosa mano.

Al contacto del dinero, el jardinero gesticuló sonriendo y me dirigió un leve saludo, mientras metía la moneda en la faltriquera de su vestido. Después, á fuer de hombre que adivina aquello en que debe insistir, irguióse, cruzó los brazos sobre su chaleco, é imprimiendo á su aspecto una solemne seriedad, confiéme la importante revelación que sigue:

— Sabed, pues, joven señor mío, ya que saberlo ansiáis, que miss Vernon es...

Aquí, suspendiendo el discurso, contrajo sus ahondadas mejillas hasta que sus quijadas y barba puntiaguda tomaron la forma de un rompe-avellanas; guiñó segunda vez el ojo, frunció las cejas, sacudió la cabeza y pareció creer que bastaba todo aquel juego de la fisonomía para hacerse inteligible.

— ¡ Gran Dios! — exclamé. — ¡ Tan joven, tan bella y perdida ya!

— ¡ Oh!... Podéis asegurarlo... perdidos cuerpo y alma. Por de pronto, es papista, y además...

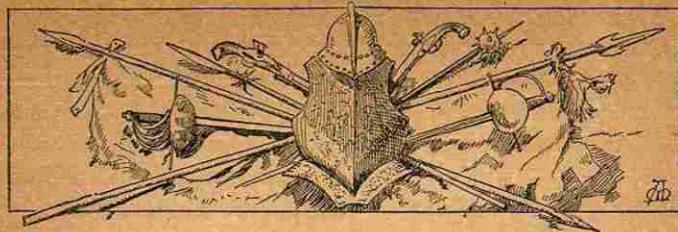
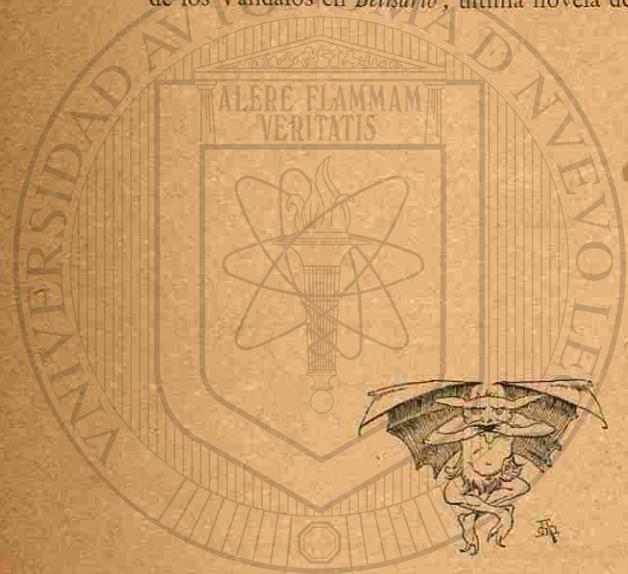
Su prudencia de escocés dominóle de nuevo, y permaneció con la boca cerrada.

— ¿ Qué más? — repuse vivamente. — ¡ Quiero saber lo que eso significa!

— Además es la jacobita más rabiosa de todo el condado.

— ¡ Con qué jacobita ! Y... ¿ eso es todo ?

Andrés me miró con aire pasmado, oyéndome apreciar tan á la ligera semejante confianza. Luégo, murmurando : — Es lo peor que sé de la niña ; — volvió á cavar como lo hace el Rey de los Vándalos en *Belisario*, última novela de Marmontel.



CAPÍTULO VII.

Bardolfo. El Sherif está á la puerta, seguido de una escolta interminable.

SHAKSPEARE. — *Enrique IV.* — Parte primera.

No sin trabajo di, al fin, con el aposento que se había dispuesto para mí. Después de haberme granjeado el celo y los buenos oficios de la servidumbre, mediante argumentos interesantes para ella, encerréme en mi habitación por el resto de la tarde.

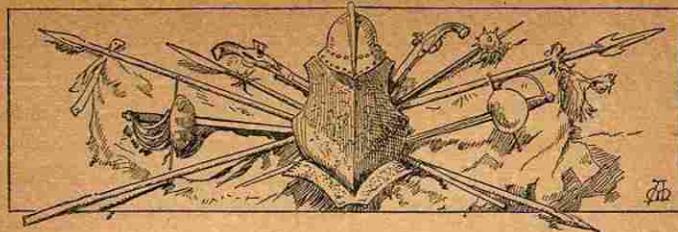
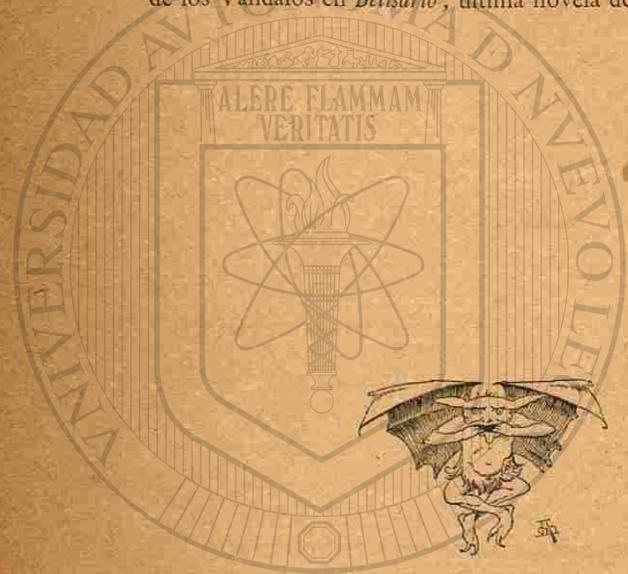
Dado el bonito sesgo que habían tomado las cosas en el salón de piedra, (como se apellidaba el comedor,) no menos que la batahola, cuyo debilitado eco llegaba aún hasta mí, pensé que mis nuevos parientes no debían ser, para un hombre sobrio, compañía decente.

¿ Qué intención podía haber sido la de mi padre enviándome á permanecer en el seno de aquella extraña familia ? Tal fué la primera y más natural de mis reflexiones.

Habíame recibido mi tío como si fuera á darme hospitalidad durante algún tiempo, y ésta, montada á la antigua, le pre-

— ¡ Con qué jacobita ! Y... ¿ eso es todo ?

Andrés me miró con aire pasmado, oyéndome apreciar tan á la ligera semejante confianza. Luégo, murmurando : — Es lo peor que sé de la niña ; — volvió á cavar como lo hace el Rey de los Vándalos en *Belisario*, última novela de Marmontel.



CAPÍTULO VII.

Bardolfo. El Sherif está á la puerta, seguido de una escolta interminable.

SHAKSPEARE. — *Enrique IV.* — Parte primera.

No sin trabajo di, al fin, con el aposento que se había dispuesto para mí. Después de haberme granjeado el celo y los buenos oficios de la servidumbre, mediante argumentos interesantes para ella, encerréme en mi habitación por el resto de la tarde.

Dado el bonito sesgo que habían tomado las cosas en el salón de piedra, (como se apellidaba el comedor,) no menos que la batahola, cuyo debilitado eco llegaba aún hasta mí, pensé que mis nuevos parientes no debían ser, para un hombre sobrio, compañía decente.

¿ Qué intención podía haber sido la de mi padre enviándome á permanecer en el seno de aquella extraña familia ? Tal fué la primera y más natural de mis reflexiones.

Habíame recibido mi tío como si fuera á darme hospitalidad durante algún tiempo, y ésta, montada á la antigua, le pre-

sentaba tan indiferente como el rey Enrique para con sus comensales. Pero, presente ó ausente, hacía el mismo caso de mí que de cualquiera de sus lacayos de librea azul. Mis primos no eran sinó oseznos; habría de perder yo con su trato, si le buscaba, los modales urbanos, el talento de buen tono que adquiriera antes, y todo lo bueno que podría aprender se reduciría á cortar el filamento de un perro, á colocar el sedal á un caballo y á cazar un zorro.

Sólo se me ocurrió una razón, probablemente la verdadera. Según mi padre, el género de vida que se llevaba en el castillo de Osbaldistone era consecuencia natural y forzosa de la misma condición de los nobles provincianos; por la cual, asociándome á unas diversiones que preveía habían de disgustarme pronto, deseaba reconciliarme, á todo evento, con la idea de volver al redil. Al propio tiempo, emplearía á Rashleigh en sus oficinas; después, cuando conceptuase oportuno desembarazarse de él, medios mil tendría para colocarle ventajosamente. Sentí cierto remordimiento de conciencia pensando en que, por culpa mía, un intrigante de la calaña que me había descrito miss Vernón iba á introducirse en la casa de mi padre y tal vez á merecer la confianza de éste; pero lo sofoqué arguyéndome que mi progenitor tenía el derecho absoluto de arreglar sus asuntos y que no era hombre para dejarse engañar ó dominar. Después de todo, ¿qué sabía yo de mi primo? Lo que me había contado una muchacha atolondrada y fantástica, cuyas locas ocurrencias debían ponerme en guardia contra una opinión ligera ó mal fundada.

Por pendiente natural, mis pensamientos volvieron á miss Vernón, á su exquisita belleza, á su particularísima situación, abandonada como estaba á sí misma, á sus propias luces, sin guía ni defensor; en una palabra, á su carácter en general, que presentaba el ánimo resuelto y la diversidad á propósito para aguzar nuestra curiosidad y cautivar nuestra atención. La proximidad de una criatura tan singular y la perspectiva de estrechar con ella relaciones íntimas y frecuentes, harían más peligrosa mi permanencia en el castillo, al disipar el fastidio: no

me faltaba buen sentido para preverlo. A pesar de los cálculos de mi discreción, me fué imposible examinar con terror la contingencia nueva y singular que me aguardaba. Deseché este nuevo escrúpulo, por el mismo procedimiento con que los jóvenes se salen del paso, en situaciones semejantes: tendría prudencia, estaría sobre aviso, no vería en ella otra cosa que un compañero y todo iría á pedir de boca. Dormime en mitad de tales reflexiones con la imagen de miss Vernon en el alma.



No puedo afirmar si volví á verla en sueños, porque la fatiga me postró y mi dormir fué profundo; pero despertado, al rayar el día, por los alegres sonidos del cuerno de caza, ella fué la primera persona en quien pensé.

Bastáronme algunos minutos para levantarme y hacer ensillar mi cabalgadura, y bajé luego á la cuadra, en donde estaban ya dispuestos hombres, caballos y perros.

Mi tío, que no esperaba, tal vez, encontrar tanto ardor en un sobrino educado en el extranjero, pareció bastante sorprendido de verme, y creí notar en sus «buenos días» matinales menos benevolencia y cordialidad que en el recibimiento de la vispera.

— Conque ¿aquí ya, muchacho? — me dijo. — La juventud es siempre impaciente... Pero ¡tente cuidado y recuerda el antiguo adagio:

*«Corcel que va galopando
Sobre la tajante sierra
De Piedras Negras, se expone
A romperse la cabeza!»*

Pocos jóvenes habrá, creo yo, hasta entre severos moralistas, que no prefieran ser acusados de una falta de conciencia que de ignorancia de equitación; y como á mi no me faltaban habilidad ni denuedo, sentíme mortificado por la alusión de mi tío y le aseguré que me vería entre los primeros en seguir la jauría.

— No lo dudo, muchacho, — contestó; — montas bien á caballo, según creo. Lo mismo dá: sé prudente. Tu padre, al enviarte aquí, encargóme que te indujera á entrar en razón, y no sé qué conviene más: si hacerte tascar el freno, ó aventurarse á que otro te tire de la brida.

El sentido de semejante discurso se me escapó por completo. ¿Era á mi á quien se dirigía? ¿Qué fruto había de sacar de él? Como quiera, de otro lado, que mi honradísimo pariente había formulado la advertencia por medio de la especie de aparte, en que expresaba en alta voz las ideas que se le ocurrían, presumí que le preocupaba mi deserción de la vispera, ó bien que sentía alguna vergüenza por los excesos de la tarde y que de ello se resentía su humor. Dejélo, pues, correr, proponiéndome no dar largas á la hospitalidad, si me hacía sentir el peso de la misma, y pasé á saludar á miss Vernon que, muy jovial, nos salía al encuentro.

Cambié, asimismo, algunos cumplidos con mis primos; pero al ver que se complacían, maliciosos, en criticar mi traje y mis arreos, desde el sombrero hasta las espuelas, y en cuchi-
chea acerca de todo lo que tenía un aspecto nuevo ó forastero, dejé de ampliar mis atenciones para con ellos. Sin contestar de otro modo que con soberano desdén á sus murmuraciones y

á sus gestos, acerquéme á miss Vernon como única persona digna de mi compañía. A su lado partí para el bosque en que debíamos cazar, bosque que cubría por entero el lado de una colina situada entre inmensos eriales. Marchando al galope, hice notar á Diana la ausencia del primo-Rashleigh.

— Pues es un gran cazador, — contestó; — pero á la manera de Nemrod: caza al hombre.

Excitados por los gritos de sus amos, los perros se lanzaban á través de los bosques. Todo fué tumulto y movimiento. Mis primos tomaban demasiado interés en el asunto de la mañana para ocuparse más de mí. Oí, empero, á Dick, el chalán, que decía por lo bajo á Wilfrid, el badulaque:

— Fíjate bien: el primo Francis va á dar un tumbo al primer salto.

— No me sorprendería, — dijo el otro, — porque trae galoneado con pésimo gusto su sombrero.

Thornclyff que, á pesar de su rudeza, no era del todo insensible á los atractivos de su prima, parecía haberse puesto en la cabeza la idea de acompañarnos más de cerca que sus hermanos, fuese para expiar lo que ocurriera entre miss Vernon y yo, fuese para gozarse más en mi ineptitud para la caza. Bajo este último punto, había contado sin la huésped.

Después de una batida inútil, que duró casi toda la mañana, se tomó la pista á un zorro, que nos hizo correr durante dos horas, y, á despecho del bordado de mi sombrero á la francesa, sostuve mi papel de cazador con aplauso de mi tío y de su pupila y con mal disimulada ira de aquellos que esperaban cubrirme de oprobio.

Entre tanto, maese zorro, más ladino que sus perseguidores, consiguió burlar á la jauría. Entonces noté hasta qué punto miss Vernon se sentía mortificada por la estrecha vigilancia que sobre nosotros ejercía nuestro compañero. Viva y atrevida como ella sola, y no titubeando jamás en tomar el camino más corto para satisfacer su voluntad del momento, dijole en tono de censura:

— ¿Podrá saberse, Thornie, á qué viene el andar pegado

toda la mañana á la grupa de mi caballo, cuando sabéis que las gazaperas del molino de Woolverton no están tapadas?

— Es la primera noticia ésta, miss Die, — contestó el muchachón. — Ayer, al anochecer, me ha jurado el mismo molinero que las había tapado al mediodía.

— ¡Cómo, Thornie! ¿Fiáis en la palabra de un molinero, y más tratándose de gazaperas que nos han hecho perder al zorro tres veces durante este otoño? Montado, como vais, en vuestro caballo gris, podéis aseguraros del hecho yendo y viniendo en diez minutos.

— Pues bien, miss Die, corro al molino, y si el molinero me ha engañado, le pego una paliza de padre y señor mío.

— Eso es, amigo: sacudid al pícaro como se merece. ¡ Al avío! Dáos prisa y procurad verle muy de cerca.

Thorncliff partió al galope.

— Y si te sacuden á ti, — añadió, — no habré conseguido menos mi propósito. Hé ahí cómo debe tratarse á todos: á baqueta. A propósito: organizo un regimiento. Thornie será mi ayudante para los alojamientos; Dick, mi escudero, y en cuanto á Wilfrid, con su recia voz pringada, que tartalea tres sílabas á un tiempo, tocará el tambor.

— ¿Y Rashleigh?

— Dirigirá los reconocimientos.

— ¿Y á mi, no me repartis papel alguno, mi hechicero coronel?

— Si: seréis, á vuestro antojo, jefe cajero ó jefe galafarro (1) del regimiento... Pero ved cómo los perros se enredan en su correría. Han perdido la pista y no volverán á dar con ella en todo el día. Seguidme: tengo algo que enseñaros.

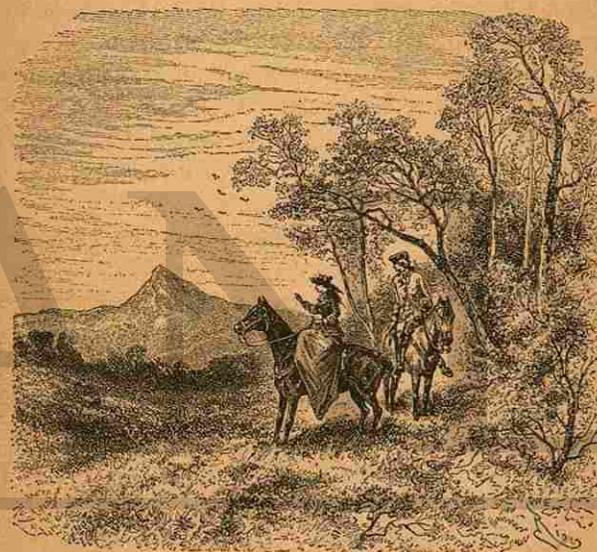
Sin aguardar mi respuesta, puso su cabalgadura al trote hasta llegar á la eminencia de una sonriente colina, desde donde la vista se esparcía á lo lejos sobre el campo. Dando una ojeada á su alrededor, para asegurarse de que estábamos solos, hizo

(1) Como si dijera encargado de administrar justicia.

avanzar su caballo hasta la sombra de un grupo de abedules que nos ocultaba á las miradas de los curiosos.

— ¿Veis allá bajo — me dijo, — aquella montaña quebrada, sombría y cubierta de matorrales, que presenta en uno de sus lados una como mancha blanquecina?

— ¿Al extremo de esa larga cadena de colinas cortada por aguazales?... La distingo perfectamente.



— Aquella mancha blanca es una roca llamada la Punta del Halcón, y la Punta del Halcón está en Escocia.

— ¿Conque sí? No creía que nos hallásemos tan cerca.

— Tal como os lo digo, y vuestro caballo os llevará á allí en dos horas.

— Le ahorraré ese trasiego. Hay de aquí á allá de siete á ocho leguas á vuelo de pájaro.

— Tomad mi caballo si lo creéis menos fatigado. Os repito que á las dos horas estaréis en Escocia.

— Y yo os repito que no experimento deseo alguno de ir allá; de tal modo, que si la cabeza de mi caballo hubiese pasado la frontera, no daría á la cola el trabajo de seguirla. ¿Qué voy á hacer en Escocia?

— Poneros á salvo, puesto que es necesario hablar con claridad. ¿Me entendéis ahora, señor Frank?

— Ni poco, ni mucho. Vuestro oráculo se oscurece más y más.

— Bajo palabra os digo que, ó desconfiáis muy injustamente de mí, y sabéis disimular mejor que Rashleigh, ó ignoráis de que se os acusa. Y ya no me extraña, viéndoos abrir tamaños ojos con ese aire grave que me da ganas de reír.

— Por mi honor, miss Vernon, — contesté impacientado por aquel acceso de alegría infantil, — que no se me alcanza ni la menor idea de lo que queréis significar. Me siento dichoso en proporcionaros motivo de distracción, pero no sé, ni remotamente, en qué consiste.

— Despues de todo, no hay para qué reír, — repuso volviendo al tono serio, — ¡á bien que las personas atormentadas presentan á veces su lado tan risible!... El asunto de que se trata es trascendental. ¿Conocéis á un tal Moray, Morris ó algo de parecido?

— No recuerdo semejante nombre.

— Reflexionad un poco. ¿No habéis andado camino, durante esos últimos días, con un viajante de dicho nombre?

— El único que me acompañó algún tiempo fué cierto sujeto que parecía tener el alma en su maleta.

— Como el licenciado Pedro García cuya alma estaba encerrada, con los ducados, en su bolsa de cuero... Vuestro compañero ha sido robado y ha entablado una denuncia contra vos, acusándoos de complicidad en la violencia de que ha sido objeto.

— ¡Estáis bromeando, miss Vernon!

— No: os lo aseguro; es la pura verdad.

— Pero vos... — exclamé con viva indignación, que no traté de reprimir, — ¿vos me creéis capaz de acción tan villana?

— Supongo que me citaríais al campo del honor, si tuviese

yo la honra de ser hombre. No os impacientéis, si el corazón os lo dicta: sé tirar al vuelo lo mismo que salvar una barrera.

— Y además mandáis un regimiento de caballería, — añadió pensando en lo ridículo de enojarme con ella. — Explicadme, por favor, esa broma.

— No lo es, ni por asomo. Se os acusa de haber robado á aquel hombre, y mi tío lo cree como lo he creído yo misma.

— A fe mía, que debo estar muy reconocido á mis amigos, por la buena opinión que les merece este vuestro servidor.

— Veamos: cesad, si es posible, de refunfuñar, de sorber el viento y de tomar la actitud alborotada de un caballo que se espanta. El mal no es tan grande como creéis. No se os acusa de un pequeño hurto, de una fechoría vulgar, no. El individuo de marras es un empleado del gobierno; traía, en moneda y en papel, el dinero destinado al pago de las tropas que operan en el Norte. Se le han sustraído también, según dice, despachos de gran importancia.

— En tal caso, ¿estoy acusado nó de simple robo, sino de alta traición?

— Cabalmente. Se trata de una clase de crimen que, conforme sabéis, ha sido en todos tiempos propio de gente noble. No faltan personas, en este país, y hasta á vuestro lado, que consideran meritorio el inferir perjuicios á la casa de Hannover.

— Mis sentimientos en política y en moral, miss Vernon, no son de una naturaleza tan acomodaticia.

— Empiezo á convencerme de que sois presbiteriano y hannoveriano á todo evento. ¿Qué pensáis hacer?

— Rechazar desde luego tan infame calumnia. ¿Ante quién se ha presentado la querrela?

— Ante el anciano juez Inglewood, el cual ha manifestado bastante repugnancia en recibirla. Él es, á lo que presumo, quien, por bajo mano, ha prevenido á mi tío que os hiciera pasar á Escocia, á fin de que escaparais al auto de detención. Pero mi tío duda: su religión y sus antiguas amistades han excitado los recelos del gobierno y teme, si favorece vuestra evasión, verse desarmado y, lo que es peor todavía, perseguido probablemente como papista, jacobita y sospechoso (C).

— Si, sí: comprendo que prefiera perder su sobrino á perder sus caballos.

— ¡ Sobrino, sobrina, hijos, hasta hija, si la tuviera, y toda su familia! No contéis con él ni por un momento, y partid enseguida y en línea recta, sin esperar la ejecución del mandato.

— Partir es lo que voy á hacer, pero para presentarme ante el juez. ¿ Dónde reside?

— A dos leguas cortas de estos alrededores, en la parte baja, detrás de aquellas plantaciones... Podéis distinguir la torrecita del atalaya.

— En breve estaré allá.

Sacudí las riendas de mi caballo y miss Vernón imitó mi ejemplo.

— Os acompaño, — dijo, — y os serviré de guía.

— ¿ Será posible, miss Vernon? No me parece... (dispensad la franqueza á un amigo,) no me parece conveniente... ¡ qué digo! creo que no es propio el acompañarme en la visita que me propongo hacer.

Un ligero carmin coloreó el noble semblante de la joven.

— Os comprendo, — contestó; — es hablar con franqueza y... — añadió al cabo de un momento — con buen fin.

— ¡ Oh! ¡ No lo dudéis! — exclamé con más calor del que quería emplear. — ¿ Podéis creerme ingrato ó insensible al interés que estáis demostrándome? En las necesidades es cuando se conocen los verdaderos amigos. Pero, por consideración á vos, no debo permitir que os entreguéis á impulsos generosos que serian mal interpretados. Se trata de una excursión demasiado pública y que se parece á una comparecencia ante el tribunal.

— Y aun cuando así fuera, ¿ creéis que titubearé en presentarme para defender á un amigo, conceptuándolo del caso? Carecéis de apoyo, sois forastero, y aquí, en los confines del reino, los jueces rurales siguen procedimientos barrocos. Mi tío no piensa enredarse en el asunto; Rashleigh no está allí, y, aunque estuviera, no sé cómo tomaría la cosa. En cuanto á los demás, todo se reduce á quién sea más necio ó más corto de

alcances. Iré, pues, con vos y no desespero de seros útil, porque no pertenezco á esa clase de lindas damas á quienes los procedimientos judiciales, la jerga bárbara y las grandes pelucas de los golillas hacen caer en desmayo.

— Pero, querida señorita...

— Pero, querido caballero, sosegáos y dejadme obrar á mi antojo. En cuanto tengo el bocado entre dientes, nada puede contenerme.

Engréido por el interés que tan amable persona parecia tomar en mi destino, no dejaba de sentirme menos contrariado al calcular lo ridículo que estaria presentándome bajo los auspicios de un abogado con faldas. La enojosa interpretación que podría darse á la expedición me preocupaba seriamente, y no perdoné medio para disuadirla de acompañarme á casa del juez. La antojadiza muchacha no quiso desistir; me lo declaró redondamente: serian inútiles tiempo y esfuerzos; era una verdadera Vernon que no se resolveria jamás á abandonar á un amigo en la desgracia, por débil que fuera el auxilio que pudiera prestarle; y, en fin, todos mis razonamientos, excelentes para chiquillas pensionistas muy educadas y comedidas, daban en falso tratándose de la joven acostumbrada á no seguir otra voluntad que la propia.

Recorriendo camino, nos acercamos rápidamente al lugar de nuestra visita, y miss Vernon, sin duda para concluir de una vez con mis exhortaciones, complacióse en trazar, para mi gobierno, un ligero retrato del magistrado y de su escribano.

Inglewood era, segun ella, un jacobita que habia vuelto la casaca, es decir un hombre que, después de haber combatido largo tiempo al gobierno, como la mayoría de nobles del Condado, se habia reconciliado con él, hacia poco, á fin de poder ser nombrado juez de paz.

— Lo ha verificado — añadió, — cediendo á los apremiantes ruegos de los hidalgillos, sus compadres. Esos señores veian con disgusto que las leyes sobre caza, arca santa de sus ocupaciones campestres, iban á caer en desuso por falta de un magistrado que obligara á respetarlas, toda vez que el más veci-

no en ejercicio del cargo, el alcalde de Newcastle, prefiriendo á la caza viva, la muerta debidamente condimentada, favorecía al cazador furtivo en detrimento del cazador legal. Urgía, pues, que uno de los dos sacrificara sus escrúpulos de lealtad legitimista al provecho comunal. Opinando así, los nobles de Northumberland pusieron su derecho en manos de M. Inglewood, cuyas opiniones y



cuya carácter, bastante olvidados, debían, á su entender, adaptarse sin excesiva repugnancia á cualquiera opinión política.

«Obtenido el cuerpo del tribunal, pensóse en darle un alma que, bajo el nombre de escribano, pusiera en movimiento, la máquina, y la elección recayó en cierto arruinado procurador de Newcastle.

«Es ese un tal Jobson, quien, para variar mi metá-

fora, encuentra excelente el oficio de despachar justicia bajo el pabellón del señor Inglewood. Y, como sus emolumentos dependen de la cantidad de negocios que pasan por sus manos, saca partido de éstos, por su cuenta, y en toda la línea de la jurisdicción de Themis, en mucha mayor escala de lo que su guapo principal pescaría por sí mismo. Tanto es así, que, en cinco ó seis leguas á la redonda, no hay mujer que pueda ultimar una venta de manzanas con el negociante, sin verse citada irremisiblemente ante el juez y el terrible escribano.

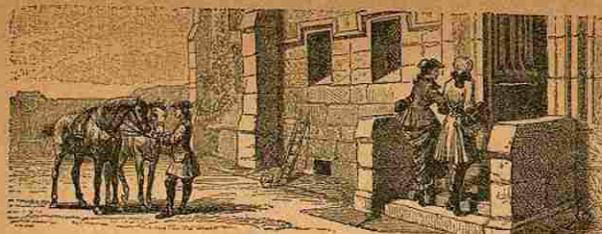
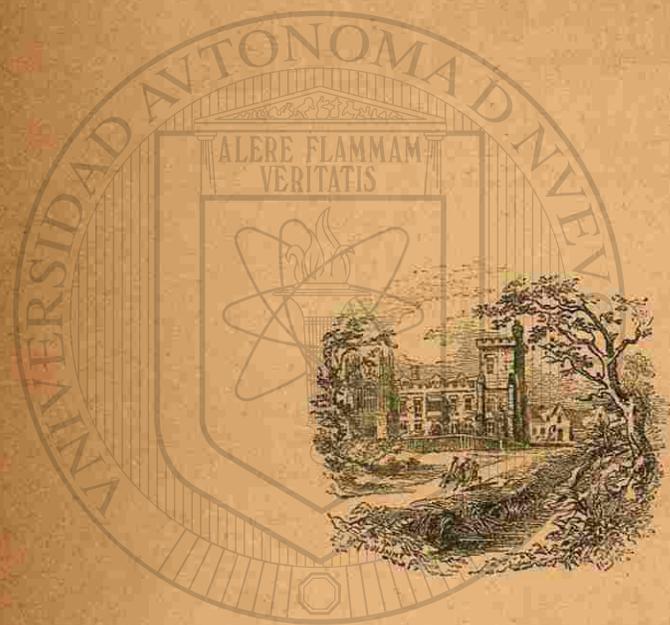
«Si los asuntos abocados á su tribunal presentan, como el vuestro, color político, entonces se eleva entre ambos un debate de los más cómicos. El señor José Jobson es (y sus razones tendrá para serlo) un fogoso defensor de la religión protestan-

te, y no menos caluroso partidario de la revolución que ha destronado á los Estuardos. Pues bien: el jefe de gabinete conserva aún, por un resto de costumbre, cierto resabio de las opiniones que profesaba abiertamente antes del día en que se desprendió de ellas con la patriótica intención de imponer el respeto de la ley á los destructores ilegítimos de los gamos, liebres, perdices y otras piezas de caza. ¡Calculad su compromiso, cuando el celo del acólito le enfrasca en procedimientos que afectan á sus antiguas opiniones! En vez de atizar el fuego, raras veces deja de responder á él con redoblado descuido ó inercia.

«Y no vayáis á creer que sea un bestia de tomo y lomo: ¡ni por pienso! Dada su condición de hombre cuyo único regalo es el de la mesa, posee ingenio vivaracho, es un bromista de primera, un compadre de marca mayor. El contraste hace más chocante la apatía profesional en que se ha colocado.

«En esas magnas ocasiones es preciso ver á Jobson. Parecido á un rocín asmático, uncido á un carro excesivamente cargado, echa resoplidos, se revuelve y alborota para poner al juez en movimiento. Pero al enorme peso del vehiculo, cuyas ruedas gimen, chirrian y se mueven apenas, engaña los esfuerzos del valiente cuadrúpedo que no logra imprimir á aquél una marcha regular. Y no pára todo aquí. El desventurado jaco tiene otro motivo de queja. La misma máquina, que algunas veces le cuesta tanto poner en movimiento, echa á andar, en ciertos momentos, á paso de carga, sin curarse del tiro que resiste en vano. Esto acontece cuando se trata de servir á un camarada de aquel tiempo. Entonces maese Jobson habla nada menos que de denunciar á su jefe al Secretario de Estado... pero le contienen el interés y la amistad que profesa á M. Inglewood y á su familia.»

Al terminar miss Vernon la descripción grotesca que antecede, estábamos ya frente al castillo de Inglewood: edificio magnífico, aunque trasnochado, que daba alta idea de la importancia de sus dueños.



CAPÍTULO VIII.

« Caballero: » dijo el hombre de la ley, « sin lisonja os digo que poseéis la mejor y más bella batería de cocina que descarse pueda; tanto, que el rico más vanidoso no se avergonzaría de solicitarla. »

J. BUTLER. — *Ulibras.*

DESPUÉS de confiar nuestras cabalgaduras á un criado que vestía la librea de casa mi tío, y estaba en la cuadra, penetramos en el castillo.

Experimenté cierta sorpresa, y mi linda compañera sintió aún más al hallar en el vestibulo á Rashleigh Osbaldistone, quien por su parte, pareció no menos sorprendido de vernos.

— Rashleigh, — dijo miss Vernon, sin darle tiempo para dirigirnos pregunta alguna; — ¿ estábais enterado del asunto del señor Francis y habéis venido á conferenciar acerca del mismo con el juez? ®

— Si; no he venido á otra cosa; — contestó tranquilamente. Y añadió luego, saludándome: — He procurado prestar á mi primo todo el auxilio que de mí dependía; pero... me contraría el verle aquí.

Separándose entonces de su prima, que parecía irresoluta, dirigióme la palabra en tono amistoso.

— No dudéis de mi celo en serviros, señor Osbaldistone, — dijo. — Si os abandono en este momento es en interés vuestro. Pero poned en juego vuestra influencia para decidir á nuestra prima á que parta. Su presencia no ha de seros útil y su reputación corre peligro.

— Predicáis á un convertido, caballero: estad seguro de ello. He rogado á miss Vernon que regresara, con tanta solitud como me ha sido dable emplear.

Reinó un instante de silencio, que Diana fué la primera en romper.

— En suma, — dijo, — no me marchó sin veros á salvo de las manos de los filisteos. El primo Rashleigh, quiero creerlo, tiene buenas intenciones, pero él y yo nos conocemos de antiguo. No me marchó, Rashleigh, y... — añadió en tono más suave, — sé que permaneciendo aquí, tendréis una razón de más para mostraros diligente.

— ¡Quedáos, pues, cabeza loca y antojadiza! Demasiado sebéis á quién os dirigís.

Y precipitóse fuera del vestibulo. Un momento más tarde percibimos cómo se alejaba, al galopar de su caballo.

— ¡Gracias á Dios que se fué! — exclamó Diana. — Y ahora vamos á ver al juez.

— ¿No sería conveniente llamar á un criado?

— No vale la pena. Conozco el camino del antro. Caeremos sobre él de improviso. ¡Seguidme!

Encaramóse por una pequeña y oscura escalera, atravesó por un corredor apenas iluminado, y penetró en una antesala tapizada con viejos mapas, planos de arquitectura y árboles genealógicos. Una puerta, con doble hoja, daba acceso al comedor donde una voz recia que, en otros tiempos, había debido hacer coro á más de un estribillo báquico, cantaba la siguiente copla de una antigua canción:

*El puerto de mar muy malo ;
El tiempo siempre un infierno ;
El fastidio inacabable...
Quien no se acogió en el puerto
Merece un árbol cercano
Y la cuerda en el pescuezo.*

— ¡ Oh, oh ! — dijo miss Vernon. — Nuestro alegre juez ha comido ya. No creía que fuera tan tarde.

En efecto: M. Inglewood, cuyo apetito se excitara aquel día con el ejercicio de su cargo, había adelantado su segundo refrigerio, que verificaba al medio día en lugar de celebrarlo á la una, según costumbre general en Inglaterra.

Los diversos incidentes de la mañana habían hecho que retardáramos un poco, y el juez no había perdido tiempo tratando el asunto más importante de la jornada.

— Aguardadme: — dijo Diana; — conozco á los séres y voy en busca de un criado. Si os viera mi hombre, de sopetón, estallaría de sorpresa.

Y me abandonó, dejándome perplejo acerca de si me convenía avanzar ó batirme en retirada. La conversación, que tenía lugar en el comedor, llegaba distintamente á mi oído, y sorprendieronme muy especialmente las excusas que alegaba, para no cantar, una voz ronca cuyo acento llorón no me era desconocido.

— ¡Cómo, caballero! — decía el juez. — ¿Rehusáis cantar? ¡ Por la Virgen, que lo veremos! Habéis apurado mi cocotero lleno de vino de España, ¿ y eso se os atraganta? Sabed, señor mio, que el vino de España haría cantar y hasta hablar á un gato si fuere preciso. ¡ Venga una alegre cancioncilla, ó largaos de mi casa! Me habéis hecho perder un tiempo precioso con vuestras perras declaraciones, ¿ y pensáis hacer las paces conmigo pretextando que no podéis cantar?

— Vuestro Honor está dentro de la legalidad, — dijo otra voz cuyo tono chillón y lleno de suficiencia mostraba ser la

del escribano. — El demandante debe de ser ejecutado : trae el fallo escrito en la cara.

— Concluya , pues , — replicó el juez — ó ¡ por San Cristóbal que va á tragar mi cocotero lleno de agua salada, conforme á la ley vigente en la materia!

El cumplimiento siguió de muy cerca á la amenaza.

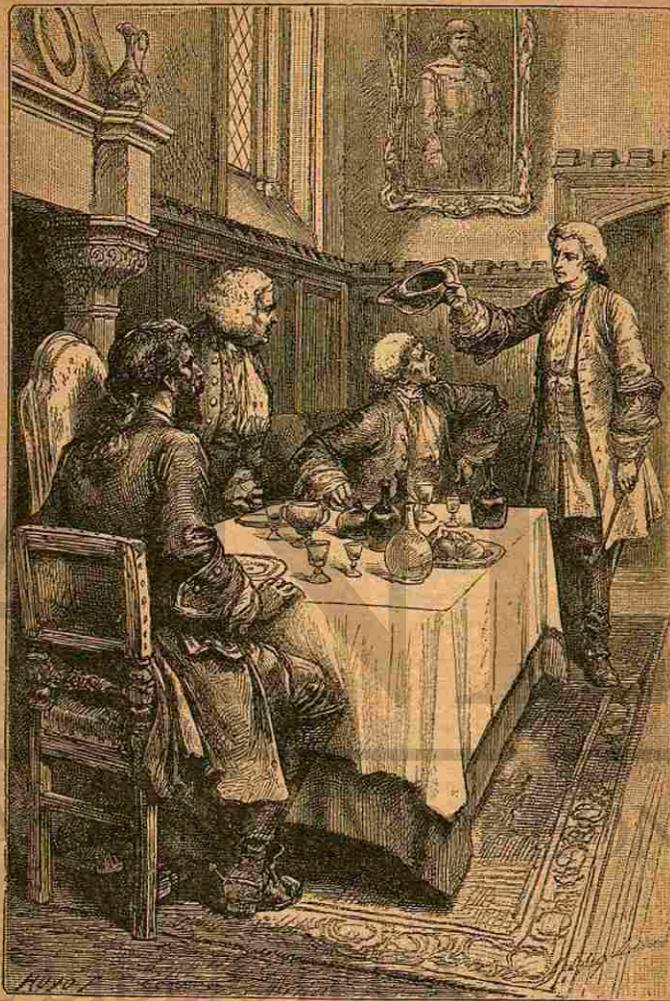
Mi ex-compañero de viaje (ya no podía caberme duda de que era él el culpable en cuestión,) principió á cantar con plañidera voz , parecida á la de un condenado que entona su último salmo sobre el cadalso , unas endechas que comenzaban así :

*Buenas gentes , dad oído
A esta historia de dolor :
Es la de un ladrón famoso ,
Es la de un sin par ladrón ,
Que jamás robara á medias.
¡ Tralarón , el picarón !*

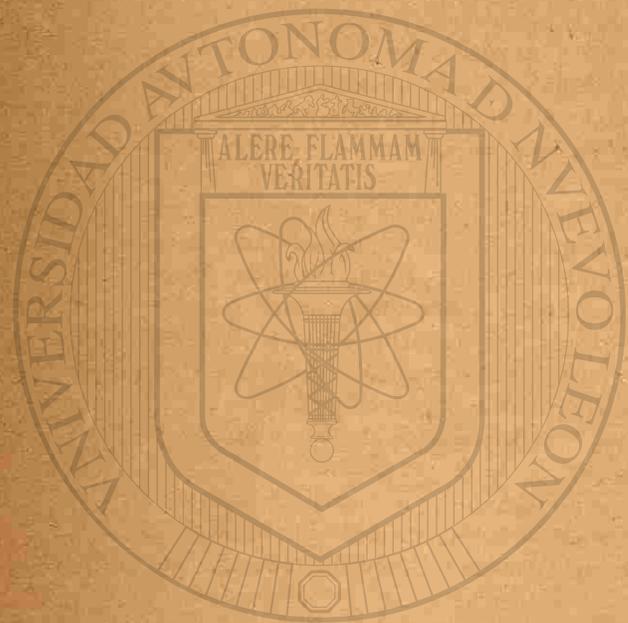
*Aquel tuno de alma negra ,
Sable en mano , acometió
Solo , un día , á seis compadres
En el bosque de Brentford,
Al regreso de la feria.
¡ Tralarón , qué picarón !*

*La mesa hablan dejado,
Dándose un buen atracón
De bebidas , cuando el tuno
Blasfemando así gritó :
« ¡ Alto , perros !... ¡ Todo es mío !... »
¡ Tralarón , qué picarón !*

Ignoro si las honradas personas , cuyo lance ha dado asunto á la elegiaca canción , experimentaron más horror , al aspecto del facineroso , que el copleo puso ante mí de manifiesto , ya



Entrada de Francis en el comedor del juez Inglewood.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que cansado de aguardar á que un criado llegara para anunciarme, y algo corrido con mi papel de oyente involuntario, presentéme á la reunión en el momento en que Morris (tal era su nombre) atacaba la cuarta copla. La nota aguda, con que principiaba el motivo, extinguióse en un sordo temblor de espanto, no bien se halló el hombre frente á frente de quien no era menos sospechoso á sus ojos que el mismo héroe de su balada. Quedó con la boca abierta como si hubiese visto la cabeza de Medusa.

Bajo la influencia soporífera de aquella quejumbrosa música, el juez se había amodorrado. El silencio, iniciado bruscamente, lo despertó; agitóse en su silla, azorado á la vista del inesperado comensal que acababa de aumentar la compañía durante su sueño. El escribano, que fácilmente reconocí á su sólo aspecto, no experimentó menor sacudida, participando, sin saber por qué, del espanto de su digno adlátere.

Usé de la palabra, á fin de acabar con la alarma que mi entrada había producido.

— Mi nombre, señor Inglewood, es Francis Osbaldistone. He sabido que un miserable había presentado querrela ante vos acusándome de complicidad en un robo de que se dice víctima.

— Caballero, — contestó el juez refunfuñando, — esos son negocios de que no me ocupo jamás sentado á la mesa. Tiempo queda para todo. Un juez de paz tiene el derecho de comer como cualquier nacido.

Diré de paso que la magestuosa gordura del señor Inglewood no parecía haber sufrido mucha abstinencia bajo el servicio del rey ó de la religión.

— Dispensad, caballero, mi inoportuna visita, — repuse, — pero se trata de mi reputación, y... puesto que ha terminado ya vuestra comida...

— ¿Terminado?... No, señor. La digestión es tan necesaria al hombre como la nutrición. Y aplicándolo á mí, ¿qué provecho voy á sacar de mis comidas, si no se me concede un par de horas de siesta para poder entregarme á la alegría inocente y á las honradas libaciones?

— Como amigo y como pariente, señor Osbaldistone, — repliqué, — debierais más bien sentirlos contrariado viéndome en otra parte, dado que el ultraje inferido á mi honra me llamaba imperiosamente á este sitio.

— Convengo en ello; pero, á juzgar por la disertación de mi padre, podía yo suponer que una pronta retirada á Escocia, hasta que se hubiesen amortiguado bienamente las cosas...

Respondi, con cierto impetu, que no me incumbía adoptar precaución de ningún género, y que, lejos de pretender amortiguar cosa alguna, habia ido allá para denunciar una abominable calumnia y buscar, resueltamente, el origen de la misma.

— El señor Francis es inocente, Rashleigh; — dijo miss Vernon; — solicita una información sobre el delito de que se le acusa, y yo estoy pronta á defenderle.

— ¿Vos, linda prima? Creía que mi presencia, en semejante asunto, podría ser más provechosa que la vuestra al señor Francis, ó á lo menos, más puesta en razón.

— ¡Oh! ¿Quién lo duda? Pero... dos cabezas pueden más que una sola, dice el proverbio.

— ¡En especial si es como la vuestra, encantadora Diana!

Así diciendo, Rashleigh adelantóse y tomó la mano de la joven con tierna familiaridad, lo que hizo me pareciera cien veces más feo de lo que en realidad era.

Miss Vernon llamóle aparte y entabló con él, por lo bajo, un animado coloquio, con trazas de reclamar del joven algo que éste no quería ó no podía conceder. La expresión de sus rostros ofrecía un marcado contraste. Miss Vernon, seria al principio, montó en cólera; brillaron sus ojos y su cutis se coloreó; prietas sus manecitas, y sacudiendo el suelo con el breve pié, parecía escuchar con mezcla de indignación y de desprecio las excusas que Rashleigh, ligeramente inclinado hacia atrás, (pero sin abandonar sus modales pulcros y respetuosos, su aspecto impasible y su indulgente sonrisa,) deponía á sus plantas. Por fin, separóse de él bruscamente, diciendo:

— ¡Lo quiero!

— No está en mi mano; — contestó el otro. — ¡Es absolutamente imposible! ¿Lo creyerais, señor Osbaldistone?

— ¿Perdéis el ingenio? — interrumpió ella.

— ¿Lo creyerais? — insistió él, afectando no comprenderla.

— Miss Vernón pretendé, á todo trance, no sólo que me convenza de vuestra inocencia, (y no es posible convicción más arraigada que la mia acerca del particular,) sino que conozca yo los verdaderos autores del robo, supuesto que el tal robo se haya cometido.

— Es inútil apelar al señor Osbaldistone, Rashleigh: él no está al tanto, como yo, del increíble alcance y seguridad de vuestras averiguaciones.



— A fé de caballero, que me dispensáis más honor del que merezco.

— Justicia os dispensó, Rashleigh; nada más que justicia, y no reclamo de vos otra cosa.

— Sois un tirano, Diana; — contestó él con cierto esfuerzo; — un tirano caprichoso, y gobernáis á vuestros amigos con vara de hierro. En fin, se hará conforme á vuestro deseo. Pero no debéis permanecer aquí; bien lo sabéis. Es necesario que regreséis conmigo.

— Si Vuestro Honor lo permite, — dijo Jobson, que se había rápidamente pertrechado en sus papelotes, — como quiera que el caso lo es de felonía y que el señor parece traer alguna prisa; trátase de un crimen contra la paz del rey, *contra pacem domini regis*...

— Al diablo el *domini*! — exclamó el juez impacientándose. — Creo que puede hablarse así sin traición! ¡ Hay para volverse loco con tanta triquiñuela! Ni un momento de tranquilidad! Órdenes de detención, juicios, piezas, fianzas, obligaciones y reconocimientos lloviendo de todas partes!... Os juro, señor Jobson, que uno de estos días lo mando todo á paseo: á vos y á la justicia de paz.

— Considere Vuestro Honor la dignidad de su cargo tan alta, de verdad, que Eduardo Coke, el gran legista, tenía razón al decir: « Cuando se desempeña bien no hay en país alguno otra parecida. »

Apaciguado á medias por el certero elogio, el juez anegó el resto de su mal humor en un soberbio trago.

— ¡ Ea! — dijo. — Manos, pues, á la obra y despachemos. Sentáos en frente, caballero. Veamos, Morris, caballero de la triste figura: ¿ es al señor Francis Osbaldistone, el hidalgo que tenéis delante, á quien acusáis de ser autor y cómplice del robo? »

— Yo, señor, — contestó Morris, que no había vuelto todavía á hacerse cargo de su posición; — yo no acuso á nadie... yo nada digo en contra de ese caballero.

— En tal caso, dejemos sobreseida la querrela. No hablemos más del asunto. ¡ Buen desenlace! Acercad la botella. Señor Osbaldistone, escanciad para echar un trago.

Pero el curial no era hombre para soltar tan fácilmente la presa.

— ¿ Qué significa eso, caballero? — dijo á Morris. — Aquí obra vuestra declaración. Aún no está seca la tinta, y ¿ os retractáis tan escandalosamente? »

— ¿ Por ventura sé yo — tartamudeó el temblón, entre dientes — si ha arrastrado tras de él un enjambre de picaros? ¡ He

leído tantas cosas parecidas en las *Historias de ladrones* de Johnson!... Observad cómo se abre ya la puerta...

Abrióse, en efecto, y entró Diana Vernon.

— Vuestra casa, oh juez, está muy bien servida; — dijo. — ¡ Ni un criado para anunciarme!

— ¡ Ah! — exclamó el juez con una vivacidad que probaba que su devoción á Themis ó á Comus no le absorbía hasta el punto de hacerle olvidar lo que á la belleza es debido. — ¡ Ah, ah!... Die Vernon, nuestro capullo de rosa, la flor de las fronteras viene á ver como tiene su casa el solterón? Bienvenida, hijita, bienvenida como vincaperínca en el mes de Mayo!

— ¡ Si, si! Bonita casa y de las más hospitalarias. ¡ Ni un alma para contestar á los recién-llegados!

— ¡ Pícaros criados! Creíanse libres por unas cuantas horas. ¿ Cómo no habéis venido antes? Vuestro primo Rashleigh ha comido aquí y se ha marchado, el truchimán, apurada la primera botella. Pero vos no habréis comido aún... Esperad: se os servirá algo bueno y delicado, galante y lindo como vos. Es asunto de un abrir y cerrar de ojos.

— No rehuso, porque llevo realizada una larga correría esta mañana. Mi visita, juez, no será larga. He venido con mi primo aquí presente, Frank Osbaldistone, y es necesario que le enseñe el camino para reacompañarlo al castillo, no sea que se pierda en el bosque.

— ¡ Hum! ¿ Es por ese lado que sopla el viento? — preguntó el juez.

*Ella le enseña un poquito
el caminito,
el caminito de amores.*

¡ Y nada, nada para los viejos célibes, pimpollito del desierto? »

— Nada, nada, señor Inglewood. No obstante, si queréis ser juez digno, ultimar el asunto del joven Frank y dejarnos volver á casa, acompañaré á mi tío á comer con vos la semana que viene, contando con una alegre recepción: ¿ eh? »

— La tendréis, perla mía del Tyne. ¡Canastos! Si alguna vez, niñita, envidio á vuestros jóvenes sus escapatorias es cuando venis á verme. Me conviene, pues, no atormentaros: ¿eh? Pues bien: las explicaciones del señor Francis me satisfacen por completo. Hay en el lance una mala inteligencia, que tendremos tiempo sobrado para esclarecer.

— Dispensad, caballero: — dije; — pero ¿de qué naturaleza es la acusación? Nada sé de ello todavía.

— Pues sí, señor, — observó el curial á quien la intervención de miss Vernon había desconcertado de pronto, y que se aferró otra vez, con ardor, al procedimiento, recibiendo auxilio del lado que menos esperaba. — Pues sí, caballero... Sabréis lo que dice Dalton en su *Manual de los jueces de paz*: «Cualquiera que haya sido aprehendido por razón de crimen no será soltado á petición de otro. Debe presentar fianza ó ser encarcelado, después de pagar al escribano los honorarios de costumbre.»

Aguijoneado de tal suerte, el juez consistió en darme algunas explicaciones.

Los ardidés inocentes de que me había complacido en hacer blanco á Morris habían hecho fuerte impresión sobre su menudado cerebro, y desfilaron, uno tras otro, en su queja, agrandados por cuantos absurdos puede sugerir una imaginación exaltada. Parece ser que el mismo día en que nos despedimos el uno del otro, se vió atacado, en solitario lugar, por dos hombres á caballo, armados y con antifaz, quienes le despojaron de su inseparable maleta.

Uno de ellos, en concepto suyo, tenía mucho de mi aspecto y de mi porte. Durante el coloquio en voz baja, que tuvieron juntos los ladrones, el robado oyó que uno de ellos daba al otro el nombre de Osbaldistone. En cuanto á las ideas de la familia de tal nombre, el querellante afirmaba que eran de las más detestables, toda vez que la familia entera sin excepción (conforme lo había sabido por cierto sacerdote disidente, en cuya casa se detuvo después del fatal encuentro,) era papista y jacobita desde Guillermo el Conquistador!

Tales eran, en junto, las poderosas razones á tenor de las cuales me acusaba de complicidad en el robo de que había sido víctima, habiendo viajado por cuenta del gobierno, encargado de despachos importantes, así como de una importante suma de moneda en especie para distribuir, conforme á órdenes de aquél, entre ciertos grandes personajes de Escocia.

Después de la lectura de esta acusación extraordinaria, contesté que las circunstancias en que se apoyaba no eran bastantes para autorizar á un juez de paz, ni á otro magistrado alguno, á que atentara contra mi libertad. Habíame divertido algo, en verdad, durante el camino, con los terrores del señor Morris, pero no hasta el extremo de excitar temores legítimos en hombre menos caviloso y timorato. De otra parte, no había vuelto á verle desde nuestra separación, y si lo que él recelaba tanto le acaeció realmente, yo no había tomado la menor parte en un acto tan impropio de mi carácter y de mi posición en el mundo. Que uno de los ladrones se apellidara Osbaldistone, ó que semejante nombre hubiese sido pronunciado por uno de ellos, éste era detalle insignificante, sin trascendencia alguna. Finalmente, en lo relativo á mis opiniones políticas, estaba pronto á demostrar, á satisfacción del juez, del escribano y del querellante mismo, que pertenecía yo al propio partido que su amigo el sacerdote puritano, por haber sido educado lealmente en los principios de la revolución, reclamando, como tal, la protección de las leyes asegurada á todos por aquel gran acontecimiento.

El juez, muy perplejo, agitóse en su asiento y escudriñó en su tabaquera.

Luégo el procurador apresuróse á leer, con la habilidad propia de las gentes de su condición, la Ordenanza de Eduardo III, fecha de 1361, que obligaba á los jueces de paz á detener y encarcelar á toda persona sospechosa ó directamente acusada. Su descaro llegó hasta á hacer recaer, en contra mía, mis propias declaraciones, puesto que, según él, reconocía yo que había adoptado el tono y las maneras de un malhechor; habíame voluntariamente expuesto á las sospechas de que me quejaba,

y caía bajo el peso de la ley por haber, deliberadamente, revestido mi conducta con las apariencias y la librea del crimen. Repliqué á tamaños argumentos y á toda aquella gerga, con una fuerte dosis de indignación y desprecio, concluyendo así:

— Después de todo, si es preciso, mis parientes me suministrarán fianza, á lo cual ningún magistrado puede resistirse sin abuso de poder.

— Dispensad, señor mío, dispensad; — replicó el antojadizo escribano; — este es caso en que no son admisibles fianza ni garantías. El criminal que ha sido objeto de una orden de comparecencia, por sospechas graves, está privado de aquéllas, puesto que la Ordenanza de 1338, del mismo Eduardo III, exceptúa formalmente á quien tiene anejo cargo de mando ó es cómplice de un crimen.

Y dió á entender que los acusados de semejante clase, (y no debía yo olvidarlo,) no tenían derecho á próroga alguna.

En aquel momento, un criado trajo una carta al señor Jobson. No bien éste hubo puesto los ojos en ella, cuando exclamó, en tono de quien quería parecer contrariado por la interrupción, vivamente convencido de la importancia de sus trabajos:

— ¡Dios mío! A este paso, nunca tendré tiempo para ocuparme en los asuntos públicos, ni en los propios. ¡Ni un minuto de gracia! ¡Haga el cielo que otro hombre del oficio pase á establecerse aquí!

— ¡Dios nos libre de ello! — murmuró el juez. — Basta con uno de tales pájaros.

— Es cuestión de vida ó de muerte, si no parece mal á Vuestro Honor.

— ¡Por el cielo! ¿ Otro enredo de justicia? — dijo el juez alarmado.

— ¡No, no! — observó el curial con aire de suficiencia. — El viejo papá Rudletge, de la Montaña Negra, que se siente llamado á comparecer en el otro mundo. Ha enviado un expreso al doctor Tranchetil, para que le sirva de fiador y otro á mi para poner en orden sus negocios terrestres.

— Id, pues, allá en seguida; — apresuróse á decir su princi-

pal. — Es una cosa que entra en la excepción de la ley, como sabéis, y ante el juez Mortal no se tiene derecho, como con el doctor, á presentar fianza.

— No obstante, — expuso Jobson, volviendo sobre sus pasos, — si estimáis mi presencia necesaria aquí, puedo, en un



santiamén, extender la orden de detención. El constable (1) está abajo. Por lo demás, — añadió moderando la voz, — ya sabéis la opinión del señor Rashleigh...

El resto se perdió en un murmurio.

— Os digo que no, querido; — contestó en voz alta el señor Inglewood. — Nada haremos hasta que estéis de vuelta. Es un paseo de una legua. ¡Ea, señor Morris! Haced circular la botella. Hay que vaciarla, señor Osbaldistone. Y vos, rosa mía del desierto, probad un dedito de Burdeos para reanimar el carmín de vuestras mejillas.

Diana se puso trémula, cual si aquella excitación la hubiera

(1) Jefe de la policía

sacado del fantasear á que parecia haberse entregado durante la discusión.

— No, juez, — contestó; — temería demasiado traspasar ese carmin á otra parte de mi rostro en que brillaría con poca ventaja. Pero os complaceré bebiendo algo menos excitante.

Y, llenando de agua fresca un vaso, apurólo de un tirón. Empero su precipitado gesto fingía mal una alegría forzada.

No experimentaba tampoco yo placer alguno observando su moderación, irritado ante los obstáculos que de nuevo se oponían á la rápida sustanciación de la querrela, tan desagradable como infamante, de que había sido objeto. Y ¿qué medio para decidir al juez á ocuparse en ella, ausente el escribano? El incidente daba al primero más alegría que un día de asueto á un estudiante. Insistió en sus esfuerzos para animar á sus huéspedes, quienes, por efecto de las mútuas relaciones, ó de nuestra situación particular, no nos sentíamos muy dispuestos á la broma.

— ¡Bah, maese Morris! — dijo, — no sois el primer cristiano que se ha visto robado... La melancolía, querido mio, no hace recobrar lo que se ha perdido. En cuanto á vos, señor Frank, no sois el primer guapo chico que haya dicho á un viandante: « ¡Alto! »... ¡Qué demonio! Allá en mis tiempos juveniles, vivía un tal Jack Winterfield, que frecuentaba la mejor sociedad del país, no viéndosele en las carreras de caballos y en las riñas de gallos. Éramos, él y yo, como dos dedos de la mano... Acercadme la botella, señor Morris. Nada da tanta sed como el hablar... ¡Pobre Jack! ¡Cuántos vasos apuré con él, y qué lindo modo de tirar los dados! Buena familia: alma despierta, ojo avizor, compañero honrado, aparte la calaverada que causó su muerte. ¡Bebamos, señores, á su memoria!... ¡Pobre Jack Winterfield!... Y á propósito de él y de calaveradas, señor Franck: ya que mi maldito escribano, con su charla, se ha largado y ya que estamos ahora tan á gusto, yo, en vuestro lugar y si queréis creerme, transigiría la cuestión. La ley es severa, muy severa. El pobre Jack fué ahorcado en York, á pesar de la influencia de su familia y de las simpatías genera-

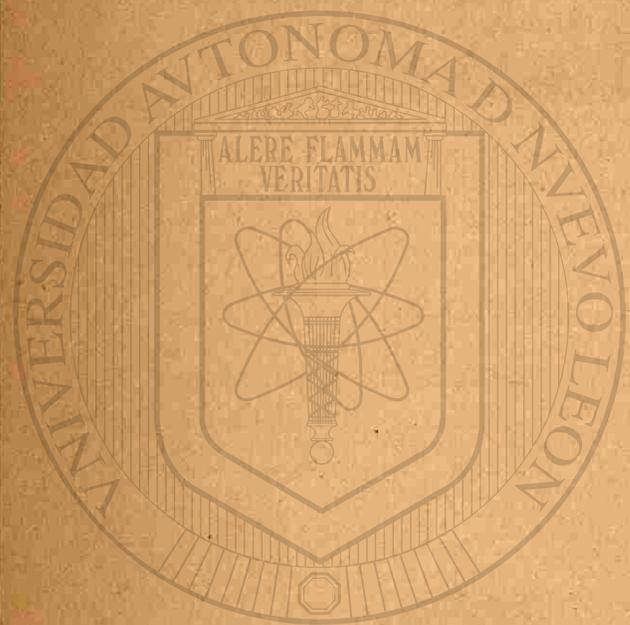
les, sólo por haber aligerado la bolsa de un rico mercader de bueyes oriundo del Oeste. Veamos: el honrado Morris pasó el susto con todas sus consecuencias. ¡Dios le castigue! Vamos, querido: devolved la maleta á ese pobre diablo y pongamos fin al sainete!

Los ojos de Morris brillaron de gozo oyendo tales insinuaciones, y comenzaba ya á protestar, tartamudeando, de que él no deseaba la muerte de nadie, cuando rechazé formalmente la proposición de arreglo, declarando al juez que la estimaba como un insulto, supuesto que yo había pasado á verle con expresa intención de negar un crimen de que él tendía á presentarme como culpable.

Un criado vino á sacarnos del atolladero en que nos habíamos metido, anunciando que un extranjero deseaba hablar á Su Honor. El individuo á que acababa de aludir penetró en el salón sin ulterior ceremonia.



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO IX.

Uno de los ladrones volvió sobre sus pasos. Permaneceré allí á todo evento. No se atreverá á hacer nada contra mí tan cerca de la casa, y es inútil llamar antes de que ponga manos á la obra.

JONSON Y FLETCHER. — *La Viuda.*



EXTRANJERO? — repitió el juez. — Si es para algún asunto...

Puso fin á la prevención el forastero en persona.

— El asunto que me trae es bastante grave y de un carácter particular; — dijo M. Campbell (pues era él el franco escocés que había visto en Northallerton) — por lo cual, ruego á Vuestro Honor le dispense prontâ y seria atención. Creo, señor Morris, — prosiguió envolviendo á éste en una mirada dura y casi amenazadora, — creo que me reconocéis, ¿verdad? ¿y que no se os habrá borrado de la memoria lo que pasó en la carretera cuando nuestro último encuentro?

La cara de Morris se alargó; rechinaron sus dientes, volvióse pálido como el papel y presentó todos los síntomas de un estúpido azoramiento.

— ¡Qué diablo! ¡Un poco más de sangre fría! — continuó el escocés. — ¡No hagáis chasquetear las mandíbulas como un par de castañuelas! Decid al señor juez que somos conocidos antiguos: supongo que nada se opone á ello; y añadid que me conceptuáis sugeto conforme y hombre de honor. Debéis pasar algún tiempo en mi país, y, á mi vez, me será posible, como lo deseo, seros útil.

— Caballero, ... caballero, — contestó Morris, — os creo hombre de honor y, como decís vos, sugeto conforme. Si, señor Inglewood; — añadió alzando la voz, — es la pura verdad: estoy convencido de ello.

— Y ¿qué tenemos de comun todos juntos? — preguntó el juez con cierto buen humor. — Un visitante trae á otro, de igual modo que se encadenan los versos en la canción de *La Casa de Jaime*, y yo estoy aquí sin momento de descanso ni de conversación amena.

— Pronto gozaréis de uno y otra, caballero, — replicó Campbell. — Vengo á quitaros un peso del alma y nó á añadir á él.

— ¡Pardiéz! Bienvenido seáis, en tal caso, como no lo haya sido otro escocés en Inglaterra: lo que no es poco decir. Hablad, amigo mio: ya os escucho.

— Ese caballero os habrá dicho que estuvo en compañía de un tal Campbell, cuando tuvo la desgracia de perder su maleta.

— No ha apuntado de ello maldita la palabra.

— ¡Ah, ah! Comprendo. El señor Morris ha temido, en su declaración, comprometer á un extranjero ante la justicia del país. Pero, como sé que mi testimonio es necesario para la justificación del hidalgo aquí presente, el señor Francis Osbaldistone, muy injustamente calificado de sospechoso, perdono la aludida precaución. Hé aquí, pues, — añadió dirigiéndose á Morris en imperioso tono, — lo que el señor juez debe oír de vuestros labios: que hemos andado muchas leguas juntos porque me instasteis vivamente á hacerlo, pero que, llegada la noche, en Northallerton, rehusé, á pesar de vuestras reiteradas súplicas, seguiros en adelante. Sólo más tarde, cuando volvisteis á hallarme en camino, renuncié á mi proyecto de pasar

á Rothbury, consintiendo, por desgracia mía, en acompañaros.

— ¡Todo ello es tristemente exacto! — suspiró Morris.

Y, bajando la cabeza, confirmó la exactitud de los extensos y precisos detalles que Campbell, en cierto modo, acababa de dictarle y cuyo contexto pareció aprobar con lamentable docilidad.

— Finalmente, — prosiguió Campbell, — tened á bien afirmar, para satisfacción de Su Honor, que nadie mejor que yo se halla en el caso de declarar como testigo, puesto que, durante toda la peripecia, estuve con vos y cerca de vos.

— ¡Oh! ¡Nadie! — ratificó Morris suspirando dolorosamente.

— En tal caso, — dijo el juez, — ¿por qué diablo no le auxiliasteis? Según la declaración del señor Morris, los facinerosos fueron sólo dos: erais, pues, tantos para tantos, y uno y otro me parecéis bastante robustos para defenderos.

— Señor, — replicó el escocés, — yo, con perdón de Vuestro Honor, he sido toda mi vida hombre tranquilo, pacífico, enemigo de riñas y golpes. El señor Morris, según me han dicho, sirve ó ha servido en los reales ejércitos y, á querer, hubiera podido resistir, ya que, conforme se me ha dicho también, viajaba llevando consigo una gran cantidad de dinero. Así, pues, yo que sólo tenía un pequeño peculio que defender y que soy, por otra parte, hombre de costumbres pacíficas, no me empené en enredarme en el zipizape.

Contemplé al escocés mientras hablaba. ¡Qué desacuerdo tan singular entre la rudeza de su figura y su tono bonachón! ¡De qué modo lo enérgico de la resolución, pintado en su rostro, desmentía la placidez de las palabras! En un ángulo de sus labios dibujábase un punto de ironía: protesta desdeñosa é involuntaria contra el carácter inofensivo que aparentaba tener. Todo ello despertó en mí extrañas sospechas acerca del papel que había desempeñado en el asunto Morris, pareciéndome diferir mucho del de víctima ó de simple espectador.

Tal vez análoga desconfianza brilló en el espíritu del juez, puesto que éste dejó escapar la siguiente exclamación:

— ¡ Por vida mía , que esa es historia muy picara !

El escocés receló , probablemente , lo que preocupaba al juez , y , cambiando tono y modales y dejando á un lado las apariencias hipócritas de humildad , que tan poco le favorecian , añadió en estilo más franco y natural :

— A decir verdad , pertenezco al común de gentes discretas que no se aventuran á exponer el pellejo sin algún interés en ello : caso en que me hallé cuando el encuentro con los bribones . Y , en fin , para que Vuestra Señoría se entere de mi vida y buenas costumbres , sirvase echar los ojos sobre este papel .

M. Inglewood tomó el papel y leyó á media voz :

« Certifico , con este escrito , que el portador Roberto Campbell , de... (un lugar cuyo nombre no puedo decir ,) es hombre de buena familia y de costumbres pacíficas , que pasa á Inglaterra por asuntos personales , etc. , etc. Expedido por nuestra mano , en nuestro castillo de Inver... Invera... ry. — ARGYLE. »

— Es un breve certificado que he creído conveniente pedir al digno señor Juan Mac-Callum More ; — observó el escocés elevando la mano á su sombrero .

— ¿ Quién es ese Mac-Callum , caballero ?

— El que los ingleses llaman el Duque de Argyle .

— ¡ Ah , ah ! Le conozco mucho ; es personaje de alta distinción y de gran mérito , un verdadero amigo de su país . Estuve cerca de él , en 1712 , cuando desbancó al Duque de Marlborough de su mando en Escocia . ¡ Quiera el cielo que muchos nobles le tomen por modelo ! En aquella época era un honrado tory , en íntimas relaciones con el Duque de Ormond . Se ha reconciliado con nuestro gobierno , como yo mismo , para tranquilidad del país , pues me resisto á creer que tan grande hombre se haya decidido á ello , como el pretendiente de marras , por miedo de perder empleos y regimiento . Su certificado es muy satisfactorio , señor Campbell . Y ahora , ¿ qué tenéis que declarar acerca del robo ?

— En pocas palabras diré , con la venia de Vuestra Señoría , que el señor Morris podría acusar , con igual razón , á un recién nacido ó á mi mismo , que á ese joven caballero . No sólo

tengo el derecho de declarar que el individuo á quien confundió con el señor era más pequeño y gordo , sinó que casualmente entrevi su cara en un momento en que se deslizó su antifaz , y no tenía parecido alguno con el señor Osbaldistone . En este punto , — añadió volviéndose con aire de superioridad hacia Morris , — supongo que el caballero reconocerá que me hallé , mucho mejor que él , en aptitud de distinguir á los que toma-



ron parte en el negocio , puesto que supe conservar por completo mi sangre fría .

— Lo reconozco , caballero , lo reconozco en absoluto ; — dijo el otro apartándose de Campbell , que acercaba su silla á la suya para apoyar su interpelación . — Estoy pronto , señor juez , á retirar mi querrela en lo tocante al señor Osbaldistone , y os ruego le permitáis volver á sus tareas y á mi á las mías . Vuestro Honor tiene , tal vez , algo que arreglar con el señor Campbell , y yo tengo mucho afán de partir .

— Pues ¡ al diablo los papeluchos ! — exclamó el juez echan-

do al fuego el proceso. — Quedáis en completa libertad, señor Frank, y vos, señor Morris, con el alma tranquila.

— Si, — dijo Campbell mirando á Morris que asentía, con triste gesto, á la observación del juez; — tranquilo como un sapo bajo una mata. Pero no temáis, señor Morris: vamos á salir juntos, andaréis sobre seguro (supongo que tenéis confianza en mí,) hasta la próxima carretera, donde nos despediremos; y cuando volvamos á vernos en Escocia, lo haremos como buenos amigos, si vos no me faltáis.

Descompuesto el semblante, la vista azorada como condenado á muerte á quien se acaba de anunciar que la carreta le aguarda, Morris se levantó; pero, apenas estuvo de pié, flaqueáronle las piernas.

— ¡No tengáis miedo, querido! — repitió Campbell. — Os he dado mi palabra. ¿Sabéis acaso, gallina mojada, si podremos ó no, mediante buenos consejos, pescar algunas noticias de vuestra maleta? Los caballos están preparados. Saludad al juez, y demostrad que tenéis inglés el corazón!

Así reanimado, Morris se despidió de nosotros y salió escoltado por Campbell. Mas parece ser que nuevo terror volvió á asaltarle muy luego, porque oí al escocés reiterarle, en la antesala, sus seguridades de protección!

— ¡Por la salud de mi alma, que debéis temer lo mismo que si estuviérais en la casa paterna! ¿Es posible, voto á tal, que mozo tan apuesto no tenga más ánimo que una liebre? Vamos, andad derecho como valiente sin tacha, y... seamos amigos!

Las voces se perdieron en lontananza, y el piafar de los caballos anunciónos que los dos compañeros acababan de abandonar el castillo de Inglewood.

La alegría que gozó el digno magistrado, viendo terminado tan satisfactoriamente un asunto que le amenazaba con numerosas tribulaciones, turbóse algo ante la idea de lo que diría su escribano de semejante desenlace.

— Ahora, — dijo — tocará el turno á Jobson, que caerá sobre mí con todos sus condenados papelotes. Veo que hubiera

obrado yo con mayor cordura no destruyéndolos. Pero ¡bah! con dinero todo se arreglará. En cuanto á vos, miss Diana, aunque me haya ablandado para con los demás, siento deseo de expedir un mandato para ponerlos bajo la custodia de mamá Blakes, mi antigua ama de llaves. Después mandaremos por mi vecina la señora Musgrave, por miss Dawkins y por vuestros primos. Tendremos al tío Cobs, el musiquillo, y nos divertiremos como colegiales. Es asunto de media hora. Entre tanto, el señor Franck me hará compañía para beber á vuestra salud.

— Gracias, mi digno amigo; — contestó miss Vernon. — Dado el sesgo que han tomado las cosas, es necesario que regresemos al castillo, donde nada se sabe de nuestra escapatoria, para sacar á nuestro tío de toda inquietud respecto á mi primo, á quien quiere como á uno de sus propios hijos.

— Lo creo sin dificultad. Después del triste fin de Arquibaldo, su hijo mayor, con motivo del desgraciado proceso de sir John Fenwick, el viejo Hildebrando le llamaba tan á menudo como á cualquiera de sus seis restantes vástagos. «¿Qué le vamos á hacer? — decía. — Nunca recuerdo cuál de ellos ha sido el ahorcado.» Apresuráos, pues, á calmar sus paternas inquietudes, ya que debéis dejarme. Pero, escuchad un poco, flor de los bosques: — insinuó á miss Vernon en tono jovial y tomándole una mano; — otra vez dejad á la justicia seguir su curso, sin meter vuestros lindos dedos en sus antiguos y trasnochados guisos, saturados de francés bárbaro ó de latin de cocina. Diana bella, dejad á los jóvenes guiarse por sí solos á través de las montañas, temerosa de extraviaros en vuestro camino al enseñar el suyo á los demás, lindo fuego fátuo!

Después de esta advertencia y de saludar á miss Vernon, que se retiró, propinóme también una amistosa reprimenda.

— Tienes aires de excelente muchacho, amigo Frank; — me dijo; — conservo buen recuerdo de tu padre, mi compañero de escuela. A tu vez, atiende, hijo mío. No viajes de noche demasiado tarde, y basta de jugarretas con aquellos que halles al paso. Ya ves que todos los emisarios del rey no están obligados á entender en bromas, y que no se juega con los

asuntos criminales. Mira, mira á la pobre Diana : sola y hasta cierto punto abandonada en este vasto mundo, corre, se escapa y gobierna á su antojo. Es preciso vigilarla, poner mucho cuidado en ella ó ¡pardiez! no me faltará un buen resabio de juventud para batirme contigo : lo cual confieso que me contrariaría en gran manera. Y ahora, ¡ feliz viaje, muchachos! Partid juntos y dejad al viejo juez con su pipa y sus reflexiones. Como dice la canción :

*Del tabaco la boja extranjera
Se consume en ligero vapor.
Tal el hombre : robusto algún día,
Ya se extingue su tiempo mejor.
¿ Qué es de él luego ? Montón de ceniza.
Meditarlo podrás, fumador.*

Gocé mucho con los rasgos de buen discurso y con las sentimentales efusiones que se escaparon al juez, á través de los vapores de la indolencia y de un indulgente egoísmo. Asegúrele que aprovecharía sus consejos, y despedime con toda cordialidad, del excelente magistrado y de su hospitalaria mansión.

Se nos había preparado una ligera comida. Después de probarla deprisa, encontramos en la cuadra á un criado de sir Hildebrando, á quien Rashleigh había dado orden de acompañarnos hasta el castillo.

Caminamos algún tiempo en silencio. Por mi parte, sentíame el alma tan fatigada con los incidentes de la mañana, que no pensé en romper aquél. Por fin, miss Vernon exclamó, cual si prosiguiera en alta voz el curso de sus reflexiones :

— ¡ Qué hombre ese Rashleigh ! Excita el temor, la admiración, todos los sentimientos... menos el de la amistad. Obra á su antojo y convierte á cuantos le rodean en titeres suyos. Siempre tiene alguno entre manos para los papeles que imagina, y su espíritu sagaz y fecundo le suministra, sin cesar, nuevos recursos.

— Según vos, — dije, contestando más bien á lo que pen-

saba ella que á sus palabras, — ese señor Campbell, cuya llegada há sido tan oportuna y que se ha llevado á mi acusador como se lleva un halcón á una perdiz, ¿ es un instrumento de Rashleigh ?

— Es probable, y dudo mucho de que hubiera comparecido tan á tiempo, si no hubiese visto yo á Rashleigh en casa del juez.

— Pues á vos es á quien debo las gracias, ¡ mi bella libertadora !

— ¡ Oh ! claro está que me las debéis ; mas suponedlas dadas y recibidas, por mi parte, con graciosa sonrisa. Dispensadme del trabajo de oirlas-en regla, porque más deseos siento de bostezar, que de observar las conveniencias debidas. Nada, señor Franck : que deseaba seros útil, y que he tenido la dicha de conseguirlo. En cambio, concededme una gracia : la de no hablar más de ello. Pero... ¿ quién se acerca á nosotros « ensangrentada la espuela, é inflamado el rostro ? » ¿ No es el agente de la ley, el señor Jobson en persona ?

Era, en efecto, José Jobson, corriendo á galope tendido y, conforme se vió luego, presa de un humor de todos los diablos. Dirigióse hacia nosotros y paró su caballo, cuando íbamos á pasar saludándole á la ligera.

— ¡ Muy bien, caballero !... ¡ Muy bien, señora ! — dijo. — Si : adivino lo que pasa. Se ha recibido la fianza no estando yo allá. Y ¿ quién ha autorizado el acto ? ¡ Me gustaría saberlo ! Si Su Honor adopta la costumbre de proceder de tal modo, le aconsejo que se busque otro escribano y... en paz. Mi dimisión está pronta.

— ¡ Bah ! ¿ No sería mejor, señor Jobson, que tuviera su escribano actual pegado á sus faldones ? — contestó Diana. — Y... ¿ qué tal está el colono Rutledge ? ¿ Le habéis encontrado en disposición de dictar, firmar y cerrar su testamento ?

Semejante pregunta contribuyó á redoblar la cólera del hombre de ley. Lanzó sobre mi compañera tal mirada de desdeñosa picardía, que sentí una violenta comezón de aplicarle algunos latigazos ; pero me contuve, calculando que el caso no valía la pena.

—¿El colono Rutledge, señora?— contestó el curial, en cuanto su exasperación permitióle articular palabra. — El colono Rutledge está tan famoso como vos... Señora, la historia de la enfermedad no ha sido sinó un lazo... un embuste, una añagaza... Si no lo sabiais ya, sabedlo desde ahora.

— ¡Vaya! — exclamó ella simulando gran sorpresa. — ¿Estáis seguro de ello, señor Jobson?



— ¡Pardiez, si lo estoy! — dijo el escriba furioso. — ¡Como lo estoy, asimismo, de que me ha tratado, el viejo avarote, de dependiente del embrollo, señora!... ¡De lechuzo, el muy harapiiento!... ¡De que me ha acusado, señora, de haber ido á sustraerle el dinero: cargo que no merezco más que otro alguno de mis colegas, señora!... ¡Yo, sobre todo, escribano de la justicia de paz, oficial del rey en virtud de la Ordenanza de 1546, dada por Enrique VIII, y de otra de Guillermo, 1067... del primero de los Guillemos, señora, de gloriosa é imperecedera recordación, que nos libró, para siempre, de papistas y pretendientes, de zuecos y de calentadores, señora!...

— ¡Qué cosa tan triste esa de los zuecos y de los calentadores! — replicó miss Vernon, complaciéndose en excitar la ira

del curial. — ¡Sobre todo, los calentadores! ¡Es un excitante del que parece no tenéis necesidad alguna, maese Jobson! El tío Rutledge está falto de modales, y hubiera podido irse más allá de las palabras. En confianza, ¿no os ha largado algun palo?

— ¿Palos á mí, señora? ¡Oh! en cuanto á eso, no! — Y añadió con cierto énfasis: — Nadie pondrá la mano sobre mí: os lo prometo.

— Eso dependerá de lo que merezcáis, señor mío; — dijo entonces. — Habláis á la señora de un modo tan inconveniente que, ó cambiáis de tono, ó me encargaré yo de enseñaros á vivir.

— ¿A mí, caballero? ¿Sabéis bien á quién estáis hablando?

— Perfectamente. Os tituláis escribano de la justicia de paz, y el tío Rutledge os llama lechuzo. Ni una ni otra cualidad os da derecho á ser impertinente con una dama.

Miss Vernon puso la mano sobre mi brazo exclamando:

— ¡Basta, señor Franck! ¡Nada de pasar á vias de hecho contra el señor Jobson! No soy bastante amiga suya para permitirle que reciba un solo latigazo: viviría á expensas de él, tres meses por la menos. Aparte de que lo habéis herido ya lo bastante con llamarle impertinente.

— No me fijo en palabras, señora, — respondió el curial algo dulcificado, — cuando por efecto de ellas no puede instruirse proceso. Pero el epíteto de lechuzo constituye una injuria y una calumnia, y se lo haré pagar caro al tío Rutledge como á cualquiera que lo repita para turbar el orden público ó atentar á mi reputación.

— ¡Patarata! — dijo ella. — Conocéis el axioma: en donde hay de qué el rey pierde sus derechos. ¡Atentar á vuestra reputación! Digno de lástima fuera quien os la arrebatará, y, si tuvieseis la desgracia de perderla, tanto mejor: ya veis que lo que os deseo es fortuna.

— ¡Muy bien, señora! ¡Buenas tardes, señora! Nada me resta que decir... Sólo añadiré que tenemos leyes contra los papistas, y que el país lo pasaría mejor si se pusieran manos á la

obra. Poseemos los tercero y cuarto estatutos de Eduardo VI contra los antifonarios, graduales, procesionales, vidas de santos, misales y contra todos aquellos, miss Vernon, que tienen en su casa tales zarandajas. Poseemos, asimismo, la intimación á los papistas de prestar juramento, y el estatuto primero del monarca reinante condena á los que se niegan á prestarlo. Además, está prohibido, bajo severas penas, el oír misa. Leed el estatuto trigésimo tercero de la reina Isabel, y el tercero de Jaime I, capítulo xxv. Y no es esto todo: sobre trasferencia de bienes, sobre registro de actos y de testamentos, se abonan dobles derechos, dado caso de que...

— Mejor haréis en leernos — interrumpió mis Vernon, — la nueva edición completa de los estatutos, revisada y corregida por José Jobson, escribano de la justicia de paz.

— Y además y sobre todo, — prosiguió el curial, — vos, Diana Vernon, (pues hablo para vuestro gobierno) menor de edad y papista recalcitrante, estáis obligada á volver á vuestra casa por la vía más corta, bajo pena de felonía; de ir, sin falta, á pedir pasaje á las barcas públicas, deteniéndoos solo en ellas durante el intermedio de una á otra marea; y, en defecto de sitio, á penetrar en el río con agua hasta la rodilla y probar de atravesarla así durante todo el día.

— Para penitencia de mis errores católicos: ¿no es eso? — preguntó la jóven riéndose. — ¡Vaya! Os agradezco el aviso. Vuelvo á casa cuanto antes y, en lo sucesivo, viviré más retraída. ¡Buenas tardes, querido escribano, espejo de cortesía protestante!

— Buenas, señora, y... ¡pensad que no se juega impunemente con la ley!

Cambiados los precedentes despidos, nos separamos.

— ¡Va á meditar alguna mala treta! — observó miss Diana mirando como se alejaba. — ¡Triste cosa para personas de calidad y de fortuna el verse expuestas á los insultos legales de tan miserable enjendro! ¿Y por qué crimen? Por el de creer aún en lo que creía toda Inglaterra hace poco más de un siglo. No puede, en efecto, negarse á nuestra religión el mérito de la antigüedad.

— ¡Picaro! — dije. — Muchas ganas tenia ya de romperle la crisma.

— Os hubierais conducido como un verdadero atolondrado; y, no obstante, si mi mano fuese un poco más recia, creo que le hubiera hecho sentir su peso. No os lo digo por vía de acusación, pero tres cosas hay respecto á las cuales soy digna de lástima, si existe alma capaz de compadecerme.

— ¿Puedo saber cuáles sean esas tres cosas?

— ¿Me prometéis dispensarme vuestra más viva simpatía, si os las declaro?

— ¡Ah! No lo dudéis; — respondí con interés que no procuré ocultar. Y acerqué mi cabalgadura á la suya.

— Pues bien... ya que, al fin y al cabo, siempre es grato hacerse compadecer... ahí van mis tres contrariedades. En primer término, soy niña en lugar de ser muchacho, y me encerrarían en una casa de orates si hiciera la mitad de las cosas que se me ocurren. Si, como vos, uso del sublime privilegio de obrar á mi antojo, doy pábulo á la murmuración general, que ahora canta á porfía mis alabanzas.

— No esperéis de mí que os compadezca por semejante desgracia: es tan común, que la mitad de la especie humana la sufre, y en cuanto á la otra mitad...

— Dispone de un lote tan completo, que está celosa de sus privilegios; — interrumpió. — Vos sois parte interesada: lo estaba olvidando. ¡Dejémoslo! — añadió para impedirme el protestar. — ¿No observo, acaso, dibujarse una galante sonrisa, prefacio de un acicalado cumplido con respecto á las raras ventajas que obtienen los parientes y amigos de Diana Vernon del azar que la ha hecho nacer una de sus ilotas? Ahorráos ese trabajo, buen apóstol, y veamos si nos ponemos mejor de acuerdo sobre el segundo extremo de mi requisitoria contra la fortuna, como diría aquel tunante rasca-papeles. Pertenezco á una secta oprimida, á una religión pasada de moda. Lejos de respetar mi devoción, como tiene derecho á pedirlo cualquiera joven honrada, mi excelente amigo el juez Inglewood puede mandarme á la casa de corrección, porque adoro á Dios en la

forma en que lo adoraron mis padres, repitiendo hasta la intimación hecha por el viejo Pembroke á la Abadesa de Wilton, á quien él había desposeído de su convento: «¡A hilar, bribona, á hilar!» (D.)

—El mal no es irremediable,— contesté gravemente.— Consultad algunos de nuestros más sabios teólogos, miss Vernon, ó mejor, consultad vuestra superior inteligencia, y no dejaréis de reconocer que las discordancias que separan nuestra creencia de aquella en que habéis sido educada...

—¡Psit!— indicó poniendo un dedo en sus labios.— ¡Psit!... No hablemos más de ello. ¡Abandonar la fe de mis nobles antepasados! Equivaldría á desertar su bandera en el momento en que la suerte de las armas le fuera adversa, para pasarse, como vil mercenario, á los honores del victorioso enemigo!

—Honro vuestro denuedo; y, en cuanto á las miserias de que os hace víctima, baste deciros que las heridas que se infieren á una recta conciencia, traen el remedio en sí mismas.

—Podrá ser, pero no son menos dolorosas y crueles. Veo que tenéis un corazón de roca, y la perspectiva de hilar en una rueca vos preocupa tan poco como la obligación de poneros cofia rizada en lugar de sombrero con escarapela. Esto me dispensa de revelaros mi tercer motivo de queja.

—¡Por favor, señorita, no me retiréis vuestra confianza! La triple ofrenda de simpatía debida á fatalidades sin par, será fielmente pagada, os lo juro, á la narración de la tercera queja. Aseguradme, empero, que no es común á la de todas las mujeres, ni á la de todos los católicos de Inglaterra que, ¡Dios os bendiga! forman una secta más numerosa aún que la que, en nuestro celo en favor de la Iglesia y del Estado, podríamos apetecer nosotros, los protestantes.

La fisonomía de Diana nublóse y, en tono serio, hasta entonces desconocido para mí, contestó:

—Si: es una fatalidad muy digna de conmiseración. He recibido de la naturaleza, como es fácil notar, un carácter franco y abierto, un corazón sincero y leal. Sólo anhelo vivir honrada y en pleno día... Pues bien: el destino me ha arrojado

en tal red de tramas y de maquinaciones, que apenas si me atrevo á abrir la boca, temerosa de las consecuencias, nó por mí, sinó por los demás!

—Vuestro sufrimiento es, en realidad, cruel, y deseo tomar en él alguna parte muy viva, aunque estaba lejos de presumirlo.

—¡Oh, señor Franck, si se supiera... si supierais lo que me cuesta, á veces, ocultar, bajo un aspecto sonriente, las angustias de mi alma, sentiriais honda lástima por mí! Falto, quizá, revelándoos hasta tal punto el horror de mi posición; pero vos poseéis espíritu claro, observador, y no hubierais tardado en dirigirme cien preguntas acerca de los incidentes del día, del por qué ha tomado en ellos parte Rashleigh para sacaros de apuros, y de muchas otras cosas que os sorprenderán. Por mi parte, repúgname el emplear, para con vos, disimulo ó engaño; contestaría con evasivas, lo cual me haría decaer en vuestra estima, si me la otorgáis, lo propio que en la mía. Mejor es, pues, deciros de una vez: «Basta de preguntas, ya que no está á mi alcance el contestarlas.»

Miss Vernon se expresó con tan penetrante dolor, que me comunicó la emoción que la agitaba. Prometí que no daría motivo para temer mi indiscreta curiosidad ni, sucediera lo que sucediera, una falsa interpretación á su silencio. «Me sentía—añadí,—demasiado reconocido al interés que ella se había tomado en mis asuntos, para abusar de su condescendencia al iniciarme en los suyos. Sólo la insté á que, si mi auxilio podía en cualquier tiempo serle provechoso, no dudase en reclamarlo.»

—¡Gracias, gracias!— contestó.— Vuestra voz no suena como el estribillo de un cumplido: habláis como hombre que sabe á lo que se compromete. Si alguna vez, (cosa improbable,) se presenta la ocasión, os recordaré la promesa; pero si la hubieseis olvidado,... no me enojaré por ello. Vuestras intenciones de hoy son sinceras y esto me basta. Muchas cosas pueden cambiarlas, antes de que reclame cumpláis vuestra palabra de asistir á Diana Vernon como si fueráis hermano suyo.

—Si fuese hermano de Diana Vernon, ésta no me encontraría

más pronto á servirla. Y ahora, quisiera saber si debo sólo á la intervención de Rashleigh el verme libre de apuros. ¿ Me lo diréis ?

— No. Preguntádselo á él vos mismo, y os respondo, desde luego, de qué lo tomará á honra. Mejor que dejar una buena acción perderse en el mundo sin dueño, como adjetivo inoportuno en frase coja, prefiero recogerla en provecho propio y para que le haga veces de sustantivo !

— ¡ Y Campbell !... ¿ No fué él quien escamoteó la maleta ? Y la carta dirigida á nuestro importuno, ¿ no ha sido intriga que, alejando á éste del lugar de la escena, facilitara el dichoso desenlace de mi libertad ? ¿ Qué opináis de todo ello ?

— No vayáis más lejos, ó tanto se llevará el viento. A pesar de todo, es preciso guardar tan buen concepto de mí, cual si hubiera respondido yo á vuestras preguntas y á otras cien con la facundia y el desembarazo de Rashleigh. Oid : cada vez que colocaré la mano en mi barba, de esta manera, vuestra curiosidad sabrá que no hay medio para satisfacerse. Estableceremos, de esta suerte, signos de correspondencia entre los dos, ya que váis á ser mi confidente y mi consejero, aun cuando no sepáis palabra de mis asuntos.

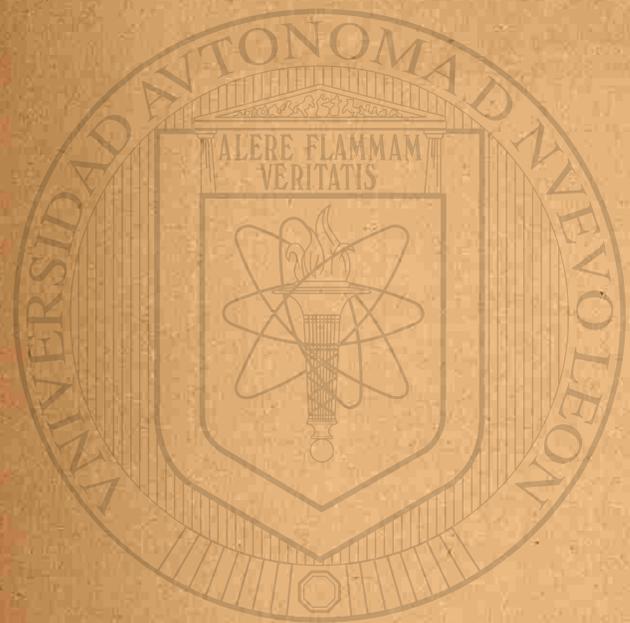
— Me parece muy lógico, — repliqué riendo ; — y estad segura de que la sabiduría de mis consejos igualará, bajo todos conceptos, el alcance de vuestra confianza.

Discurriendo así, llegamos, en las mejores disposiciones recíprocas, al castillo de Osbaldistone donde se estaba á punto de terminar ruidosamente la cena.

— Servidnos de cenar en la biblioteca ; — dijo miss Vernon á un criado. — Ahora me toca compadecerme de vos, — añadió volviéndose hacia mí, — y procurar que no perezcaís de hambre en plena tragonería. Sin ello, no es probable que hubieseis conocido el lugar de mi retiro. La biblioteca se ha convertido en mi cueva. Es el único sitio de la casa en que estoy al abrigo de los oseznos, mis primos. No se cuidan de aventurarse por ahí, por miedo, á lo que creo, de que, cayéndose los in-folios, no les aplasten la cabeza : único efecto que pueden producir sobre sus cráneos. Seguidme !

Seguila, á través de un dédalo de corredores y por una escalera de caracol, hasta el salón en que había dispuesto que se nos sirviera el refrigerio.





CAPÍTULO X.

En el vasto edificio, ha escogido ella un lugar retirado á donde nadie acude y cuyos oscuros rincones y estantes cargados contienen alimento para el hambre del espíritu y remedio para las penas del alma.

Anónimo.

LA biblioteca de Osbaldistone ocupaba un vasto y sombrío salón cuyos antiguos estantes de roble cedían al peso de los in-foliós tan caros al siglo xvii: masa embarazosa, es verdad, pero de la que, (permitaseme decirlo de paso,) hemos sacado la sustancia para nuestros tomos en cuarto y en octavo, y que nuestros hijos, aun más frívolos que nosotros, podrán, sometiéndolos á nueva presión, reducir á tomos en duodécimo y á folletos.

Componiase la colección, principalmente, de autores clásicos, de historiadores antiguos y extranjeros y, sobre todo, de obras de teología. Reinaba en ella gran desorden. Los sacerdotes, que se habían sucedido en las funciones de curas del castillo, fueron, durante largo tiempo, las solas personas que entraron en la estancia. Rashleigh, devorado por la sed de instruirse,

vino, por fin, á turbar la paz de las venerables arañas que habian entretejido sus telas por los armarios. Como se le destinaba á la Iglesia, semejante afición pareció á su padre menos absurda que si se hubiera revelado en otro de sus hijos. En consecuencia, sir Hildebrando consintió en que se hicieran algunas reparaciones en la biblioteca, para que fuese habitable.

Empero el triste aspecto de ruina que ofrecia aquella vasta sala, producía una impresión de amargura. Los tesoros de conocimientos que encerraba, no la habian librado de una culpable negligencia. Los tapices destrozados, los anaqueles carcomidos, derrotado el mobiliario, las sillas cojas, los caballetes mohosos, la chimenea descuidada: todo indicaba el desdén de los dueños de la casa hacia la ciencia y sus obras.

—El lugar os parece deplorable: ¿no es cierto? — dijo Diana, viéndome dar una ojeada á tanto desorden. — Para mí es un pequeño paraíso, porque es muy mío y me libra de impertinentes. Rashleigh disponía de la mitad cuando éramos amigos.

—¿No lo sois ya? — interrogué.

A semejante pregunta, tan natural, colocó ella un dedo en el hoyuelo de su barba para privarme de adelantar.

—Estamos aliados aun, — prosiguió Diana, — unidos como tantas otras potencias, por los lazos del común interés. Pero temo que el tratado de alianza, como sucede á menudo, no haya sobrevivido á los sentimientos de amistad que indujeron á estipularlo. En todo caso, nuestra comunidad es menos íntima, y en cuanto él entra por una puerta salgo yo por la otra. Desde que se ha hecho cargo de que uno de los dos estaba de más en esta estancia, á pesar de ser tan vasta, Rashleigh, á quien se ofrecen muchas ocasiones para salir á fuera, me ha cedido generosamente sus derechos. Y aquí teneis, caro primo, cómo he concluido por continuar sola los estudios en que él era mi guía.

—¿A qué estudios os referis, si no es indiscreción?

—No lo es: el terreno no está vedado. Las ciencias y la historia son mis estudios favoritos, pero no aprecio menos á los poetas y á los autores clásicos.

—¿Clásicos, decís! ¿Los leéis acaso originales?

—¿Ya lo creo! Rashleigh, que no es sabio á medias, me ha enseñado griego, latin y muchas lenguas modernas. Sin vanidad, se ha tomado algún trabajo en instruirme. Bien es verdad que ignoro el arte de armar un gorro, de hacer calceta ó de preparar un puding. En resumen y conforme se complace en repetirlo la corpulenta mitad del sacerdote protestante, con tanta verdad como elegancia y finura, no sirvo para nada en este picaro mundo.

—El curso de vuestros estudios ¿es debido á la elección de Rashleigh ó á la vuestra?

—¿Hum!... — exclamó con aire de duda. — ¡Bah! No levantaré el dedo por tan poco. Ha habido de todo. En plena libertad aprendía yo á montar á caballo, á ensillarlos y á ponerle los arreos según los casos; á salvar altas barreras, á disparar un fusil sin pestañear y á muchas otras cosas que constituyen la gloria de mis estúpidos primos; pero, metida en casa, no me disgustaba el estudiar, con el sabio Rashleigh, griegos y latinos, ni el dar vueltas á ese árbol de la ciencia cuyo monopolio pretende atribuirse el sexo fuerte, para vengarse, probablemente, de la parte que tomó nuestra madre común en el gran drama de la caída original.

—¿No le dolió á Rashleigh estimular vuestras aficiones?

—No. Deseaba tenerme por discípula, y no pudo instruirme sino en lo que él sabia, ya que no era verosímil me enseñara á lavar encajes, ni á hacer dobladillo á los pañuelos.

—Se comprende, además, el deseo de tener semejante alumna, que ha debido ejercer singular influencia en las lecciones del maestro.

—¡Oh! ¡Si empezáis á inquirir los móviles de Rashleigh, me pongo en guardia! Os debo sólo la verdad en lo concerniente á mí. En suma, que ha cedido á mi favor sus derechos sobre la biblioteca, á la cual no entra nunca sin permiso mío; y de ahí la libertad que me he tomado de colocar en ella algunos objetos de mi exclusiva propiedad. Una simple ojeada os ilustrará acerca del particular.

— Dispensad, miss Vernon, pero no distingo, ciertamente, en esta sala nada de particular que pueda perteneceros.

— Será, sin duda, que buscáis algún pastor con su pastora de trapo en lindo cuadro de ébano; ó bien algún lorito repleto de paja, ó una jaula llena de canarios, ó una canastilla de labor bordada en plata; ó bien un tocador con su neceser de laca, dividido en los compartimientos de una torta de navidad; ó quizá un clavicordio que ya no suene, un laud casi viudo de cuerdas, un grutesco, unos mariscos, una labor á la aguja, sin hablar de la perrilla de lanas con su enjambre de pequeños... No, no: no poseo ni uno solo de tales tesoros.

Después de tan larga enumeración, descansó un instante para tomar aliento y continuó:

— Poseo otros. Ved la espada de uno de mis abuelos, sir Ricardo Vernon, muerto en la batalla de Shrewsbury, el mismo que un tal Shakspeare ha malignamente calumniado. No le faltaba talento á este belitre, pero en su parcialidad por los partidarios de la Rosa encarnada, desnaturalizó la historia en provecho suyo. Cerca de esta arma querida pende la cota de mallas de un Vernon más antiguo, escudero del Príncipe Negro. Su suerte fué bien distinta de la de Ricardo, puesto que su panegirista encuentra celebrable en él más el buen deseo que la habilidad.

*Aquel hombre esforzado,
De renombre preciado
Que, en mitad del camino, se aparece,
Y cuyo escudo ofrece
Cruzados caramillos por divisa,
Es Vernon. En la lucha,
De la malanza túbale el enojo,
Y corre, á otros dejando el cruel despojo.*

Observad ahora un modelo de gamarra de mi invención; representa un progreso sobre la del duque de Newcastle. Esta caperuza y estos cascabeles recuerdan á mi halcón Cheviot, que

se internó en el pico de una garza real. ¡Pobre Cheviot! Sobre las perchas de abajo hay milanos, pero ni un pájaro que valga la pena. Aquí tenéis mi escopeta de caza, de sistema de tiro perfeccionado, y veinte tesoros, preciosos unos más que otros. Éste habla por sí mismo.

El objeto designado era un retrato de cuerpo entero pintado por Van Dyck, con marco de roble labrado, el cual tenía la siguiente inscripción en letras góticas: *Vernon semper viret.* (Vernon está siempre verde.) Viéndome aguardar una explicación:

— ¡Qué! — exclamó con sorpresa. — ¿No conocéis nuestra divisa? La divisa de Vernon,

¿Quién con solo un vocablo redobla la lección?

Al igual que nuestras armas, dos caramillos entrelazados, — añadió señalándome con el gesto el escudo de madera sobre el cual se desarrollaba la divisa.

— ¡Caramillos! Parecen más bien silbatos de á sueldo. Pero no me riñáis por mi ignorancia! — dije, notando que el rubor se le subía á la cara. — No he pensado en inferir ofensa alguna á vuestras armas, ya que ni siquiera conozco las mías.

— ¡Vos, un Osbaldistone! ¿Y os atrevéis á confesarlo? Percy, Tornclyff, John, Dick y hasta Wilfrid podrían ilustraros. La ignorancia en persona tiene el derecho de hollaros bajo sus pies!

— ¡Convengo en ello, para vergüenza mía, cara señorita! El prodigioso libro de la heráldica encierra para mí misterios tan incomprensibles como los jeroglíficos de las pirámides de Egipto.

— ¿Será cierto? Mi tío mismo lee, á veces, *La Pompa del Blasón*, de John Gwilym, durante las veladas de invierno... ¡No conocer los signos heráldicos!... ¿En que pensaba vuestro padre?

— En los signos de la aritmética, de los cuales el más insignificante tiene más importancia, á sus ojos, que todos los

blasones de la caballería. Empero, sea cual sea la enormidad de mi ignorancia sobre dicho punto capital, poseo al menos, bastante instrucción y buen gusto para admirar ese magnífico retrato en el que encuentro un aire de familia con respecto á vos. ¡Qué actitud tan noble y tan natural! ¡Qué riqueza de colorido! ¡Qué vigor en las sombras!...

— ¿Os parece, pues, un hermoso cuadro?

— He visto muchas obras del célebre artista, y ninguna me ha satisfecho más.

— A fe mía, me reconozco en pintura como os reconocéis vos en materia de heráldica, no sin la ventaja de haber admirado este lienzo desconociendo su valor.

— Si he descuidado yo caramillos y tambores, con los demás caprichos fantásticos de la caballería, no ignoro tampoco que un tiempo sirvieron de enseñas para empresas gloriosas; pero convendréis en que la contemplación de los mismos es menos atractiva para el ignorante que la de un hermoso cuadro. ¿A quién representa ese?

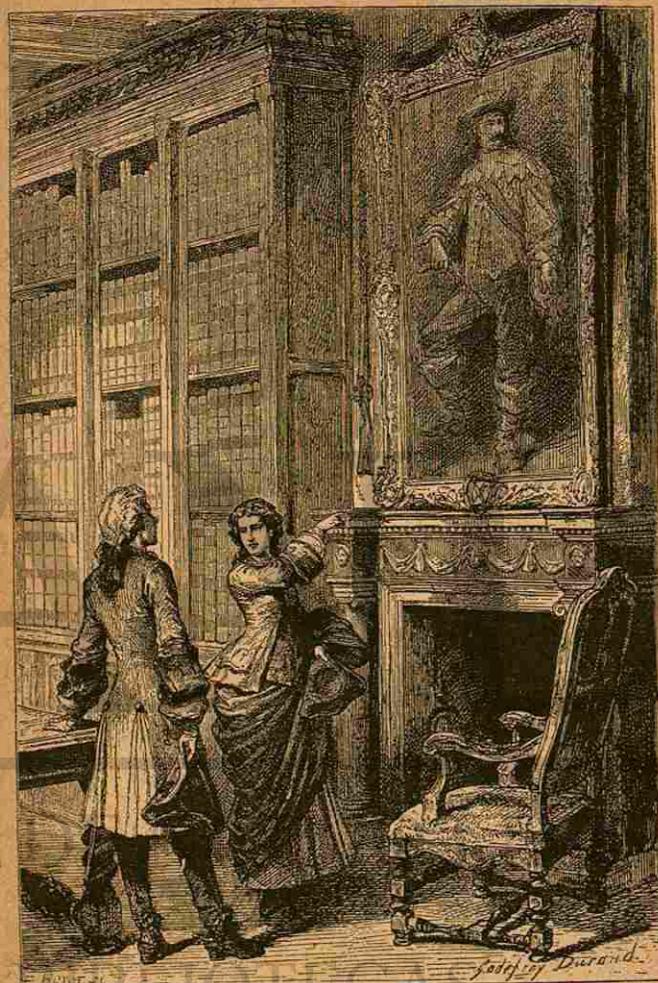
— A mi abuelo, que compartió las desgracias de Carlos I y (¡siento decirlo!) las incontinencias de su hijo. Nuestro patrimonio menguó en gran parte con sus prodigalidades, y mi infortunado padre perdió el resto. Pero... ¡descansen en paz! Fué por la buena causa.

— ¿Vuestro padre sufrió con motivo de nuestras discordias civiles?

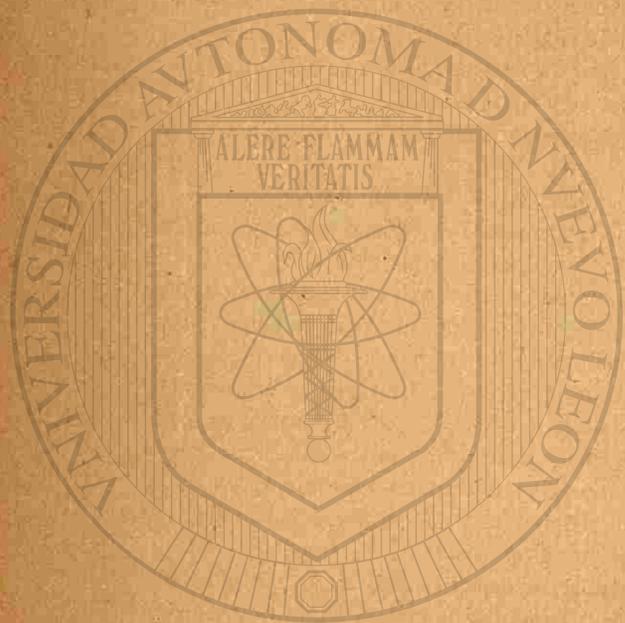
— ¡Demasiado! Perdió, de resultas, todos sus bienes. Ved por qué su hija es una mísera huérfana que come el pan ajeno, sometida á los caprichos de los demás y obligada á amoldarse á sus gustos. Y, no obstante, me siento más orgullosa de tal padre que si, con más prudencia y menos rectitud, me hubiese dejado en herencia cuantos ricos y bellos dominios poseía en otros tiempos la familia.

La llegada de los criados, que traían la cena, puso término á toda conversación de carácter íntimo.

Acabada la comida y colocado el vino en la mesa, uno de los criados noticiónos que el señor Rashleigh había encargado se le advirtiera en cuanto pudiera presentarse.



El objeto designado era un retrato de cuerpo entero pintado por Van Dyck...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

— Decidle, — contestó miss Vernon, — que nos complacerá mucho su visita, si desea molestarse. Preparad un vaso y una silla, y dejadnos. — Después dirigiéndose á mí, añadió: — Será necesario que salgáis con él en cuanto se vaya. Mi generosidad no me permite abusar de un joven durante más de ocho horas de las veinticuatro, y creo que hemos pasado por lo menos juntos aquéllas.

— El tiempo ha trascurrido tan aprisa, — dije, — que no he contado sus pasos.

— ¡ Psit! — replicó la joven. — Aquí está Rashleigh.

Retiró su silla, de la que estaba demasiado cercana la mía, á fin de poner una decorosa distancia entre ambos.

Un modesto golpe dado en la puerta, un discreto modo de abrirla, cuando se le invitó á entrar, un paso humilde, pero suelto, y un estudiado talante, diéronme á conocer que la educación de Rashleigh en el colegio de San-Omer se armonizaba perfectamente con la idea que había concebido yo de un jesuita cumplido. Casi es inútil añadir que, en mi calidad de buen protestante, semejante idea no le era muy favorable.

— ¿ A qué tantas ceremonias para entrar, — indicó Diana, — cuando sabéis que no estoy sola ?

Formuló la antecedente demanda con cierta impaciencia, como sintiendo que la estudiada reserva de su primo indujese á impertinentes sospechas.

— Bella prima, — contestó él sin alterar en lo más mínimo su actitud; — habéisme enseñado tan bien el modo de llamar á esa puerta, que la costumbre se ha convertido en segunda naturaleza para mí.

— Ya sabéis que gusto más de la franqueza que de la cortesía. [®]

La cortesía es el adorno de un galán amable, cortesano de nombre y de profesión, por lo que está en su lugar en el gabinete de las damas.

— Si; pero Franqueza es herencia del verdadero caballero y obtiene en él mejor acogida, primo. Y, á fin de poner término á un debate que nada tiene de agradable para nuestro pariente,

sentáos y dad el ejemplo al señor Francis Osbaldistone llenando vuestro vaso. He hecho ya los honores á la cena para sostener la reputación de la familia.

Rashleigh tomó asiento y escanci6 para beber, mirándonos á uno y otro con tal disimulo é inquietud que, á pesar de sus esfuerzos, no logró ocultar aquellos por completo. Buscaba, á lo que me pareció, asegurarse del punto hasta el cual ella habia depositado en mí sus confianzas. Apresuráme á provocar conversación acerca del preindicado tema, á fin de quitar del espíritu del joven todo motivo de recelo tocante á la divulgación de los secretos que poseían en común.

— Caballero, — dije, — miss Vernon me ha recomendado tributaros gracias por la rápida conclusión del asunto Morris, y temiendo, injustamente por cierto, que mi gratitud no fuese igual á la importancia del servicio, ha querido estimularla con la curiosidad, remitiéndome á vos para obtener la relación, ó mejor la explicación de los incidentes de esta mañana.

— ¡ Ah ! ¿ De veras ? — contestó. — Creía que la señorita se hubiera hecho intérprete de ella.

Apoyó esta frase con una mirada inquisitiva que lanzó sobre Diana, y después sobre mí, significando, á las claras, que sólo fiaba en sí propio al apreciar la veracidad de mis palabras. En tanto que la joven respondía á dichas miradas con otra de no disimulado desprecio, quedé fluctuando entre dos partidos: el de desviar manifiestas sospechas, ó el de presentarme ofendido ante ellas.

— Si os parece bien, caballero, — repuse, — como ha parecido á miss Vernon, dejarme en la ignorancia, fuerza será resignarme á ello. Mas, ¡ por favor ! que la idea de que se me han dado ya aclaraciones no os haga guardar silencio ! Os declaro, bajo palabra de honor, que se me alcanza tanto como á ese retrato de los acontecimientos de que he sido testigo hoy, sabiendo sólo, y así se lo he declarado á la señorita, que os habéis portado conmigo de la manera más bondadosa.

— Se han exagerado mis humildes esfuerzos — dijo Rashleigh, — aunque no me haya faltado celo. Vais á saber la verdad.

Yendo en busca de uno de los nuestros, que pudiera, con mi auxilio, prestar fianza (medio el más eficaz, y me atrevo á decir el único que me sugiriera el trastorno en que me sentía,) di con el Cawmel, Calvele, Campbell ó algo por el estilo. Había ya sabido, por Morris, que él se halló en aquellos lugares en el momento del robo, y tuve la fortuna de inducirle á declarar (no sin algun trabajo,) en favor vuestro, lo que debería bastar, en mi concepto, para sacaros de una situación desagradable.

— En tal caso, debo de estaros muy reconocido por haberme procurado testigo tan á tiempo y tan favorable. Pero no me explico por qué, si aquel hombre compartió, como lo lamenta, la desventura de Morris, ha sido necesario tanto esfuerzo para decidirle á facilitar el descubrimiento del culpable y la rehabilitación de un inocente.

— Desconocéis, caballero, el carácter de las gentes de su país. La discreción, la prudencia y la previsión son sus cualidades principales, sólo desnaturalizadas por un patriotismo estrecho y ardiente: centinela avanzado de los triples antemurales tras los que se cobija todo escocés para rechazar los asaltos de generosa fraternidad. Triunfad de semejante obstáculo, y ya se presenta otro más difícil de dominar y más inveterado: el amor á su provincia, á su pueblo, á su *clan*. (1) Tras de éste obstáculo tropezaréis con un tercero: su abnegación por la familia propia; por sus padre, madre, hijos, hijas, tios, tias y primos hasta el grado noveno. Tal es el círculo en que se concentra toda la sensibilidad social de un escocés, y, mientras en él se desahoga, no aspira á extenderse fuera del mismo. Tal es el círculo en que palpita su corazón, debilitándose cada latido hasta un extremo en que se vuelve casi insensible. Y, en fin, lo peor está en que, después de escaladas tan múltiples fortificaciones, os halláis en frente de una ciudadela interior, la más alta, resistente y formidable de todas: el amor de un escocés á sí propio.

(1) Tribu, en Escocia.

— La descripción rebosa elocuencia y metáforas; — dijo miss Vernon, que había escuchado con visible impaciencia. — Me permitiré, únicamente, dos objeciones: en primer término, que no es exacta, y en segundo que, aun siéndolo, está fuera de sazón.

— He dicho la verdad, encantadora Diana, y una verdad que, al contrario de lo que creéis, no puede ser más oportuna. Si es la verdad, lo repito, porque llevo hecho un profundo estudio del país y de sus moradores (no lo negaréis,) y el retrato que he hecho de uno y otros descansa sobre largas y escrupulosas observaciones. Por otra parte, mi digresión, lejos de ser un entremés, responde á la pregunta del señor Francis y le explica por qué el prudente escocés, no viendo en él ni á un compatriota, ni á un Campbell, ni á un primo, en ninguna de las superfetaciones que enredan su interminable genealogía, ni esperando sacar de su excursión provecho alguno, sinó, por el contrario, mucho tiempo que perder y muchos negocios que descuidar,...

— Con otras contrariedades de especie más temible... — interrumpió miss Vernon.

— Posible era, en efecto, que las encontrara; — prosiguió Rashleigh sin variar el tono. — En una palabra: creo haber demostrado cómo aquel hombre, no viendo en perspectiva más que obstáculos sin compensación, no podía dejarse convencer, sinó con repugnancia, de que debía declarar en favor del señor Osbaldistone.

— A tenor de la declaración de Morris, ó de lo que así se llama, — dije, — no aparece aludida la presencia de Campbell en el teatro del robo. ¿No es esto sorprendente?

— Campbell me ha dicho que había conseguido de Morris solemne promesa de no hablar de semejante circunstancia. Y la razón se os alcanzará fácilmente con lo que llevo explicado. Ansiaba Campbell regresar á su país, sin que le retardara ni impidiera el verificarlo una sumaria judicial, que se hubiera visto obligado á seguir, si su presencia en el lugar del robo hubiese sido conocida, mientras permanecía en este lado de la

frontera. No bien habrá salvado ésta, Morris volverá, estad seguro de ello, para declarar cuanto sepa de él, y quizá más de lo que sepa. Además, Campbell se dedica al comercio de ganado, en grande escala; á menudo se le ofrece ocasión para enviar numerosos rebaños al Northumberland, y, dado ese género de ocupaciones, no le tiene cuenta chocar con los ladrones del Condado, los hombres más vengativos que darse pueda.

— En cuanto á eso, no hay cuidado: — observó Diana con acento que parecía indicar algo más que un simple asentimiento.

— Que semejantes motivos son poderosos, — dije volviendo á la cuestión, — (supuesto que indujeron á Campbell á exigir el silencio de la víctima sobre el hecho de haber presenciado aquél el despojo,) lo comprendo en rigor; pero que Morris se dejara influir hasta el extremo de suprimir de su querrela un detalle tan grave, con seguro peligro de que se pusiera en duda su veracidad... ¡esto sí que me admira!

Rashleigh desfirió á mi opinión y pareció sentir el no haber arrancado el secreto de semejante enigma al escocés. Después añadió, sobre la marcha:

— Veamos: ¿estáis bien seguro de que Morris no hizo, en su querrela, mención alguna de la presencia de Campbell?

— Me he enterado de ella muy aprisa; — dije, — pero abrigo la convicción de que no encierra nada parecido, ó de que la alusión es, en todo caso, tan velada, que habrá escapado á mi atención.

— ¡Ah! ¡Ya dimos en el quid! — replicó, sacando de mis últimas palabras, su opinión. — La cosa estaba reseñada, pero tan á la ligera, que se os ha podido escapar. En cuanto á la influencia de Campbell, se explica por el arte con que habrá explotado el terror de Morris. Este cobarde, según se me ha dicho, va encargado de cierta misión en Escocia, á donde pasa á llenar alguna comisión del gobierno; y como está dotado del valor de la sanguinaria paloma ó del magnánimo ratón, habrá tenido miedo de atraerse la mala voluntad de un matarife como Campbell, cuya sola presencia habria bastado á helar su misera sangre en las venas. Habréis podido observar que el tal Camp-

bell usa, en ocasiones, ciertas formas bruscas é impetuosas, algo de marcial en el tono y en las actitudes.

— Me ha chocado, en efecto, su expresión ruda y feróz, tan poco en armonía con su sosegado oficio. ¿Ha servido en el ejército?

— Si, ... es decir, no; pues hablando propiamente, no ha servido, yo creo; pero, como á la mayoría de sus compatriotas, le es familiar el uso de las armas. Allá, en sus montañas, no ven sinó armas, desde la infancia hasta la tumba. Por poco que conozcáis á vuestro tímido compañero de viaje, comprenderéis que, dirigiéndose á dicho país, evite toda suerte de disputas, mientras pueda, con cualquiera de sus habitantes. Pero retirémonos: veo que no sois muy amigo de la botella, y yo, como vos, respecto al particular, tampoco honro el nombre de Osbaldistone. Si queréis acompañarme, echaremos en mi cuarto, una partida de cientos.

Nos levantamos para despedirnos de miss Vernon, quien había manifestado, repetidas veces, su ánimo de rectificar las consideraciones de su primo. En el momento de abandonar la sala, la lumbré amortiguada produjo una viva llama.

— Señor Frank, — dijome la joven — sois bastante juicioso para cercioraros de lo que haya de justo ó de mal fundado en las indicaciones de Rashleigh sobre individuos tales como Campbell y Morris; pero, en lo relativo á Escocia, sabed que ha calumniado á todo un pueblo, y os ruego no concedáis crédito alguno á su opinión.

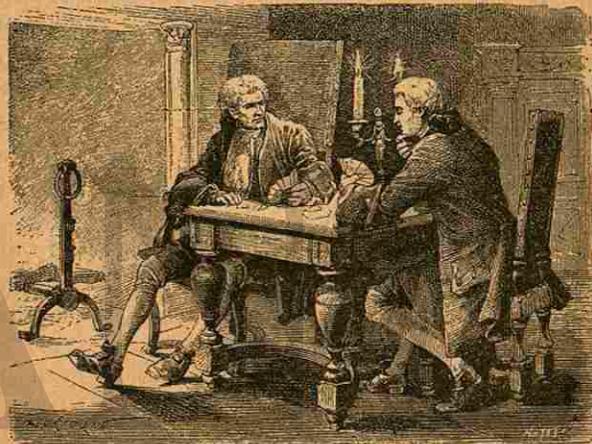
— Puede que me sea difícil obedeceros, miss Vernon, — contesté, — toda vez que... (fuerza es confesarlo,) he sido educado en ideas muy poco favorables á nuestros vecinos del Norte.

— Hacéos superior á tales prevenciones, caballero, y permitid á la hija de una escocesa que os suplique respetéis la tierra natal de su madre hasta tanto que hayáis juzgado, por vos mismo, si es ó no digna de vuestra estima. Reservad desprecio é ira para los intrigantes, los sirvientes y los hipócritas que halléis al paso, que bastantes hallaréis sin salir de Inglaterra. Adiós, señores: os deseo felices noches.

Y nos señaló la puerta con el ademán de una princesa que despide á su séquito.

Rashleigh me acompañó á su cuarto, al cual un criado nos trajo café y una baraja.

Había resuelto yo no dirigir al primero más preguntas acerca de los incidentes de la mañana. Su conducta parecíame envuelta en cierto misterio de un género poco honroso; mas, para ase-



gurarme de si mis sospechas eran ó no fundadas, era indispensable impedirle que se pusiera sobre aviso.

Después de cortar y dar naipes, la partida comenzó seriamente, y, aunque poco interesante el juego, noté que mi compañero desplegaba en él un carácter ardiente y ambicioso. Parecía conocer, del mismo, los recursos mil; mas, como si le fuera natural, prefería al método ordinario, las grandes jugadas peligrosas, y, descuidando los recursos leves y las contingencias mejor equilibradas, se aventuraba á todo, en la confianza de derrotar por completo al adversario.

Desde que algunas partidas de juego, como la música en los intermedios de un drama, hubieron interrumpido el curso de

nuestra conversación, Rashleigh cansóse de jugar y; renunciando á los naipes, reanudamos el coloquio en el cual hizo casi todo el gasto.

Teniendo más instrucción que verdadero saber, mejor juez del espíritu de los hombres que de los principios de moral que deben dirigirlos, dominaba la palabra con un arte que en nadie más he observado. Poseyendo, á fondo, el conocimiento de sí mismo, se había estudiado con detención para sacar todo el partido posible de sus ventajas naturales: voz melodiosa, elocución fácil, elección feliz de modismos, lenguaje claro y juicioso, imaginación ardiente. No hablaba jamás recio, ni en tono arrogante; nunca pretendía imponer su modo de ver las cosas, hasta el punto de fatigar la paciencia ó el entendimiento de quienes le escuchaban. Sus ideas se sucedían unas á otras sin esfuerzo ni cansancio, como las aguas de un manantial abundante y generoso, muy al contrario de esos brillantes habladores de salón que se precipitan en la emisión de las suyas con el trastorno y el ruido de una presa de molino, agotando luego la corriente.

Habia avanzado la noche, cuando pude sustraerme á los atractivos de una conversación tan seductora. De regreso en mi aposento, reproduje en mi recuerdo, y no sin cierta pena, el verdadero carácter del personaje, tal como me lo había representado antes de la entrevista.

Tal efecto ejerce en nosotros el placer, que oscurece nuestra percepción y embota nuestro juicio. No acertó á compararlo á otra cosa mejor que al sabor de ciertas frutas, dulces y ácidas á la vez, las cuales neutralizan el paladar hasta quitarle el gusto de los bocados que, acto seguido, se someten á la apreciación del mismo.



CAPÍTULO XI.

¿Por qué os veo tan pálidos, alegres amigos míos?
¿Por qué ese aspecto lúgubre? ¿Por qué bajar tan tristemente la cabeza en la quinta de Balweary?

Anónimo.

EL siguiente día caía en domingo. Era uno de los más penosos para los habitantes del castillo. Después de la misa mayor, á que asistía con regularidad la familia toda, hubiera sido difícil precisar á cuál de los miembros de ella, excepción hecha de Rashleigh y de miss Vernon, abatia más con el peso de su carga el demonio del fastidio.

Mi contratiempo de la vispera tuvo el don de divertir, durante algunos minutos, á sir Hildebrando, quien me felicitó por haberme librado de la cárcel, como lo hubiera hecho por haber errado el salto de una valla sin romperme la crisma.

— ¡Tienes mucha suerte, muchacho, pero sé menos temerario en lo sucesivo! ¡Qué demonio! Todo el mundo, whig ó tory, puede transitar por los caminos reales.

nuestra conversación, Rashleigh cansóse de jugar y; renunciando á los naipes, reanudamos el coloquio en el cual hizo casi todo el gasto.

Teniendo más instrucción que verdadero saber, mejor juez del espíritu de los hombres que de los principios de moral que deben dirigirlos, dominaba la palabra con un arte que en nadie más he observado. Poseyendo, á fondo, el conocimiento de sí mismo, se había estudiado con detención para sacar todo el partido posible de sus ventajas naturales: voz melodiosa, elocución fácil, elección feliz de modismos, lenguaje claro y juicioso, imaginación ardiente. No hablaba jamás recio, ni en tono arrogante; nunca pretendía imponer su modo de ver las cosas, hasta el punto de fatigar la paciencia ó el entendimiento de quienes le escuchaban. Sus ideas se sucedían unas á otras sin esfuerzo ni cansancio, como las aguas de un manantial abundante y generoso, muy al contrario de esos brillantes habladores de salón que se precipitan en la emisión de las suyas con el trastorno y el ruido de una presa de molino, agotando luego la corriente.

Habia avanzado la noche, cuando pude sustraerme á los atractivos de una conversación tan seductora. De regreso en mi aposento, reproduje en mi recuerdo, y no sin cierta pena, el verdadero carácter del personaje, tal como me lo había representado antes de la entrevista.

Tal efecto ejerce en nosotros el placer, que oscurece nuestra percepción y embota nuestro juicio. No acertó á compararlo á otra cosa mejor que al sabor de ciertas frutas, dulces y ácidas á la vez, las cuales neutralizan el paladar hasta quitarle el gusto de los bocados que, acto seguido, se someten á la apreciación del mismo.



CAPÍTULO XI.

¿Por qué os veo tan pálidos, alegres amigos míos?
¿Por qué ese aspecto lúgubre? ¿Por qué bajar tan tristemente la cabeza en la quinta de Balweary?

Anónimo.

EL siguiente día caía en domingo. Era uno de los más penosos para los habitantes del castillo. Después de la misa mayor, á que asistía con regularidad la familia toda, hubiera sido difícil precisar á cuál de los miembros de ella, excepción hecha de Rashleigh y de miss Vernon, abatia más con el peso de su carga el demonio del fastidio.

Mi contratiempo de la vispera tuvo el don de divertir, durante algunos minutos, á sir Hildebrando, quien me felicitó por haberme librado de la cárcel, como lo hubiera hecho por haber errado el salto de una valla sin romperme la crisma.

— ¡Tienes mucha suerte, muchacho, pero sé menos temerario en lo sucesivo! ¡Qué demonio! Todo el mundo, whig ó tory, puede transitar por los caminos reales.

— Os doy palabra, señor, de que jamás he intentado impedirlo. Cosa es, en verdad, que desespera ese acuerdo unánime en crearme cómplice de una picardía que me inspira horror y desprecio, y que, además, hubiera atraído sobre mi cabeza el extremo rigor de la ley.

— ¡ Bueno, bueno ! ¡ Como quieras, muchacho ! No pretendo averiguarlo. Nadie está obligado á acusarse á sí propio. ¡ Lléveme el diablo si no es hacer la guerra en regla !

Rashleigh vino entonces en mi auxilio, pero sus argumentos tendían más bien á procurar que su padre diera crédito sólo aparente á mis protestas, que á demostrar mi completa inocencia.

— En vuestra casa, querido señor, y tratándose de vuestro propio sobrino, de seguro que no persistiréis en mortificar á éste, dispuesto el ánimo á poner en duda lo que tanto interés demuestra él en afirmar. Su confianza en vos es ciertamente de las mejor depositadas, y si hubieseis podido socorrerle de alguna manera en el extraño lance, á buen seguro que vuestro corazón no se hiciera el sordo. Ciertísimo estoy de ello. Pero el primo Frank ha sido declarado inocente, y nadie tiene derecho á suponer lo contrario. Por lo que á mi toca, su inocencia no me ofrece la menor duda, y el honor de la familia exige, en concepto mío, que la sostengamos, con palabras y obras, ante y contra todo el mundo.

— Rashleigh, — le dijo su padre mirándole fijamente, — eres un ladino de primera fuerza. Siempre has tenido sobra de malicia para mí y también para muchos otros. ¡ Guárdate de caer en tus propios lazos ! Dos cabezas en un gorro no me parece emblema muy heráldico. Y á propósito de heráldico: voy á leer á Gwillym.

Anunció su resolución con un bostezo cuyo efecto fué irresistible sobre cada uno de sus gigantes hijos. Dispersáronse para procurarse, acá y acullá, entretenimientos conforme á sus gustos. Percie fuése á apurar, en compañía del intendente, un jarro de cerveza en la repostería; Thornie, á cortar un par de varillas y envolverlas en guarniciones de mimbres; John, á

preparar sus sedales; Dick, á jugar á cara y cruz, la mano derecha contra la izquierda; Wilfrid, á roerse los pulgares y á dormir, roncando, hasta la hora de cenar. En cuanto á miss Vernon, habíase retirado á la biblioteca.

Quedé á solas con Rashleigh, en el antiguo salón de piedra, de que los criados, no menos bruscos y chapuceros que la vispera; habian, por fin, quitado los restos de nuestro abundante almuerzo. El momento parecióme oportuno para echarle en cara su modo de tomar mi defensa, y le zaherí, declarándole francamente que lo reputaba muy humillante, puesto que había exhortado á sir Hildebrando á disimular sospechas más bien que á desecharlas.

— ¡ Y qué ! ¿ Qué le vamos á hacer, amigo mío ? — contestó Rashleigh. — Mi padre es accesible á toda clase de presunciones, y en cuanto se le ha puesto alguna entre ceja y ceja, (lo que, haciéndole justicia, no es tan fácil como eso,) conozco que vale más inducirle á disimularla que á combatirla. Así, no pudiendo arrancar las malas yerbas, las corto tan luego como se presentan, hasta que por sí mismas se secan. No es prudente ni provechoso discutir con un alma del temple de aquella, que se revuelve contra la razón, y cree con tanta firmeza en sus impulsos naturales como creemos nosotros, buenos católicos, en los del Padre Santo.

— Lo cual no hace menos molesto el vivir bajo el techo mismo en que vive un hombre, un próximo pariente, que no desiste de ver en mí á un ladrón en despoblado.

— En el fondo, vuestra inocencia no ha de sufrir en lo más mínimo por esa idea ridícula, si es lícito calificar de tal modo las de un padre. Y por lo tocante al acto en sí mismo, podéis estar convencido de que, bajo el punto de vista de la política y de la moral, sir Hildebrando lo conceptúa meritorio. Trátase de debilitar al enemigo, de despojar á los amalacitas, y la parte imaginaria que habéis tomado en ello os ha granjeado mayor estimación.

— Yo no quiero granjearme la estimación de nadie, caballero, con actos que me rebajen ante la mía; y esas sospechas in-

juriosas me proporcionarán excelente motivo para abandonar el castillo, tan luego como pueda ponerme de acuerdo con mi padre acerca del particular.

Rashleigh, cuya sombría figura reflejaba raras veces las emociones íntimas, dejó escapar una vaga sonrisa que hizo desaparecer en un suspiro.

— ¡ Hombre feliz ! — exclamó. — Vais y venis libre como el aire. Vuestro porte, vuestro gusto y vuestro talento os darán acceso en nuevos círculos, donde se sabrá apreciarlos de otra manera que en este antro de salvajes. Yo, por lo contrario, ...

Aquí se contuvo.

— ¿ Qué hay en vuestra suerte que os haga envidiar la mía ? A mí, proscrito, ¿ lo que me conviene no es el nombre, el corazón y la casa de mi padre ?

— Si ; pero considerad las ventajas de la independencia que habéis conquistado con un sacrificio momentáneo cuyo término creo seguro que se acerca. Pensad en la complacencia de obrar como ser libre, de cultivar vuestras disposiciones según el sesgo de vuestro espíritu, y de seguir una carrera tan favorable al éxito que os aguarda. No es pagar excesivamente caro, con la permanencia de algunas semanas en el Norte, la gloria y la libertad, hasta llamándose casa Osbaldistone el lugar de vuestro destierro. Nuevo Ovidio entre los tracios, no os sobran, no, motivos para deplorar en verso vuestro ostracismo.

— ¿ Cómo se explica, — observé con el rubor propio de un aprendiz de poeta, — que estéis tan al corriente de mis fugaces estudios ?

— Últimamente y antes de vuestra llegada, recibimos á un emisario de vuestro padre, á un tontuelo llamado Ficelle, quien me comunicó que os dedicabais en secreto á las musas y que algunos fragmentos de vuestra inspiración habian merecido aplausos de los doctos.

Aquel que más pura de pecado de poesía tenga la conciencia no habrá dejado de conocer á algún aprendiz ó compañero, sino á algun maestro, del templo de Apolo, y sabrá que la vani-

dad es su flaco, desde el ilustre Pope, el bardo de Twickenham, hasta el último de los rimadores á quienes vapuleó con el látigo de la sátira en *La Dunciada*. Poseía yo mi dosis de aquella como otro cualquiera. Era poco probable, en verdad, que el insignificante Ficelle conociera las dos ó tres composiciones en verso que habia yo dado á conocer en un café literario, y menos todavía que pudiera haberse hecho eco de la opinión de los parroquianos ; pero sin meditar todo eso, piqué, casi al momento, en el anzuelo. Obsérvolo mi interlocutor y sacó de ello mejor partido, rogándome, con modesta al par que apremiante curiosidad, que le diera á conocer algunas de mis obras.

— Necesito que me concedáis una velada que pasarémos en mi cuarto, — prosiguió, — ya que estoy en vísperas de abandonar los encantos del estudio por las cargas del comercio y las pueriles exigencias del mundo. ¿ Qué le vais á hacer ! Mi padre manda, el interés de la familia lo exige y no me queda otro recurso que someterme. Pero es un verdadero sacrificio, sobre todo cuando pienso en el estado de calma y de sosiego á que me destinaba mi educación !

Si tenía yo vanidad, no era tonto, y aquel rasgo de hipocresía fué demasiado grosero para imponérseme.

— ¡ Vaya ! — le dije — ¿ Habláis formalmente cuando afirmáis que os duele cambiar el ministerio de presbítero católico, reducido á la oscuridad y á privaciones mil, por las riquezas y los placeres del mundo ?... ¡ No me convenceréis de ello !

Rashleigh comprendió que habia representado con exceso la comedia del desinterés. Después de un instante de silencio, empleado, según presumo, en calcular hasta qué punto debía usar de franqueza conmigo, (cualidad rara y que no misticaba jamás sin necesidad,) díjome con la sonrisa en los labios :

— A mi edad, verse condenado á la riqueza y á los placeres del mundo, conforme vos decís, no se ofrece tan alarmante como tal vez debiera serlo. Empero, y perdonad mi lenguaje, os habéis equivocado acerca del destino que me estaba reservado. Presbítero, concedido ; oscuro, no ! No, caballero : Rashleigh

Osbaldistone permanecerá más en la oscuridad, hasta elevándose á la categoría de los más ricos comerciantes de Londres, que si fuese miembro de una Iglesia cuyos ministros, según frase célebre, colocan sus piés sobre la cabeza de los reyes. Mi familia goza de gran predicamento cerca de una corte desterra-



Rashleigh Osbaldistone.

da, y esta corte tiene el derecho de ejercer en Roma, como ejerce en efecto, una influencia todavía mayor. Mis medios no están por bajo de la educación que he recibido. Razonando friamente, os diré que hubiera podido aspirar á un puesto elevado en la Iglesia, y, conforme á mis ilusiones, hasta al más alto. ¿ Por qué, — añadió riendo, pues poseía el arte de saber mantenerse en los límites de lo sério y de la broma, — por qué, decidme, un cardenal Osbaldistone, bien nacido y contando con grandes relaciones, no habría de disponer de la suerte de los imperios, á ejemplo de Mazarino, hijo de un artesano, ó de Alberoni, hijo de un jardinero?

— No veo, en efecto, razón en contrario; pero, así y todo, yo, en lugar vuestro, no sentiría en lo más mínimo perder la posibilidad de una grandeza precaria y aborrecida.

— No lo sentiría, en efecto, si mi futura situación me ofreciese mayor seguridad; mas depende de circunstancias cuyo efecto sólo se producirá con el tiempo: del carácter de vuestro padre, por ejemplo...

— Hablad sin rodeos, Rashleigh. ¿ Deseáis de veras que os lo haga conocer?

— Puesto que, á ejemplo de Diana Vernon, os preciáis de seguir la bandera de la señora Franqueza, os responderé que sí.

— Sea en buenhora. Hallaréis en mi padre un hombre que siguió la carrera del comercio más porque le ofrecía medios para ejercitar su inteligencia, que por amor al oro de que se presenta cubierta. Su espíritu activo no busca más que la lucha, y en todas partes, si se le hubiese mostrado libre campo, se hubiera sentido dichoso de manifestarse, hasta sin otra recompensa que sus laboriosos esfuerzos. Ha acumulado riquezas porque, sobrio y moderado en su sistema de vida, no ha sentido, al hacerse rico, la necesidad de atender á nuevos gastos. Aborrece el disimulo en los demás, desdénandolo para sí propio. Está dotado de maravillosa sagacidad para descubrir los más secretos móviles á través de los artificios del lenguaje. Callado por costumbre, fatigánle pronto los charlatanes, tanto más, cuanto que los asuntos que le interesan no dan pábulo á larga conversación. Es observador rígido de sus deberes religiosos, pero no temáis que se inmiscuya en los vuestros, pues la tolerancia constituye para él un sagrado principio de economía política. Tan sólo, caso de que seáis partidario del rey Jaime, como es natural suponer, haréis bien en no manifestar, delante de él, ni el menor asomo de tendencia favorable á las opiniones aristocráticas, pues le horrorizan. Por lo demás, su palabra es ley para sí como para cualquiera que se relaciona con él, y ni falta á lo que debe, ni sufre tampoco que se le falte. Para grangearse sus bondades, fuerza es cumplir lo que ordena, en vez de aplaudirlo. Su más desagradable

mania, (debida á las prevenciones anexas á la profesión que ejerce, ó más bien á su predilección exclusiva,) es la de parecerle poco digno de elogio ó de atención todo aquello que, de cerca ó de lejos, no se relaciona en nada con el comercio.

— ¡Admirable retrato! — exclamó Rashleigh, no bien cesé de hablar. — Van Dyck fuera un embadurnador á vuestro lado, Frank. Veo ya á vuestro padre en su valor y en su debilidad, amando y honrando al rey como una especie de lord-corregidor ó de presidente del consejo de comercio, venerando la cámara de los Comunes en atención á las leyes que regulan la exportación y respetando la de los Pares porque el canciller se sienta en un saco de lana.

— Mi retrato era de algún parecido; el vuestro es una caricatura. Puesto que he desplegado, á vuestros ojos, el mapa del país á donde iréis, suministradme, en cambio, algunas luces sobre geografía de los terrenos desconocidos...

— En que habéis encallado. ¿Valen, acaso, la pena? En lugar de una isla de Calipso, con sus sombras frondosas y sus misteriosos laberintos, habéis dado con una comarca del Norte, áspera y escueta, tan poco á propósito para atraer el espíritu como para complacer á los ojos. Media hora de examen os hará conocer su desnudez como si la hubierais descrito mediante regla y compás.

— ¡Oh! Algo hay que merece más atento examen. ¿Qué me decis de miss Vernon? ¿No constituye un notable punto de vista, dentro del paisaje mismo, aunque fuera éste más desolado que una isla de hielo?

Noté perfectamente que el nuevo asunto de conversación no gustaba á Rashleigh; pero la franqueza de mis noticias dábame derecho de interrogar, á mi vez. Conociólo y vióse obligado á acceder á mi demanda, á pesar de la dificultad en que se hallaba de maniobrar sobre un terreno ardiente.

— De un tiempo á esta parte, — dijo, — ofréncenseme menos ocasiones que antes de ver á miss Vernon. Mientras fué muchacha, le serví de maestro; cuando salió de la adolescencia, mis numerosos trabajos, la gravedad de la profesión á que

se me destinaba, la naturaleza particular de sus aficiones; en una palabra, nuestra mútua situación hacía peligrosa y poco conveniente una intimidad de las más estrechas y de todos los días. Temí que miss Vernon viera en mi reserva sólo un defecto de correspondencia, pero era cuestión de deber, cuyo cumplimiento me costó mucho, como le costó á ella cuando fué necesario someterse á la prudencia. Pues ¿qué no era de temer continuando en la familiaridad de una joven bella y sensible, que sólo puede excoger entre el claustro y un matrimonio impuesto?

— ¿No le queda más que tamaña alternativa?

— ¡Ay! ¡Nada más! — dijo Rashleigh suspirando. — No es necesario, á lo que creo, preveniros contra el peligro de cultivar, con asiduidad excesiva, la amistad de miss Vernon. Sois hombre de mundo, y se os alcanza hasta qué punto podéis buscar la sociedad de Diana, con seguridad para vos y con los miramientos á ella debidos. Pero ¡sed cauto! ¡Vigilad de cerca sus sentimientos como los vuestros! Os lo advierto en atención á su naturaleza arrebatada, de la cual visteis ayer un rasgo que da la medida de su atolondramiento y de su desprecio á las conveniencias sociales.

Había, sin duda, un fondo de buen sentido y de verdad en todo eso, y no tenía yo razón alguna para echar á mala parte un consejo con visos de amistoso. Y no obstante; ¡con qué placer, durante la advertencia, habria traspasado con mi espada el cuerpo de aquel hombre!

« ¡Al diablo el impertinente! — pensé. — Según él, miss Vernon se hubiera enamorado de su villana faz de hoja de cuchillo, y hubiera descendido hasta los suelos, á no ser por la continencia de monseñor Rashleigh, al curarla de su loca pasión. ¡Ah! Sabré lo que ha querido significar, aunque me cueste el arrancarle las entrañas! »

Tomada dicha resolución, impuse silencio á mis resentimientos, y, afectando una discreta compostura, llegué al extremo de lamentar que persona dotada de tanta inteligencia y de tantas aptitudes estuviera tan falta de prudencia y de seso.

— Su franqueza y su descuido llegan al extremo, — repuso el joven; — pero su corazón es de oro: os lo juro. Para no ocultaros nada, os diré que, si persiste en su aversión al claustro y al marido que se le destina, y si mis trabajos en las minas de Plutón me proporcionan segura y honrada independencia, puede que piense en reanudar el hilo de nuestras relaciones y en ofrecerle la mitad de mi fortuna.

«Con su voz melodiosa y sus bien compuestas frases, (pensé para mí,) ese Rashleigh es el tonto más horrible y pagado de sí propio que he visto en la vida!»

— Lo que me disgusta, — continuó, como si pensara en alta voz, — es tener que suplantar a Thorncliff.

— ¡Cómo! — exclamé irguiendo el cuerpo; — ¿es ese el marido destinado a Diana Vernon?

— ¡Dios mío!... ¡Si! La voluntad de su padre y ciertos arreglos de familia la obligan a casarse con uno de los hijos de sir Hildebrando. Se ha conseguido de la curia de Roma una dispensa que le permite ser la esposa de... Osbaldistone, escudero, hijo de sir Hildebrando Osbaldistone, *baronet*, (1) etc. Sólo resta escoger el dichoso mortal cuyo nombre de pila ha de llenar el vacío, y como Percie sólo piensa en beber, mi padre ha designado a Thorncliff, el segundo de la familia, para perpetuar la raza.

— Tal vez, — observé esforzándome en afectar un aire chancero que debía sentarme muy mal, — la futura hubiera preferido buscar algo más abajo, en el árbol de la familia, la rama a que unirse.

— No lo sé. Poco hay que escoger en nuestra casa. Dick es un jugador; John un palurdo, y Wilfrid un asno. Bien mirado, no ha escogido mi padre tan mal para la pobre niña.

— ¡Mejorando lo presente!

— ¡Oh! Mi vocación por la Iglesia me ponía fuera de combate; de otra suerte, no ocultaré que la ventaja de mi educa-

(1) Título inglés, entre barón e hijodalgo.

ción, para maestro y guía a la vez, hubiera podido hacer de mi persona un partido más conveniente que la de cualquiera de mis hermanos mayores.

— Y... ¿miss Vernon era, sin duda, de igual parecer?

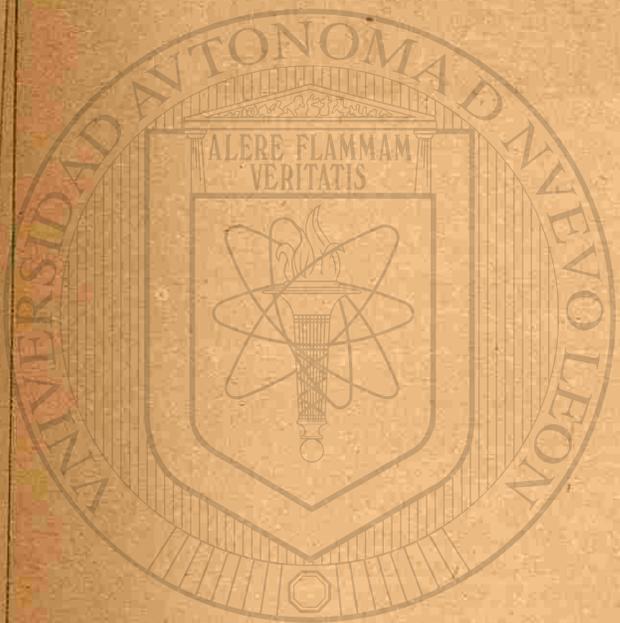
— ¡Oh! ¡Esto es tan lejano! — contestó Rashleigh descartando tal hipótesis con una apariencia de modestia que cabalmente la confirmaba. — Amistad y sólo amistad nos unía el uno al otro, teniendo por consejero el afecto naciente en un corazón tierno. En cuanto al amor, no nos hirió en lo más mínimo. ¿No os lo he dicho ya? La sabiduría llegó a tiempo.

La conversación me irritaba y, no sintiéndome con humor para sostenerla más, aproveché luego la ocasión para retirarme a mi cuarto.

Presa de violenta agitación, discurrí, paseando y repitiendo en alta voz las expresiones que más me habían chocado.

«Corazón sensible... natural ardiente... afecto naciente... ¡amor!... ¡Diana, la más bella mujer que existe en el mundo, enamorada de aquellas piernas zambas y de aquel pescuezo sobre aquellas espaldas! ¡De un miserable patizambo, de un Ricardo III sin la joroba!... Si: pero los buenos momentos que le ofrecieron las malditas lecciones, su lenguaje dorado, sus trasportes de melosa sensiblería... Y después, el aislamiento de ella, sin nadie que la hiciera oír la voz de la razón... Se enredaría con él, claro está. A la admiración que dispensa ella a su talento, mézclase cierto despecho que bien puede ser efecto de una pasión no correspondida... Mas ¿qué me importa? ¿A qué calentarme de cascos y abandonarme al furor? ¿Sería, acaso, la primera niña hermosa que hubiera escogido, por amante ó por esposo, un picaro deforme? Y, supuesto que se haya librado de todos aquellos condenados novios ¿qué tengo yo que ver en ello?... ¡Una papista, una jacobita, un marimacho!... Pensar en ella fuera el colmo de la locura!»

Semejantes reflexiones, lejos de calmar mi arrebató, lograron sólo convertirlo en cólera sorda. Bajé para sentarme a la mesa, y lo verifiqué en la más negra disposición que imaginarse pueda.



CAPÍTULO XII.

¿Embragarse, charlar, voçear, hacer el fanfarrón, blasfemar y sostener con su sombra insensatos discursos?

SHAKSPEARE. — *Otello.*

CONFORME se ha visto, el peor de mis defectos era el de un invencible orgullo, que me exponía á frecuentes mortificaciones.

¿Amaba á Diana ó nó? Lo ignoraba yo mismo. No obstante, desde que Rashleigh me habló de ella como de una conquista que se dignaba utilizar ó desechar á voluntad suya, cuantos esfuerzos habia hecho la pobre muchacha, en la inocencia y rectitud de su corazón, para establecer entre nosotros alguna amistad, parecieronme otros tantos rasgos de insultante coqueteria. « ¡Hola, hola! Con que ¡ quiere asegurarse de mí como de un recurso, por si Rashleigh no se compadece de ella! Verá que no soy hombre para caer en semejante lazo: le haré ver que conozco sus tretas y que las desprecio. »

Este desahogo de indignación, tan fuera de lugar, prueba

que no me eran del todo indiferentes los atractivos de miss Vernon, (no lo había reflexionado) y me senté á la mesa muy encolerizado contra ella y las demás hijas de Eva.

De momento sorprendióse al oirme contestar, en desapa- cible tono, á dos ó tres observaciones donosas que se per- mitió con su ordinaria libertad. Mas, no suponiendo en mi intención alguna de mortificarla, contentóse replicando en igual sentido, aunque con más urbanidad y con cierto inge- nio. Por fin, reparó en que estaba yo realmente de mal humor, y, después de una de mis salidas de tono:

— Señor Frank, — dijo, — reza el proverbio que no hay tonto de quien no se aprenda algo. El otro día oí al primo Wilfrid negarse á continuar tirando el bastón con el primo Thornie, porque el primo Thornie se enojaba y sacudia más fuerte de lo que permiten, á lo que parece, las reglas del juego. « Si quisiera romperte la crisma, sin escrúpulos, — dijo el va- liente muchacho, — poco me importaría el verte encolerizado, porque así me sería más fácil; pero no me gusta recibir serios golpes sobre la cabeza mientras que yo los doy en broma. » ¿ Comprendéis la moral de la historia, Frank?

— No me hallo todavía, señora, en la necesidad de buscar las partículas de buen sentido con que esos caballeros sazonan sus razonamientos.

— Necesidad, ... señora, ... ¡ Me dejáis admirada, señor Os- baldistone!

— Mucho lo siento.

— ¿ Ese talante afectado proviene de un capricho, ó le habéis adoptado sólo para añadir mérito á vuestro buen humor?

— Tenéis aquí derecho á la consideración de tantos caba- lleros, miss Vernon, que no os sienta bien el preguntar por- qué mi ingenio es pobre y mal templado.

— ¿ Eh? ¿ Eso significa que habéis desertado de mi partido para pasaros al enemigo?

Puso los ojos en Rashleigh, sentado á la otra parte de la mesa, y, notando que nos acechaba con singular atención, añadió:

Ahora entreveo la verdad terrible!
Rashleigh se fija en mí con vista horrible,
Indicando su presa...

Pero, á Dios gracias, en mi estado de abandono, he asistido á la escuela de la paciencia y no me ofendo por una tontería. Para no verme envuelta, de buen ó mal grado, en una que- rella, me retiro antes de lo acostumbrado, y deseo que dijiráis bien la cena y el mal humor.

Dijo y abandonó la mesa.

Su salida dejome muy corrido por mi conducta. ¿ Qué había hecho yo? A las primicias de una amistad, de que la joven me había dado pruebas tan sinceras, durante la vispera, había res- pondido á lo avestrúz. Había casi amenazado con un insulto á aquel sér delicioso, sin apoyo sobre la tierra, cuya condición lamentaba ella de un modo tan conmovedor. ¡ Ah! Me había portado con indisculpable brutalidad.

Para combatir ó ahogar en mi tan dolorosas reflexiones, honré más de lo acostumbrado la botella que circulaba alre- dedor de la mesa. En el estado de desorden por que pasaban mis sentidos, y, sóbrio como era yo, no tardé en experimentar los efectos del vino. Los bebedores de profesión pueden, según parecer general, entregarse á tales excesos sin debilitar mucho su inteligencia, la cual, ni en ayunas, es nunca muy firme; pero aquellos que no han contraído la inveterada costumbre de la embriaguez, sienten, de una manera más viva, su perniciosa influencia.

MI cerebro, ya calentado, desbordóse hasta la extravagancia. Ocurriéronse ideas sin cuento; discuti á derecho y siniestro, enredéme en historias sin piés ni cabeza y, á intervalos, solté carcajadas estupendas; acepté muchas apuestas sobre cosas en que no entendía palabra; desafié, á la boxa, al gigantesco Jhon, por más que éste, durante un año, no hubiese tenido rival en las luchas de Hexham, ni me hubiese aventurado yo á una sola embestida. Mi tío tuvo la bondad de intervenir para oponerse

á semejante locura, que no hubiera dejado de terminar á costas de mi individuo.

La malignidad ha llegado hasta suponer que entoné una canción báquica; pero, como no tengo recuerdo de ello, y en mi vida he modulado un sonido, ni antes ni después, me complazco en creer que es una calumnia gratuita. Bastantes necedades cometi para que no haya de añadirse la indicada.

Si no perdí por completo el conocimiento, perdí, en cambio, toda clase de dominio sobre mi mismo, y convertíme en juguete de los furiosos movimientos que me agitaban. Habíame sentado á la mesa mohino, descontento y decidido á guardar silencio, y la embriaguez convirtiómeme en charlatán, quisquilloso y pendenciero. A todo opuse dificultades, y ataqué, en presencia de mi tío y sin miramiento alguno, sus sentimientos políticos y religiosos. La moderación que simulaba Rashleigh, mezclando, en dosis calculadas, los rasgos más sangrientos, exasperóme mil veces más que los clamores y fanfarronadas de sus turbulentos hermanos. Sir Hildebrando, (debo hacerle esta justicia,) esforzóse en restablecer la calma entre nosotros, pero su autoridad fué desconocida en medio del tumulto de las pasiones.

Por fin, herido hasta el frenesí por cierta injuriosa alusión, real ó supuesta, arrojéme sobre Rashleigh y le di un bofetón. El más endurecido é imperturbable estoico no hubiera recibido tamaño ultraje con más despreciativa serenidad. Lo que, en apariencia, conceptuó indigno manifestar, Thorncliff lo expresó. Las espadas salieron de sus vainas y habíamos cambiado ya algunos pasos cuando se nos separó á viva fuerza. No olvidaré jamás la risa infernal que hizo contraer las repugnantes facciones de Rashleigh cuando éste me vió arrastrado hacia fuera por dos de aquellos jóvenes titanes. Encerráronme en mi aposento y, con inexplicable ira, les oí riendo á carcajada suelta mientras bajaban la escalera. En mi furor, probé de derribar la puerta, pero el hierro que la sujetaba pudo más que mi esfuerzo. Acabé por echarme en cama y dormirme, ideando para el siguiente día terribles proyectos de venganza.

Con él llegó el grave arrepentimiento. Sentí, en la forma

más dolorosa, lo violento y absurdo de mi conducta, y hué de reconocer que el vino y la cólera me habían degradado muy por debajo de Wilfrid, á quién consideraba al igual de un bruto. La necesidad de excusar mi inconveniente modo de proceder no endulzaba, ni con mucho, la amargura de mis remordi-



mientos, máxime al pensar que miss Vernon debería ser testigo de mi humillación: ella con quien, para colmo de desgracia, me había portado tan mal, sin que me quedara el triste recurso de achacar mi falta á la embriaguez.

Abatido bajo el peso de tales sentimientos de vergüenza y

de envilecimiento, bajé para desayunarme, como criminal que va á oír su sentencia.

La casualidad habia hecho que una espesa neblina impidiera la partida de caza, y que la familia entera, á excepción de Diana y de Rashleigh, estuviera reunida al redor de una empanada de caza, y de un solomo de buey. Mortificación de más. No bien entré en el comedor, manifestaron gran alborozo, y fácilmente conocí que se divertían á costas mías.

En efecto: lo que estaba yo dispuesto á lamentar no parecía, á los ojos de tío y sobrinos, sino un lance de buen género, y así bromeando acerca de mis hazañas de la vispera, el viejo castellano juró que era preferible, á mi edad, embriagarse tres veces por día, que acostarse á sangre fría como presbiteriano que deserta la sociedad de bulliciosos compadres y de una alegre pinta de burdeos. En demostración de sus frases de consuelo, llenó mi vaso de aguardiente, exhortándome á que cortara «un pelo de la bestia que me habia mordido.»

— Deja á los chicos que rían á sus anchas, sobrino! — prosiguió. — Habrían sido, como tú, verdaderas sopas de leche, si no los hubiera criado, por decirlo así, entre el asado y la botella.

En general, mis primos no tenían mal carácter, y observaron la pena que me causaban aquellas alusiones á los incidentes de la vispera, por lo que procuraron, con bondadosa torpeza, borrar tan penosa sensación. Sólo Thorncliff refunfuñaba y parecía guardarme rencor. Desde mi llegada, este joven me habia tomado inquina, por lo que estaba yo ajeno de recibir del mismo alguna de las muestras de ruda simpatía que, en ocasiones, me dispensaban sus hermanos. Si era cierto, como empezaba ya á presumir, que se le consideraba en la casa ó que se consideraba él mismo, cual futuro esposo de miss Vernon, tal vez miraba con celos la predilección con que Diana distinguía á un recién-llegado, que podia convertirse en peligroso rival.

Rashleigh apareció, por fin. El tinte sombrío, extendido como gasa fúnebre sobre su fisonomía, revelaba que no habia olvidado el cruel é injustificable insulto que le infiriera yo. Mi plan estaba trazado de antemano, habiéndome convencido, á

fuerza de razonamientos, de que el verdadero honor consistía nó en batirme, sino en presentar mi exculpación por una ofensa tan poco en armonía con el agravio de que hubiera podido quejarme.

Saliendo, pues, con toda prisa al encuentro de Rashleigh, expresé á éste lo mucho que me mortificaba el pensar en la violencia de que me habia hecho culpable para con él.

— Nada del mundo, — dije, — me arrancara una sola palabra de excusa, á no haber sentido ya la inconveniencia de mi proceder. Espero, primo mio, que aceptéis la seguridad de mi sincero remordimiento y que tengáis á bien achacar gran parte de mis yerros á la excesiva hospitalidad del castillo de Osbaldistone.

— Será tu amigo, muchacho, — exclamó el honrado *baronet*, con profunda alegría, — ó que Dios me condene si sigo llamándole hijo mio. Vamos, Rashie! ¿Qué haces ahí plantado como un tronco? *Lo deploro...* ¿Qué más puede decir un hidalgo que ha obrado mal, sobre todo después de beber? Yo he servido á Hounslow, y sé lo que me digó en cuestiones de honor. Cese la vuestra, y vamos todos juntos á perseguir al tejón por las cuevas de Birkenwood.

La fisonomía de Rashleigh, conforme lo he hecho notar ya, no se parecía á otra alguna, y aquella originalidad provenía no sólo del carácter de sus rasgos salientes, sino tambien de la movilidad de expresión de los mismos. En el tránsito del dolor á la alegría, de la cólera á la satisfacción, prodúcese un ligero compás de espera, antes de que el nuevo sentimiento borre enteramente del rostro el que reemplaza. Es un fenómeno moral parecido al crepúsculo que separa las tinieblas de la luz: los músculos tirantes se aflojan, esclárécense los sombríos ojos, la frente contraída se dilata; la fisonomía, en una palabra, se despoja de su aspecto violento, para presentarse calmada y serena. La de Rashleigh no pasaba nunca por tales gradaciones, revisitiendo, casi sin transición, la máscara del sentimiento opuesto al dominante. Con nada acierto á comparar mejor este efecto que con un cambio de decoración en un teatro donde, al silbo

del tramoyista, desaparece una caverna y se presenta una floresta.

La singularidad de que hablo maravillóme, como nunca, en tal ocasión. Al penetrar en la sala, Rashleigh estaba «sombrio como la noche»; escuchó sin inmutarse, mis explicaciones y la exhortación de su padre, y, apenas hubo terminado éste, su rostro tomó de improviso su aspecto risueño. Manifestóme, con frases las más corteses y afables, su satisfacción completa ante la reparación honrosa que le acababa yo de ofrecer.



— ¡Dios mío! — exclamo. — Tampoco mi cabeza es muy resistente, y en cuanto le mando más de tres vasos de vino, ya no me queda, como al honrado Casio, más que un vago recuerdo de la vispera. Se me reproducen las cosas confusamente; nada de preciso;... una disputa y nada más. Por tanto, querido primo, — añadió estrechándome amistosamente la mano, — juzgad de mi complacencia observando que estoy en el caso de recibir explicaciones en vez de hallarme en el de darlas. Asunto concluido, pues. Gran tontería fuera el comprobar una cuenta cuyo balance, que temía me fuese contra-

rio, se decide inopinadamente en favor mío. Ya veis, señor Frank, que uso el lenguaje del comercio, preparándome, lo mejor que puedo, para mi nuevo estado.

Al disponerme á contestarle, levanté los ojos que tropezaron con los de miss Vernon, la cual, habiendo entrado sin mover ruido, acababa de prestar atento oído á las palabras de Rashleigh. Corrido y confuso, bajé la cabeza y pasé á sentarme al lado de mis primos, quienes no habían dejado de probar todos los manjares del almuerzo.

Mi tío tomó pretexto de las escenas de la vispera para dirigirnos una lección de moral práctica. Aconsejónos, con la mayor seriedad del mundo, á Rashleigh y á mí, que nos corrijiéramos de nuestras costumbres de «sopa con leche», según su expresión favorita, y que acostumbráramos, poco á poco, nuestros cerebros, á soportar la cantidad de vino propia de hidalgos, sin disputar ni venir á las manos. Al efecto, será conveniente, desde los primeros tiempos, sorber una doble pinta de burdeos cada día: lo bastante, con ayuda de la cerveza y del aguardiente, para novicios en el arte de beber.

Para infundirnos ánimo, añadió que había conocido á muchas personas de nuestra edad que no apuraban su correspondiente botella á cada comida, las cuales, frecuentando el trato de honrada compañía y gracias á los buenos modelos, concluyeron por figurar entre los más listos vividores de su época, despachando sus seis botellas, sin riñas ni bravatas en el acto, ni resentimientos y asperezas al siguiente día.

No aproveché en lo más mínimo lo razonado de semejante advertencia, ni la halagüena perspectiva que me hacía entrever, sinó que, cuantas veces volví la cabeza hacia el lado en que estaba miss Vernon, sorprendí las miradas de ésta fijas en mí, y creí leer en ellas la expresión de una conmiseración grave mezclada de duelo y de cierto arrepentimiento. Pensé en los medios de provocar explicaciones y de excusarme, mas ella misma se resolvió á evitarme el disgusto de solicitar una entrevista.

— Primo Francis, — dijo dispensándome igual título que á

los jóvenes Osbaldistone, aunque no me unía á ella lazo alguno de parentesco; — leyendo esta mañana la *Divina Comedia*, del Dante, me he atascado en un pasaje difícil. ¿Tendréis la bondad de subir á la biblioteca para ayudarme con vuestras luces? Cuando me habréis descifrado el sentido del oscuro Florentino, irémos á reunirnos con la compañía para ver cómo ha logrado sacar al tejón de su madriguera.

Contesté, con natural ansiedad, que estaba á sus órdenes. Rashleigh se ofreció á acompañarnos.

— Soy algo más hábil — dijo, — para inquirir el pensamiento del poeta, á través de las concisiones y metáforas de su estilo inculto y nebuloso, que para arrojar de su madriguera á un pobre é inofensivo anacoreta.

— Perdonad, Rashleigh, — expuso Diana; — mas ya que vais á ocupar la plaza del señor Francis en las oficinas de su padre, fuerza es ceder el cuidado de continuar la educación de vuestra discípula. Recurriremos á vos, si es necesario, y por ende os ruego que dejéis ese aspecto fúnebre. Aparte de que sería vergonzoso para vos no entender nada en materia de caza. ¿Qué le vais á contestar á vuestro tío de Londres, si os pregunta cómo se acosa á un tejón?

— ¡ Ah! Tienes razón, Diana, mucha razón! — dijo el viejo señor suspirando. — Capaz es de quedarse con la boca cerrada si se le pone á prueba. Hubiera podido adquirir conocimientos útiles, como sus hermanos, porque ha sido educado en la buena escuela, y de ello me enorgullezco; pero las tontadas francesas y la lectura de los librotos, los nabos de Holanda y los ratones de Hannover (E) lo han barajado todo en la vieja Inglaterra. ¡ Vamos, Rashleigh! ¡ En marcha, y trae acá mi venablo! Tu prima no necesita de tus servicios, y yo no permito que se la contrarie. No quiero que se diga que en el castillo hubo sólo una mujer, y que ésta murió por no haber podido gobernar á su antojo.

Rashleigh obedeció, no sin decir en voz baja á miss Vernon:

— ¿ Supongo que será conveniente hacerme acompañar por el cortesano Ceremonia, si resuelvo llamar á la puerta de la biblioteca?

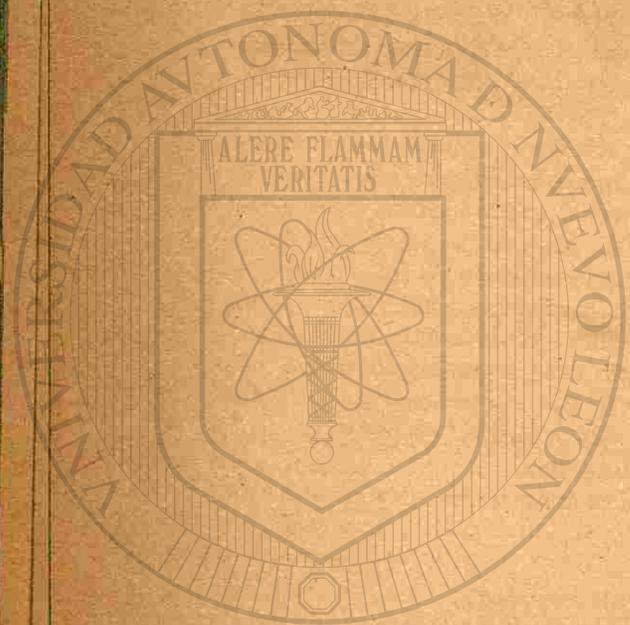
— No, Rashleigh, no; — replicó la joven; — no os rocéis más con el falso mágico Disimulo: es el mejor medio de aseguraros libre acceso durante nuestros coloquios clásicos.

Y, dicho esto, dirigióse hácia la biblioteca. La seguí... Iba á decir como un criminal que se dirige al patíbulo: comparación de que creo me he servido ya una ó dos veces. Baste con saber que la seguí presa de malestar y de turbación, y que habría dado cualquier cosa para evitar ésta: tan necia é inoportuna me parecía despues de haber respirado los aires del continente tiempo bastante para aprender que la lijereza, la galantería y una confianza de buen tono deben ser distintivos del caballero á quien una linda mujer concede el favor de una entrevista.

La naturalidad, empero, me impuso aquellas formas extrañas, y hubo de ser muy ridícula mi situación cuando miss Vernon, sentándose magestuosamente en holgado sillón, como juez que se prepara á tratar una causa importante, designóme con el gesto una simple silla de enfrente, en que me coloqué á guisa de acusado en su banquillo.

Acto seguido, principió á hablar la joven en tono de amarga ironía.





CAPÍTULO XIII.

Cruel fue el primero que templó en veneno el arma de las batallas; más cruel y más digno de execración aquel que derramó veneno en la copa hospitalaria, para infiltrar en las venas la muerte, en lugar de la vida.

Anónimo.

SOBERBIO, caballero! — dijo miss Vernon, en el tono de quien ejercía, como privilegio, el derecho de satirizar. — ¡Habéis hecho prodigios! No suponía en vos tan bellas disposiciones. ¿Sabéis que el ensayo de ayer os ha franqueado, por completo, las puertas de la cofradía de Osbaldistone? ¡Golpe magistral, caballero!

—Tengo conciencia de mis yerros, miss Vernon, y cuanto puedo alegar en defensa propia es que se me habían comunicado ciertos planes que produjeron en mí extraordinaria agitación. De sobras sé que mi conducta fué inconveniente y absurda.

— ¡Vaya, que no estáis justo! — repuso, sin misericordia. — Segun lo que he visto y sabido, conseguisteis desplegar, en

una sola noche, las cualidades superiores que distinguen á todos vuestros primos juntos: la delicadeza y la magnanimidad del amable Rashleigh, la temperancia de Percie, la serenidad de Thorncliff, la paciencia de John y el furor de Dick por apostar. Si: un individuo solo lo ha ostentado todo á la vez, excogiendo lugar, hora y circunstancias á propósito para hacer honor al buen gusto y al tacto del sabio Wilfrid.

— ¡No me confundáis, por piedad! — exclamé pareciéndome la lección tan ruda como merecida, y atendiendo á su procedencia. — Permitidme alegar, á guisa de explicación de las locuras impropias de mi carácter, las costumbres de esta casa y de este país. ¡Oh! no las apruebo, no, al contrario... por más que ahí está la autoridad de Shakspeare: « el buen vino, (dice en *Othello*,) es una criatura complaciente y familiar por quien deja cojerse el hombre más tarde ó más temprano ».

— Si, señor Francis; pero esta socorrida excusa está puesta en boca de Yago, el más redomado picaro que ha retratado Shakspeare... Pero no voy á abusar más de la ventaja que me ofrece vuestra cita, anonadándoos con la vengativa respuesta de Casio al pérfido tentador. Lo que deseo comunicaros es que aquí habita una persona, á lo menos, enojada de ver á un joven de talento y de porvenir precipitarse en el cenegal en que se revuelcan cada noche los moradores de esta casa.

— No he hecho sinó poner el pié en él, y os juro que tanta corrupción me ha indignado de sobras para que vuelva á hundirme más en ella.

— Sensata es la resolución. Lo que he oído decir me ha disgustado tanto, que... ya lo veis, sólo he pensado en vos. Pasemos ahora á lo que me atañe. Ayer, durante la cena, os portasteis conmigo como si hubieseis averiguado algo que me enajenara vuestro afecto. ¿ Puedo saber qué es ello ?

Quedé viendo visiones. Entre hombres de mundo una explicación de tal indole se efectúa ordinariamente en términos claros y precisos que van derechos al fin; mas entre personas de distinto sexo, se envuelve en perifrasis, circunloquios y precauciones oratorias. De otra parte, mi turbación era ex-

tremada; pues, recordando las confidencias de Rashleigh, veíame obligado á reconocer que, aun cuando fuesen verídicas, hubieran debido inspirarme, con respecto á Diana, mas bien compasión que pueril resentimiento. Aun en el supuesto de que pudieran justificar mi comportamiento, siempre me hubiera sido muy difícil repetir á la joven lo que debía mortificarla en todo su sér.

Viéndome turbado, miss Vernon me dijo en tono apremiante, pero fino y moderado todavía:

— Espero que el señor Osbaldistone no me negará el derecho de pedirle esta explicación. No cuento con pariente alguno que me defienda, y es justo, por tanto, que me defienda yo misma.

Me esforcé, torpemente por cierto, en atribuir la causa de mis tonterías á un repentino malestar, á contrariedades, á noticias de Londres. La joven dejó que apurara todos los recursos, sonriendo con incredulidad, y, cuando hubo apurado mi caudal:

— Ahora— dijo, — que habéis concluido vuestro prólogo de excusas con la misma fortuna que se concluyen los prólogos todos, servios correr el telon y presentarme lo que deseo ver. En una palabra: dadme á conocer lo que Rashleigh ha dicho de mí, pues él es el gran tramoyista que pone en juego toda la maquinaria del castillo.

— Y, suponiendo que me haya revelado algo, ¿ qué merece quién falta al secreto de un aliado para revelarlo al otro? Segun confesión vuestra, le consideráis todavía aliado, ya que no amigo.

— ¡ Basta de ambigüedades y de broma sobre el particular! No tengo paciencia ni deseo de escucharlas. Rashleigh no puede, no debe, no osará abrigar con respecto á mí, Diana Vernon, intenciones que no pueda yo saber. Que entre los dos existen secretos, cierto; pero lo que os ha dicho no puede referirse á ellos, ni es personalmente á mí á quien interesan.

Mientras así hablaba, recobré mi presencia de ánimo, formando la súbita resolución de no referir la especie de confi-

dencia que me hiciera Rashleigh. Repugnábame, como cosa vil, el revelar una conversación privada; nada bueno habria de obtenerse, y miss Vernon lo sentiria, de seguro. Repliqué, pues, gravemente, que sólo habia tenido con Rashleigh un frívolo coloquio relativo á los habitantes del castillo, y que nada habia averiguado que motivara contra ella una desfavorable suposición.

— No sabria seguir adelante — añadió, — sin faltar á las leyes del honor.



La joven saltó fuera de su sillón con el ímpetu de una heroína que va á lanzarse al combate.

— ¡Qué no adelantaréis más, caballero! — dijo. — Espero de vos otra cosa.

Tenia el rostro inflamado y sus ojos destellaban cólera.

— Si: — prosiguió; — reclamo la explicación que una mujer, cobardamente calumniada, tiene derecho á reclamar de todo hombre que pretende abrigar sentimientos de honor; la que una criatura sin madre, sin amigos, sola en el mundo, sin otro guía ni apoyo que ella misma, tiene derecho á exigir de aquéllos á quienes la suerte ha favorecido, en nombre del mis-

mo Dios que los ha puesto sobre la tierra: ¡á ellos para la dicha y á ella para el sufrimiento! No me desatendáis, ó algún día, — añadió elevando los ojos en actitud solemne, — os arrepentiréis amargamente, si es que existe, acá abajo ó allá arriba, una justicia para las malas acciones.

A tan vehemente apóstrofe, perdi toda reserva; mi conciencia despertó, y, prescindiendo de falsas delicadezas, expuse, en claras y breves frases, lo que habia sabido por Rashleigh.

No bien entré en explicaciones, Diana volvió á sentarse y á adoptar una discreta actitud. Al verme titubear en la elección de un modismo, exclamaba enseguida:

— ¡Continuad, continuad! La primera palabra que se os ocurre es la más clara y, por consiguiente, la mejor. No penséis en lo que me pasa; hablad como la hariais con cualquier indiferente.

Imposible retroceder. Repetí, balbuceando, lo que Rashleigh me confiara de cierto arreglo de familia que imponia á la joven por marido á un Osbaldistone y de la dificultad en que ella se encontraba para elegirlo. De buena gana limitara á lo dicho mi confesión, pero era la joven demasiado ladina para aceptarla en tales términos, y adivinó lo que le ocultaba.

— ¡Ah! ¿Rashleigh os ha referido esa historia? Reconozco en ello su malsana naturaleza. Soy cual la pobre hija del cuento de hadas, prometida desde la cuna al Oso Negro de Noruega, la cual lloraba, como nunca, cuando sus compañeras la llamaban « la novia de la Bestia. » Pero, además de lo dicho, ¿verdad que os ha revelado otra cosa interesante para él y para mí?

— Me ha dado á entender claramente que, á no ser por lo desagradable que le era el suplantar á un hermano, anhalaria, de veras, dado su cambio de carrera, que el nombre de « Rashleigh » llenara el blanco de la dispensa, en lugar de « Thorncliff. »

— ¡Miren qué bondadoso! Es demasiado honor para su pobre sirvienta. Y... ¿ cree que ésta se sentiria orgullosa de semejante sustitución?

— Para no ocultaros nada, os diré que ha dejado entreverlo, insinuando después...

— ¿Qué? ¡Quiero saberlo todo!

— Que había roto el lazo de vuestras antiguas relaciones por temor de que originara una intimidad de que su vocación eclesiástica le impediría sacar provecho.

— ¡Muchas gracias por el escrúpulo!

Cada rasgo del delicioso rostro de la joven respiraba el más soberano desprecio. Esta reflexionó un momento y, con su ordinaria calma, repuso:

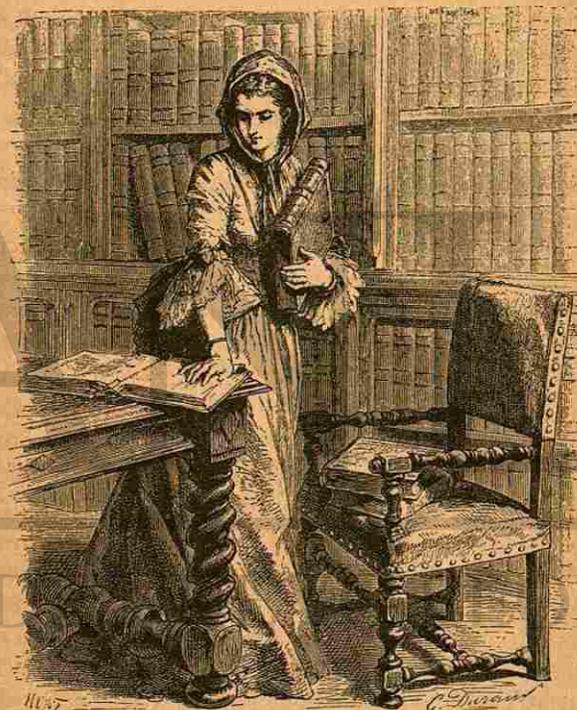
— Lo que acabáis de manifestar no me maravilla; debía esperarlo, ya que, exceptuando una circunstancia, es la pura verdad. Mas así como hay venenos terribles, de los cuales parece que bastan algunas gotas para infectar toda una corriente, así Rashleigh ha derramado en sus confidencias perfidia suficiente para corromper el manantial de la verdad. La primera y más odiosa de sus mentiras estriba en que, sabiendo las razones que tengo para conocerle, sabe que nada del mundo puede decidirme a unir mi suerte á la suya. ¡No! — exclamó como agitada por una especie de sacudida de horror. — ¡No! Cualquier destino menos ese! El borracho, el jugador, el bruto, el chalán, el imbécil son mil veces preferibles á Rashleigh, y antes que todos, el convento, la cárcel, la tumba!

Había en su voz un acento de desgarradora melancolía, que se armonizaba perfectamente con lo raro de su conmovedora situación. Tan joven, tan bella, sin experiencia, abandonada á sí misma, veíase privada del apoyo natural que dan la presencia y la protección de otras mujeres, y hasta de la especie de defensa que es privilegio de su sexo en la sociedad urbana.

Apenas será metáfora el consignar que mi corazón manaba sangre por ella. Y, no obstante, ¡cuánta dignidad en aquel desdén de las formas usuales! ¡Cuánta grandeza en su desprecio de la falsedad! ¡Cuánta firmeza de carácter en su modo de afrontar los peligros que la rodeaban! La lástima que me inspiraba confundíase con la más ardiente admiración. Tomárasela por reina abandonada de los suyos, despojada de su poder,

pisoteando esas reglas de conducta buenas, á lo más, para los inferiores, y no contando, en su desdicha, sinó con la justicia divina y la inquebrantable fortaleza del alma.

Quise expresarle los sentimientos de cariño y de simpatía que hacían nacer en mí sus desventuras y su valor, é interrumpióme al instante.



Diana Vernon.

— Os tengo dicho, bromeando, que no gusto de cumplidos, y os diré seriamente que no solicito compasión y que los consuelos me fatigan. Lo que he debido sufrir lo he sufrido; lo que me toca sufrir aún lo soportaré como pueda. No hay pala-

bra alguna de conmiseración que pueda aligerar, en lo más mínimo, al esclavo, de la carga que pesa sobre él. Sólo un ser en el mundo podía auxiliarme, y ha preferido aumentar mis miserias: Rashleigh... Un tiempo fué, ciertamente, en que hubiera podido yo aprender á amar á ese hombre; pero ¡Dios mío! ¿cómo olvidar el plan que le indujo á insinuarse en la confianza de una criatura abandonada, la perseverancia inflexible con que la persiguió, año tras año, sin un solo instante de remordimiento ó de compasión; el motivo que le hubiera hecho convertir en veneno el alimento que daba á su espíritu? ¡Providencia divina! ¿qué hubiera sido de mí, en este y en el otro mundo, á caer en los lazos de ese consumado bribón?

Indignóme de tal modo imaginar el horrible complot cuyo velo acababa la joven de levantar, que puse mano en la espada y lancéme en busca del miserable para descargar en él mi legítima saña. Respirando apenas y con miradas en que á la expresión del desprecio y de la ira reemplazaba la del azoramiento más vivo, miss Vernon se precipitó por delante de mí.

— ¡Detenéos! — exclamó. — ¡Detenéos! Por justa que sea vuestra cólera, no conocéis todavía la mitad de los secretos de esta horrible prisión.

Lanzó una inquieta ojeada al rededor de la estancia, y, bajando la voz hasta convertirla en murmullo, añadió:

— ¡Algún hechizo protege su vida! No podéis atacarle sin poner en peligro otras existencias, sin provocar una mortandad. A no ser así, ¿creéis que esta débil mano no hubiera adelantado, por su cuenta, la hora de la justicia? — Y, restituyéndome á mi puesto, terminó diciendo: — Antes os he dicho que no necesito consuelos; ahora os digo que no necesito vengador.

Maquinalmente volví á ocupar mi asiento y, meditando aquellas últimas palabras, recordé lo que había olvidado en el primer calor de la indignación: que no tenía derecho alguno á constituirme en campeón de Diana. Ésta calló durante algunos minutos á fin de dar á nuestras emociones tiempo bastante para calmarse, y continuó en tono más tranquilo:

— Os lo repito: un misterio de naturaleza formidable envuelve á Rashleigh. Infame como es y aunque sepa que conozco su infamia, no puedo... no me atrevo á insultarle ni menos á romper con él. Vos mismo, señor Frank, debéis tomar vuestro partido y contrarestar sus malas artes á fuerza de prudencia; pero ¡en nombre del cielo! basta de escándalo, basta de escenas violentas como la de anoche, que sólo servirían para darle peligrosas ventajas sobre vos. Con esto, quedáis ya prevenido. Para lograr que lo estuviérais os he invitado á esta entrevista. Mis confidencias han ido más allá de lo que me había propuesto.

Le aseguré que no las había malogrado, y añadió:

— No: creo que no me he engañado. Hay un no sé qué en vuestra fisonomía y en vuestros modales que autoriza la confianza. Seamos siempre amigos. No debéis temer — observó sonriendo y sonrojándose un poco, pero su voz siguió clara y franca, — que el nombre especioso de amistad oculte, como dice el poeta, otro sentimiento. Educada entre hombres, y acostumbrada á pensar y á conducirme cual ellos, participo más de su sexo que del mio. Además, un velo fatal me cubre desde la cuna, y jamás, podéis creerlo, jamás he pensado en llegar á la odiosa condición que puede separarlo de mí. La hora de adoptar una resolución irrevocable no ha sonado aún, y no aspiro, al igual que los restantes comensales de la naturaleza, sino al goce libre de la tierra y del aire por durante el mayor tiempo posible. Y... ya que el pasaje del Dante está puesto en claro, os ruego que vayáis á ver qué es de nuestros cazadores. Por mi parte, duéleme tanto la cabeza, que no me encuentro en disposición de acompañaros.

También yo me sentí indispuerto para reunirme á una partida de caza. Experimenté necesidad de un paseo solitario, para refrescar mis sentidos antes de hallarme de nuevo en compañía de Rashleigh cuyos malvados cálculos acababan de serme revelados de una manera tan horrorosa. En la familia Dubourg, que pertenecía á la religión reformada, había oído ciertas historias de presbíteros católicos que violaran, desde los derechos de la amistad y de la hospitalidad, hasta los más sagrados lazos

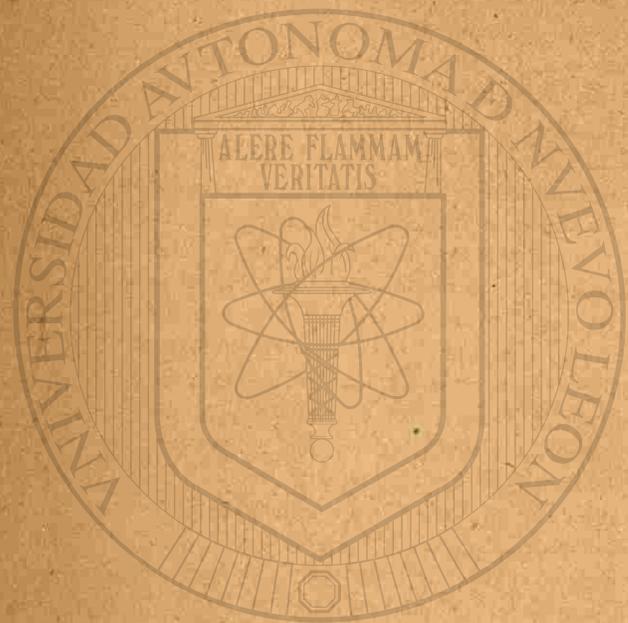
de la vida social, para satisfacer pasiones que la Iglesia les encarga reprimir; mas el premeditado designio de emprender la educación de una infortunada huérfana, noble de nacimiento y enlazada á la propia familia, con el pérfido intento de seducirla algún día; semejante plan, digo, revelado con todo el calor de una virtuosa indignación por aquella que debía ser victima del mismo, me pareció exceder en infamia á cuanto se me había contado en Burdeos. Después de ello, difícil habia de serme encontrar á tamaño monstruo sin que se desbordara el horror que me inspiraba. Y, no obstante, fuerza era contenerme, no sólo por efecto de las misteriosas alusiones de Diana, si que también porque no tenía yo pretexto decoroso para provocar un lance con Rashleigh.

El partido que me propuse fué el de oponer al disimulo del propio Rashleigh una prudente reserva durante el tiempo que estariamos juntos, y, con motivo de su partida, advertir á Owen que se pusiera en guardia, describiéndole el personaje, y velara con mayor ahinco los intereses de mi padre. « La avaricia ó la ambición, — pensé, — pueden ejercer tan gran atractivo, y mayor tal vez, sobre un alma del temple de la de Rashleigh, que el culpable libertinaje. La energia de su carácter y su habilidad en cubrirse con la máscara de todas las virtudes habrian de granjearle extrema confianza, y no era cosa de esperar que la buena fé ó la gratitud le impidieran abusar de ella. » La tarea era bastante delicada, sobre todo en la posición en que me encontraba yo. La desconfianza que me proponia despertar podría achacarse á celos contra un rival que iba á suplantarme en la gracia paterna. Sea como quiera y estimando indispensable el prevenir á Owen, (quien, prudente y circunspecto, sabria sacar el conveniente partido de las indicaciones que yo le proporcionara,) escribíle una carta y la mandé al despacho de postas para la primera salida.

Al hallarnos otra vez juntos, Rashleigh pareció, lo mismo que yo, dispuesto á desbrozar el terreno y á evitar todo pretexto de disputa. Creeria, probablemente, que la conferencia que habia celebrado yo con su prima no le habia sido favorable,



Rashleigh abandona el castillo de Oswaldistone.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siquiera ignorase que se me había revelado la infamia de su conducta. Guardamos, pues, el uno para con el otro, mútua reserva, cambiando sólo frases indiferentes.

Durante los pocos días que hubo de pasar aún en el castillo, dos cosas me chocaron en él. Fué la primera la facilidad casi instintiva con que su inteligencia, activa y fuerte, se asimiló y coordinó los elementos de su nueva profesión, estudiando sin tregua y complaciéndose hasta en hacer gala de sus progresos, como para demostrarme cuán leve era para sus músculos el peso que me había creído yo impotente é inhábil para soportar. Otra circunstancia aún más singular fué la de que, á pesar de los cargos hechos á Rashleigh por miss Vernon, celebraron ambos muchas, largas y secretas conferencias, sin que sus relaciones en público parecieran más íntimas que de ordinario.

El día de la partida, Rashleigh se despidió de nosotros. Su padre recibió el adiós con indiferencia; cada uno de sus hermanos con la mal disimulada alegría de estudiantes que ven marcharse al pedagogo, y yo con indiferente cortesía. En cuanto á Diana, no bien se adelantó él para saludarla, retrocedió con aire desdeñoso y le dijo con altanero gesto:

— ¡Adios, Rashleigh! ¡Que el cielo os premie el bien que habéis hecho, y os perdone el mal que habéis querido hacer!

— ¡Así sea, bella prima! — contestó en tono compungido que le provenia, á lo que creo, de sus costumbres de seminario.

— ¡Dichoso aquél cuyas buenas intenciones han dado fruto y cuyos malos pensamientos han perecido en germen!

Estas fueron sus últimas palabras.

— ¡Qué hipócrita! — dijome miss Vernon viéndole alejarse.

— ¡Cuán engañosas son las apariencias, y cuán poca diferencia existe entre lo que se aborrece y lo que se venera más! (1)

(1) Esta observación, como otras muchas de la presente novela, explica el criterio digno de Walter Scott en la cuestión religiosa, honrando la imparcialidad del gran escritor. Los lectores habrán notado ya y observarán más aun, en el decurso de la narración, que lo repugnante para W. Scott y lo que censura duramente no es la fe sincera y la práctica leal de los deberes católicos, sino el fanatismo, la hipocresía y la doblez, que perturban las conciencias é inducen á la perpetración de toda suerte de hechos nefandos.

Habia dado yo á Rashleigh una carta para mi padre y algunos renglones para Owen, aparte la misiva de que he hablado ya y que, por via de prudencia, habia mandado por otro conducto.

Natural hubiera sido aprovechar la ocasión para ilustrar á mi padre y á mi amigo acerca de mi situación verdadera, la cual sólo servia para perfeccionarme en el arte de la caza y hacerme perder, entre palafreneros y mozos de cuadra, los conocimientos útiles ó el talento de sociedad que antes adquiriera. ¿No hubiera podido expresarles el fastidio y el disgusto de que era victima estando entre personas cuyo único afán consistia en divertirse groseramente; condolerme de la acostumbrada intemperancia de mis compañeros y del mal humor del castellano cuando rehusaba yo imitar su ejemplo? Este último punto, en especial, no hubiera dejado de alarmar á mi padre, hombre de rara sobriedad, y el hacer hincapié en ello me abriera, de seguro, las puertas de mi cárcel, abreviando la duración del destierro ó procurándome, á lo menos, un cambio de residencia.

Tales eran los inconvenientes con que hubiera debido trazar yo el cuadro destinado á mi padre, á fin de recabar permiso para abandonar el castillo de Osbaldistone. Si: nada más sencillo que obrar de tal manera; y, no obstante, es lo cierto que no hablé palabra de ello. Sustituí Osbaldistone por Atenas, en su antiguo esplendor, con sus sabios, poetas y héroes, y no hubiera tenido menos impaciencia por dejarla.

Cuantos hayan conservado, en el fondo de su alma, algunos destellos del fuego de la juventud se explicarán, sin trabajo, mis reticencias. La exquisita beldad de miss Vernon, de la que ésta parecia darse apenas cuenta, su situación novelesca y misteriosa, los peligros que la cercaban y el valor con que hacia frente á ellos; sus modales, más libres de lo que convenia á su sexo, pero cuya libertad provenia de su propia inocencia, y, sobre todo, la halagüeña preferencia con que abiertamente me honraba, eran otros tantos motivos para interesar mis sentimientos, estimular mi curiosidad, poner en juego mi imaginación

y acariciar mi vanidad juvenil. ¡Y pensar que no me atrevia á confesarme á mi propio el apasionado interés que la joven me inspiraba y el preferente lugar que ocupaba ya en mis pensamientos!

Lecturas, paseos, excursiones hasta en horas de descanso: todo fué común entre ambos. El curso de sus estudios, suspendido á su ruptura con Rashleigh, continuó bajo los auspicios de un maestro cuyas miras eran más puras, aunque su genio fuera mucho más modesto.

En efecto: carecía yo de las cualidades indispensables para auxiliarla en ciertos trabajos serios que emprendiera bajo la dirección de Rashleigh y más propios de un eclesiástico que de una linda mujer. Ni siquiera me explico con qué intento habia él impulsado á su discípula en el sombrío dédalo de las sutilezas que los pedantes llaman filosofia, ó en el estudio de ciencias igualmente abstractas, aunque más positivas, de las matemáticas y de la astronomia. Tal vez habia intentado borrar, con ello, del espíritu de Diana la idea de diferencia de sexos, acostumbrándola á argucias del raciocinio á fin de servirse de ellas, en su día, para prestar al mal la apariencia del bien.

Con idéntico propósito, y en esto sin gran disimulo, Rashleigh habia alentado á miss Vernon á que se colocara por sobre las formalidades ceremoniosas de que se rodean las mujeres, como de una muralla, en la sociedad moderna. Verdad es que, privada de la compañía de personas de su sexo, la muchacha no podia aprender con lecciones ni ejemplos, las reglas del bien parecer. Empero fué tal su natural modestia y su delicadeza en discernir el mal y el bien, que no hubiera adoptado, por propio impulso, las maneras atrevidas y caballerescas que tanto me sorprendieron á nuestro primer encuentro, si no se la hiciera creer que el desprecio de las exterioridades indicaba, á un tiempo, superioridad de espíritu y confianza en la inocencia. Su innoble maestro abrigaba, sin duda, miras particulares al arrasar los obstáculos que la prudencia y la reserva elevan en torno de la virtud. Mas de semejante crimen, como de los restantes, hace mucho tiempo que ha respondido ante el supremo tribunal!

Aparte los adelantos que miss Vernon (cuya viva inteligencia se asimilaba, con tanta facilidad, los medios todos de instruirse,) había realizado en el estudio de las ciencias, poseía un pasable barniz con respecto á lenguas vivas, dominando la literatura antigua y moderna. Si no estuviera fuera de duda que las inteligencias vigorosas se desarrollan tanto más de prisa cuanto más el auxiliar parece faltarles, sería poco menos que imposible creer en una marcha tan rápida como aquella á través del campo de los conocimientos humanos. Y haciase más notable todavía después de comparar los que la joven sacaba de los libros con su completa ignorancia del mundo. Presentábase inteligente en todo, desconociendo sólo lo que ocurría á su alrededor. Era, á mi entender, la ingenuidad, la ignorancia misma de los detalles vulgares, su violento contraste con aquella instrucción tan variada que prestaba á su conversación irresistible encanto, encadenando, por decirlo así, la atención á su paso, ya que jamás podía preverse si la palabra que iba á decir ó el acto que iba á realizar denotarían la penetración más fina ó la mayor naturalidad.

El peligro al cual corría fatalmente un joven, de pasiones ardientes, viviendo sin cesar en trato íntimo con una persona bella, amable y seductora, lo someto á la consideración de aquéllos que no habrán olvidado los sentimientos que probaron á mi edad.



CAPÍTULO XIV.

De la ventana de mi dama escapase un rayo de vacilante luz. : Oh, hermosa mía ! ¿ Por qué tu lámpara brilla á la hora solitaria de media noche ?

Balada antigua.

LEVÁBASE, en el castillo de Osbaldistone, un género de vida demasiado uniforme para que valga la pena de describirlo.

Diana y yo consagrábamos la mayor parte del día á nuestros estudios predilectos, en tanto que la restante familia mataba el tiempo solazándose conforme á la estación. A veces pasábamos á reunirnos á ella.

Mi tío, hombre metódico ante todo, congenió tan bien con mi presencia y mi sistema de vida, que prefirió, en definitiva, verme tal cual era á contemplarme de otro modo. Cierto que me granjeara mejor su aprecio con apelar á los mismos artificios que Rashleigh, quien, prevaliéndose de la aversión de sir Hildebrando por los negocios, se había inmiscuido, poco á poco, en la administración de los bienes. Puse, de buen grado, á la

Aparte los adelantos que miss Vernon (cuya viva inteligencia se asimilaba, con tanta facilidad, los medios todos de instruirse,) había realizado en el estudio de las ciencias, poseía un pasable barniz con respecto á lenguas vivas, dominando la literatura antigua y moderna. Si no estuviera fuera de duda que las inteligencias vigorosas se desarrollan tanto más de prisa cuanto más el auxiliar parece faltarles, sería poco menos que imposible creer en una marcha tan rápida como aquella á través del campo de los conocimientos humanos. Y haciase más notable todavía después de comparar los que la joven sacaba de los libros con su completa ignorancia del mundo. Presentábase inteligente en todo, desconociendo sólo lo que ocurría á su alrededor. Era, á mi entender, la ingenuidad, la ignorancia misma de los detalles vulgares, su violento contraste con aquella instrucción tan variada que prestaba á su conversación irresistible encanto, encadenando, por decirlo así, la atención á su paso, ya que jamás podía preverse si la palabra que iba á decir ó el acto que iba á realizar denotarían la penetración más fina ó la mayor naturalidad.

El peligro al cual corría fatalmente un joven, de pasiones ardientes, viviendo sin cesar en trato íntimo con una persona bella, amable y seductora, lo someto á la consideración de aquéllos que no habrán olvidado los sentimientos que probaron á mi edad.



CAPÍTULO XIV.

De la ventana de mi dama escapase un rayo de vacilante luz. : Oh, hermosa mía! ¿ Por qué tu lámpara brilla á la hora solitaria de media noche?

Balada antigua.



LEVÁBASE, en el castillo de Osbaldistone, un género de vida demasiado uniforme para que valga la pena de describirlo.

Diana y yo consagrábamos la mayor parte del día á nuestros estudios predilectos, en tanto que la restante familia mataba el tiempo solazándose conforme á la estación. A veces pasábamos á reunirnos á ella.

Mi tío, hombre metódico ante todo, congenió tan bien con mi presencia y mi sistema de vida, que prefirió, en definitiva, verme tal cual era á contemplarme de otro modo. Cierto que me granjeara mejor su aprecio con apelar á los mismos artificios que Rashleigh, quien, prevaliéndose de la aversión de sir Hildebrando por los negocios, se había inmiscuido, poco á poco, en la administración de los bienes. Puse, de buen grado, á la

disposición de mi tío pluma y aritmética en cuanto las hubo menester, ora para contestar á los vecinos, ora para formalizar la cuenta de un colono: conceptos bajo los cuales era yo en la casa huésped más útil que cualquiera de los hijos. En cuanto á aligerarle del cuidado de los intereses domésticos, no curé mucho de conquistarme su reconocimiento; por lo cual, el buen caballero, al confesar que el sobrino Franck era muchacho listo y hábil, raras veces dejaba de añadir que nunca creyera que el auxilio de Rashleigh le fuese tan necesario.

Como quiera que es muy desagradable permanecer en el seno de una familia en oposición con algunos de sus miembros, esforcéme en triunfar de la frialdad con que mis primos me trataban. El cambio de mi galoneado sombrero por un gorro de caza, les hizo mudar de opinión respecto á mí, y el modo con que domé á un potro de pocos años valióme general aprecio. Dos ó tres apuestas contra Dick, pérdidas adrede, y un abundante brindis con Percie, me pusieron en vías del mejor compañerismo con todos los jóvenes *squires* (1), excepción hecha de Thorncliff.

He hablado ya del desvío de mi persona por parte del mayor de los primos, quien, dotado de algo más de inteligencia que los menores, tenía, asimismo, algo más de mal carácter. Regañón, sombrío y quisquilloso, mirábame como intruso en el castillo, y veía, envidioso y lleno de celos, mi intimidad con Diana, la cual, por razones de familia, le estaba destinada por esposa. Si él la amaba ó no, apenas si me atrevería á afirmarlo, al menos con fundamento, pero sí que la consideraba, en cierto modo, como propiedad suya, sintiéndose irritado por una ingerencia que no acertaba á prevenir ni á terminar. Distintas veces probé inspirarle sentimientos mejores: rechazó mis tentativas con gracia parecida á la de un arisco mastín que se sus trae, gruñendo, á las caricias de extraña mano. Abandonéle, por ende, á su recalcitrante mal humor, y no me ocupé más en el asunto.

(1) Escuderos.

Tal era mi situación con respecto á los miembros de la familia.

Uno de los moradores del castillo con quien, de vez en cuando, pasaba el rato, era Andrés Bonservice, el jardinero. Desde que había averiguado que era yo protestante, raras veces me dejaba pasar sin invitarme á tomar «el polvo de la amistad», con su tabaquera escocesa, complaciéndose en semejante galantería que nada le costaba, porque nunca admitía yo el tabaco, y que además, como no era él muy trabajador, ofrecíale excelente pretexto para descansar algunos instantes apoyado en su pala. Pero de lo que más gustaba, en aquellos breves coloquios, era de hablar de las noticias del cantón ó de las chungas propias del humor de sus compatriotas.

— Debo participaros, caballero, — díjome cierta tarde, en tono confidencial, — que he bajado al pueblo.

— ¡ Ah, ah! ¿ Y habéis averiguado algo nuevo en la taberna?

— ¿ Ir yo á la taberna? Jamás..., á menos que un vecino me invite á echar un trago de cerveza ó de algo por el estilo; pues por lo tocante á rascarme el bolsillo, el tiempo es demasiado precioso, y el dinero demasiado duro en dejarse ganar. He bajado, pues, al pueblo, conforme os decía, con motivo de cierto negocio mío con la vieja Simpson, la cual necesita un doble cuarterón de peras, (en el castillo habrá de sobras,) y héteos que, á lo mejor del trato, llega Patrick, el mercader ambulante.

— ¿ El buhonero, verdad?

— Como le parezca á Vuestro Honor. Por ello no dejará de ser su oficio muy honroso y de producir mucho. En mi familia se ha ejercido á menudo. Pat es primito mío, y ¡ caramba! nos hemos alegrado mucho al volvernos á ver.

— Habéis apurado juntos algún jarro de cerveza: ¿ eh? Por amor de Dios, abreviad vuestro relato, Andrés!

— Esperad, ¡ vaya! ¡ Esperad!... ¡ Esa gente del mediodía es una pólvora! Puesto que andáis en el lio, tened una poca de paciencia. Conque... ¿ jarro de cerveza? Pat brindóse á pagar uno, pero la vieja Simpson nos sirvió una toma de leche bau-

tizada y una de esas galletas de avena, húmedas y crudas como manojos de césped. ¡Ah! No valen las tales galletas lo que nuestras tortas de Escocia con sus cuscurros. Una vez sentados, se soltó el trapo y cada uno dijo la suya.



El jardinero Andrés Bonservice.

— Veamos, pues: decidme la vuestra enseña. Dadme presto noticias, si es que valgan la pena. Ya veis que no puedo pasarme toda la noche escuchándoos.

— Sea, pues, ya que lo deseáis. Es, pues, el caso que la picardía de por acá ha hecho perder la brújula á los de Londres.

— ¿Qué brújula?

— ¡Si!... Recorren el campo... Ni toman, ni dejan... Una

cencerrada... Y el uno igual que el otro... El diablo anda en el ajo.

— ¿Qué galimatías es ese, ni qué tengo yo que ver con el diablo y las cencerradas?

— ¡Toma! — exclamó Andrés en tono maligno. — La marimorena se ha armado con motivo de... ¡Oh, Dios mio!... Pues sí: con motivo de la maleta y de aquel prójimo.

— No entiendo palabra.

— De la maleta de Morris, que dice éste que perdió allá abajo. Si no es cosa de Vuestro Honor, menos lo es mia y puedo ahorramme gasto de tan preciosa tarde.

É impulsado súbitamente por extraordinario ardor, Andrés se aferró de nuevo al trabajo.

Mi atención, conforme habia previsto el viejo zorro, estaba ya excitada; mas no descando descubrir, con preguntas directas, el interés que me inspiraba el asunto, aguardé á que la flaca de mi hombre, la murmuración, le volviera á él. ¡Qué si quieres! Siguió trabajando de lo lindo y hablando de todo menos de las nuevas del buhonero. De pié y atento el oido, mandaba yo al maldito charlatán á todos los diablos, obstinándome en observar hasta qué punto el espíritu de contradicción dominaría á la comezón que le devoraba por narrarme la historia hasta al fin.

— Lo que cuido aquí — dijo, — son espárragos; después tocará el turno á las habichuelas. No faltarán para sazonar la manteca: os lo fio. ¡Buen provecho les haga!... ¡Bonito estíércol me ha dado el intendente! En lugar de paja de trigo, ó de avena al menos, ha metido cáscaras secas de guisantes, que servirán tanto como pedruscos. ¡Qué le haréis! El picador hace en las cuadras lo que le parece, y vende, para sí, la mejor pajaza... En fin, que no es cosa de perder esta tarde de sábado; que el tiempo se ha serenado, y que si se pesca un buen día por semana, estad seguro de que cae en domingo... Con todo, es muy posible, mediante la divina gracia, que el tiempo se sostenga hasta el lunes, y si así sucede ¿á qué deslomarme más?... Creo que es ya hora de retirar: suena la cobertera, según llaman ellos á su batahola de campanillas.

Y, con esto, cruzando las manos sobre la pala, hundió ésta en el surco que acababa de excavar. Luégo, después de medirme con la vista y con el talante de superioridad de quien está en posesión de importantes secretos, que puede callar ó revelar á gusto suyo, bajó las mangas de la camisa y encaminóse, con tardo paso, hacia un banco en que había antes colocado su chupa cuidadosamente plegada.

« ¡ Nada! — pensé. — Tócame expiar la falta de haber interrumpido los desatinos del tunante, y someterme á discreción.»

En consecuencia, levantando la voz, le dije:

— En resumidas cuentas, Andrés: ¿ qué es lo que os ha contado de nuevo el mercader ambulante?

— ¿ Os referís al buhonero? — preguntó. — Nombrádle como gustéis, el caso es que su oficio es de gran monta en un país desierto donde las ciudades son tan escasas como en este Northumberland. No sucede lo mismo en Escocia, no. Dirigios al condado de Tife, por ejemplo, y os parecerá que os aproximáis á una gran ciudad hecha de una sola pieza: tantos son los caseríos esparramados de un extremo á otro, á guisa de cebollas, con sus grandes calles, sus cabañas, sus tiendas y sus casas de cal y canto, con escalera al exterior... Kirkaldy solo es más largo que cualquiera ciudad de Inglaterra.

— Debe de ser un espectáculo magnífico... Pero ¿ qué deciais antes, de Londres?

— ¡ Bah! ¿ Se interesa en ello Vuestro Honor? — preguntó Andrés gesticulando y sonriendo. — Sea lo que fuere, Pat Maccready opina que, allá en el Parlamento, se les han barajado los sesos á los señores, con motivo del robo de aquel señor Morris.

— ¿ En el Parlamento? ¿ Y por qué?

— Esto es precisamente lo que le he preguntado al primo. Con el respeto debido, voy á repetiros nuestra conversación, pues no vale la pena de mentir por tan poca cosa. « Pat: (le digo yo,) ¿ por qué los señores y caballeros de Londres se marean por causa de un imbécil y de su maleta? Cuando teníamos nuestro Parlamento en Escocia, (digo yo,) y llévase el diablo á quienes nos lo robaron... » se sentaban tranquilamen-

te los señores á dictar leyes para todo el mundo, sin meter jamás baza en cosas que eran de la incumbencia de los jueces ordinarios. Pero ya ves, (digo yo,) una vendedora de coles, pongo por caso, arrancará la cofia á su vecina y me la harán comparecer á su Parlamento de Londres! Pues bueno: eso vie-



ne á ser como un enjambre de bobos, tan titulados, eso sí, como nuestro amo de acá y sus grandes ganserones de hijos con sus batidores, sus cuernos de caza y su caterva de perfos y de caballos, corriendo todo el santo día á la zaga de un cacho de bestia que maldito si pesa seis libras cuando la han cogido.

— ¡ Bravo! Muy bien dicho, Andrés; — dije para estimularle á entrar en materia. — Y ¿ qué ha contestado Patrick?

— « Pse!... Pues dice que no hay que esperar cosa buena de esos comedores de pudings. ¡ Ahí es nada! Que han andado á gritos por la maleta como en sus disputas de whigs y de torys, injuriándose unos á otros como gente de poco más ó menos. Y héte que se levanta un mocetón de lengua suelta, y desenreda el lio. « El Norte de Inglaterra — dicen que ha dicho, — está infestado de jacobitas (y, en verdad, que no anduvo tan

fuera de razón,) los cuales viven casi en guerra abierta; un mensajero del rey se ve asaltado y robado en la carretera, y ese es golpe preparado por una de las primeras familias del Northumberland, habiéndosele quitado mucho oro é importantes papeles. Y no pára aquí todo. Al solicitar el robado la protección de las leyes, en casa del juez de paz, da de manos á boca con sus dos ladrones dispuestos á bromear y beber con él, quienes, después de obligarlo á retirar su denuncia, vuelvenle la espalda, y el pobre diablo se apresura á abandonar el país, temeroso de caer por efecto de calentura, enfermo de gravedad. »

— ¿Será cierto?

— Tan cierto, según me ha jurado Pat, como que su medida tiene el largo cabal de una vara, salvo una pulgada de menos que la vara inglesa. Y cuando el mozo hubo concluido su letanía, dice que se pidieron, á grandes voces, los nombres, y que citó á Morris, á vuestro tío, al señor Inglewood y... á otros más; — añadió Andrés mirándome con disimulo. — Entonces, según Pat, otro compadre del lado opuesto se levantó preguntando si era cuestión de acusar á los más nobles hidalgos del país por la sola palabra de un cobarde rematado como Morris, expulsado del ejército de Flandes como desertor, y añadió que ese es un golpe combinado por él y el ministro, antes de su salida de Londres, y que, si se buscaba bien, se hallaría el dinero á poca distancia del palacio de la reina. Y héteos á Morris llamado « á la barra », conforme dicen ellos, é historia al canto de lo que sabe del asunto. Y los que estaban en contra de Morris, pónense á alborotar de tal modo sobre la deserción de éste y sobre todo cuanto llevaba hecho y dicho de malo hasta entonces, que, según Pat, pareció Morris un desenterrado, y fué imposible arrancarle una palabra con sentido común: tal pavor le infundieron el trasiego y gritería que se armaron. ¡Figuráos el estrago que harían en su cabeza, que nó vale más que un pepino! ¡Ah! Sólo faltaba que Andrés Bonservice metiera baza!

— Y... ¿qué ha resultado? ¿Lo sabe vuestro primo?

— ¡Vaya si lo sabe! Como estaba de vuelta, Pat demoró su partida por ocho días ó cosa así, á fin de sazonar sus noticias con otras frescas. El gran fuego se fué en humo, pues el fulano que lo encendió volvió grupas diciendo que, aunque se le había metido entre ceja y ceja lo del robo, puede haberse equivocado en los pormenores. Entonces el otro fulano levantóse, á su vez, para decir que le tenía sin cuidado el que Morris hubiera sido robado ó no, con tal de que no se echase inmundicia al honor de un hidalgo, sobre todo si era éste del Norte, porque, como dijo él, « cabalmente acabo de llegar del Norte y, que se sepa ó no, me importa tres cominos. » Ellos llaman á eso una explicación; se afloja por un lado, se afloja por el otro y cátales á todos de acuerdo. Pero, como decía, después que la cámara de los Comunes hubo dado vueltas y más vueltas al asunto Morris, hasta dejarlo de sobras, los Lores quisieron echar su cuarto á espadas. En nuestro viejo y pobre Parlamento de Escocia sentábanse todos juntos, codeándose, y no necesitaban escuchar dos veces las mismas impertinencias; pero hoy es otro cantar, y sus señorías fueron allá tan campantes y peripuestos como si se tratara de un asunto nuevecito y flamante. Y sonó otro nombre, el de un tal Campbell, más ó menos enredado en el lio, quien se había procurado, para salirse de apuros, cierto certificado del Duque de Argyle. Al oirlo, Mac-Callum More pónese rojo de indignación, que el caso no es para menos; levántase dando una patada al suelo, lanza una mirada capaz de hacer que la tierra los trague á todos, y grita que jamás se ha visto un Campbell que no fuera ágil, prudente, bravo y honrado como el John Graham de otros tiempos. Mas... caballero, si estáis seguro de no tener en vuestras venas ni una gota de su sangre, (como no la tengo yo, que conozco desde muy lejos mi parentela,) os diré lo que pienso de los tales Campbell.

— Estoy segurísimo de no tenerla.

— ¡Oh! En tal caso, podemos hablar sin rodeos. Hay, pues, mucho bueno y mucho malo, como siempre, entre esos Campbell. Pero Mac-Callum More tiene largo el brazo y vara

alta entre los encopetados de Londres, sin que pueda decirse que sea de uno ó de otro partido, y lléveme el diablo si le buscan el cuerpo. Se ha, pues, calificado de calumniosa, como dicen ellos, la acusación de Morris, y á no darse éste buenas mañas, hubiera problemamente mostrado su testuz en la picota, por calumniador.

El honrado Andrés recogió sus bártulos, (pala, azadón y rastrillo,) sin precipitarse en la operación, para darme tiempo á que le dirigiera nuevas preguntas, si lo creía necesario, y echó aquéllos en un carretón, que volvió del lado de la cerca. Tratándose de un malicioso como él, juzgué preferible ir derecho al fin, receloso de que atribuyera mi silencio á motivos peores que los verdaderos.

— Quisiera avistarme con vuestro paisano, Andrés, — le dije — para saber las noticias de labios suyos. La impertinente locura de aquel imbécil de Morris me ha causado serios disgustos! ¿No habéis oído hablar de ellos?

Andrés se contentó respondiendo con un gesto muy significativo.

— Si os fuese posible — continué, — traerme por aquí á vuestro primo, sin causarle mucha estorsión, pediríale que me refiriese en detalle lo que en Londres ha sabido.

— Nada más fácil, — dijo Andrés. — Con decirle á Patrick que deseáis algunos pares de medias, comparecerá á avistarse con vos tan de prisa como se lo permitan las piernas.

— Esto es. Decidle que se trata de un buen parroquiano. El tiempo se ha arreglado, como decíais, y la noche se presenta apacible. Pasearé por el jardín hasta que él acuda. La luna va á levantarse pronto por sobre las montañas. Hacedle entrar por la portezuela trasera. Mientras aguardo, me entretendré en contemplar los macizos y céspedes del jardín á la fría y brillante claridad de la luna.

— ¡ Bien pensado! Es lo que digo yo más de una vez: una coliflor reluce tanto á los rayos de la luna, que se la tomara por una hermosa dama con sus diamantes.

Y hablando así, Andrés se fué muy contento. Cerca de una

legua de camino debía recorrer, y aceptó semejante empeño con el mayor gusto, á fin de procurar á su primo un encargo ventajoso, aunque no aventurara él, de seguro, una pieza de á doce sueldos para obsequiarle con un jarro de cerveza. « La buena voluntad de un inglés se manifestaría á la inversa; » pensé recorriendo las avenidas tapizadas de menudo césped, que limitaban, entre dos setos muy provistos de acebos y tejos, el antiguo jardín de Osbaldistone.

Volviendo sobre mis pasos, elevé naturalmente los ojos hacia la vieja biblioteca, situada en el segundo piso y cuyas ventanas, estrechas y bastante numerosas, tenía cabalmente frente á mí. Vi brillar luz en ellas, lo que no me sorprendió sabiendo que miss Vernon se retiraba, á menudo, á dicha dependencia, después de anochecer. Por delicadeza habíame impuesto yo la dura ley de no reunirme con ella desde la indicada hora. Mientras el resto de la familia estaba sentado á la mesa, durante largo rato, nuestras entrevistas hubieran sido citas en la verdadera acepción de la palabra. Pasábamos, comunmente, las mañanas en aquella estancia leyendo juntos. Uno ú otro de nuestros primos venía á desenterrar algún fragmento de pergamino á fin de hacer con él algún útil para la pesca, sin contemplación á los dibujos iluminados, ó bien á hablarnos de algún proyecto de caza ó de algo parecido, perplejo en su resolución. En una palabra, la biblioteca era, durante la mañana, salón á todos asequible en que ambos sexos se permitían el placer de encontrarse como en terreno neutral.

Por la tarde ya no acontecía lo mismo, y, educado yo en un país en que se profesa (ó se profesaba, al ménos, á la sazón) gran respeto á las conveniencias sociales, deseaba no echarlas en olvido, supuesto que la inexperiencia de miss Vernon impedía tenerlas en cuenta. La hice, por tanto, comprender, con mucho miramiento, la oportunidad de que una tercera persona presenciara nuestros estudios de noche. Por de pronto, rióse la joven, ruborizóse luego y pareció dispuesta á enfadarse. Después, dominándose de súbito, dijo:

— Creo que no os falta razón, y cuando me sienta frenética

por aprender, conquistaré á Marta con una taza de thé y vendrá á sentarse entre nosotros á guisa de pantalla.

Marta, la anciana ama de llaves, compartía los gustos de los demás moradores del castillo: una botella y un cacho de asado podían más en ella que el mejor thé de la China. Empero, como esta bebida la usaban entonces sólo las personas de rango, Marta no se sintió poco orgullosa de acompañarnos á tomarla, y, á condición de saturarla de azúcar, de servirle pastas y de prodigarle mimos, obteníamos, de cuando en cuando, el honor de su compañía.

Por lo demás, todos los criados evitaban el acercarse á la biblioteca, después de entrada la noche, porque se les había metido en la cabeza que de aquella parte del castillo se habían apoderado los espíritus, siendo de notar que los más cobardes de aquéllos habían observado sombras y notado ruidos cuando la casa entera estaba entregada al descanso. Los mismos jóvenes dueños no gustaban de entrar, á dicha hora y sin necesidad, en aquella temible estancia.

La biblioteca había sido, tiempo atrás, retiro favorito de Rashleigh, y una puerta secreta la ponía en comunicación con el cuarto separado que excojiera él para su uso; lo cual, lejos de calmar los terrores que inspiraba aquel antipático sitio, contribuía á agravarlos. Las noticias extensas que Rashleigh poseía acerca de los acontecimientos exteriores, la profundidad y variedad de sus conocimientos, y algunos experimentos de física que ensayara, constituían, para los ignorantes y fanáticos, excelentes motivos para conceptuarle dotado de sobrenatural poder. Sabía latín, griego y hebreo, y en consecuencia, según ingénuo frase de Wilfrid, «no tenía necesidad de horrorizarse ante los aparecidos, ni ante el diablo ó los duendes.» Por fin, y ateniéndonos al cuchichear de la servidumbre, mantenía, en la biblioteca, sendas conversaciones mientras todo dormía á su alrededor, y se pasaba la noche acechando á los fantasmas, y la mañana en el lecho, en vez de concurrir á las cacerías como verdadero Osbaldistone.

Todos estos ramores absurdos habían llegado á mis oídos en

veladas alusiones ó en frases entrecortadas, sin dárseme tiempo para descifrar su sentido. Conforme se presumirá, habíame divertido con ellas; pero es lo cierto que, despreciándolas, el abandono á que se relegaba aquel salón, después de la hora de queda, era motivo de más para no penetrar en él no bien miss Vernon lo ocupaba.

Volviendo á lo que antes decía, no me sorprendió la luz que brillaba dentro de la biblioteca. Lo que sí me extrañó fué el ver distintamente pasar dos sombras entre la claridad y la más apartada de las ventanas, que quedó, por un momento, sumida en la oscuridad.

«Será, sin duda, la anciana Marta; — dije para mí.— Habrá subido para hacer compañía á Diana esta noche... O puede que he distinguido mal y la sombra de Diana me habrá producido el efecto de otra persona. Pero nó: allí están, delante de la segunda ventana... Si: ¡dos son!... Ya nada se vé... ¡Ah! Llegan á la tercera, ... á la cuarta. Imposible dudar...: es una pareja que se pasea proyectando, de tiempo en tiempo, su sombra en los paramentos... ¿Quién puede estar con ella á estas horas?...»

Dos veces consecutivas prodújose igual fenómeno, como para convencerme plenamente de su realidad, después de lo cual se extinguieron las luces y volvió todo á la oscuridad completa.

Aunque careciera de importancia, preocupóme el incidente hasta el extremo de no poder sacudirlo de mi espíritu. No es que me permitiera suponer que miss Vernon debía de admitirme, sin participación ajena, en su amistad; pero es increíble la desazón que experimenté ante la idea de que la joven concedía á otros entrevistas particulares, á una hora y en un sitio en que, á duras penas y en interés de ella misma, le había hecho yo comprender que no era conveniente el recibirme.

«¡Tontucla!... ¡Loca incorregible! — pensé.— ¿A qué amonestarla?... ¿A qué reservas con ella?... ¡Trabajo perdido! Me he dejado seducir por sus modales ingénuos, de que se sirve á capricho, como lo haría con un sombrero de paja, si

estuviese en moda, sólo para llamar la atención... Decididamente y pese á la superioridad de su inteligencia, la sociedad de media docena de mozos, que supiesen tirar la barra, le fuera más grata que la de Ariosto en persona, si volviera á la vida.»

Lo que acrecia mi despecho era el recordar que habia escogido yo precisamente aquella noche para presentar á Diana mi traducción en verso de los primeros cantos de Ariosto; que la habia rogado invitase á Marta á la solemnidad, y que se habia negado á ello alegando lo que me pareció frívolo pretexto.



Mientras discurría acerca de tan doloroso particular, abrióse la portezuela del jardín y entró Andrés, seguido de su paisano el buhonero. Mi atención dirigióse á ellos.

Hallé en Patrick Macready á un escocés de cabeza oblonga, hombre inteligente y acostumbrado á la fatiga, gran propagador de noticias, tanto por gusto como por razón de su clase. Narróme, de un modo juicioso, lo que habia sucedido en la cámara de los comunes y en la de los lores, con motivo del

asunto Morris, el cual habia servido, al parecer, como de piedra de toque para conocer á fondo las tendencias políticas del parlamento. El ministerio, reducido al apoyo de una minoría, habia renunciado á sostener una acusación que comprometia á personas pudientes y de alto bordo, sin apoyarse más que en la fé de un testigo que, por otra parte, habia declarado de una manera tan confusa y contradictoria. Patrick facilitóme el ejemplar de cierto periódico, cuya circulación apenas si se extendia más allá de la capital y que contenia una seca análisis de los debates, entregándome, asimismo, copia del discurso del duque de Argyle impreso en hoja volante de la que habia Patrick comprado cierto número á los expendedores vocingleros, porque, según él, semejante artículo seria de éxito seguro en el norte del Tweed.

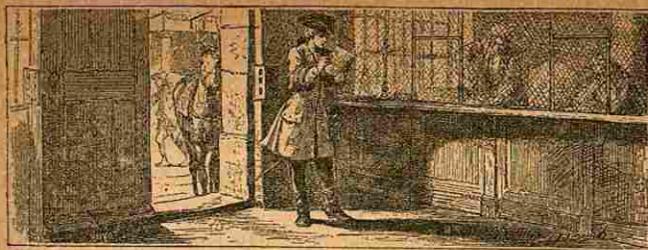


El periódico nada añadió á lo que me refiriera el mercader, y el discurso del gran señor, lleno de elocuencia y de fuego, consistia, sobre todo, en un panegirico de su país, de su familia y de su *clan*, seguido de sendos elogios, no menos sinceros, aunque más moderados, que, aprovechando la ocasión se tributaba el orador á sí propio.

Si mi reputación habia estado, en realidad, comprometida ó nó, cosa es que no pude averiguar, pero que se habia atacado el honor de la familia de mi tío era evidente. Morris habia declarado que Campbell, el más terrible de sus dos ladrones,

procuró, de acuerdo con el juez, la suelta de un señor Osbaldistone, cómplice á favor del cual testificara. Esta particularidad de la declaración de Morris se armonizaba con mis propias sospechas que recayeron en Campbell desde que le vi comparecer ante el juez Inglewood.

En resumen: preocupado y muy perplejo por el sesgo que habia tomado la singular aventura, despedime de ambos escoceses, no sin comprar algunas bagatelas al buhonero, y retiréme á mi aposento, para reflexionar acerca de lo que me convenia gestionar para defenderme de tan públicos ataques.



CAPÍTULO XV.

¿ De dónde vienes ? ¿ Quién eres ?

Митон.

Mi primera idea, después de pasarme la noche en ve'a meditando sobre las noticias recibidas, fué la de volver, á toda prisa, á Londres para que mi presencia hiciera cesar las calumnias. Mas, recordando el carácter de mi padre, inflexible en todo lo concerniente á la familia, dudé respecto á la adopción de dicho partido. Su dilatada experiencia dábele autoridad bastante para trazarme un plan de conducta, y sus relaciones con los whigs, entonces en predicamento, le proporcionaban crédito suficiente para lograr que fuese oída mi justificación. Al fin, conceptué más acertado escribir á mi padre, haciéndole una narración detallada de todo lo sucedido, y, en atención á lo difícil de las comunicaciones entre el castillo y la oficina de correos, situada á tres leguas de distancia, resolví trasladarme allá á caballo y ser yo mi propio mensajero.

procuró, de acuerdo con el juez, la suelta de un señor Osbaldistone, cómplice á favor del cual testificara. Esta particularidad de la declaración de Morris se armonizaba con mis propias sospechas que recayeron en Campbell desde que le vi comparecer ante el juez Inglewood.

En resumen: preocupado y muy perplejo por el sesgo que habia tomado la singular aventura, despedime de ambos escoceses, no sin comprar algunas bagatelas al buhonero, y retiréme á mi aposento, para reflexionar acerca de lo que me convenia gestionar para defenderme de tan públicos ataques.



CAPÍTULO XV.

¿ De dónde vienes ? ¿ Quién eres ?

Митон.

Mi primera idea, después de pasarme la noche en ve'a meditando sobre las noticias recibidas, fué la de volver, á toda prisa, á Londres para que mi presencia hiciera cesar las calumnias. Mas, recordando el carácter de mi padre, inflexible en todo lo concerniente á la familia, dudé respecto á la adopción de dicho partido. Su dilatada experiencia dábele autoridad bastante para trazarme un plan de conducta, y sus relaciones con los whigs, entonces en predicamento, le proporcionaban crédito suficiente para lograr que fuese oída mi justificación. Al fin, conceptué más acertado escribir á mi padre, haciéndole una narración detallada de todo lo sucedido, y, en atención á lo difícil de las comunicaciones entre el castillo y la oficina de correos, situada á tres leguas de distancia, resolví trasladarme allá á caballo y ser yo mi propio mensajero.

Mi destierro contaba muchas semanas de duración sin que llegara á mi noticia alguna de mi padre ni de Owen, aun cuando Rashleigh habia anunciado al *baronnet* su llegada, y el bondadoso recibimiento que se le dispensó. Esto me parecia extraordinario, pues aun admitiendo que hubiese sido yo culpable, mi falta no merecía, al menos según yo, ser castigada con tamaño abandono. Al final de la carta no dejé de expresar á mi padre el más vivo deseo de que me honrara con algunas líneas de contestación, siquiera para aconsejarme ó darme órdenes en tan espinoso asunto, del cual no bastaba á sacarme con bien mi escasa experiencia. En cuanto á solicitar que se me readmitiera, me fué imposible resolverme y oculté mi repugnancia bajo el velo de aparente sumisión á la voluntad paterna, no dudando de que se me pediría un cambio en mi actitud. Limitéme, pues, á demandar permiso para pasar á Londres, sólo por algunos días, á fin de desvanecer las odiosas calumnias que se habian propalado en contra mía.

Concluido aquel modelo epistolar (y Dios sabe con que singulares proporciones se aliaba la impaciencia de vengar mi honra al disgusto de tener que alejarme del castillo,) monté á caballo y pasé á la oficina de postas. Allá se me entregó una carta dirigida á mí, que no se me hubiera mandado hasta más tarde. Era de mi amigo Owen y estaba concebida en los siguientes términos:

« Mi querido señor Francis :

« Recibida vuestra grata por mediación del Sr. Rashleigh Osbaldistone, y tomada buena nota del contenido. Me portaré con dicho señor con toda la atención de que soy capaz, habiéndole facilitado ya visitar el Banco y la Aduana. Sus trazas son de hombre serio y arreglado, y tiene el instinto de los negocios: será, pues, útil á la casa. Mucho deseaba yo que otro hubiese dirigido sus miras hacia este lado; pero ¿ qué le vamos á hacer?... Como el dinero puede ser cosa rara en esos andurriales, espero me dispensaréis que incluya una letra de cambio de roo libras esterlinas, á seis días vista, á cargo de los seño-

res Hooper y Girder, de Newcastle, á la que no dudo darán buena acogida.

« Soy, como debo ser, mi caro señor Franck, vuestro respetuoso y obediente servidor

JOSÉ OWEN.

« P. S. Servios acusarme recibo de la presente. Siento que tengamos tan escasas noticias vuestras. Vuestro padre dice que sigue como de costumbre; pero su semblante no es bueno. »

En el escrito que antecede, de estilo comercial, Owen no hacia mención alguna de la carta confidencial que le habia dirigido yo con intento de instruirle acerca del verdadero carácter de Rashleigh; lo que me sorprendió bastante, ya que, con el tiempo transcurrido, hubiera debido llegar á sus manos. Habia salido del castillo por la vía acostumbrada, y no tenia yo motivo alguno para sospechar que se hubiese extraviado por el camino. Atendiendo á que contenia cosas de señalada importancia para mi padre y para mí, sentéme en el despacho de correos y escribí á Owen casi en los mismos términos, rogándole que, á vuelta de correo, acusara recibo, y dándoselo yo del de la letra de cambio á que acudiría en caso de necesidad.

Parecióme singular el que mi padre dejara á su dependiente el cuidado de atender á mis necesidades. « Bah! — dije para mí; — será cosa convenida entre ellos. » Por otra parte, como Owen, de estado célibe, no lo pasaba mal y me trataba con el más tierno cariño, no dudé en convertirme en deudor suyo por una pequeña suma, especie de préstamo cuya devolución me apresuraría á verificar caso de que mi padre no hubiera cuidado del reembolso. Cierta comerciante, á quien me dirigió el jefe de correos, pagóme en oro el importe de la letra de cambio, y regresé al castillo de Osbaldistone mucho más rico que al salir de él. Aquel aumento de caudales no me era, ni con mucho, indiferente, puesto que estaba viendo, no sin molesta impaciencia, menguar sensiblemente mis recursos, en tanto que mi permanencia en la casa obligábame á ciertos dis-

pendios. Significó, pues, desde luego, una inquietud de menos.

De vuelta, supe que sir Hildebrando, con toda su progénie, había ido á un pueblecillo cercano « para ver — según me dijo Andrés — á media docena de gallos de estercolero rajarse los sesos á picotazos. »

— Es una diversión bárbara, — contesté, — y de seguro que en Escocia no tenéis nada semejante.

— Seguro; — replicó Andrés con entereza, y añadió á guisa de correctivo: — como no sea la vispera de Cuaresma ó algo parecido... Aunque bien mirado, no vale la pena de sentir que se robe un poco á esa condenada volateria que se desmanda y escarba por la huerta, sin dejar haba ni guisante sanos... ¡ Calle! Ha quedado la puerta de la torrecilla abierta. ¡ Mucho me extraña! El señor Rashleigh no anda por acá y, por consiguiente, no habrá sido él.

La puerta á que se refería estaba situada en la parte superior del jardín, dando ingreso á una escalera de caracol por la que se subía á la habitación de Rashleigh; la cual, conforme llevo dicho ya, ocupaba un cuerpo retirado del edificio comunicando con la biblioteca por una puerta secreta y con el resto de la casa por un oscuro y tortuoso pasadizo. Un sendero, festonado de césped, largo, estrecho y bordeado de acebos, conducía desde la puerta de la torrecilla á una poterna abierta en el muro del jardín. Con tales medios de comunicación, Rashleigh, cuyo sistema de vida era muy independiente, podía fácilmente salir del castillo ó entrar en él á su antojo, sin que nadie echara de ver su ausencia. Pero desde que se fué, así la puerta como la escalera del torreón estaban en desuso, y esto es lo que hacía muy digna de tenerse en cuenta la observación de Andrés.

— ¿ Habéis visto abierta muy á menudo esa puerta? — le pregunté.

— Muy á menudo precisamente, nó: una ó dos veces. Será el cura quien la habrá abierto, el Padre Vaughan, como le llaman, pues en cuanto á los criados, no hay cuidado de que encontréis á uno solo en la escalera. Son paganos que temen demasiado á aparecidos, diablillos y diabluras del otro mundo. El

Padre Vaughan cree que todo le sienta bien; mas el que se eleva será abatido. Apuesto á que el peor de los predicadores que haya sermoneado jamás al otro lado del Tweed daría con un aparecido dos veces antes que él, con su agua bendita y sus cachivaches de idólatra. ¿ Es, acaso, él sólo que sabe latin? Pues... no me



entiende á mi cuando le digo en latin los nombres de las plantas!

El Padre Vaughan distribuía su tiempo y sus consuelos espirituales entre el castillo de Osbaldistone y una media docena de familias católicas del vecindario. No he hablado de él hasta ahora por haberle visto apenas. De unos sesenta años de edad, oriundo de una buena familia del Norte, según se me dijo, de talante noble é imponente y de modales graves, disfrutaba de gran consideración

entre los papistas del Northumberland, quienes le reputaban por íntegro y virtuoso varón.

Con todo, no estaba exento de esos rasgos de carácter tan expresivos en personas de su clase, envolviéndose, como tal, en una especie de misterio que, en concepto de los protestantes, denunciaba á la legua al cura. En cuanto á los indigenas de Osbaldistone (calificativo que les sentaba á maravilla,) abrigaban, respecto á la persona del sacerdote, más temor, ó, si se quiere, más respeto que cariño. Era evidente que les reprobaba él aquella vida desordenada, y que procuraban ellos reprimir su licencia cuando él llegaba al castillo, imponiéndose el mismo sir Hildebrando una especie de moderación; de todo lo cual podía deducirse que la presencia del cura servía más bien de estorbo que de otra cosa. Además, poseía aquel temperamento urbano, insinuante, casi halagüeño que caracteriza al clero de la Iglesia romana, sobre todo en Inglaterra. Con efecto: en el mundo los católicos puestos á raya por la severidad de la ley, las reglas de su creencia y los consejos de sus directores, conducense, á menudo, con fría reserva, con timidez casi entre sus compatriotas protestantes, en tanto que el cura, por el contrario, usando del privilegio de rozarse con toda clase de gentes, que su ministerio le otorga, es abierto, es activo, de espíritu liberal en sus relaciones, ávido de popularidad y generalmente hábil en conseguirla.

El eclesiástico de quien hablo estaba particularmente relacionado con Rashleigh, pues de otro modo trabajo hubiera tenido en sostener su situación en el castillo. Esto no me infundía deseo alguno de cultivar su amistad, y como él, por su parte, no se insinuara conmigo, nuestras relaciones se limitaban á cambiar un saludo de tarde en tarde. Que durante sus visitas profesionales ocupase la habitación de Rashleigh era cosa más que natural, así como que, por razón de su estado, gustase de pasar algunas horas en la biblioteca; por todo lo cual, era muy probable que fué la luz de su vela la que llamó mi atención durante la noche anterior.

Por involuntaria asociación de ideas, recordé, de nuevo, que

entre Diana y el sacerdote parecía existir la misma atmósfera de misterio que reinaba en las entrevistas de la primera con Rashleigh. Miss Vernou no me había hablado jamás, directa ni indirectamente, del Padre Vaughan, exceptuando el día de nuestro primer encuentro, durante el cual le citó designándose además, á sí misma y á su primo, como las tres únicas personas capaces de sostener una conversación. Mas, pese á la reserva que guardaba respecto del anciano sacerdote, veíasela, desde la llegada de éste, presa de una angustia y de un temblor nervioso, que no cesaban sinó después de cambiar con él ciertas significativas miradas.

Fuese de ello lo que fuese, es lo cierto que el Padre Vaughan no era ajeno al secreto que ocultaba los destinos de la adorable criatura.

«Puede—me dije,— que esté encargado de agenciar la admisión de la joven en algún claustro, supuesto que ella rehuse el unirse á cualquiera de sus primos, y esto explicaría la violenta emoción que siente en presencia del cura.»

Por lo demás, ni celebraban largas conferencias ni parecía que buscaran la ocasión de estar juntos. Su alianza, si realmente existía entre ellos, era tácita y convencional, más efectiva en actos que en palabras. Reflexionando, recordé haberlos visto, dos ó tres veces, cambiar ciertos signos; pero, noticioso de la habilidad con que el clero católico procura, en todo tiempo, mantener su influencia sobre el espíritu de los fieles, había in-



El Padre Vaughan.

terpretado aquella pantomima en el sentido de exhortación muda á las prácticas religiosas. A la sazón, empero, sentime dispuesto á ver en ello un móvil misterioso y de mayor alcance. ¿Celebraba el tal clérigo secretas entrevistas con miss Vernon, en la biblioteca? Y si las celebraba, ¿con qué fin? ¿Por qué en sus confidencias hacia intervenir ella á un amigo del pérfido Rashleigh?

Semejantes dificultades, con otras no menos molestas, asediaban mi espíritu, excitando en él interés tanto más vivo cuanto más imposible me era el resolverlas. Empezaba ya á sospechar que mi amistad con Diana no era del todo desinteresada, como lo exigía la razón. Cediendo á impulsos de los celos contra Thorncliff, el vil avestrúz, había ya dado á conocer, con sobra de calor y de impaciencia, necias tentativas de provocación. Y ¿qué hacía yo en el entre tanto? Someter á riguroso examen la conducta de miss Vernon con inquieto apasionamiento, que en vano intentaba representarme como efecto de simple curiosidad.

Todo ello anunciaba amor en un corazón joven, y mi raciocinio obstinándose en creerme incapáz de semejante locura, semejaba á esos ignorantes guías que, después de haber hecho extraviar al viajero, sin esperanzas de remedio, no insisten menos en afirmar que es imposible hayan podido equivocarse el camino.



CAPÍTULO XVI.

Aconteció que cierto mediodía experimenté sorpresa extremada, observando la huella de un pié de hombre que destacaba mucho sobre la arena de la orilla.

De FOE. — *Robinson Crusoe*.

DOMINADO, á un tiempo, por el interés y los celos que me inspiraba la situación rara de miss Vernon, echéme á espiar á ésta tan de cerca y con insistencia tal, que, á pesar de mis precauciones, no tardó ella en notarlo.

Viéndose observada, ó, por mejor decir, víctima de incessante fiscalización, demostró sentir, á un tiempo, turbación, disgusto y contrariedad. Dijérase que ora buscaba ocasión de prorumpir en diatribas contra un modo de proceder tan ofensivo, después de la confesión sincera que de su dolorosa situación me había hecho, ora que parecía pronta á descender hasta la queja... Mas fuese por irresolución ó fuese por otro motivo, el ansiado esclarecimiento no se producía, y el descontento de la joven exhalábase en arrebatos, y los quejidos espiraban en sus labios. ¡Donosa situación! Nuestros gustos encaminaban al

terpretado aquella pantomima en el sentido de exhortación muda á las prácticas religiosas. A la sazón, empero, sentime dispuesto á ver en ello un móvil misterioso y de mayor alcance. ¿Celebraba el tal clérigo secretas entrevistas con miss Vernon, en la biblioteca? Y si las celebraba, ¿con qué fin? ¿Por qué en sus confidencias hacia intervenir ella á un amigo del pérfido Rashleigh?

Semejantes dificultades, con otras no menos molestas, asediaban mi espíritu, excitando en él interés tanto más vivo cuanto más imposible me era el resolverlas. Empezaba ya á sospechar que mi amistad con Diana no era del todo desinteresada, como lo exigía la razón. Cediendo á impulsos de los celos contra Thorncliff, el vil avestrúz, había ya dado á conocer, con sobra de calor y de impaciencia, necias tentativas de provocación. Y ¿qué hacía yo en el entre tanto? Someter á riguroso examen la conducta de miss Vernon con inquieto apasionamiento, que en vano intentaba representarme como efecto de simple curiosidad.

Todo ello anunciaba amor en un corazón joven, y mi raciocinio obstinándose en creerme incapáz de semejante locura, semejaba á esos ignorantes guías que, después de haber hecho extraviar al viajero, sin esperanzas de remedio, no insisten menos en afirmar que es imposible hayan podido equivocarse el camino.



CAPÍTULO XVI.

Aconteció que cierto mediodía experimenté sorpresa extremada, observando la huella de un pié de hombre que destacaba mucho sobre la arena de la orilla.

De FOE. — *Robinson Crusoe*.

DOMINADO, á un tiempo, por el interés y los celos que me inspiraba la situación rara de miss Vernon, echéme á espiar á ésta tan de cerca y con insistencia tal, que, á pesar de mis precauciones, no tardó ella en notarlo.

Viéndose observada, ó, por mejor decir, víctima de incessante fiscalización, demostró sentir, á un tiempo, turbación, disgusto y contrariedad. Dijérase que ora buscaba ocasión de prorumpir en diatribas contra un modo de proceder tan ofensivo, después de la confesión sincera que de su dolorosa situación me había hecho, ora que parecía pronta á descender hasta la queja... Mas fuese por irresolución ó fuese por otro motivo, el ansiado esclarecimiento no se producía, y el descontento de la joven exhalábase en arrebatos, y los quejidos espiraban en sus labios. ¡Donosa situación! Nuestros gustos encaminaban al

uno hacia el otro, y la mayor parte del tiempo en que estábamos juntos ocultábamos, con cuidado, nuestros sentimientos: mis celos yo, y ella su exasperación. Había desaparecido de nuestra amistad la confianza. Por un lado, el amor sin esperanza y la curiosidad sin razón ni excusa; por otro, perplejidad, duda y, á veces, hasta cólera.

Y no obstante, es tal la naturaleza del corazón humano, que aquel torbellino de pasiones, estimulado por los mil incidentes de la vida ordinaria, contribuyó á desenvolver la simpatía natural que acercaba el uno al otro, constriñendonos naturalmente á hacer de nosotros mismos objeto de continuos pensamientos. Aunque mi vanidad no tardara en descubrir que mi permanencia en Osbaldistone había dado á Diana algunos motivos para mayor alejamiento del claustro, ¿cómo tener fe en un cariño que parecía sometido á los misterios de la situación de aquélla? Poseía la joven un carácter asaz firme y resuelto para sacrificar el deber ó la prudencia al amor, probándomelo así cierto coloquio que tuvimos juntos durante la época á que me refiero. Hojeando un ejemplar mio de *Orlando furioso*, miss Vernon dejó caer bajo la mesa una hoja manuscrita. Al ir yo á cogerla:

— Versos; — dijo Diana echando una mirada sobre la hoja; y después desdoblado el papel, añadió como en desquite: — ¿Me permitis!; Oh! Si empezáis á ruborizaros y á balbucear, tendré que violentar vuestra modestia y dar por concedido el permiso!

— Eso no merece ser leído... Es un principio de traducción. Querida miss Vernon, el fallo será más severo tratándose de un juez que comprendí á maravilla el original.

— Respetable amigo, basta de pujos de humildad; creedme, ya que apuesto diez contra uno á que no váis á cosechar un solo cumplido. Pertenezco, conforme sabéis, á la tribu impopular de los canta-verdades y soy incapaz de lisonjear á Apolo por su lira.

Y leyó, en alta voz, la primera estrofa que había traducido yo del Ariosto en los siguientes ó parecidos versos:

*Damas y caballeros valerosos,
Canto el amor, la guerra,
Los hechos más galantes y gloriosos;
Cuando, partiendo de africana tierra,
Morada siempre ardiente,
Se esparraman furiosos
Los moros sobre Francia. Ved al frente
A Agramán, que vengó al viejo Troyano,
Y ataca con su gente
A Carlomagno, emperador cristiano.*

— Mucho queda por leer, — dijo volviendo la hoja é interrumpiendo la más dulce música que puede resonar en oídos humanos, cual es la de los versos de un joven poeta recitados por la mujer amada.

— Mucho y sobrado, en verdad, para ocupar vuestra atención, miss Vernon; — repliqué un sí es no es mortificado y recogiendo los versos que ella no cuidó de retener. — Y, no obstante, — añadí, — confinado en un rincón de país, me ha parecido que el medio más á propósito para distraerme era el de proseguir... repito que sólo para distraerme... proseguir una traducción comenzada, algunos meses há, á orillas del Garona.

— La cuestión está en averiguar — dijo Diana en tono grave, — si era realmente ese el mejor medio para emplear el tiempo.

— ¿Me aconsejaréis, tal vez, que vuele con propias alas? — (La suposición me halagaba de veras: lo confieso.) — Hablando francamente, á mi musa le son más familiares las rimas que las ideas, y por esto me contento con poner en verso las de Ariosto. Con todo, si me estimuláis á ello...

— Dispensad, señor Frank: tales estímulos están procediendo no de mí, sino de vos mismo. No se trata de poesía, original ó traducida: á cosas más serias debéis dedicaros, á mi entender. ¿Os mortifica la advertencia? — añadió. — Pesarosa estoy de ello.

—¿Mortificarme á mí? ¡Oh! ni por asomo! — contesté con la mayor soltura y en el tono más natural que me fué posible adoptar. — Me siento muy reconocido al interés que me demostráis.

—Y... ¿no acusa mortificación ni asomo de cólera esa voz cohibida y velada con que contestáis? — replicó la implacable Diana. — No os enojéis si mortifico vuestros sentimientos; lo que me queda por deciros va á contrariarlos más todavía.

¡Cuán superior era á mí, reproduciéndome con algunas sensatas palabras, la chiquillada de un primer movimiento de disgusto! «¡No, no! — le aseguré. — ¿Resentirme por una crítica que dictaba la benevolencia? No debía temerlo de mí.»

—¡Vamos! Eso es más franco y bien dicho; — replicó. — Segura estaba ya de que el demonio de la susceptibilidad poética desaparecería con el leve acceso de tos que ha servido de prelude á vuestra declaración. Pero hablemos seriamente. ¿Habéis recibido, desde poco tiempo acá, noticias de vuestro padre?

—¡Ni una! No me ha hecho limosna de una sola linea desde que llegué aquí.

—Es extraño. ¡Muy raros sois los individuos de vuestra familia! ¿Ignoráis, pues, que vuestro padre ha pasado á Holanda para asuntos urgentes que reclaman su presencia allá?

—Sé ahora la primera palabra de ello.

—Otra noticia, además, que os tiene cuenta saber, menos agradable aún: ha confiado á Rashleigh la dirección casi absoluta de la casa hasta su regreso.

Semejante noticia me produjo, en efecto, dolorosa sorpresa, y no pude ocultar mi zozobra.

—Razón tenéis para sobresaltaros; — afirmó la joven. — Yo, en vuestro lugar, me dispondría á contrarrestar las funestas consecuencias que puede acarrear dicha medida.

—¿Cómo es posible?

—Todo es posible á un alma fuerte y valiente, como imposible todo á un alma tímida y sin energía, que se crea obstáculos á cada paso.

Hablando así, semejaba á una de esas mujeres heroicas cuya exaltación inflamaba el valor de los antiguos caballeros en los momentos de prueba.

—¿Qué me aconsejáis, pues? — la pregunté.

Achicado el corazón esperé su respuesta, ardiendo, empero, en ansia de escucharla. Después de un instante de reflexión, replicó Diana con firme acento:

—Necesario es que regreséis inmediatamente á Londres. Tal vez — añadió con cierta emoción, — tal vez hayáis tardado ya con exceso. No es vuestra la culpa, pero fuera un crimen el prolongar, por un solo momento, vuestra permanencia aquí. Si: ¡un crimen! porque, sin reparo os digo que si Rashleigh sigue algún tiempo más al frente de los negocios de vuestro padre, la ruina de éste es segura.

—Explicadme...

—No me preguntéis y creedme: Rashleigh aspira á otra cosa muy distinta de una gran posición comercial. Mientras vuestro padre ha estado en Inglaterra, se ha sentido trabadas las manos; pero, ausente aquél, no le faltarán ocasiones y sabrá aprovecharlas.

—Olvidáis que estoy en desgracia y que carezco de autoridad. ¿Bastará mi presencia en Londres á conjurar el peligro?

—Servirá más de lo que presumís. ¿Olvidáis, por vuestra parte, que el nacimiento os otorga el derecho de intervenir, derecho que es imprescriptible? El apoyo del principal dependiente de vuestro padre, de los amigos y de los asociados no os puede faltar. Por otra parte, los proyectos de Rashleigh son de tal naturaleza que... — Cesó de pronto como temiendo adelantarse demasiado. — En una palabra, — añadió, — son de naturaleza igual á la de todos los planes interesados y sin conciencia, de los cuales se desiste tan luégo como se hace luz en ellos. Hablando el lenguaje de vuestro poeta predilecto:

«¡A caballo! ¡A caballo! La duda es de cobardes.»

—¡Ah, Diana! — exclamé arrollado por irresistible impul-

so. — ¿Sois *vos* la que me aconsejáis partir? Si: cierto, muy cierto es que he tardado en hacerlo!

Ruborizóse miss Vernon, pero contestó sin demostrar turbación alguna:



— Si: yo soy, y añado: ¡no volváis! Así echaréis de menos sólo á una amiga, — prosiguió con reprimida sonrisa, — amiga acostumbrada, desde hace mucho tiempo, á sacrificar su dicha á la de los demás. El mundo os reserva, á centenares, amigos tan desinteresados, mucho más útiles, y sobre todo, menos esclavos de las circunstancias y menos expuestos á calumnias y contratiempos.

— ¡No! El mundo no es bastante rico para darme lo que aquí dejaré.

Y, tomando una de las manos de Diana, la estreché sobre mis labios.

— ¡Qué locura! — exclamó ella, intentando separarse. — Oídme, caballero, y contened ciertos ímpetus indignos de vos. En virtud de solemne contrato, estoy prometida á Dios, su-

puesto que no prefiera unirme á un malvado como Rashleigh ó á un hombre brutal como su hermano. ¡No veáis, pues, en mí sino á la prometida de Dios, destinada al claustro desde nacimiento. Esos arrebatos apasionados se engañan de aspiración y no prueban más que una cosa: lo muy necesaria que es vuestra partida. — Y, retirando bruscamente la mano, añadió en voz baja: — Dejádme... Volverémos á vernos, pero será por última vez!

En tanto que hablaba, mis ojos siguiendo la dirección de los suyos, notaron que se movía el tapiz tras del cual estaba la puerta secreta. Alguien, probablemente, nos escuchaba desde allá. Interrogué á miss Vernon con la mirada.

— No es nada: — murmuró Diana; — algún ratón que andará por detrás del tapiz.

« ¡Muerto, por un ducado! » hubiera respondido yo, como Hamlet matando á Polonius, el espía, á dejarme arrastrar por la indignación que me exasperaba, considerando que había estado sujeto á vigilancia en aquellos momentos; mas la prudencia, la necesidad de disimular mi pasión y los reiterados ruegos de Diana, que me decía. « ¡Dejádme! ¡Dejádme! » contuviéronme, á tiempo, en el camino de un acto temerario.

Precipitéme fuera del aposento, presa de turbación y efervescencia tales, que en vano, al estar en el mío, intenté calmar.

Asaltáronme, una tras otra, mil incoherentes ideas con la rapidez del rayo, cruzándose y combatiéndose una á otra, semejantes á la niebla que, en países montañosos, desciende en espesas masas desnaturalizando ó borrando los puntos culminantes que señalan al viajero su camino á través de los lugares solitarios. El misterioso peligro con que amenazaban á mi padre las maquinaciones de Rashleigh, la especie de declaración de amor que había hecho yo á miss Vernon, y la alternativa cruel entre el convento y un matrimonio odioso á que estaba condenada la joven: todo esto me aturdió á la vez, siendo mi razón incapaz de otorgar á cada cosa su justo valor.

Una idea dolorosa dominaba, empero, lo restante. ¿Cómo

había respondido Diana á la expresión de mi ternura?... Sus maneras, ya enérgicas, ya afectuosas, daban á entender que poseía yo alguna parte de su corazón, pero parte demasiado débil para lograr que ella afrontase los obstáculos que se oponían á la declaración de un sentimiento compartido. Y la mirada llena de horror, más que de sorpresa, que clavara en el tapíz ¿no era, acaso, indicio de peligro cercano? La conocía bastante para saber que no era propensa á las nerviosas emociones propias de su sexo, y, sobre todo, á alarmarse sin motivo.

¿De qué naturaleza eran, pues, aquellos misterios que la tenían cautiva, como en cerco mágico, y cuya influencia pesaba sin cesar sobre sus actos y pensamientos, sin que los agentes fuesen nunca visibles? Contento, por decirlo así, de sustraerme á los cargos de conciencia respecto á mi proceder con miss Vernon, detúveme en la última de mis reflexiones. «Es necesario,—dije para mí—que, antes de abandonar el castillo, sepa á qué atenerme. ¡Criatura indefinible y encantadora! Parece haber dividido en dos su vida: la una, franca y pura, anima sus sentimientos; tenebrosa y formidable la otra, domina sus resoluciones.»

Ni era bastante el ceder á los impulsos de ardiente curiosidad y de sombría pasión: la desgracia quería hacerme juguete de tormentosos celos. Este sentimiento confuso, que se mezcla en el amor como la cizaña en el trigo, excitábase en mí por el ascendiente que Diana se inclinaba á reconocer en los seres invisibles que dirigían sus actos. Cuanto más medité acerca de su carácter, más llegué á convencerme, no sin esfuerzo, de que era ella refractaria á toda suerte de yugo que no procediera de una persona querida: ¡amarga y penosa sospecha que me explicaba, al fin, el móvil de aquella irresistible influencia!

Estas desgarradoras incertidumbres redoblaron mi deseo de penetrar en el secreto de la conducta de Diana, y, para conseguirlo, adopté una resolución extrema.



CAPÍTULO XVII.

Una voz, que tú no puedes oír, me grita: «¡No te de detengas!» Una mano, que no puedes ver, me impulsa hácia adelante.

TOMÁS TICKELL.

RARAS veces pasaba yo, de noche, á la biblioteca sin previo convenio con miss Vernon y siempre á presencia de la anciana señora Marta: acuerdo tácito, empero, y que sólo dependía de mí.

Durante los últimos tiempos y á causa de las crecientes dificultades acarreadas por nuestra respectiva situación, habían cesado por completo las entrevistas de noche; sin que miss Vernon tuviera razón alguna para creer que intentara yo renovarlas, y menos sin avisarla de antemano, á fin de que, como de costumbre, asistiera Marta para desempeñar el papel de «dueña.» Pero tal precaución era asunto de conveniencia y nó regla expresa, siendome asequible la biblioteca como á los restantes miembros de la familia, á todas horas del día y de la

había respondido Diana á la expresión de mi ternura?... Sus maneras, ya enérgicas, ya afectuosas, daban á entender que poseía yo alguna parte de su corazón, pero parte demasiado débil para lograr que ella afrontase los obstáculos que se oponían á la declaración de un sentimiento compartido. Y la mirada llena de horror, más que de sorpresa, que clavara en el tapíz ¿no era, acaso, indicio de peligro cercano? La conocía bastante para saber que no era propensa á las nerviosas emociones propias de su sexo, y, sobre todo, á alarmarse sin motivo.

¿De qué naturaleza eran, pues, aquellos misterios que la tenían cautiva, como en cerco mágico, y cuya influencia pesaba sin cesar sobre sus actos y pensamientos, sin que los agentes fuesen nunca visibles? Contento, por decirlo así, de sustraerme á los cargos de conciencia respecto á mi proceder con miss Vernon, detúveme en la última de mis reflexiones. «Es necesario,—dije para mí—que, antes de abandonar el castillo, sepa á qué atenerme. ¡Criatura indefinible y encantadora! Parece haber dividido en dos su vida: la una, franca y pura, anima sus sentimientos; tenebrosa y formidable la otra, domina sus resoluciones.»

Ni era bastante el ceder á los impulsos de ardiente curiosidad y de sombría pasión: la desgracia quería hacerme juguete de tormentosos celos. Este sentimiento confuso, que se mezcla en el amor como la cizaña en el trigo, excitábase en mí por el ascendiente que Diana se inclinaba á reconocer en los seres invisibles que dirigían sus actos. Cuanto más medité acerca de su carácter, más llegué á convencerme, no sin esfuerzo, de que era ella refractaria á toda suerte de yugo que no procediera de una persona querida: ¡amarga y penosa sospecha que me explicaba, al fin, el móvil de aquella irresistible influencia!

Estas desgarradoras incertidumbres redoblaron mi deseo de penetrar en el secreto de la conducta de Diana, y, para conseguirlo, adopté una resolución extrema.



CAPÍTULO XVII.

Una voz, que tú no puedes oír, me grita: «¡No te de detengas!» Una mano, que no puedes ver, me impulsa hácia adelante.

TOMÁS TICKELL.

RARAS veces pasaba yo, de noche, á la biblioteca sin previo convenio con miss Vernon y siempre á presencia de la anciana señora Marta: acuerdo tácito, empero, y que sólo dependía de mí.

Durante los últimos tiempos y á causa de las crecientes dificultades acarreadas por nuestra respectiva situación, habían cesado por completo las entrevistas de noche; sin que miss Vernon tuviera razón alguna para creer que intentara yo renovarlas, y menos sin avisarla de antemano, á fin de que, como de costumbre, asistiera Marta para desempeñar el papel de «dueña.» Pero tal precaución era asunto de conveniencia y nó regla expresa, siendome asequible la biblioteca como á los restantes miembros de la familia, á todas horas del día y de la

noche. Así, pues, por repentina é inesperada que fuese mi presencia en ella, no se me podría tachar de indiscreto.

Abrigaba el firme convencimiento de que Diana recibía, á veces, en dicha estancia al Padre Vaughan, ó á algún otro de sus misteriosos directores de ella, en los momentos en que menos temía el verse molestada. Las luces que daban claridad á la biblioteca, en horas intempestivas; el juego de sombras, que yo propio presenciara; las huellas de pisadas impresas, de madrugada, en la yerba, desde la puerta de la torrecilla hasta la poterna del jardín; las visiones y ruidos que muchos criados, especialmente Andrés, habían notado, explicándoselos á su manera: todo contribuía á probar que el paraje era visitado por persona extraña al castillo. De esto á persuadirme de que Diana era el objeto de tales visitas, no había más que un paso. Concebí rápidamente un plan. ¿Qué persona podía ser aquella? ¿Hasta dónde alcanzaba su autoridad sobre la joven, y qué podía resultar en bien ó en mal? Otra cosa importante, que en vano quería relegar yo á la consideración de detalle secundario: ¿por qué medios se había impuesto aquella persona á Diana: por terror ó por amor? Ardía en deseos de averiguarlo todo.

Prueba de que me devoraba el fuego de los celos es la idea, á que no podía sustraerme, de que Diana sentía el ascendiente de un solo individuo, aun cuando á mi entender, su consejo debiera llamarse de legión. Mas, á pesar de la objeción precedente, que me hiciera á mi mismo más de una vez, volvía á caer fatalmente en la opinión preconcebida de que, en el fondo de todos aquellos misterios, había de hallarse á un hombre sólo y probablemente joven y bello.

En mis hirvientes ansias por conocer, ó más bien por desmascarar al rival, bajé al jardín para acechar el momento en que hubiese luz en la biblioteca.

Tan devoradora era mi impaciencia que, ganoso de tomar acta de un acontecimiento que sólo podía efectuarse ya entrada la noche, empecé mi espionaje una larga hora antes de ponerse el sol. Érase domingo, durante una tarde de julio y to-

das las avenidas estaban tranquilas y solitarias. Pasé de aquí para allá reflexionando en las probables consecuencias de mi empresa. El aire estaba fresco, cargado de balsámicos efluvios, y su benigna influencia calmó un tanto la fiebre que ardía en mis venas. Mi sobrecitado cerebro fué apaciguándose por grados, y acabé por preguntarme con qué derecho iba á penetrar en los secretos de miss Vernon ó en los de la familia de mi tío. ¿Qué se ocultaba en una casa donde sólo por tolerancia habíaseme admitido? Si no tenía yo que ver en el asunto ¿á qué inmiscuirme en los de una joven envueltos en el misterio y que ella propia me había rogado que respetara? Carecía yo de títulos para tanto.

Mas la pasión y la contumacia dieron pronto al traste con los escrúpulos. Descubrir el misterio sería acaso, y según todas las probabilidades, prestar servicio á sir Hildebrando, quien ignoraba, sin duda, las intrigas tramadas bajo su techo, y mucho más á miss Vernon, cuya ingénuo sinceridad la exponía á tantos peligros, por efecto de sus secretas relaciones con... ¿quién sabe? tal vez con alguna persona de carácter equívoco ó peligroso. Si, en apariencia, faltaba yo á la confianza, era con el generoso y *desinteresado* fin (no temí calificarlo así,) de guiar, de defender, de proteger á Diana contra el engaño, contra la malignidad y, sobre todo, contra el desconocido consejero que ella había escogido por confidente. Tales fueron las argucias que mi afán opuso audazmente á mi conciencia como moneda borrosa con que debía ser pagada, y la conciencia se resignó cual mercader que prefiere aceptar, mal de su grado, una moneda mala, á correr el riesgo de perder parroquiano.

Recorriendo, á grandes pasos, las avenidas bordeadas por el césped, y discutiendo conmigo mismo el pro y el contra, reparé, de pronto, en Andrés plantado, como mojón, frente á una hilera de colmenas, en actitud de beatífica contemplación. Por el rabillo del ojo atisbaba mi hombre los movimientos de la compacta colonia, que acababa de instalarse bajo los techos de rastrojo, y traía entre manos un libro destruido de los ángulos, redondeados por el largo uso, de estampación compac-

ta y páginas manchadas, lo que daba al mismo un aspecto de respetable antigüedad.

— Estaba en sazón de oler el perfume de *La Bien oliente flor sembrada sobre el estercolero del mundo*, del digno maese Juan Guakleben; — dijo Andrés cerrando el libro, al acercarme á él,



colocando sus anteojos de cuerno, á guisa de signo, sobre el pasaje que se disponía á leer.

— Y, á lo que veo, ¿ las abejas comparten vuestra atención respecto al sabio autor ?

— ¡ Raza perversa ! Disponen de seis dias de la semana para enjambrar, y, no obstante, se ha observado que esperan al del descanso, impidiendo así á las gentes el ir á escuchar la palabra divina. ¡ Fortuna que hoy no ha habido función en la capilla de Groanagain y no hay motivo de queja !

— Si, al igual que yo, hubieseis asistido á la iglesia de la parroquia, os hubierais enterado de un excelente sermón.

— ¡ Pasta de sopa fria ! — contestó Andrés con desdenoso sonsonete. — Buena para perros, con perdón sea dicho. Si : seguro está que hubiera oído al vicario de allá despachar, en mangas de camisa, su negocio, y á los cantores tocar sus silbatos, pareciendo todo ello más gaudeamus que sermón. Y, á mayor abundamiento, hubiera podido oír al Padre Docharty barbullar su misa, aprovechándome de lo lindo.

Docharty era un anciano sacerdote irlandés que iba algunas veces á celebrar en el castillo.

— El Padre Vaughan estaba ayer aquí, — dije. — ¿ Se fué ya ?

— Fuera está desde ayer tarde, en dirección á algún castillo del Oeste. Hay por ese lado una trapisonda de todos los diablos. Andan por el aire, como mis abejas. ¡ Dios conserve á las pobres bestias ! Pues ¿ no se me ocurría compararlas á los papistas ? Ya está aquí el segundo enjambre, salido al mediodía ; el primero se habia largado al amanecer. ¡ Ah ! Creo que volvieron á entrar cuando anocheció ; y, con esto, doy á Vuestro Honor las buenas noches y le deseo las bendiciones del cielo en abundancia.

Así diciendo, alejóse Andrés, no sin volver á menudo la cabeza para dar una ojeada á sus colmenas.

Habia obtenido de él una importante noticia : la de que el Padre Vaughan no estaba ya en el castillo. En consecuencia, pues, si aparecía, durante la noche, luz en la biblioteca, no seria la suya, ó bien el tal Padre observaba una conducta enigmática y sospechosa.

¡ Con qué febrexcitada impaciencia aguardé la llegada de la noche ! Acababa de desaparecer el sol, cuando un débil resplandor tiñó las ventanas del salón : resplandor anegado en la espírate claridad del crepúsculo. Lo distinguí, empero, con la prontitud que el marino descubre, en las tinieblas, el lejano reverberar de un faro que le señala el derrotero. Los celos y la curiosidad, contenidos hasta la sazón por la duda y el sentimiento del respeto, dieron al traste con este último.

Vuelvo á la casa y, evitando los pasillos frecuentados, como hombre que va á cometer una mala acción, llego á la puerta de la biblioteca. Una vez allá, dudo un instante, la mano puesta en la llave... Percibo un ruido sofocado por los pasos, abro y encuentro á Diana sola.

Ésta se mostró extrañada, ignoro si de mi repentina aparición ó por otra causa, pero su fisonomía presentaba señales de un asombro que no podia ser, tratándose de ella, sinó efecto de extraordinaria emoción. Al poco rato, dominóse, y... es tal el

poder de la conciencia, que yo, que me habia esforzado en sorprender á aquélla, fui el más sorprendido y, en realidad, el más perturbado de ambos.

— ¿Qué ocurre? — preguntóme.

— Nada que yo sepa; — contesté algo confuso. — Venía á buscar el *Orlando furioso*.

— Allí está; — dijo señalándome la mesa.

Huroneando entre los libros, pensaba en el medio de disimular mi debilidad, mediante retirada honrosa, cuando reparé en un guante de hombre. Mis miradas confluyeron con las de Diana, cuyo rostro cubrióse de rubor.

— Es una de mis reliquias: — respondió la joven, perpleja ante mi mudo interrogatorio; — es uno de los guantes de mi abuelo, el original del retrato de Van Dyck, que tanto admiráis.

Presumiendo, seguramente, que una simple aseveración no bastaría á probar su dicho, tiró de un cajón de la mesa y, sacando otro guante, me lo echó.

Cuando una persona naturalmente sincera se rebaja á usar equívocos ó ficción, lo verifica con tal desacierto y dificultad, que á menudo despierta sospechas y provoca examen. Después de ligera ojeada á los dos guantes, respondí en tono grave:

— Parécense, efectivamente, en la forma y en el bordado, pero no constituyen verdadero par, ya que ambos pertenecen á la mano derecha.

Diana se mordió los labios y ruborizóse de nuevo.

— ¡ Razón tenéis para confundirme! — replicó con amargura. — Un amigo hubiera juzgado, ante mi respuesta, que prefería yo no entrar en explicaciones acerca de una circunstancia que á nadie interesa y menos á un forastero. Habéis opinado mejor, y me habéis hecho sentir no sólo la bajeza de la doblez, si que también mi incapacidad en sostener una mentira. Os diré, pues, con toda claridad, que este guante, conforme lo habéis notado tan sutilmente, no forma verdadero par con el que os he enseñado: pertenece á un amigo más caro aun para mí que el original del cuadro de Van Dyck, á un amigo cuyos consejos me guiarán siempre, á un amigo á quien respeto, á quien a...

Se detuvo. Mortificado por el tono de sus palabras, terminé la frase:

— ¿A quién amo, quereis decir?

— Y si lo dijese, — replicó altiva, — ¿quién tendría el derecho de oponerse á mis afectos?



— ¡ Oh! A buen seguro que no tuera yo. No me atribuyáis, por favor, tanta presunción. Empero, — continué con cierto énfasis, — confío en que miss Vernon perdonará á un amigo, á quien parece quiere privar de semejante título, si insiste en...

— En nada debéis insistir, caballero, — interrumpió con vehemencia, — á no ser en que no debéis sospechar ni interrogarme. Nadie tiene el derecho de erigirse en juez de mi causa, y si habéis venido aquí y á esta hora para espiar mi conducta, la amistad ó el interés que pretendéis sentir por mi constituyen pobre excusa en favor de vuestra curiosidad indiscreta.

— Voy á libraros de mi presencia; — dije con no menor altivez, pues mi carácter jamás ha sabido doblegarse ni aun tratándose de mis sentimientos más caros; — si: voy á libraros de mi presencia. He tenido un sueño agradable, pero muy engañoso y... ¡ Nos conocemos!

Cerca de la puerta estaba ya cuando miss Vernon, cuyos impetuosos movimientos semejaban, á veces, impulsos del instinto, llegóse á mi y, cogiéndome por el brazo, me detuvo con aquel ademán de superioridad que sabía adoptar de momento y cuyo efecto hacia irresistible la ingenuidad de sus modales.

— ¡Deteneos, señor Frank! — dijo. — No debemos separarnos así. No estoy tan sobrada de amigos, que pueda permitirme el placer de romper con los ingratos y egoistas. Escuchad bien lo que voy á deciros: nada sabréis de este guante misterioso; — y lo tomó con la mano; — no, nada, ni una palabra más de lo que sabéis ya; y, á pesar de ello, no sufriré que sea motivo de desconfianza y de lucha entre nosotros. El tiempo de mi permanencia aquí, — añadió en tono más suave, — corto será indefectiblemente, y más aun el de la vuestra. Vamos á separarnos para no volver á vernos. ¡No riñamos, pues! Que los tenebrosos infortunios no sirvan de pretexto para envenenar las pocas horas que nos quedan de estar juntos en esta playa de la eternidad.

¿ Con qué mágica fascinación encadenaba á su arbitrio un carácter como el mio, del que yo no era siempre dueño? Abri-gaba, al penetrar en la biblioteca, la firme resolución de pedir á Diana una explicación completa; ella, con desdeñoso aplomo, había rehusado darla; ¿ qué digo? habíame confesado, cara á cara, que prefería un rival, porque ¿ cómo interpretar de otro modo su predilección en favor del misterioso personaje? Y, no obstante, en el momento de salir y de romper con ella, había-le bastado cambiar el tono y las maneras, sustituyendo su altivez provocativa por un bondadoso despotismo, templado por el grave acento de la melancolía, para volver á su sitio al esclavo, contrito y encorvado bajo las más duras condiciones.

— ¿ A qué llamarme de nuevo? — pregunté volviéndome á sentar. — ¿ A qué hacerme testigo de males que no puedo curar y de secretos que no pueden esclarecerse sin ofenderos? Aunque carezcáis de experiencia del mundo, se os debe alcanzar, por lo menos, que una mujer joven y bella puede tener sólo un amigo. Yo mismo, si notara que uno de los míos me

excluye de cualquier confidencia hecha á un tercero, desconocido y misterioso, sentiría celos; en tanto que de vos, por el contrario...

— De mí estáis naturalmente celoso en todos los grados de esa grata pasión: ¿ digo bien? Pero, amigo mio, ¿ qué hacéis con eso, sinó caer en la hojarasca que los tontos apetecen en comedias y novelas, y que rebuscan hasta prestar á las quimeras el don de conmover su alma? A fuerza de habladurías, muchachos y niñas se creen enamorados, y cuando su amor languidece, pónense celosos á fuerza de tormentos. Vos y yo, Frank, que somos personas juiciosas, carecemos de tontería ó de descanso suficiente para hacer degenerar nuestras conversaciones en otro afecto que el de la buena y franca amistad. Toda otra relación entre nosotros es tan imposible de realizar como si fuese yo hombre ó vos fueseis mujer. A deciros verdad, — añadió, después de un momento de fluctuación, — y haciendo en pró de las conveniencias el sacrificio de ruborizarme algo por explicación tan clara, vos y yo no podríamos casarnos, aunque quisiéramos, y hasta pudiendo, no deberíamos.

Un celestial rubor cubrió la faz de Diana, mientras me dirigí la cruel explicación. Prescindiendo ya de sospechas, aun cuando acababan de ser confirmadas, disponíame á protestar contra aquella intimación; mas la joven prosiguió con dignidad fría parecida á la severidad.

— Lo que acabo de deciros es verdad seria é incontestable, y fuerza es tomarla como tal sin ulteriores palabras. Así, pues, señor Osbaldistone, quedamos en que somos amigos: ¿ eh?

Tendióme su mano y tomando una de las mías, añadió:

— Hoy y más tarde, nada más que amigos.

Abandonó mi mano, y yo, incapaz de resistir aquella mezcla de dulzura y de energía, bajé la cabeza.

— Aquí va una carta, — dijo cambiando de conversación, — que está perfectamente dirigida á vos. A pesar de las precauciones de vuestro corresponsal, no hubiera tal vez llegado nunca á poder vuestro, á no caer en el del enano Pacolet... un mago pequeñin que, á semejanza de todas las heroínas de novela, conservo secretamente á mis órdenes.

Abri la carta y recorrí su contexto. El papel se escapó de entre mis dedos y exclamé involuntariamente :

— ¡ Dios eterno ! ¡ Mi desobediencia y mi locura han arruinado á mi padre !



La joven púsose en pié tiernamente alarmada.

— Palidecéis... sufris... ¿ Qué puedo hacer por vos ? Sed hombre y sosegáos. ¿ Acaso vuestro padre... ha muerto ?

— Gracias al cielo , no ; pero las desgracias que le amenazan...

— ¡ Si no es más que eso , no desesperéis ! ¿ Puedo leer esta carta ?— dijo cogiéndola.

Accedí á ello sabiendo apenas lo que decía. Después de leerla con mucha atención :

— ¿ Quién es ese señor Tresham que os escribe ?— preguntóme Diana.

— El socio de mi padre , aunque habitualmente no se ocupa en asuntos comerciales.

— Refiérese á muchas cartas que os ha dirigido.

— Ni una sola ha llegado hasta mí.

— Y á lo que veo , Rashleigh á quien vuestro padre , al salir para Holanda , dejó al frente de la casa , ha salido de Londres hace algun tiempo ; se ha dirigido á Escocia con una considerable suma en valores y en dinero para reembolsar el importe de documentos fiduciarios suscritos por vuestro padre á favor de negociantes de aquel país , y... nada se sabe de él.

— ¡ Todo esto es demasiado cierto !

— Y, finalmente, parece que un principal dependiente , apellidado Owen , ha pasado á Glasgow para seguir las huellas de Rashleigh , y se os ruega que paséis allá para uniros al propio Owen y auxiliárle en sus averiguaciones.

— Así es : debo partir sin pérdida de momento.

— Esperad un poco. Lo peor que puede resultar es una pérdida de dinero. ¿ Y esto os hace derramar lágrimas ? ¡ Vamos, caballero !

— Me estáis injuriando, miss Vernon. No, no es la pérdida lo que me aflige , sinó el efecto que producirá , de seguro , en el ánimo y en la salud de mi padre. Su crédito le es tan caro como el honor , y si no puede cumplir con sus compromisos , caerá en desazón , en remordimiento , en desesperación , como soldado valiente acusado de cobardía ó como hombre honrado herido en su reputación. ¡ Y pensar que todo eso lo hubiera podido yo evitar ! ¿ Y á costa de qué ? Del sacrificio de un necio orgullo y de un desapego que me han privado de compartir los trabajos de su útil y honrosa profesión ! ¡ Dios mio ! ¿ Cómo reparar las consecuencias de mi error ?

— Partiendo cuanto antes para Glasgow , insiguiendo los deseos del amigo que os escribe.

— Mas si Rashleigh ha concebido en realidad el proyecto infame de arruinar á su bienhechor, ¿con qué probabilidades cuento para contrarestar un plan tan profundamente combinado?

— Las contingencias son problemáticas, lo reconozco; pero, de otro lado, no podéis prestar utilidad alguna á vuestro padre permaneciendo aquí. Acordaos de que, si hubiéseis ocupado el lugar que se os destinaba, la catástrofe no se hubiera efectuado; id al encuentro de aquél que ahora se os indica, y tal vez se halle remedio... Aguardad: no salgáis antes de que vuelva yo.

Dejome en un estado de perturbación y de abatimiento, en medio del cual hallé, empero, calma bastante para admirar la firmeza, la serenidad y la presencia de ánimo que caracterizaban á miss Vernon en sus crisis más imprevistas.

Al cabo de algunos minutos reapareció Diana con cierto papel en la mano, doblado y cerrado á manera de carta, pero sin dirección.

— Os confío — dijo, — esta prueba de mi amistad, porque tengo plena confianza en vuestro honor. Me he hecho perfectamente cargo del género de desgracia que os aflige, y creo que los fondos, hoy en poder de Rashleigh, deben de ser recuperados en dia fijo, el 12 de setiembre, me parece, á fin de aplicarse al pago de los consabidos billetes. Por tanto, si con antelación á la memorada fecha, podéis disponer de la cantidad indispensable, el crédito de vuestro padre quedará á salvo de todo peligro.

— Así es: lo he comprendido como vos.

Después de consultar, de nuevo, la carta de Londres, añadió:

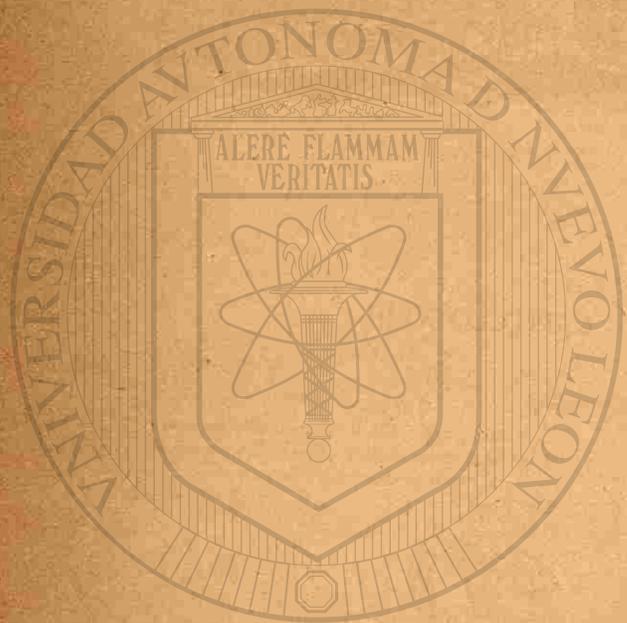
— Si, sí: no hay el menor asomo de duda.

— Pues en tal caso, — repuso Diana, — mi pequeño Pacolet podrá servirlos. Habréis oído hablar de talismanes envueltos en las misivas... Tomad esta carta y no la abráis sinó en caso extremo. Si triunfáis con vuestros propios esfuerzos, fio en vuestro honor para que la rasguéis sin abrirla; en caso contrario, romped el sello diez días antes del vencimiento de los billetes y os enteraréis de observaciones que podrán seros prove-

chosas. Adiós, Frank... No volveremos á vernos más... Pensad alguna vez en Diana Vernon, vuestra humilde amiga.

Ofrecióme la mano, pero yo estreché á la joven contra mi corazón. Suspiró, desprendiéndose de mis brazos, huyó por la puerta que daba acceso á su habitación y no la vi más.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO XVIII.

¡Anda, anda! Allá corren galopando con toda la celeridad de sus caballos. ¡Hurra! Los muertos van aprisa. ¿Te da miedo el venir conmigo?

BURGER. — *Lenora.*

En un cúmulo de males, cuya causa y cuyos caracteres son distintos, se tiene, al menos, la ventaja de que la distracción resultante de los efectos contradictorios evita á quien los sufre el sucumbir bajo el peso de cualquiera de ellos.

Sentía yo la muerte en el alma, al separarme de miss Vernon, pero hubiera sufrido más si la crítica situación de mi padre no hubiera distraído mi dolor, y me sentía menos afligido con las nuevas de Londres, que si éstas únicamente me hubiesen trastornado. No era, ni por asomo, amante superficial ó hijo insensible; mas en el corazón humano hay sólo lugar para una suma de emociones dolorosas, y cuando dos motivos diversos lo ponen á prueba, uerza es que nuestra sensibilidad se distri-

buya entre ellas como se distribuye entre los acreedores el activo de un comerciante quebrado.

Tales eran mis reflexiones al acercarme á mi aposento, y, conforme al ejemplo que acabo de citar, empezaban ya á tomar un sesgo comercial.

Releí, con mucha atención, la carta del señor Tresham, la cual pecaba de falta de precisión y me remitía á Owen para ciertas instrucciones. El socio de mi padre me encargaba que fuera á reunirme con aquél en una ciudad de Escocia llamada Glasgow, añadiendo que adquiriría noticias de mi antiguo amigo en casa de los señores Mac-Vittie, Mac-Fin y compañía, comerciantes de la nombrada población. Hablábame, asimismo, de numerosas cartas, extraviadas seguramente ó interceptadas, doliéndose de mi inconcebible silencio en términos tales, que rebosaran soberana injusticia si mi correspondencia hubiese llegado á su destino. Semejante lectura me consternó. No cabía dudar un instante de que el genio de Rashleigh pesaba sobre mí, encerrándome en un dédalo de dificultades y artificios, sin que fuera menos horrorosa la idea de los medios que había debido combinar para llegar á sus fines, y la de su maligno poder.

Para honra mía debo advertir que el disgusto de abandonar á miss Vernon, aunque era cruel y lo fuera aún más en otras circunstancias, convirtiéndose en consideración secundaria ante la del desastre que amenazaba á mi padre. Y no es que hiciera yo gran caso de la fortuna, puesto que, al igual de tantos otros jóvenes dotados de imaginación ardiente, figurábame que era más fácil prescindir de ella que consagrar tiempo y talento á los medios dignos de adquirirla. Pero sabía que, á los ojos de mi padre, una suspensión de pagos significaba mancha indeleble, mal sin remedio que le iría consumiéndose hasta el instante próximo en que la muerte le librara de sufrirlo.

Esta dolorosa consideración enseñoreóse de mi espíritu con una energía que no hubiera excitado el cuidado de intereses propios, y, después de madura reflexión, resolví pasar á Escocia al siguiente día. En cuanto á mi tío, bastaba advertirle,

mediante una esquila en que le diera gracias por su hospitalidad y alegando un importante y repentino asunto como excusa de no tributárselas personalmente. El rústico *baronnet* no sería riguroso conmigo por una cuestión de etiqueta: estaba yo convencido de ello. De otra parte, las vastas y audaces combinaciones de Rashleigh me habían causado honda impresión, y recelé que emplease los medios conducentes á inutilizar un viaje emprendido para combatirlo, caso de que lo anunciara yo abiertamente.

Determiné, pues, ponerme en camino á la mañana siguiente, al rayar el alba, y pasar la frontera de Escocia antes de que nadie, en el castillo, pudiera sospechar acerca de mi salida. De mi diligencia dependía el éxito del viaje, mas fuerza era vencer una dificultad no pequeña. ¿Cuál era el camino más corto para llegar á Glasgow, y, lo que es peor, por cuál se iba allá? Lo ignoraba en absoluto. Andrés Bonservice parecióme autoridad competente y apta: necesario era, pues, consultarle. Por ende, y á pesar de lo avanzado de la noche, quise asegurarme de punto tan trascendental, y, en breves minutos, llegué á la casa del jardinero.

La habitación de Andrés estaba situada á corta distancia del jardín. Era una de esas casitas del Northumberland, adecuadas y cómodas, construida con sillarejos apenas desvastados, con sus puertas y ventanas encuadradas en macizos dinteles de piedra tosca y el techo formado con baldosas grises en lugar de pizarras, de rastrojo ó de tejas. Un peral, en un ángulo, un arroyo y un cuadrado de flores al frente, un huerto detrás, un trozo de pradera para pasto de una vaca, un pequeño campo para suministrar alimento al jardinero: tales son el auxilio y los bienes que la vieja Inglaterra procura á sus pobres hijos hasta en las provincias más atrasadas.

Aproximándome á la morada del prudente Andrés, cierto ruido de carácter solemne, nasal y prolongado, hirió mis oídos: lo que me indujo á sospechar si el aldeano, según laudable costumbre de sus compatriotas, había reunido algunos vecinos para que le acompañaran en sus rezos de la noche, ya

que á su lado no tenia esposa, ni hija, ni otra persona del sexo femenino.

«El primer jardinero — decia — tuvo demasiados animales de esa especie.» Por ello, lograba á veces hacerse con un auditorio de papistas y anglicanos de los alrededores, « otros tantos tizones arrancados al horno, » según expresión suya, á quienes prodigaba su maná espiritual, con gran descontento del Padre Vaughan, del Padre Docharty, de Rashleigh y de todos los católicos que condenaban la intrusión del aldeano en



aquellas materias, como acto de contrabando herético. Era, pues, verosímil que estuviese congregada aquella noche, en casa del último, una sucursal del explicado género. Escuchando con mayor atención, el ruido parecióme salido de los pulmones del sobredicho Andrés. Cuando interrumpi á éste abriendo la puerta, halléle sólo, leyendo en alta voz, para edificación propia, cierto volumen de teología, y batallando, con todas sus fuerzas, contra frases de á vara y palabras muy enrevesadas.

No bien me vió entrar, puso á un lado el in-folio.

— Estaba enfrascado — dijo, — en la lectura del digno doctor Lightfoot (1).

(1) Pié ligero.

— ¡ Lightfoot! — exclamé dando una ojeada al enorme libraco. — ¡ Qué mal apellido lleva!

— Pues es el suyo, caballero: era un teólogo y de otra casta muy diversa de la del día. Empero, dispensadme el haberos tenido plantado ahí á la puerta: habéis de saber que anoche un fantasma (¡ Dios nos libre de ellos!) me ha emberrinchado de tal modo, que no me atrevi á abrir la puerta antes de terminar el rezo nocturno. Cabalmente acabo de concluir la lectura del capítulo V del profeta Nehemias, y si esto no basta á mantenerlos á distancia, ya no sé cómo componérmelas.

— ¿ Emborrachado por un fantasma? Esplicáos.

— No he dicho emborrachado, sinó emberrinchado... Me ha dado el vértigo... Las carnes me tiemblan aún!

— Dad tregua á vuestro sobresalto, Andrés, y decidme si conocéis el camino más corto para pasar á una villa de vuestro país llamada Glasgow.

— Glasgow es ciudad, caballero, que no villa. ¿ Y me preguntáis si conozco el camino? ¿ Por qué no? No está tan distante de mi parroquia, desde la cual se va allá en un santiamén. Pero ¿ qué es lo que Vuestro Honor piensa hacer en Glasgow?

— Negocio.

— Lo que equivale á decirme: punto en boca, porque no gusto de mentiras. ¿ Conque... Glasgow?...

Reflexionó un momento y añadió:

— Pues lo mejor es tomar un práctico que os enseñe el camino.

— Justamente, pero el caso es conocer uno que se dirija hacia aquel lado.

— Y... por de contado, que Vuestro Honor tendría en cuenta tiempo y trabajo empleados?

— Se supone. Traigo prisa, y si me procuráis un guía, le pagaré bien.

— En domingo no debe hablarse de los intereses carnales, — observó Andrés elevando al cielo los ojos. — A no ser por esto, preguntaría lo que tendréis á bien abonar á quien se os porte

como fiel acompañante, refiriéndoos los nombres de los castillos y el parentesco de sus dueños y señores.

— Lo que á mí me importa sólo es conocer la dirección que debo seguir. Por lo tocante al guía, quedará contento de mí, pues le proporcionaré todo cuanto necesite.

— Decir todo es como no decir nada. El fulano de que os hablo conoce las trochas, los lindos senderos de las montañas, las...

— No perdamos tiempo en palabras. Arregladlo á gusto vuestro.

— ¡ Vaya en gracia ! Pues... siendo así, se me figura que el fulano que va á acompañaros será Andrés.

— ¿ Vos ? ¡ Cómo ! ¿ Dejaréis vuestro acomodo para... ?

— He referido ya una vez á Vuestro Honor que tiempo há (tal vez desde el primer día de mi llegada al castillo) se me metió en la cabeza la idea de tomar el portante. Ahora estoy resuelto á irme sin pérdida de momento. Más vale tarde que nunca, y el primer paso es la mitad del camino.

— Conque... ¿ adiós jardinería ? ¿ Y vuestros gajes del oficio ?

— Si, ya : perderé en elló, pero tengo dinero en poder del *laird* (1) por las manzanas del antiguo huerto que llevo vendidas... ¡ Valiente negocio para los que las compraron ! ¡ Famoso desperdicio !... Lo que no obsta para que sir Hildebrando, ó mejor su intendente, se dé tanta prisa en tocar los cuartos como si se tratara de doradas manzanas de reina ! Después, tengo el dinero de las siembras... Por el estilo, voy á desquitarme de la pérdida de mis gajes. Aparte de que confío en que Vuestro Honor se hará cargo de peligros y de gajes perdidos cuando estemos en Glasgow. ¿ Salis muy pronto ?

— Mañana con el alba.

— ¡ Hum !... Muy repentino es... ¿ Dónde buscar un jaco ?... ¡ Ah ! Ya di en el quid.

— Queda, pues, cerrado el trato, Andrés. A las cinco de la madrugada, aguardadme en el extremo de la avenida.

(1) *Laird* escocés.

— Lléveme el diablo, vamos al decir, si faltó á mi palabra ; y hasta si queréis creerme, saldremos dos horas ántes. Conozco los caminos, de noche como de día, ni más ni menos que el ciego Ronaldson, que ha recorrido tantas veces el país.

El deseo de alejarme cuanto antes me indujo á seguir el consejo de Andrés, y así la cita quedó fijada para las tres de la madrugada. De pronto una reflexión agitó el espíritu de mi futuro compañero de viaje.

— ¡ Ah, el fantasma !... exclamó. — ¡ Si echará á correr tras de nosotros !... No ansio semejante espectáculo dos veces en veinte y cuatro horas.

— ¡ Bah ! — dije despidiéndome. — No os desazonéis por los espíritus del otro mundo, cuando éste de acá cuenta con algunos bastante malignos que saben hacer de las suyas sin necesidad de Lucifer ni de su tropa.

Después de la antecedente reflexión, arrancada por la conciencia de mis propios males, emprendí el camino de regreso al castillo.

Mis preparativos de marcha quedaron ultimados luégo. Cargué mis pistolas, y acostéme vestido para aprovechar algunos instantes de reposo antes de emprender las fatigas del largo y penoso viaje. Mi naturaleza, agotada por las tumultuosas emociones del día, fuéme más propicia de lo que podía esperar, favoreciéndome con un sueño profundo y sosegado, que no sacudí hasta sonar las dos en el viejo reloj de cierta torreilla inmediata á mi aposento. Al instante estuve de pié, y, después de procurarme luz, mediante el pedernal, escribí á mi tío la carta que le destinaba. Luégo, llevando en la mano una maleta llena de la ropa indispensable, bajé la escalera sin tropiezo y llegué á la cuadra. Sin ser tan experto como mis primos, sabía lo bastante para enjaezar un caballo, de modo que, á los pocos minutos, estuve montado.

Recorriendo la antigua avenida, volvíme para lanzar una postrer mirada á las paredes que cobijaban á Diana Vernon, lo cual me arrancó profundos suspiros y el triste presentimiento de que sería eterna nuestra separación. Era imposible, en aque-

llas hileras de ventanas largas é irregulares, distinguir, á la indecisa claridad de la luna, el aposento que la joven ocupaba. Dejando vagar mis ojos por la masa de elementos confusos y raros: «Perdida está para mí, pensé, — ya antes de que me haya separado de los lugares en que ella habita! ¿Qué esperanza de conservar alguna relación con ella, cuando estaremos tan lejos uno del otro?»

Preso mi alma de un fantaséo que nada tenia de encantador, la campana resonó, tres veces consecutivas, en la calma de la noche recordándome, á la par que la hora de la cita, un individuo mucho menos seductor, bajo todos conceptos: Andrés Bonservice.

Ala puerta de la avenida divisé un ginete apostado en la sombra que proyectaba la pared, el cual, sólo después de reiterada tos por mi parte y de llamarle distintas veces, respondió:

— Si; yo soy: os lo fio.

— Pasad adelante — dijele — y chitón, si os es posible, hasta nuestra salida del pueblo que está en el valle.

Andrés tomó, en efecto, la delantera, con paso más rápido de lo que yo quisiera, sometiéndose tan bien á mi indicación de que guardara silencio, que ni despegó los labios para explicarme la causa de una precipitación á mi entender inútil.

Después de separarnos, siguiendo las trochas conocidas por mi guía, de los pedregosos senderos que se entrecruzaban al rededor del castillo en enmarañada hurdimbre, llegamos á un páramo abierto y, pasándolo al galope, dirigimos nuestra carrera al través de las montañas yermas que separan á Inglaterra de Escocia: región que ha recibido el nombre de *Fronteras medias*.

La ruta ó, mejor dicho, la dirección intermitente que seguimos, ofrecia agradable sucesión de barrancos y pedregales, á pesar de lo cual, no reprimia Andrés la celeridad de su cabalgadura que trotaba gallardamente á paso de á tres leguas por hora. Maravillado estaba yo, á la vez que descontento, de la terquedad del picaro, ya que no hallábamos sino subidas y bajadas muy bruscas en terreno propio para describirse uno veinte veces,

costeando de tan cerca los precipicios, que un paso en falso del caballo bastara para ocasionar al caballero segura muerte.

Ni podíamos fiarnos, para asegurar la marcha, de la claridad de la luna que sólo despedía pálida luz, en tanto que la masa de montañas proyectaba espesas tinieblas en muchos parajes, por lo cual no me quedaba otro recurso, para seguir las huellas de Andrés, que el ruido de las herraduras de su caballo y las chispas que arrancaban las mismas de los pedruscos del camino.

Por de pronto, la rapidez de la marcha y la atención que el cuidado de mi seguridad personal me obligaba á dedicar á mi cabalgadura, produjéronme el buen efecto de distraer mi espíritu de ideas tristes, á las cuales, de seguro, se hubiera abandonado. Últimamente, después de haberle dicho, gritando, á Andrés que moderara el paso, su imprudente obstinación en no obedecerme me exaltó la bilis. Mi ira no fué más afortunada. Dos ó tres veces probé de darle alcance, con el firme propósito de pararlo á latigazos, pero iba mejor montado que yo, y, fuese por fogosidad de su caballo, fuese por presentimiento de mis buenas intenciones, aceleraba el paso no bien estaba yo próximo á alcanzarlo. De otra parte, veíame obligado á no perdonar la espuela para no perderle de vista, pues demasiado sabia yo que sin él me fuera imposible orientarme en mitad de aquellas hórridas soledades que atravesábamos de una sola embestida.

Finalmente, y no pudiendo dominar ya más mi cólera, amenacé al impetuoso Andrés con hacer uso de mis pistolas y de mandarle una bala que suspendiera, en el acto, su endiablado escape, si no lo reprimia por su cuenta; amenaza que impresionó sus oídos, hasta entonces sordos á mis ruegos, puesto que cambió súbito el paso.

— Insensato es el galopar tan locamente; — dijo cuando estuve cerca de él.

— ¿Cuál era, pues, vuestro propósito procediendo de esa suerte, miserable testarudo? — le pregunté.

Era yo preso de uno de esos accesos de cólera que se exaltan

más cuando se acaba de experimentar un movimiento de terror, el cual semeja á las gotas de agua que excitan el ardor del fuego sin lograr extinguirlo.

— ¿Qué me quiere Vuestro Honor? — demandóme Andrés con imperturbable sangre fría.

— ¿Que qué deseo, bribón? Hace una hora que me desgañito gritándoos que andéis menos aprisa, y ni siquiera me habéis respondido. ¿Estáis borracho ó loco?

— Con perdón de Vuestro Honor, soy algo duro de oído, aparte de que no niego que haya bebido, tal vez, el «trago de marcha», antes de dejar la antigua casa en que he trabajado durante tantos años. Falto de amigo con quien brindar, puede que me haya encargado de hacerlo por dos; de otra suerte, hubiera debido abandonar á los papistas el resto de mi cuarterola de aguardiente, y en verdad que hubiera sido despilfarro.

Había en tales observaciones cierta apariencia de verdad, y además la necesidad me aconsejaba seguir en buena inteligencia con mi guía. Limitéme, pues, á prescribirle que, en lo sucesivo, se ajustara á mis órdenes para regular nuestra marcha.

Estimulado por el apaciguarse de mi voz, Andrés elevó la suya en una octava, tomando el tono de suficiencia doctoral que le era peculiar.

— Vuestro Honor no me convencerá nunca, como nadie en el mundo, de que sea prudente ó sano el tomar de noche el aire de los bosques sin haberse pertrechado antes con un buen vaso de agua específica, ó de aguardiente, ó de otro cordial de este jaéz. He atravesado cien veces las costas del monte de las Nutrias, de día como de noche, y jamás acertara á salir del paso sin haber bebido la «gota de la mañana», en prueba de lo cual llevaba mi cuarterola de aguardiente en cada arzón de la silla.

— En otros términos, Andrés: os dedicabais al contrabando. Y ¿cómo vuestros rigurosos principios se compaginaban con el fraude al Estado?

— Entre los egipcios fuera buena presa; mas la pobre vieja Escocia, después de la malhadada Unión, tiene mucho que su-

frir de parte de esos innobles pillos aduaneros, que han caído sobre ella en abundancia, igual que langostas, y es obrar como buen hijo el suministrarle alguna gota de algo para remozar su corazón, quiéranlo ó nó esos monstruosos fulleros.

Prosiguiendo la plática, comunicóme Andrés que más de una vez había pasado por aquellos desfiladeros practicando el contrabando antes y después de su permanencia en el castillo: circunstancia no exenta de valor, puesto que me daba la medida de su habilidad en guiarme, á pesar de la corrida con que emprendiéramos la marcha.

Seguíamos, á la sazón, un paso más moderado, siquiera el espolazo de marras, que tanto había precipitado los movimientos de mi guía, pareciese ejercer todavía sobre él un resto de influencia. Así volvíase, á menudo, para lanzar miradas bruscas y terroríficas, y en cuanto el camino aparecía más socorrido, atormentaba á su cabalgadura para que alargara el paso, cual si sintiera á los aduaneros irle en zaga.

Sus sobresaltos disminuyeron por grados, hasta que subimos á una desolada montaña, cuya meseta, de un cuarto de hora de extensión, era sólo accesible salvando abruptas pendientes.

Los pálidos rayos de la mañana comenzaban á iluminar el horizonte. Andrés miró, de nuevo, tras sí, y, no viendo sombra de ser viviente en los desiertos que acabábamos de atravesar, sus duras facciones serenáronse poco á poco y púsose á silbar, y luego á cantar, con más afición que melodía, el final de una canción escocesa:

*Es para mi Jenny la ufana,
En la montaña y tierra llana,
Y no ha de verla más su clan.*

Y, al propio tiempo, pasaba la mano por el pescuezo de su cabalgadura, que tan valerosamente le había servido: gesto que hizo fijar mi atención en el bruto y reconocer en él, desde luego, al caballo predilecto de Thorncliff Osbaldistone.

—¿Cómo se entiende, Andrés?— le pregunté severamente.
—Vuestro caballo pertenece á mi primo!

—Es posible que le haya pertenecido algun día, pero hoy es mío.

—¡Se lo habéis robado, canalla!

—No, no señor. Nadie tiene derecho á acusarme de ladrón. Váis á ver cómo ha sido eso. El señor Thorncliff pidióme prestadas diez libras, que le entregué para asistir á las corridas de York, y lléveme el diablo si me ha devuelto un cuarto, antes bien, al pedirselo, hablaba siempre de sobarme las costillas. Ahora os aseguro que no será fácil hacer repasar la frontera á mi bruto, y que si Thorncliff no me reembolsa hasta el último maravedí, no le verá más el pelo del rabo al animal. Conozco, en Loughmaben, á un chico listo, procurador de punta, que me enseñará el modo de componérmelas con el otro. ¡Ladrón! ¡Nada de eso! Lejos de mí semejante pecado! Me he apoderado del cuadrúpedo *jurisdictionis fundandy causey*, como dice el procurador, que se explica casi tan bien como los jardineros y otros sabios: tres palabras (¡lástima que cuesten tan caras!) que son todo lo que Andrés ha sacado en claro de cierto largo pleito y de cuatro barriles del mejor aguardiente que haya sorbido el gahnate humano. ¡Ay, señor! La ley no se aprende gratis.

—Más costosa será para vos, Andrés, si proseguis cobrándoos por vuestra cuenta y sin el debido consentimiento.

—¡Bah! Estamos ya en Escocia, á Dios gracias, y no han de faltarme amigos, procuradores y hasta jueces, ni más ni menos que á cualquiera de los Osbaldistone de allá. El primo de mi abuela, en tercer grado, lo es del preboste (1) de Dumfries, y no ha de tolerar que se falte á una gota de su misma sangre. ¡Vaya! Aquí la justicia no es parcial en favor de nadie; no sucede como en vuestro país, donde se pone mano sobre un pobre diablo por una orden del escribano Jobson sin darle tiempo para volver el rostro. ¡Oh! y que antes de poco

(1) Cabeza, presidente ó decano de ciertos cuerpos ó comunidades.

tendrán aún justicia peor, sea dicho de paso, razón por la cual, junto con los demás, les he dicho «ahí queda eso.»

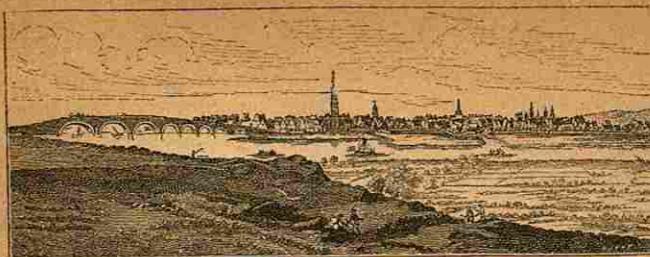
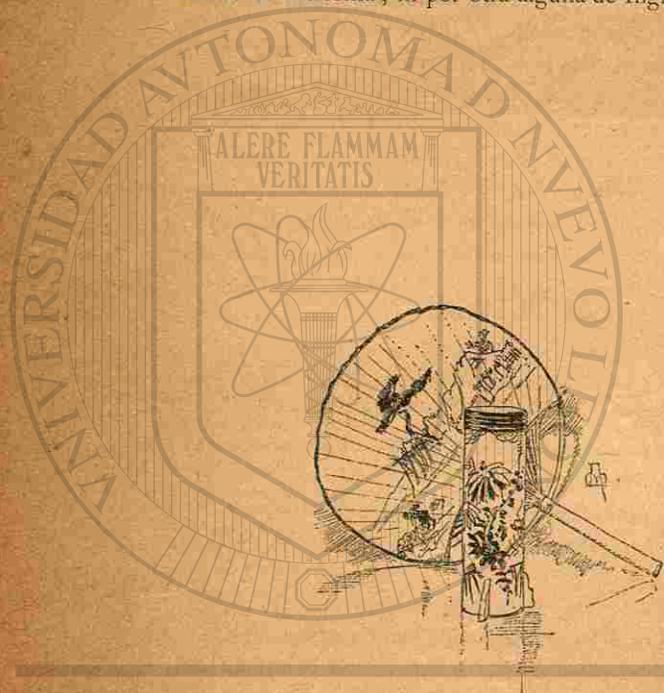
Las picardias que soltaba Andrés me contrariaron mucho, moviéndome á lamentar el destino que, por segunda vez, colocaba en mi camino á un individuo de tan escasa moralidad. No obstante, concebí la intencion de comprarle el caballo, en cuanto llegáramos al término del viaje, y de devolvérselo á mi primo, sin perjuicio de escribir á mi tío acerca del particular, aprovechando la primera oficina de correos. Por lo que toca al culpable, parecióme trabajo perdido el reñir con él por una acción bastante natural, después de todo, dada su condición. Ahogué, por ende, mi disgusto, y preguntéle á Andrés lo que quería significar al decir que, en breve, se administraría aún menos justicia en el Northumberland.

—¡Justicia!— respondió.— ¡Pues! Bastará con la del palo. Sacerdotes, militares irlandeses y toda la ganadería papista, que fué á enredarse en el extranjero por miedo de presentarse en el país, ahora regresará allá en tropel, y... los cuervos no se reúnen cuando no huelen la carne muerta. Tan seguro como que vivis, que sir Hildebrando perderá la cabeza en el zafarrancho. El castillo está atestado de pistolas y fusiles, de espadas y de puñales y... Se batirán de lo lindo, os lo prometo, porque nada les arredra á aquellos jóvenes exaltados, con vuestro perdón sea dicho.

El precedente discurso reprodujo en mi memoria las sospechas que concibiera yo de que los jacobitas estaban en visperas de alguna empresa desesperada; pero, calculando que no me incumbía el vigilar la conducta de mi tío, había evitado, más que buscado, las ocasiones de conocer lo que pasaba en el castillo. Mas Andrés, inaccesible á tales escrúpulos, decía evidentemente la verdad al suponer que se tramaba un complot y que semejante circunstancia era otro de los motivos que le habían determinado á partir.

—Los criados,— añadió,— al igual que los enfiteotas y demás, han sido comprometidos y revistados. También á mí querían armarme, pero ¡quíá! ¡enredarme yo con una tropa de

esa casta!... ¡Qué poco me conocen los que me lo propusieron! Me batiré cuando me acomode, pero no será por la prostituida de Babilonia, ni por otra alguna de Inglaterra!



CAPÍTULO XIX.

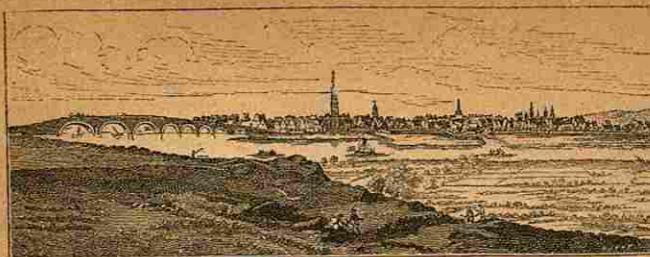
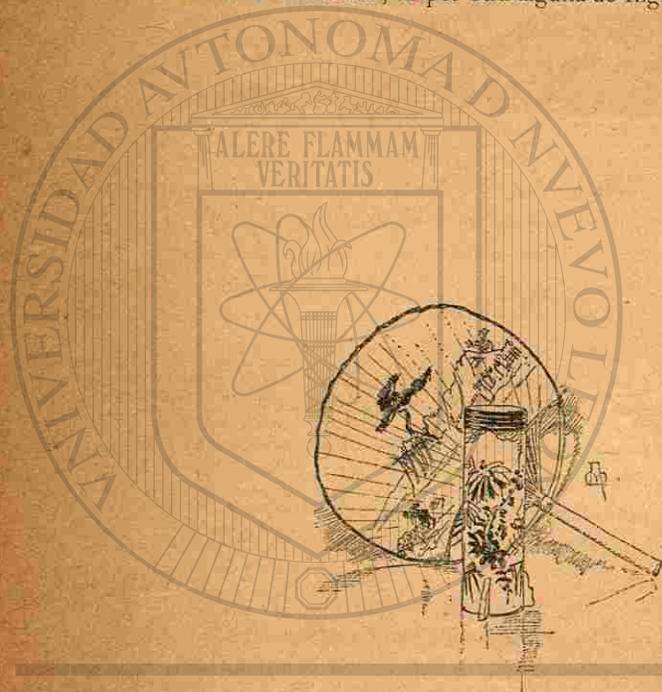
Al pie de ese hendido campanario que, batido por los ultrajes del viento, parece aspirar sólo á la ruina, duermen el génio del poeta, la bravura del guerrero y los suspiros del amante.

JOHN LANGHORNE.

LEGADOS á la primera villa de Escocia, Andrés no olvidó el ir en busca de su amigo el procurador, á quien fué á consultar acerca de los trámites indispensables para convertir decentemente en propiedad legítima la « hermosa bestia » que hasta entonces sólo le pertenecía por obra y gracia de un escamoteo bastante común todavía en un país donde reinara, en otro tiempo, la impunidad.

Complacióme el verle de vuelta con aire corrido y rostro descompuesto. A lo que entendí, había dado excesiva extensión á las confidencias hechas á su antiguo compadre Buchedor, el cual, en cambio de su franca declaración, le comunicó que, durante la ausencia del consultante, había sido nombrado secretario del juzgado de paz, estándole, por consiguiente, encomendado el instruir al juez de las tretas de aquel género. El

esa casta!... ¡Qué poco me conocen los que me lo propusieron! Me batiré cuando me acomode, pero no será por la prostituida de Babilonia, ni por otra alguna de Inglaterra!



CAPÍTULO XIX.

Al pie de ese hendido campanario que, batido por los ultrajes del viento, parece aspirar sólo á la ruina, duermen el génio del poeta, la bravura del guerrero y los suspiros del amante.

JOHN LANGHORNE.

LEGADOS á la primera villa de Escocia, Andrés no olvidó el ir en busca de su amigo el procurador, á quien fué á consultar acerca de los trámites indispensables para convertir decentemente en propiedad legítima la « hermosa bestia » que hasta entonces sólo le pertenecía por obra y gracia de un escamoteo bastante común todavía en un país donde reinara, en otro tiempo, la impunidad.

Complacióme el verle de vuelta con aire corrido y rostro descompuesto. A lo que entendí, había dado excesiva extensión á las confidencias hechas á su antiguo compadre Buchedor, el cual, en cambio de su franca declaración, le comunicó que, durante la ausencia del consultante, había sido nombrado secretario del juzgado de paz, estándole, por consiguiente, encomendado el instruir al juez de las tretas de aquel género. El

astuto funcionario añadió que su deber era el de apoderarse, sin miramiento alguno, del caballo y depositarlo en la cuadra del alcalde Grossepanse, en concepto de peño, á razón de doce chelines escoceses por día, hasta quedar solventada la cuestión de dominio, dejando entrever, asimismo, que su cargo, estrictamente desempeñado, le imponía la obligación de detener al jardinero en persona. Cediendo, empero, á los ruegos de éste, mostróse indulgente, prometió hacer la vista gorda y llevó la generosidad hasta el punto de regalarle un rocín asmático y derengado, para la prosecución del viaje; bien que, en cambio, exigió del pobre Andrés una cesión completa de derechos respecto al buen caballo de Thorncliff. Esta cesión fué de pura forma, toda vez que, según observó bromeando, cuanto podía prometerse, en definitiva, su desgraciado amigo consistía en el cabestro.

No sin pena arranqué los trascritos detalles á mi guía, quien mostró conturbado el aspecto y gachas las orejas, ya que su orgullo nacional se sentía cruelmente mortificado al convenir en que, del lado de acá como del de allá de la frontera, un procurador era un procurador y que el escribano Buchedor no valía un óbolo más que el escribano Jobson.

— Si le hubiera sucedido á él lo que á mí, entre los ingleses, — dijo Andrés, — hubiérase visto vejado en la mitad menos, tratándose de una cosa ganada, puedo decirlo, con peligro de la vida. Pero, ¿háse visto alguna vez que los halcones se destrocen unos á otros? ¡ Ah! todo está revuelto en mi país desde la malhadada Unión!

Era á la de Escocia con Inglaterra, á la que Andrés atribuía cada señal de corrupción y de decadencia que creía observar entre sus paisanos, como la carencia de mesones, la disminución de jarros de cerveza y otros daños por el estilo.

Por lo que á mi toca, las cosas habían tomado un sesgo favorable, sustrayéndome á toda responsabilidad respecto al caballo. Escribí á mi tío explicándole por qué circunstancias aquél había pasado á Escocia y notificándole que estaba en poder de la señora Justicia y de sus respetables emisarios el alcalde Gro-

ssepansa y el secretario Bouchedor, á quienes le remitía para más pormenores. En cuanto á si el animal volvió á su propietario, el cazador de zorros del Northumberland, ó bien si continuó montado por el procurador escocés, alternativa es que no merece ocuparnos.

Seguimos Andrés y yo nuestro viaje hácia el noroeste, con menos celeridad que á la salida, que más pareció fuga. Cadenas de montañas estériles y monótonas sucediéronse sin interrupción hasta que se abrió ante nosotros el fértil valle del Clyde. Arreando el paso de nuestras cabalgaduras, entramos en la villa ó, según la orgullosa denominación de Andrés, en la ciudad de Glasgow.

Ésta es hoy muy digna, por lo que he oído decir, del título que, por una especie de presentimiento, le adjudicó mi guía. Relaciones extensas y siempre crecientes con las Indias occidentales y las colonias de América han favorecido su riqueza y su prosperidad: base que, con perseverancia y energía, puede servir de punto de apoyo á un inmenso desenvolvimiento comercial. En la época de que hablo no brillaba aún la aurora de su esplendor. El acto de la Unión había, ciertamente, abierto para Escocia el tráfico con las colonias inglesas, pero por efecto de la penuria de capitales y de los celos nacionales de los ingleses, los comerciantes escoceses hallábanse aún excluidos, en gran parte, del uso de los privilegios que les otorgaba aquel gran acto político.

Por más que estuviera lejos de hacer presagiar la importancia á que todo anuncia ha de llegar algún día, Glasgow no debía menos á su situación central, al oeste de Escocia, el ocupar un rango elevado y considerable. El Clyde, cuyas abundosas aguas bañan casi sus murallas, abría una navegación ventajosa hacia el interior. No sólo las fértiles llanuras que la rodeaban, si que también los condados de Ayr y de Dumfries miraban como capital natural á Glasgow, mandándole sus productos y recibiendo, en cambio, de ella los objetos de lujo y de utilidad necesarios para su consumo.

De las sombrías montañas de la Escocia occidental bajaban,

con frecuencia, tribus agrestes que frecuentaban los mercados de la residencia favorita de San Mungo, el primer civilizador de aquellas comarcas. Veíanse, á menudo, rebaños de ganado y de ruines potros, vellosos y salvajes, atravesar las calles de la villa guiados por montañeses tan velludos, tan salvajes y, á veces, tan ruines como aquéllos. Con sorpresa observaba el extranjero su traje antiguo y raro y oía los discordantes sonidos de una lengua para él desconocida. Por su parte, el montañés, armado hasta en tan pacífica tarea, con fusil, pistolas, espada, puñal y tablachina (1), contemplaba absorto los objetos suntuarios cuyo uso no concebía, y miraba codicioso aquellos que podían prestarle utilidad.

Jamás renuncia el montañés á los despoblados que protegen su cuerpo, y, en aquellos tiempos atrasados, intentar establecerle en otro sitio hubiera valido tanto como pretender arrancar un pino de la roca en que echó raíces. No obstante, los valles situados en altas tierras, á pesar del hambre y de la guerra civil que les diezaba, de vez en cuando, experimentaban ya un aumento de población. Gran número de sus habitantes emigraron hasta Glasgow, buscando y consiguiendo trabajo, siquiera muy diverso del á que se dedicaban en la montaña. Semejante colonia de hombres, robustos y laboriosos, no dejó de ejercer influencia en la prosperidad de la villa, la cual debió á aquélla los medios de sostener singulares fábricas, de que se envanecía ya, y el preparar los fundamentos de su futura grandeza.

El aspecto de la población estaba en armonía con sus esperanzas. La calle principal, larga é imponente, exornada con monumentos de arquitectura menos correcta que vistosa, extendiase entre dos hileras de elevadas casas de piedra, sobrecargadas, en parte, de ornamentos de albañilería, lo que le daba un aspecto de grandeza y de majestad que falta, hasta cierto punto, á la mayoría de poblaciones de Inglaterra construidas con ladrillos lijeros, deleznales y propensos á inmediato deterioro.

(1) Especie de broquel más propio de épocas anteriores.

Érase un sábado por la tarde, y á hora bastante avanzada para ocuparse en negocio alguno, cuando llegamos mi guía y yo, á la metrópoli occidental de Escocia, apeándonos á la puerta de un mesón que nos recibió muy urbanamente.

A la siguiente mañana, las campanas de todas las iglesias repiqueteaban anunciando la santidad del día. A pesar de cuanto había oído decir acerca de la austeridad con que se observaba el domingo en Escocia, mi primer pensamiento, muy natural, fué el de andar en busca de Owen, pero se me dijo que toda gestión sería vana antes de la celebración de las prácticas religiosas. La mesonera y el guía afirmaron, de consuno, que no hallaría yo alma viviente ni en los despachos ni en la casa de comercio donde debía presentarme, y que, á mayor abundamiento, no encontraría ninguno de los socios, personas graves y que, á fuer de buenos cristianos, estarían en la iglesia subterránea de la Baronía.

Andrés, á quien sus quejas contra la judicatura no habían, por fortuna, desilusionado respecto á las restantes carreras liberales de su país, echóse á entonar elogios del predicador que debía ocupar el púlpito, á todos los cuales dijo *amén* la hosterera. Aquel concierto de alabanzas sugirióme la idea de asistir á un templo popular, tanto con la mira de saber si Owen había llegado á Glasgow, como con la esperanza de salir de él muy edificado. Mi ansiedad se excitó vivamente con las seguridades de que si el señor Efrain Mac-Vittie ¡el digno varón! estaba en el mundo, no dejaría de honrar con su presencia la iglesia, y de que si hospedaba en su casa á un forastero, le llevaría allá sin duda alguna. Tal probabilidad acabó de decidirme y, acompañado por el fiel Andrés, dirigíme á la catedral.

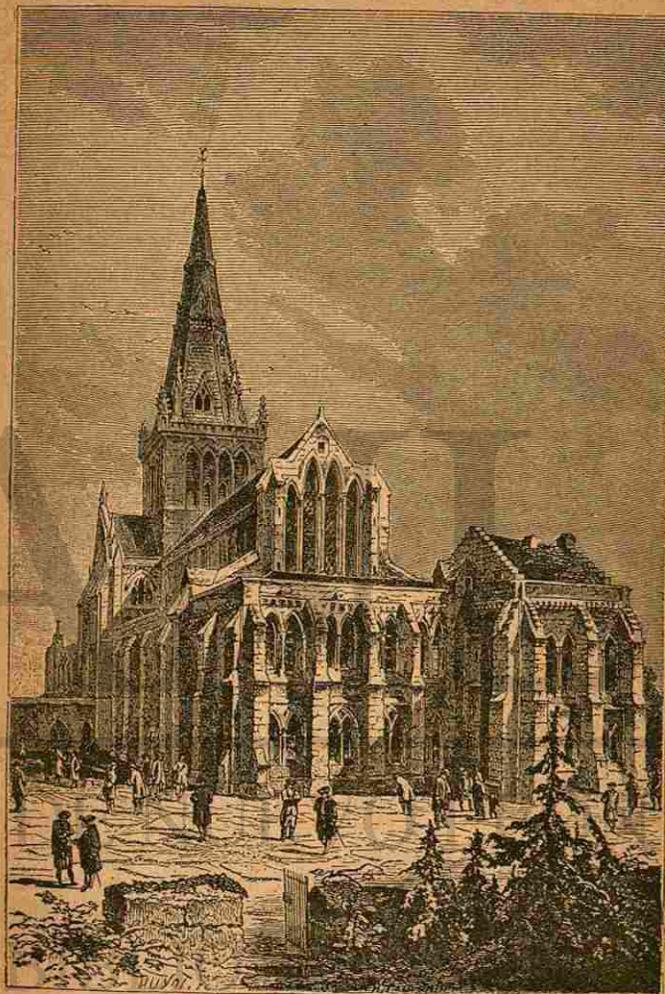
En aquella ocasión hubiera podido prescindir de él, pues la multitud, que se arremolinaba á lo largo de la calle ascendente y mal empedrada para oír luégo al predicador más popular de la provincia, hubiérame arrastrado con ella. Llegados á lo más alto de la calle, tomamos por la izquierda, y una gran puerta, abierta de par en par, diónos acceso al vasto y desnudo cementerio que circunda la catedral. Este edificio, sombrío y mazizo,

nada tiene de elegante, pero ha conservado una originalidad tan notable y tan en armonía con los alrededores, que, ya á primera vista, produce un efecto de admiración y de respeto. Tanto sentí una y otro que, para examinar más á mi sabor el edificio, resistí, durante algunos minutos, los esfuerzos de Andrés empeñado en empujarme hacia el interior.

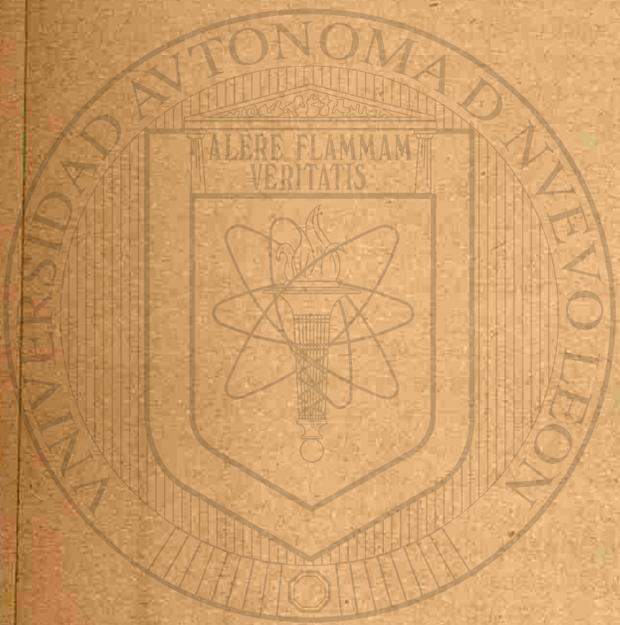
Aun cuando se eleva por sobre una localidad populosa y considerable, el antiguo monumento parece estar en completo aislamiento. Por un lado, altas murallas lo separan de la villa propiamente dicha, y por otro, hállase flanqueado por una torrentera en cuyo fondo susurra caprichoso arroyo, apenas visible, y cuyos dulces murmurios contribuyen á dar al sitio más imponente majestad. La orilla opuesta se ve cubierta, en su pendiente escarpada, por un conjunto de abetos cuyas espesas ramas extienden sobre el cementerio melancólica sombra.

No hay cosa que no tenga allá su carácter particular, incluso el cementerio. Éste, aunque muy extenso en realidad, parece pequeño, dado el gran número de habitantes inhumados en él. Señaladas casi todas las tumbas con piedras sepulcrales, no falta espacio para la vegetación lujurante que, por lo común, desplega un manto de verdor sobre aquellas soledades en que el malo deja de dañar y en que halla reposo el desgraciado. Con sus recios sillares juxtapuestos, el recinto, aunque al aire libre, ofrece parecido con nuestras antiguas iglesias de Inglaterra cuyo pavimento presenta sólo una lista de inscripciones funerarias. El contexto de esos tristes archivos de la muerte, los vanos dolores de que son testimonio, la amarga lección que dan sobre la nada de la humanidad, la extensión de terreno que cubren y la tenebrosa monotonía de su estilo, recordáronme el libro del profeta, cubierto de escritos por fuera y por dentro, en el que se leían sólo lamentaciones, duelo y desesperación.

La catedral, en su soberbio conjunto, contribuye al efecto del majestuoso cuadro. El aspecto es pesado en exceso, pero la ligereza y los adornos que tuviera serían en detrimento de la impresión que produce. Es la única iglesia metropolitana de



Catedral de Glasgow.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

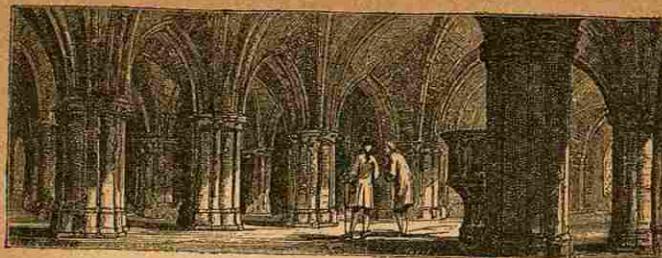
Escocia, según se me dijo, que, á excepción de Kirkwall, en las islas Orcadas, no sufrió en lo más mínimo los ultrajes de la Reforma; y Andrés, cuya vanidad se sintió muy halagada con la admiración que aquella despertó en mí, explicóme en los siguientes términos las causas de dicha preservación.

— ¡ Ah ! ¡ qué hermosa iglesia ! No se han grabado en las paredes historias en piedra, ni puesto arameles y follajes. Está hecha con buena sillería, sólida y bien construida, que durará tanto como el mundo, si no se empeñan en lo contrario los hombres y la pólvora. ¡ De buena escapó en tiempos de la Reforma, cuando se derribaron las iglesias de Perth y de San Andrés sólo para barrerlas de papismo, de idolatría, de culto á las imágenes, de sobrepellices y de otras zarandajas de la gran prostituida que se sienta sobre las siete colinas, como si una de éstas no fuera bastante par sus gastadas sentaderas !...

« Fué por aquel entonces que las municipalidades de Renfrew, de la Baronia, de los arrabales y de más allá, reuniéronse una mañana para llegarse á Glasgow, dando aviso para purgar algún tanto á la catedral de los pelendengues del papismo. Pero los vecinos de la villa tuvieron miedo de ver su antiguo edificio venirse abajo, con el empleo de semejante medicina, y repicaron las campanas y congregaron las milicias á tambor batiente. Por fortuna, el digno Jaime Rabat era decano de los oficios aquel año : famoso maestro de obras que se sintió más que resuelto á defender la antigua construcción. Entonces, reuniéronse las gentes de oficio y libraron resueltamente batalla contra los de las municipalidades, prefiriendo portarse así á dejar que su iglesia se echara á perder como tantas otras. No fué por amor al Papa, ¡ oh, no ! Nadie podrá afirmar eso jamás de los trabajadores de Glasgow. Entonces se llegó á un arreglo. Quitáronse de las capillas las estatuas de los santos, (¡ mal año para ellas !) y aquellos idolos de piedra fueron hechos añicos, conforme al texto de la Escritura, y echados al agua del Molendinar, quedando la vieja iglesia en pié y tan contenta como gato limpiado de pulgas, y todo el mundo tan satisfecho. »

« He oído decir á personas entendidas que, á seguirse igual conducta en cada población de Escocia, la Reforma hubiera sido tan pura como es hoy y que contaríamos con más verdaderas iglesias de cristianos. He estado mucho tiempo en Inglaterra y no hay quien me quite de la mollera que la perrera de Osbaldistone es mejor que más de una casa del Señor en Escocia. »

Y hablando de esta suerte, Andrés avanzó hácia la catedral.



CAPÍTULO XX.

Ese espectáculo llena de respeto y de horror mis contristados ojos; esas tumbas y esos palacios de la muerte producen frío y saturan al emocionado corazón de temblores glaciales.

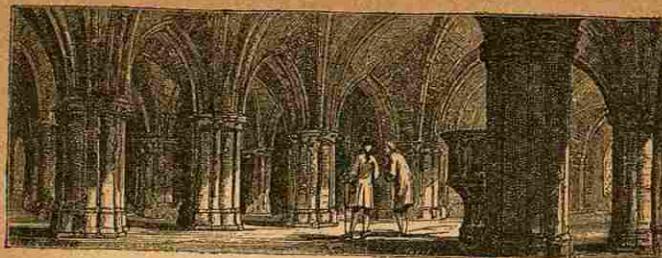
CONGREVE. — *La Novia enlutada*, tragedia.

A pesar de la impaciencia de mi guía, no pude absterme de dirigir una mirada última al edificio, más imponente aún desde que sus puertas, al cerrarse, acababan de tragar, por decirlo así, la multitud que ocupara antes el cementerio.

Solemnes coros anunciáronnos que la ceremonia había empezado. El concierto de tantas voces, que confundía la distancia en una armonía sola, sin dejar que llegaran al oído las ingratas discordancias que, desde más cerca, lo hubieran disgustado, junto con el murmullo del arroyo y los gemidos del viento entre los pinos, elevaron mi alma hasta el sentimiento de lo sublime. La naturaleza entera, tal cual la invocaba el salmista, cuyos versículos se entonaban, parecía unirse á los fieles para ofrecer al Criador aquel cántico de alabanzas en que se juntan el temor

« He oído decir á personas entendidas que, á seguirse igual conducta en cada población de Escocia, la Reforma hubiera sido tan pura como es hoy y que contaríamos con más verdaderas iglesias de cristianos. He estado mucho tiempo en Inglaterra y no hay quien me quite de la mollera que la perrera de Osbaldistone es mejor que más de una casa del Señor en Escocia. »

Y hablando de esta suerte, Andrés avanzó hácia la catedral.



CAPÍTULO XX.

Ese espectáculo llena de respeto y de horror mis contristados ojos; esas tumbas y esos palacios de la muerte producen frío y saturan al emocionado corazón de temblores glaciales.

CONGREVE. — *La Novia enlutada*, tragedia.

A pesar de la impaciencia de mi guía, no pude absterme de dirigir una mirada última al edificio, más imponente aún desde que sus puertas, al cerrarse, acababan de tragar, por decirlo así, la multitud que ocupara antes el cementerio.

Solemnes coros anunciáronnos que la ceremonia había empezado. El concierto de tantas voces, que confundía la distancia en una armonía sola, sin dejar que llegaran al oído las ingratas discordancias que, desde más cerca, lo hubieran disgustado, junto con el murmullo del arroyo y los gemidos del viento entre los pinos, elevaron mi alma hasta el sentimiento de lo sublime. La naturaleza entera, tal cual la invocaba el salmista, cuyos versículos se entonaban, parecía unirse á los fieles para ofrecer al Criador aquel cántico de alabanzas en que se juntan el temor

y la alegría. Había asistido yo, en Francia, al oficio mayor celebrado con todo el aparato que pueden dar de sí la más bella música, los ornamentos más suntuosos y las más grandiosas ceremonias, y, no obstante, la sencillez del culto presbiteriano causóme más profunda emoción. Los actos de devoción verificados en común parecieronme muy superiores á las lecciones cantadas por músicos rutinarios, dando á la Iglesia escocesa todas las ventajas de la realidad sobre los efectos del arte.

— Al notar Andrés, cuya paciencia había llegado á su colmo, que no me cansaba de oír aquellos solemnes acentos, tiróme por la manga y dijo:

— Seguidme, señor, seguidme. Entrando demasiado tarde, vamos á perturbar el servicio divino, y permaneciendo aquí, la policía caerá sobre nosotros y nos llevará al cuerpo de guardia, por haber rondado durante el oficio.

Prevenido con esto, seguí á mi guía, pero no hacia el coro como creyera.

— ¡Por aquí, por aquí, señor! — exclamó Andrés, en el momento en que me disponía á entrar por la puerta grande. — Arriba no se percibe sino lo recalentado: moral carnal tan seca y desabrida como las hojas caídas en tiempo de Navidad. Abajo, por el contrario, saboreemos la verdadera doctrina.

Hablando de esta suerte, hizome pasar por una puerta baja y cimbrada, cerca de la cual había un hombre de aspecto grave dispuesto ya á correr el cerrojo. Descendimos por varias gradas, como si fuéramos á internarnos en alguna tumba. Bajáramos á aquella cripta fúnebre que se había escogido, ignoro cuándo, para establecer el culto presbiteriano.

— Figuraos una larga hilera de bóvedas oscuras, bajas, apenas iluminadas, parecidas á las que sirven para sepulturas en otros países y dedicadas, durante largo tiempo, en aquél, á idéntico uso. Parte del recinto había sido trasformado en iglesia y se la había provisto de bancos. Aunque capaz para muchos centenares de personas, ocupaba un espacio reducido en comparación á las vastas y negras profundidades que se entreabrían al rededor de lo que podría llamarse « el punto habitado. » En

aquellas desoladas regiones del olvido, empolvadas banderas y escudos rotos indicaban las tumbas de los que un día habían sido también « príncipes de Israel. » Inscripciones sólo inteligibles para el laborioso anticuario, convidaban á orar por las almas de aquellos cuyos rostros cubrían, en una lengua tan añeja como el acto de devoción que reclamaban del viandante.

En medio de aquella necrópoli, último asilo de la humanidad, fué donde hallé una asamblea numerosa absorbida en su rezo. Los presbiterianos de Escocia están de pié al llenar públicamente sus deberes religiosos, en lugar de arrodillarse, sin más razón, tal vez, que la de exteriorizar con ello su extrema antipatia á las formas del rito romano, ya que, cuando oran en familia, y sin duda también en sus actos particulares de devoción, adoptan, para dirigirse á la Divinidad, la actitud acostumbrada entre los demás cristianos como la más humilde y respetuosa. De pié y descubierta la cabeza los hombres, centenares de personas de ambos sexos y de todas edades escuchaban, con singular atención y recogimiento, la oración que un pastor, ya anciano y muy popular, pronunciaba casi de memoria. Educado en las mismas creencias, unime de corazón á aquel ejercicio de piedad, y no me abandoné á examinar lo que me rodeaba hasta ver que se sentaban todos los fieles.

Terminada la plegaria, los hombres, en su mayoría, cubriéronse de nuevo con sus gorros y sombreros, tomando asiento los que disponían de él. Andrés y yo, llegados asáz tarde para procurárnoslo, permanecemos de pié, al igual que gran número de individuos, formando así una especie de guirnalda viva en torno del auditorio sentado en los bancos. Detrás y al rededor de nosotros, las bóvedas que he mencionado perdíanse en la penumbra. Estábamos de cara al piadoso concurso, iluminado apenas por dos ó tres cerceras parecidas á las que se colocan en las tumbas.

A favor de tan incierta claridad, se distinguía la acostumbrada diversidad de los rostros vueltos, en su mayoría, hácia el pastor, y mostrando, en general, los caracteres de la atención, á no ser cuando algún padre ó madre recordaba el deber al mu-

chacho demasiado vivo de génio que se distraía, ó bien al que, más torpe, se abandonaba al sueño. Los distintivos duros y acentuados del pueblo, más marcados, por lo común, en el ejercicio de la inteligencia y de la atención, aparecen en las



manifestaciones religiosas ó en las filas de un ejército mejor que en otras reuniones menos graves y más frívolas.

El discurso del predicador era muy propio para poner en juego las cualidades diversas de sus oyentes. La edad y las dolencias habían debilitado un órgano vocal potente y sonoro por naturaleza. Leyendo el texto, no hizo sino marcar las palabras, pero en cuanto hubo cerrado la Biblia y empezado su sermón,

robusteciése gradualmente su voz, al desenvolver los argumentos con inesperada vehemencia. Tomábalos, sobre todo, de los puntos abstractos de la religión cristiana: asuntos graves, profundos, impenetrables para la razón humana, que él, no obstante, hacía por resolver con tanta pertinencia como habilidad, mediante citas sacadas de los Libros Santos. No estaba mi espíritu preparado para seguirle en todos sus razonamientos, entre los cuales los había de un alcance que escapaba á mi penetración; pero nada tan capaz de conmover como el ardiente entusiasmo del buen anciano, y nada más ingenioso que su modo de discurrir. El escocés, como es sabido, distingue más por el vigor de sus facultades intelectuales que por la delicadeza de sus sentimientos, y por esto la lógica ejerce sobre él mayor imperio que la retórica. En ciertos puntos de doctrina gusta de la discusión sutil y ceñida, más que de los patéticos llamamientos al corazón y á las pasiones: recurso ordinario de los grandes predicadores extranjeros para granjearse el favor de su auditorio.

En lo más apiñado del grupo atento, que tenía yo ante mis ojos, hubiera podido notarse la variedad de fisonomías como en el famoso lienzo de Rafael, que representa á San Pablo predicando ante el aréopago de Atenas. Acá, un inteligente y celoso calvinista, fruncido el ceño, manteníase en actitud de profunda aplicación, ligeramente apretados los labios, sin perder de vista al orador cuyo triunfo compartía con modesto sentimiento de orgullo, tocando sucesivamente con el índice los dedos de la mano izquierda, mientras que, de argumento en argumento, el sermón se acercaba al final. Allí, un fanático revelaba, con aire feróz y austero, su desprecio á los que no pensaban como él y como su pastor, no menos que su alegría por los castigos que les amenazaban. Un tercero, que no pertenecía á la congregación y á quien el acaso ó la curiosidad habían guiado seguramente allá, parecía discutir consigo mismo el valor de ciertas proposiciones, y su cabecear, apenas perceptible, denunciaba dudas acerca de la congruencia del raciocinio. La mayoría presentaba una actitud reposada y satis-

fecha que significaba: « ¡Cómo debe agradecerse el haber venido y el escuchar tan hermosa plática! » Mas ¿cuántos eran los que se hallaban en el caso de comprenderla? En general, las mujeres no estaban más adelantadas, con la diferencia, empero, de que las viejas, de genio más ágrío, se fijaban en los pasajes abstractos, en tanto que las mozas no prohibían á sus miradas el pasearse furtivamente por la reunión. Hasta algunas, (si la vanidad no me engañó,) favorecieronme, sin duda, como inglés y por mi distinguido porte. En cuanto al resto de la muchedumbre, los imbéciles abrian tamaños ojos, bostezaban ó se entregaban á la soñolencia hasta que, escandalizado, un vecino les despertaba á taconazos en los huesos de las piernas, mientras que los indiferentes, no atreviéndose á dar señales de disgusto en exceso significativas, reparaban en sus continuas distracciones.

Entre los trajes y abrigos de los habitantes del llano distinguíase, acá y acullá, el *plaid* (1) de un montañés, quien, apoyado en el puño de su espada, lo observaba todo con la imperturbable y deslumbrada afición de un salvaje, sin inquietarse nada por lo que decía el orador, gracias á la muy convincente razón de que no entendía el idioma en que se expresaba. El aspecto marcial y feróz de tales intrusos añadía á la congregación un carácter que, sin ellos, le faltara. Eran, aquel día, en mayor número, según me hizo notar Andrés, con motivo del mercado de ganados que había tenido lugar en las cercanías.

Tal era el espectáculo que, de banco en banco, se desarrollaba ante mí. Los débiles rayos de sol, que se disolvían en la cripta, después de iluminar la concurrencia, iban á perderse en el vacío de las lejanas bóvedas, extendiendo sobre el primer término una semi-claridad imperfecta y dejando en tinieblas las profundidades de aquel laberinto, lo que le daba aspecto de interminable.

He dicho ya que permanecía yo de pié junto á otras personas que formaban el círculo, puestos los ojos en el orador y de

(1) Capa vuelta de sarga, que se usa en Escocia.

espaldas al espacio no ocupado de la cripta. Semejante posición me exponía á frecuentes distracciones, ya que el más ligero rumor bajo los arcos prealudidos era repetido por ecos mil. El gotear del agua sobre el pavimento, rezumando por alguna grieta, hizome volver más de una vez la cabeza hacia el lugar en que parecía efectuarse el hecho, y ya tomada esa dirección por mis miradas, érame difícil separarlas de ella. Un tejido de bóvedas y de colunas, de tinieblas entrecortadas por resplandores, de formas raras é indecisas: todo ello bastaba para inflamar la imaginación que se complace en lo desconocido y en las misteriosas apariencias. Poco á poco, mis ojos habituáronse á la oscuridad que me atraía, é intereséme mucho más en los descubrimientos que deseaba hacer, que no en las sutilezas metafísicas del predicador.

A menudo me había reprendido mi padre por las tendencias vagamundas de mi espíritu, debidas, sin duda, á una sensibilidad nerviosa de que estaba aquél exento. Hallándome, pues, bajo la influencia de idénticos estímulos, echéme á recordar los tiempos de mi infancia en que mi padre me acompañaba, por lo mano, á la capilla del señor Shower, y las imperiosas prevenciones que me dirigía respecto á emplear bien las horas que, una vez perdidas, no vuelven ya. ¡Cosa singular! Este recuerdo, lejos de fijar mi atención, acabó de quitarme la poca que me quedaba, trayendo á la memoria la angustiada situación de los asuntos de mi padre. Moderando, en lo posible, el tono de la voz, indiqué á Andrés que se informara de si alguno de los socios de la casa Mac-Vittie y compañía formaba parte de la reunión; pero Andrés, preocupado con el sermón, me respondió rechazándome con el codo y como invitándome á que guardara silencio. Necesario me fué, pues, satisfacer por mi propia cuenta mi curiosidad, y, pasando revista á aquella multitud de figuras inclinadas hacia el púlpito, como hacia un hogar de atracción común, procuré descubrir la de Owen, de fisonomía seria y, por decirlo así, práctica. Bajo los anchos sombreros de castor de los burgueses de Glasgow, al igual que bajo los más anchos aun de los aldeanos del condado, nada ví que

semejara la modesta peluca, las mangas tiesas, el traje completo de color de nuez: insignias características del principal dependiente de la casa Osbaldistone y Tresham.

En el colmo de la impaciencia y devorado por la inquietud, acabé por olvidar, no sólo la novedad de la escena que me había tenido anhelante hasta la sazón, si que hasta el sentimiento de las conveniencias. Tiré vivamente de la manga de Andrés, declarando á éste mi intento de salir y de continuar en mis gestiones. Tan testarudo en la cripta de Glasgow como en las alturas del Cheviot, se hizo, por de pronto, el sueco; mas luego, no acertando con otro medio para contenerme, dignóse contestar que, una vez dentro de la iglesia, no se podía salir hasta terminado el culto, ya que las puertas habían sido cerradas al empezar las oraciones. Y, formulada esta advertencia en tono rápido y desapacible, volvió al talante de suficiencia con que seguía, á fuer de crítico sutil, las elucubraciones del predicador.

Haciendo de la necesidad virtud, me esforcé en mantenerme quieto, cuando vino á turbarme de nuevo singular distracción. Una voz, detrás de mí, murmuró distintamente á mis oídos, las siguientes palabras:

— ¡Corréis peligro en esta villa!

Volví impulsado por movimiento maquinal.

Cerca de mí había varios jornaleros tiesos como estacas y de aspecto vulgar. Mediante una sola ojeada, aseguréme, sin darme de ello gran cuenta, de que ninguno de ellos era la persona que acababa de hablarme. Adsorbidos por la atención que prestaban á la plática, no contestaron con señal alguna de inteligencia á la mirada inquisitiva y turbada que les dirigí. La enorme y redonda coluna en que me apoyaba podía haber ocultado al misterioso avisador. ¿De dónde procedía? ¿A qué había buscado un sitio como aquél? ¿Qué daño podía temer yo?... Fueron estas otras tantas preguntas que hicieron que mi imaginación se perdiera en conjeturas.

En la confianza de que volvería á hacerse oír de nuevo la voz, volvime del lado del púlpito y adopté una actitud reco-

gida. Mi plan surtió efecto. Al cabo de algunos minutos, la misma voz añadió:

— Escuchad sin volveros!

Permanecí inmóvil.



— Corréis peligro en esta población, como lo corro yo. Id á encontrarme en el puente, á media noche en punto. Quedaos en casa hasta el anochecer y procurad no ser visto.

Concluidas las anteriores palabras, volví otra vez la cabeza; pero, más listo que yo, mi interlocutor se había deslizado ya por detrás la coluna y había escapado á mi vista. Resuelto á descubrirlo, separéme rápidamente de la multitud y di la vuelta á aquella... Nadie, excepto un hombre envuelto en un abrigo, que se perdió en las profundidades de la cripta.

Un impulso instintivo movióme á seguir los pasos de aquel ser enigmático, que no tardó en desvanecerse bajo las bóvedas como fantasma de alguno de los enterrados que á centenares descansaban allí. Sólo me quedaba una débil esperanza de dar alcance al fugitivo, tan resuelto á escapármese; mas, apenas adelanté algunos pasos, hube de perderla. Mi pié resbaló y caí. La misma oscuridad, causa de mi caída, sirvió al menos para

ocultarla, lo que fué de alguna fortuna en mi desgracia. El predicador, en el tono de severa autoridad que acostumbra á usar los sacerdotes escoceses cuando tratan de mantener el orden entre los fieles, interrumpió su sermón para ordenar al pertiguero que detuviera al autor del ruido que acababa de producirse; pero habiendo éste cesado, el pertiguero no juzgó oportuno ejecutar rigurosamente la orden, con lo cual me fué posible recuperar mi sitio, sin que la gente reparara en mí. El orador reanudó el hilo de su sermón y ningún otro incidente alteró el final de la plática.

Levantóse todo el mundo, y, al salir de la iglesia:

— ¡Calle! — exclamó Andrés. — Mirad: allá van el digno señor Mac-Vittie, su mujer y miss Alison, hija suya, con el señor Tomás Mac-Fin, quien, á lo que se cuenta, casará con miss Alison si sabe remar bien. No es una beldad, pero tiene dinero á sacos llenos.

Vuelto hácia el lado que me indicaba, mis ojos se fijaron en el señor Mac-Vittie: hombre entrado en años, alto y seco, de facciones duras, ojos azules, cejas espesas y casi grises, con no sé que especie de expresión siniestra que me hizo sentir frío en el corazón.

El aviso que se me habia dado, estando en la iglesia, cruzó luego por mi mente, y dudé en dirigirme á aquel personaje, sin que contra él pudiera alegar motivo alguno de desconfianza ó de aversión.

Perplejo estaba aún, cuando Andrés, atribuyendo á timidez mi indecisión, aprestóse á infundirme ánimo.

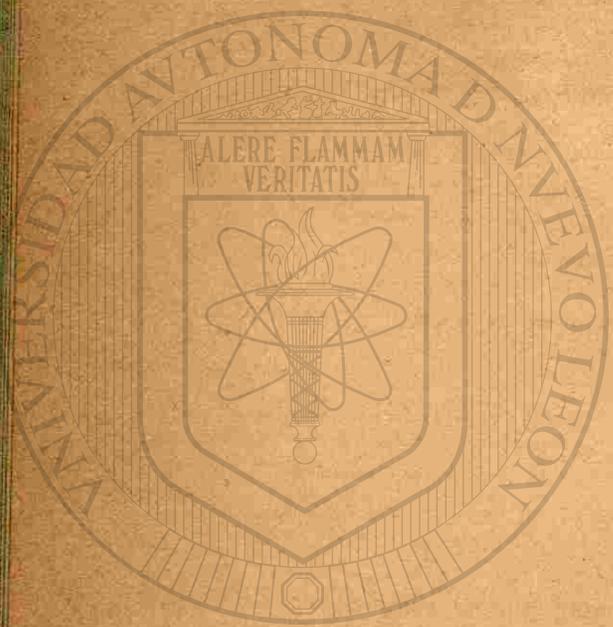
— Habladle; — dijo, — nada temáis, señor Francis. No ha llegado aún á preboste, aunque dicen si lo será el año que viene. Habladle, pues: os responderá cortésmente, aun cuando es rico, mientras no tengáis necesidad de dinero, pues según cuentan, es duro de pelar.

Ocurrióseme al punto que si aquel negociante era tan tacaño como se aseguraba, me sería indispensable tomar algunas precauciones antes de presentarme á él, supuesto que ignoraba yo el estado de sus negocios con mi padre. Esta reflexión corrobora-

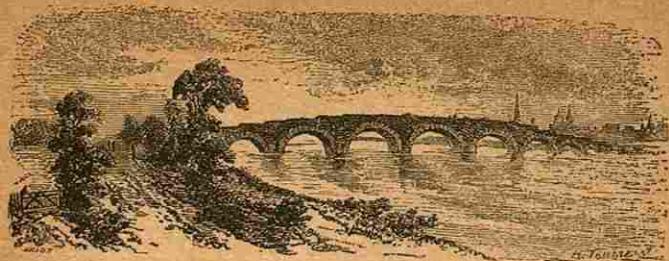
raba el consejo del desconocido y acreció la repulsión que antes habia experimentado yo. Limitéme á encargar á Andrés que pasara á casa del señor Mac-Vittie para averiguar la dirección de cierto inglés llamado Owen, encargándole que callara respecto á la procedencia de la petición y que me trajera la respuesta al modesto mesón en que nos habíamos apeado.

Andrés prometióme cumplir el encargo, no sin antes recordarme la obligación de asistir á la función religiosa de la tarde, añadiendo, con su causticidad natural, que «en resumidas cuentas, cuando las personas no sabian estarse quietas sobre sus piernas y desaparecian para dar tropiezos sobre las tumbas, moviendo un ruido capaz de resucitar á los muertos, fuera para ellas bastante buena una iglesia en un ángulo de la chimenea.»





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



CAPÍTULO XXI.

Sobre el Rialto, á media noche, paseo cada día mis solitarias imaginaciones. Allá es donde nos veremos.

OTWAY. — *Venecia salvada.*

DOMINADO por negros presentimientos, encerréme en mi habitacion y, después de rechazar las instancias de Andrés, empeñado en acompañarme al sermón de uno de los más patéticos oradores, entreguéme á serias reflexiones.

¿ Qué hacer ?

No había sido jamás lo que se llama supersticioso, pero ¿ qué no acontece al hombre presa de las dificultades anexas á una situación embarazosa ? Sin que le sugiera el raciocinio más que recursos precarios, ¿ no se halla propenso á soltar las riendas á su imaginación ? ¿ No se siente, por ventura, tentado á abandonarse al acaso ó á alguna de esas caprichosas emociones que le avasallan é impulsan su voluntad con movimiento irresistible ? La dureza reflejada en el rostro del comerciante escocés habíame inspirado violenta antipatía : ¿ debía, pues, sin

faltar á los preceptos de cuerda observación, poner mi suerte en sus manos? Por otra parte, las palabras del desconocido vibraban aún en mis oídos, y veía delante la inasequible figura que se había disuelto como fantasma bajo aquellas bóvedas cuyos dominios merecían apellidarse « el valle de las sombras de la muerte. » ¿Cómo un joven, y más siendo poeta, podía sustraerse á tan misteriosa influencia?

Si era verdad que estaba rodeado de peligros, sólo un medio se me ofrecía para conocer la naturaleza de los mismos y saber cómo escapar á ellos: el de asistir á la cita del desconocido, el cual no podía abrigar, con respecto á mí, sino bondadosos intentos. El recuerdo de Rashleigh y de sus tenebrosos complots acudió más de una vez á mi pensamiento; pero, había sido tan rápido mi viaje, que descarté la suposición de que aquél estuviera ya noticioso de mi llegada á Glasgow, y más ya de que hubiera tenido tiempo para tramar alguna maquinación en contra mía. Era yo de natural valeroso y confiado, activo y vigoroso, y mi permanencia en Francia habíame proporcionado alguna habilidad en el manejo de las armas, elemento indispensable, por aquél entonces, á una buena educación. El encuentro de un hombre solo no me espantaba, fuese él quien fuese. En cuanto á un asesinato, no era de temer en el siglo y en el país en que vivía, aparte de que el lugar de la cita era demasiado público para convertirle en teatro de una alevosía.

En una palabra, determiné corresponder al llamamiento, y obrar, en lo demás, según las circunstancias.

Existía en el fondo de mi resolución un móvil cuya influencia en vano trataba de disimularme: el amor. Si: acariciaba la esperanza de que Diana (sin explicarme el cómo ni los medios,) no era agena á la singular aventura de la iglesia. « Sólo ella, — me dije, dócil al insidioso pensamiento, — sólo ella estaba en el secreto de mi viaje. Según confesión propia, contaba con amigos y con crédito en Escocia, y habíame entregado un talismán, cuya virtud probaría yo, á falta de otro recurso. ¿Quién, pues, sino Diana, podía tener, con el conocimiento de los peligros pendientes sobre mi cabeza, el deseo y los medios de preservarme de ellos? »

Semejante idea, solución lisonjera de un caso muy dudoso, no cesó de atormentar mi alma. Por de pronto, insinuóse humildemente antes de la hora de comer; después, hizo relucir sus atractivos cambiantes durante mi frugal refrigerio, y dominóme, al fin, con tanta insistencia, (mediante el auxilio, tal vez, de algunos vasos de vino generoso) que, intentando desesperado esfuerzo para arrancar el seductor engaño que me impulsaba á seguirla, aparté mi vaso, abandoné la mesa, tomé el sombrero y lancéme á la calle.

¡ Ilusión de la voluntad! En el instante mismo en que hacia por sacudir la obsesión de tal pensamiento, cedía á éste sin darme cuenta de que cedía, puesto que tomaba maquinalmente el camino del puente del Clyde, lugar de la cita á que se me había invitado.

Por atención á la mesonera, que tenía escrúpulos en encender los hornillos en domingo, y para atemperarme á la prevención de permanecer en casa, no había comido hasta después de la función religiosa de la tarde, y debía sufrir aún la espera de algunas horas. Si ésta fué desagradable y penosa ya se deja suponer, y apenas si acierto á darme cuenta de cómo pasó.

Personas de todas edades, con el recogimiento adecuado á la santidad del día, surcaban, en grupos, el vasto prado situado al norte de la orilla, que servía de paseo á los habitantes de Glasgow, ó atravesaban con lentitud el puente que conduce á los distritos meridionales del condado. Lo que me chocó fué el porte devoto de cada uno de los transeuntes, afectado, sin duda, por lo que respecta á algunos, pero sencillo y sincero en cuanto á la mayoría, contribuyendo á templar la petulante alegría de la juventud y á contener las discusiones de los hombres en discretos límites. Nada de algazara, ni siquiera ese zumbido que se eleva de en medio de las multitudes. Pocas personas volvían sobre sus pasos para dedicarse al ejercicio del paseo, por más que contribuyeran á invitarles á ello lo apacible de la tarde y la belleza del lugar. Volvíanse tranquilamente á sus casas; lo que, á los ojos de un recién-llegado de país extranjero, donde el domingo se santifica con menos rigo-

rismo, presentaba un espectáculo que tenía algo de imponente y de ejemplar á la vez.

Acabé por comprender que mis idas y venidas, á lo largo de la ribera, llamarían la atención de los numerosos transeúntes ante los cuales pasaba sin cesar, ya que no me expusieran á su crítica. Separándome, en consecuencia, del camino frecuenta-



do, hice por engañar mi impaciencia dirigiendo mis pasos por la pradera, de modo que evitara la pública atención. Estando, como estaba, el paseo cortado por varias avenidas, con plantaciones de árboles, la pueril maniobra que medité no era de difícil ejecución.

Tomando cuesta abajo, por una de aquellas avenidas, la voz acre y pretenciosa de Andrés sonó á mis oídos con gran sorpresa de parte mía. Engreído por el convencimiento de su suficiencia, levantaba aquella hasta un tono ruidoso que se avenía mal con la reserva de sus correligionarios. Esconderme tras de los árboles sería comprometer tal vez mi dignidad, pero no se me ocurrió medio más socorrido para sustraerme al impertinente, á su pesada oficiosidad y á su curiosidad aún más inoportuna. Platicaba con un hombre de aspecto grave, vestido

negro, sombrero agachado sobre los ojos, envuelto en capa genovesa. Noté que hablaba de mí, y el boceto que trazaba, si bien mortificaba mi amor propio, que veía en él solo una caricatura, no dejaba de ofrecer cierto parecido.

— Si, si, señor Hammorgaw: — afirmaba el traidor, — es tal como os lo digo. No está completamente privado de buen sentido, no; entrevé lo razonable... pero, en cuanto se le ha ocurrido, ¡ buenas noches! ¡ Fuego de pajas! Es un atolondrado, que trae los sesos barajados y mechados con una porción de tonterías y de simplezas poéticas... Se queda en babia ante un tronco de encina, añejo y desnudo, como si fuera un peral en plena fructificación, y una roca pelada, con una miajilla de agua manando de ella, le hace el efecto de un jardín cubierto de flores y de plantas raras. Añadid que va á echar párrafos con cierta taimada niña llamada Diana Vernon... Mejor fuera llamarla Diana de Éfeso, pues no vale más que una pagana cualquiera... ¿ Qué digo más? Peor es la tal chica... ¡ papista, verdadera papista!... Charlaría, pues, con ella ó con otra estrafalaria de su estofa, primero que escuchar, durante todos los días de su vida, las buenas palabras vuestras, mías ó de cualquiera otra persona sensata y respetable. ¿ Las razones? No puede sufrirlas, señor... Vanidades é inconsecuencias del mundo: hé aqui su aspiración. Un día me dijo (¡ pobre criatura ciega!) que los salmos de David respiraban excelente poesía. ¡ No parece sino que el santo salmista se entretuvo en buscar repiqueteos de rimas, á diestro y siniestro, como hace él con sus farragos de vaciedades que llama versos! ¡ Dios le perdone! Dos líneas de nuestro David Lindsay valen más que cuanto ha garabateado el mozo en toda su vida.

Nadie extrañará que, oyendo tan grotesca pintura de mi carácter y aficiones, me sintiera tentado á dar, sobre la marcha, al señor de Bonservice la desagradable sorpresa de una de palos. Su amigo significaba únicamente su atención con exclamaciones de « ¡ Ah!... ¡ Ah!... ¿ Conque sí, eh? » y otras por el estilo, cada vez que maese Bonservice suspendía el discurso. Al cabo, hubo de dirigirle una observación algo más prolongada,

cuyo sentido no comprendí sino después de la respuesta de mi honrado servidor.

— ¿Qué le explique mi modo de pensar? ¡ Muchas gracias! ¿No fuera acaso Andrés quien pagaría los gastos? Es el diablo en carne y huesos, caro mío. Parece al viejo jabalí de Gilles: mostradle el arambel y ya se pone furioso... ¿Por qué vivo con él, decís? A fe mía, que ni yo mismo lo entiendo. Al fin y á la postre, no es mal chico y necesita una persona cuidadosa que le vigile... No es de los de puño cerrado, y el oro sale al través, como agua. No hace mal en ello, cuando saca la bolsa de la faltriquera, que raras veces halla dentro. Aparte de que es hijo de familia dotado de muy lindos conocimientos... Nada: que mi corazón se siente atraído hácia ese pobre atollado, señor Hammorgaw... aun prescindiendo del sueldo.

Al llegar á tal punto de su instructiva conferencia, mi señor Bonservice bajó la voz y adoptó un tono más propio del lugar y del día. Los dos conferenciantes se alejaron y no oí más.

Mi indignación fué viva, de momento, mas cedió luego á una reflexión que hubiera podido salir de labios de Andrés. «¡Peor para quien se pone á escuchar sin ser visto! Nada oír á de bueno respecto á su persona.» El que, apostado, coloca el oído á la puerta de su antecámara, debe resignarse á sufrir el escarpelo de un anatómico de la fuerza de mi criado. A más de que el encuentro no fué inútil para mí, ya que imprimió curso diverso á mis ideas y ayudóme á matar el rato.

La noche comenzaba á adelantar y la creciente oscuridad cubría ya las aguas apacibles del dilatado río de un tinte sombrío y uniforme que, á los pálidos rayos de la luna en menguante, revistió pronto lúgubre aspecto. El antiguo puente sobre el Clyde semejaba, perdido en tinieblas, al que describe la incomparable visión de Mirza á través del Valle de Miseria. Sus arcos, estrechos y bajos, tan poco visibles como la corriente que dominaban, parecían más bien cavernas en que se hundían las negruzcas aguas, que aberturas destinadas á darlas paso. La noche distribuía por todas partes la calma y el silencio. Acá y acullá, brillaba en la ribera un farol, á cuya luz los grupos

de rezagados entraban en sus casas, después de cenar en compañía, pues la comida de la noche es la única que consiente en domingo la austeridad presbiteriana. Percibiase, asimismo, á lo lejos, el ruido de los pasos de algún caballo, montado, sin duda, por un colono, regresando á su casa de campo después de un día pasado en la villa. Poco á poco, luces y ruidos escasearon más, cesando, al fin, por completo.

Quedé solo para disfrutar, á lo largo de la orilla, del goce del paseo, en medio de un silencio solemne interrumpido sólo por los diversos relojes que sucesivamente daban la hora.

A medida que avanzaba la noche, la incertidumbre de mi situación no hacía sino dar creces á una impaciencia que apenas podía yo dominar. Asaltáronme las dudas. ¿Era víctima de un chusco ó de un traidor? ¿Había querido burlarse de mí ó atraerme á una emboscada? Recorrí, entre angustiado y colérico, el pequeño muelle cercano al puente.

Por fin, la primera campanada de media-noche sonó en la torre de la catedral de San Mungo, y los campanarios todos de la parroquia, á fuer de diocesanos fieles, repitieron la señal.

La última vibración acababa de extinguirse, cuando una forma humana, la primera que veía de dos horas á aquella parte, aparecióseme al extremo del puente por el lado de la campiña. Fui de prisa á su encuentro, como si mi suerte dependiera del resultado de la entrevista. Todo lo que pude distinguir del recién llegado, fué que era rechoncho, de estatura regular, más bien baja, de apariencia recia y vigorosa, y que traía puesta una capa de caballero. Moderé el paso, casi me detuve, creyendo que iba el otro á acercárase; pero, con extremo desengaño mío, pasó sin hablar palabra. Carecía yo de motivo para dirigírsela á un transeunte, el cual podía ser completamente extraño á la cita, (siquiera estuviera presente en aquel lugar y á dicha hora,) y, por ende, miré alejarse á mi hombre nó sin preguntarme á mi propio si debía seguirle.

Llegado al extremo del puente, paróse el desconocido, dirigió una ojeada atrás y, dando media vuelta, reemprendió la marcha hácia mí. Esta vez resolví no consentirle la excusa de

guardar silencio, y tratarle como se trata á los aparecidos, los cuales, según creencia popular, no pueden hablar hasta que se les interroga.

— ¡Muy tarde os paseáis, caballero! — dijele cuando estuvo cercano á mí.

— Concurro á la cita, — respondió, — y vos hacéis lo propio. ¿No es verdad, señor Osbaldistone?

— ¿Sois, pues, vos quien me ha invitado á una entrevista aquí y en hora tan inusitada?

— Si: seguidme y sabréis el motivo.

— Antes de seguiros, fuerza será que conozca vuestro nombre y vuestras intenciones.

— ¿Quién soy? Un hombre, y mis intenciones para con vos son buenas.

— ¡Un hombre! Lacónica es la respuesta.

— Sobrada en quien no ha de dar otra. El que carece de nombre, de amigos, de dinero y de patria, es todavía hombre sin que lo sea más quien lo posee todo.

— Datos excesivamente vagos para que me abandone á la discreción de un desconocido.

— Y, no obstante, tendréis que contentaros con ellos. Ved lo que os place: si seguirme, ó bien renunciar á lo que deseaba comunicaros.

— ¿No podéis comunicármelo aquí?

— Debéis ver por vuestros propios ojos y no saber por boca mia. Repito que escoljáis entre seguirme ó quedar en la ignorancia.

Había en el acento del desconocido algo de compendioso, de decidido, hasta de rudo, que no era muy á propósito para imponer absoluta confianza.

— ¿Qué teméis? — replicó con impaciencia. — ¿Creéis que vuestra vida sea de importancia tal que apetezca alguno el quitárosla?

— Nada temo, — contesté en tono firme, si bien algo precipitado. — Andad: os sigo.

Contra lo que yo presumía, hizome entrar de nuevo en la

villa, y nos deslizamos, á guisa de fantasmas, á lo largo de las desiertas y tranquilas calles. Las altas y oscurecidas casas de piedra, con sus ventanales esculpidos y sobrecargados de ornamentación, semejaban enormes sepulcros bañados por la pálida claridad de la luna.

A los pocos minutos de andar, mi guía rompió el silencio.

— ¿Tenéis miedo? — preguntóme.

— Os repetiré vuestras palabras, — respondí: — ¿Por qué tener miedo?

— Porque vais con un extraño, tal vez con un enemigo, en medio de una villa en que los vuestros abundan sin que contéis con amigo alguno.

— No temo á ellos ni á vos. Soy joven, soy activo, y voy bien armado.

— Pues yo sin armas. ¡Poco importa! Un brazo firme las suple. ¿Deciais que nada teméis? Si supierais con quien váis, puede que tuvierais menos confianza.

— ¿Por qué razón? Os lo he dicho ya: no os tengo miedo.

— ¿Qué no? Es muy posible; pero ¿y las consecuencias de ser sorprendido con una persona cuyo nombre murmurado en esta calle solitaria haría levantar las piedras contra él para que le echaran mano; en cuya cabeza la mitad de los habitantes de Glasgow fundaría la esperanza de su fortuna, como en el hallazgo de un tesoro, si tuviera la de apretarle el gaznate, y cuya detención fuera noticia tan celebrada en Edimburgo como la de una victoria en Flandes? Saber todo eso ¿no os helaría de espanto?

— ¿Quién sois, pues, y qué nombre es el vuestro que inspira tan gran terror?

— No soy enemigo vuestro, puesto que os acompaño á un lugar en que, si me reconocieran, pondríanme inmediatamente cadenas á los piés y cuerda al pescuezo.

Detúveme y, erguido en mitad de la calle, retrocedí un paso para medir con mis ojos á mi compañero.

— Habéis hablado demasiado, ó poco, — le dije; — demasiado, para que fie en vos, extranjero y culpable según las

leyes de este país; poco, si es que no merecéis ser objeto de tanto rigor.

Al observar que se disponía á acercárame, puse mano en mi espada.



— ¡Cómo! — exclamó. — ¿Contra un hombre desarmado?
¿Contra un amigo?

— Ignoro aún si sois lo uno ó lo otro, y... acabemos: vuestras palabras y maneras son tales, que me obligan á dudar.

— Habláis como un valiente, y yo respeto á aquellos cuyo brazo sabe proteger la cabeza. Franqueza por franqueza, pues: os llevo á la cárcel.

— ¡A la cárcel! ¿En virtud de qué orden? ¿Por qué delito? Me arrancaréis la vida primero que la libertad. Os desafío y no os sigo más.

— No es para encerraros que os llevo á la cárcel. ¿Me tomáis por un agente de policía ó por un oficial del *sheriff*? (1) — añadió irguiéndose con altivez. — No: os acompaño á visitar

(1) Magistrado ó juez.

un prisionero, por cuyos labios os enteraréis del peligro que os amenaza. Vuestra libertad no lo correrá allá dentro y, aunque á la mía le acontezca algo temible, me expondré por vos de buen grado, pues los peligros no me asustan, y profeso, además, cariño á la valerosa juventud que no cuenta con otra protección que la de su espada.

Hablando de esta suerte habíamos llegado á la calle principal. Mi compañero se detuvo ante un gran edificio de piedra maciza, cuyas ventanas tenían sendos barrotes de hierro.

— ¡Qué no dieran el preboste y los jueces de Glasgow, — dijo el desconocido cuyo acento escocés se denunciaba más y más, á medida que iba adoptando el tono de la conversación familiar, — qué no dieran todos para meter en jaula y ponerle ataduras de hierro sobre las mangas, á aquél cuyas piernas son tan libres como las del ciervo en pleno bosque! Y con ello nada adelantarian, pues cargado con un peso de veinte libras en cada clavija, se hallarian, á la siguiente mañana, con un cuarto vacío y un inquilino de menos. Pero ¿qué hacemos parados aquí? Entremos.

Llamó suavemente en una rejilla. Una voz aguda, parecida á la de hombre arrancado, con sobresalto, al descanso ó al soñar, gritó:

— ¿Quién va allá? ¿Qué hay? ¿Qué diablo pedís á estas horas? Es contrario á reglamento, como dicen ellos... contrario, sin duda... contrario...

La inflexión trabajosa de las últimas palabras anunciaba que quien las acababa de pronunciar deseaba sólo reanudar el sueño. Mi guía le dijo entonces alzando la voz:

— Bravo Dougal, ¿has perdido la memoria? Aquí está Mac-Gregor (1).

— ¡Allá voy, allá voy! — respondió el otro vivamente y acudiendo á toda prisa.

Mi acompañante y el carcelero cambiaron, á través del postigo, algunas frases en una lengua absolutamente desconocida

(1) *Ha nui Gregarach.*

para mí. Corriéronse los cerrojos, con una cautela que indicaba el temor de ser oído, y penetramos en un reducido cuerpo de guardia, vestibulo de la cárcel (1) de Glasgow.

Una estrecha escalera conducía al piso superior, y dos ó tres puertas provistas de rejillas, de cerrojos y de barras de hierro, daban ingreso á los departamentos de la planta baja. Las paredes tenían, por únicos adornos muy propios de semejante lugar, cadenas y aparatos extraños reservados para usos más inhumanos; partesanas (2), mosquetes y pistolas antiguas, junto con otras armas ofensivas y defensivas.

Viéndome metido, por manera tan repentina é inesperada, á guisa de fraude, digámoslo así, en una de las fortalezas públicas de Escocia, hube de recordar mi aventura del Northumberland. ¿Por qué ironía de la suerte una sucesión de extraños acontecimientos amenazaba, sin falta mía, con exponerme aún á peligrosa oposición con las leyes de un país á que había pasado en calidad de extranjero?

(1) Tolbooth.

(2) Especie de alibardas.



CAPÍTULO XXII.

Mira á tu alrededor, joven Astolfo: he aquí el lugar donde, cuando son pobres, se envía á los hombres á morir de inanición: ¡cruel remedio, á fe mía, para una triste enfermedad!

LA CARCEL.— Tragedia.

TRASPUESTO el dintel de la puerta, apresuréme á dirigir la mirada hacia mi acompañante, mas la lámpara del vestibulo daba luz escasa para permitir á mi curiosidad el distinguir, con perfección, la fisonomía de aquél. En cuanto el portero tomó la lámpara en su mano, la claridad iluminó de lleno su figura, que me pareció también digna de atención.

Era una especie de animal silvestre, cubierta la cabeza grande por un verdadero bosque de cabellos rojos, que ocultaban buena parte de su faz. Alegría extravagante se había apoderado de él á la vista de mi compañero. Nada, que recuerde, he hallado jamás, que ofreciere tan por completo la imagen de un repugnante y feroz salvaje adorando el ídolo de su tribu. Ges-

para mí. Corriéronse los cerrojos, con una cautela que indicaba el temor de ser oído, y penetramos en un reducido cuerpo de guardia, vestibulo de la cárcel (1) de Glasgow.

Una estrecha escalera conducía al piso superior, y dos ó tres puertas provistas de rejillas, de cerrojos y de barras de hierro, daban ingreso á los departamentos de la planta baja. Las paredes tenían, por únicos adornos muy propios de semejante lugar, cadenas y aparatos extraños reservados para usos más inhumanos; partesanas (2), mosquetes y pistolas antiguas, junto con otras armas ofensivas y defensivas.

Viéndome metido, por manera tan repentina é inesperada, á guisa de fraude, digámoslo así, en una de las fortalezas públicas de Escocia, hube de recordar mi aventura del Northumberland. ¿Por qué ironía de la suerte una sucesión de extraños acontecimientos amenazaba, sin falta mía, con exponerme aún á peligrosa oposición con las leyes de un país á que había pasado en calidad de extranjero?

(1) Tolbooth.

(2) Especie de alibardas.



CAPÍTULO XXII.

Mira á tu alrededor, joven Astolfo: he aquí el lugar donde, cuando son pobres, se envía á los hombres á morir de inanición: ¡cruel remedio, á fe mía, para una triste enfermedad!

LA CARCEL.— *Tragedia.*

TRASPUESTO el dintel de la puerta, apresuréme á dirigir la mirada hacia mi acompañante, mas la lámpara del vestibulo daba luz escasa para permitir á mi curiosidad el distinguir, con perfección, la fisonomía de aquél. En cuanto el portero tomó la lámpara en su mano, la claridad iluminó de lleno su figura, que me pareció también digna de atención.

Era una especie de animal silvestre, cubierta la cabeza grande por un verdadero bosque de cabellos rojos, que ocultaban buena parte de su faz. Alegría extravagante se había apoderado de él á la vista de mi compañero. Nada, que recuerde, he hallado jamás, que ofreciere tan por completo la imagen de un repugnante y feroz salvaje adorando el ídolo de su tribu. Ges-

ticulaba, estaba trémulo, reía, mostrábase á punto de llorar, si es que no lloraba del todo. «¿A dónde debo ir? ¿Para qué sirvo?» Hé aquí lo que expresaba su fisonomía: obediencia pasiva, ciega sumisión, entusiasmo apasionado, sentimientos imposibles de describir de otra manera que por el esbozo informe que acabo de trazar. El éxtasis en que estaba sumido parecía haber ahogado su voz, y sólo tenía fuerza para soltar interjecciones como «¡Oh, oh! ¡Si, si!... Tiempo hacía que *ella* no os había visto!» — con otras exclamaciones no menos breves, pronunciadas en aquella lengua desconocida, de la que había percibido yo las primeras palabras junto á la puerta.

Mi guía acogió tales demostraciones de júbilo casi á modo de príncipe, mohino con los homenajes de sus cortesanos, para interesarse en ellos, pero que se digna contestar con alguna demostración de benevolencia. Ofreció benignamente la mano al portero, exclamando:

—¿Cómo vamos, Dougal?

—¡Oh, oh! — prorrumpió el otro, que ahogaba á medias su acento de sorpresa, lanzando en torno de sí miradas de zozobra. — ¡Vos aquí!... ¿Sois vos de veras?... ¡Oh! ¿Qué va á suceder si los bayles vienen á practicar la ronda, esos sucios y condenados que para nada sirven?

Mi guía puso uno de sus dedos en los labios.

—No temas, Dougal, — dijo; — tus manos no harán correr jamás un cerrojo que me aprisione.

—No, jamás... *ella* debiera... *ella* quisiera... es decir, *ella* prefiere que se las cercenen hasta el codo... Mas ¿cuándo regresáis allá? No olvidéis de advertirselo... *ella* es vuestro pobre primo, sábelo Dios, aunque sólo en sétimo grado.

—Te prevendré, Dougal, en cuanto haya ultimado mi plan.

—Y, á fe *suya*, que se rematará pronto, y, aunque sea en domingo después de media noche, *ella* echará las llaves á la cabeza del preboste ó les dará otra vuelta antes de la mañana del lunes... Ya veréis si *ella* tiene miedo ó no! (F).

El misterioso forastero contuvo el entusiasmo de su pariente suplicándole, sin duda, en el idioma particular que más tarde

supe era el ersa ó el gaélico, el servicio que de él se prometía.

—¡Con todo su corazón, con toda su alma! — respondió el portero, quien murmuró, entre dientes, largo número de palabras confusas para expresar su obediencia.

Despabiló la mortecina lámpara y me indicó que le siguiera.

—¿No os venis con nosotros? — dije volviéndome hácia mi guía.

—Fuera inútil; mi presencia pudiera estorbaros, y vale más que permanezca aquí para asegurar la retirada.

—Supongo que no corro peligro alguno.

—Ninguno que duplicado no comparta yo con vos.

Dió la antecedente respuesta con un acento de franqueza de que era imposible desconfiar.

Seguí al sub-carcelero, quien, sin cerrar con llave la puerta de comunicación, guióme por una escalera de caracol, *molinete*, segun la nombran los escoceses. En mitad de un estrecho corredor, abrió una de las puertas que conducían al mismo, hizome entrar en un pequeño aposento y, fijando los ojos en una asendereada cama que ocupaba uno de los ángulos:

—*Ella* duerme — dijo en voz baja, colocando la lámpara sobre una mesa de pino.

—¡*Ella*! — pensé yo. — Diana estará en este miserable lugar.

Miré hácia el lado del lecho y, con singular mezcla de placer y de decepción, reconocí lo infundado de mis sospechas. Vi una cabeza, ni joven ni hermosa, con barba gris, crecida de algunos días, abrigada con un gorro de lana encarnada: espectáculo que me tranquilizó respecto á miss Vernon. No bien el durmiente sacudió su pesado sueño, bostezando y frotándose los ojos, mostróme las facciones, muy distintas en verdad, de mi pobre amigo Owen. Pensando, en seguida, que era yo un intruso en aquella triste mansión y que la menor alarma podía traer funestas consecuencias, me retiré un poco á la sombra á fin de dar á Owen tiempo bastante para volver en sí.

En sus angustias, el desventurado formalista, incorporándose

con el auxilio de una mano sobre su cama y rascándose la cabeza con la otra, exclamó en un tono cuya acritud (la mayor que era capaz de demostrar,) luchaba contra las ganas de dormir:



— Sabed una cosa, señor Trouval, Touval ó lo que sea: si mi descanso ha de ser interrumpido de esta manera, va á resultar, en total, que voy á quejarme al lord-corregidor.

— Hay un caballero que desea hablaros; — replicó Dougal sustituyendo las formas groseras y ásperas de un verdadero alcaide por los trasportes de alegría montañesa que habia demostrado á mi acompañante.

Y, girando sobre los tacones, salió del aposento.

Trascurrieron algunos instantes antes de que el paciente estuviese bastante desvelado para reconocermé; consiguiólo, al fin, y entonces el digno varón experimentó extremo dolor á la idea, bastante natural ciertamente, de que estaba condenado yo á compartir su cautiverio.

— ¡Oh, señor Franck! — exclamó, — ¡cuánto daño habéis ocasionado á vos y á la casa! No hablo de mí, que, por de-

cirlo así, no soy más que un cero, pero vos, suma de las esperanzas de vuestro padre, su gran total... vos, que hubierais podido ser el primer jefe de la primera casa de la primera de las ciudades de Inglaterra, ¡veros encerrado en un calabozo escocés, donde ni siquiera es posible cepillarse la ropa! Así diciendo, sacudía el polvo, con mortificada dignidad, de los varios componentes de su vestido color de nuez, limpio, algún día, como una perla, y á la sazón manchado por aquél. La costumbre de ponerse de veinticinco alfileres le hacía aún más desgraciado en el mal acondicionado encierro.

— ¡El cielo nos asista! — prosiguió. — ¡Qué noticia para la Bolsa! No habrá habido otra semejante desde la batalla de Almansa, en que las pérdidas totales de los ingleses se elevaron á cinco mil hombres, entre muertos y heridos, sin contar con los ausentes. Y ¿qué es ello comparado con la noticia de que Osbaldistone y Tresham han hecho suspensión de pagos?

Interrumpí sus quejas notificándole que no estaba preso. En cuanto á explicarle mi presencia en aquel lugar y á tal hora, era cosa difícil; por lo cual parecióme más socorrido poner término á sus preguntas dirigiéndoselas, á mi vez, respecto á la situación en que le encontraba. Satisfizome á la postre, pero sin mucha precisión y coherencia, puesto que, si tenía Owen buen golpe de vista en materia de negocios, en lo demás era un niño. Paso á resumir, en las siguientes páginas, los datos que me proporcionó.

Por efecto de compromisos de que he hablado ya, sostenia mi padre gran comercio con Escocia, el cual habia exigido excoger en Glasgow entre dos corresponsales, Nicolás Jarvie, y los Mac-Vittie Mac-Fin y compañía.

Esta última casa habíase mostrado siempre la más obligada y más tratable de las dos. Significando extrema deferencia á las órdenes de la poderosa casa de Londres, contentábase, en cada negocio, con desempeñar, sin quejarse, el papel del chacal, que, en la caza del león, sólo aspira á la parte que buenamente se le adjudica. Por insignificante que fuera su beneficio, « bastaba á su gusto, » según escribian dichos corresponsales; fuese

el que fuese su trabajo, « no lo conceptuaban excesivo, » decían, « para merecer la estima y la protección de sus respetables amigos de la capital. » Los deseos de mi padre eran para los Mac-Vittie y Mac-Fin tan sagrados como las leyes de los medas y de los persas; cambiarlos ó corregirlos en lo más mínimo, y hasta discutirlos, hubiera sido un sacrilegio. Ni siquiera la meticulosa exactitud de Owen, gran partidario de la forma, sobre todo cuando la imponía *ex cathedra*, dejaba de parecerles casi sacrosanta.

Owen tomaba como moneda corriente aquellas demostraciones de simpatía y de respeto; pero mi padre, acostumbrado á leer de más cerca en el corazón humano, sea porque tal exceso de celo le pareciera sospechoso, sea porque, amigo de la concisión y de la simplicidad en los negocios, se fatigara con las interminables misivas de los aludidos señores, resistió constantemente á los ruegos que le dirigían, ganosos de convertirse en únicos representantes suyos en Escocia. Muy al contrario, confió buena parte de sus negocios á otra casa cuyo jefe era de carácter totalmente distinto.

Hombre que tenía formada de sí mismo opinión rayana de la suficiencia, no apreciaba á los ingleses más de lo que mi padre estimaba á los escoceses, sin querer entrar en relaciones con éstos más que sobre un pié de perfecta igualdad. Desconfiado, por otra parte, quisquilloso á ratos, formalista no menos tenaz que Owen, era insensible por completo á cuanto el comercio pudiera alegar en contra de sus opiniones.

No era fácil, pues, el entenderse con el señor Nicolás Jarvie, y sus manías ocasionaban, de vez en cuando, entre Londres y Glasgow, ciertas discusiones y cierto enfriamiento que terminaban sólo por exigencia del mútuo interés. Más de una vez el amor propio de Owen había sufrido con tamañas disidencias, por lo que no era de extrañar que, en todas ocasiones mi anciano amigo pusiera en la balanza el peso de su crédito á favor de los Mac-Vittie y Mac-Fin, personas cuidadosas, discretas y corrientes, y que representara á Jarvie como impertinente y presuntuoso buhonero escocés, con el que no era posible entenderse.

Ni era maravilla que el propio Owen, en medio de las dificultades en que se había hallado la casa, con motivo de la ausencia de mi padre y de la desaparición de Rashleigh, hubiese recorrido á la amistad de corresponsales tan pródigos en protestas de reconocimiento y de solicitud. Llegado á Glasgow dos días antes que yo, fué recibido por los señores Mac-Vittie y Mac-Fin como lo sería un Dios entre sus adoradores. Aquello fué rayo de sol antes de la tempestad. Animado por tan calorosa acogida, expuso sin rodeos la situación difícil de mi padre, reclamando consejos y auxilio. La nueva obró sobre Mac-Vittie como un rayo que cayera á sus piés, y, en cuanto á Mac-Fin, ya antes de conocer los detalles, púsose á hojear el libro mayor y sumergiöse, por completo, en minucioso examen de las cuentas respectivas de ambas casas, á fin de averiguar de qué lado se inclinaba la balanza. ¡Ay! inclinábase en favor suyo por una considerable suma.

Ante tal descubrimiento, las figuras de los dos escoceses, hasta entonces frías é indecisas, tomaron un aspecto sombrío, amenazador y de mal augurio. Al ruego de Owen de que cubrieran con su crédito el de mi padre, contestaron con la demanda perentoria de ponerse inmediatamente á cubierto de todo riesgo de pérdida, y, para hacerse comprender mejor, exigieron depósito en propias manos de valores destinados á otros usos. Indignado Owen, rechazó semejante pretensión como injuriosa para sus principales, inícuca para el resto de los acreedores y plagada de la más negra ingratitud.

En el curso de la discusión, los socios aprovecharon, mediante un proceder cómodo para quienes sufren su engaño, la ocasión de mostrarse muy enojados y de valerse de una supuesta provocación para atenerse á un partido que hubiera debido impedirles utilizar el pudor, en defecto de conciencia.

Owen, en su calidad de principal dependiente, tenía, según general costumbre, colocado un pequeño capital en la casa de banca y, por consiguiente, era solidariamente responsable de todos los compromisos de ésta. No lo ignoraban Mac-Vittie y Mac-Fin, y, con el objeto de hacer sentir su poder á aquél,

ó más bien de obligarle á asentir, bajo el peso de la necesidad, á las proposiciones leoninas que tanto le escandalizaran, recurrieron á una medida legal y socorrida. En efecto: según cierta ley de Escocia, que ha debido engendrar muchos abusos, el acreedor que, sabiendo prescindir bastante de escrúpulos de conciencia, afirma, mediante juramento, que su deudor intenta dejar el país, puede usar del derecho de hacer detener sobre la marcha al propio deudor. En virtud de un mandamiento de este género, había sido Owen encerrado en la cárcel la vispera del día en que verifiqué en ésta tan singular entrada.

Puestos en claro todos los hechos, había que tomar un partido, y la cuestión no era fácil de resolver. Tenía yo noticia exacta de los peligros que nos amenazaban, pero la dificultad comenzaba en el modo de evitarlos. ¿Acaso la advertencia que recibiera no me daba á entender que era poner en peligro mi libertad personal el practicar abiertamente gestiones en favor de Owen? Éste participaba de iguales escrúpulos, y, en el colmo de su terror, afirmaba que un escocés cualquiera, antes que perder un maravedí por causa de un inglés, hallaría, en el arsenal de la judicatura, medios para hacer encarcelar á él, á su mujer, á sus hijos, á sus servidores, machos y hembras, y hasta á sus amigos. El procedimiento en vigor, que priva en la mayoría de los pueblos, es de una severidad tan implacable contra los deudores, que no pude dejar de dar completo crédito á los asertos de mi amigo. En tan críticas circunstancias, mi detención hubiera sido el golpe de gracia contra los intereses de mi padre.

Muy perplejo estaba, pues, cuando me vino en mientes preguntar á Owen si había recurrido al otro corresponsal en Glasgow, Nicolás Jarvie.

— Le escribí ayer, domingo, por la mañana, — respondióme. — Pero si las doradas lenguas de Gallowgate me han reducido á mi actual situación, ¿qué podemos esperar del rapaz erizo de Salt Market? (1) Tanto valdría creer que un corredor

(1) Estas denominaciones, distintivas de las dos casas comerciales, van aplicadas con referencia al barrio respectivo de las propias casas.

de cambios ha de renunciar al derecho de descuento, como esperar de aquél un favor sin retribuirselo. Ni siquiera ha contestado á mi carta, la cual sé que le ha sido entregada en el momento de entrar en la iglesia.

Á semejante recuerdo, dejóse caer de nuevo en la cama y exclamó en su desesperación:

— ¡ Ah, pobre amo mio, mi pobre y querido amo! ¡ Todo por culpa vuestra, señor Frank! Si no hubieseis sido tan antojadizo... pero ¡ Dios me perdone el hablaros así en vuestra aflicción! Es la voluntad del cielo, y hay que someterse á ella.

Toda mi filosofía no pudo impedirme el participar del disgusto del excelente hombre, y confundimos nuestras lágrimas. ¡ Ah! ¡ cuán amargas fueron las mías! Aquella necia resistencia á la voluntad paterna, que el buen corazón de Owen apenas se atrevía á echarme en cara, había causado por sí sola todos nuestros infortunios: lo sentía en lo íntimo de mi conciencia.

Durante aquella escena de desolación, oí llamar, con reiterados aldabazos, á la puerta de la calle. Corrí hácia la parte superior de la escalera para averiguar la procedencia del ruido. El llavero, no menos sorprendido que yo, hablaba, ora á sí propio, ora á las personas que estaban fuera, ora á mi guía.

— *Ella va, ella va;* — gritó, añadiendo después con voz menos alta: — ¡ Ay, dueño y señor! ¿ qué va *ella* á hacer? Subios allá arriba y ocultaos detrás de la cama del inglés... *Ella va enseguida...* ¡ Ay! ¡ ay! Son el milord preboste, los bayles, la guardia... y el capitán que va á bajar! ¡ Dios nos asista! Subid ó váis á encontrarle... Allá va! Es la cerradura que está descompuesta.

Mientras Dougal se apresuraba, á su modo, á correr el cerrojo de la puerta para dar paso á los visitantes, cuya impaciencia se manifestaba por tan ruidosa manera, subió mi guía por la escalera en espiral y penetró en el departamento de Owen, al que volví también desde luego. Paseó con viveza los ojos en torno suyo, como buscando un escondrijo, y díjome acto seguido:

— Prestadme vuestras pistolas... Pero no, puedo prescindir

de ellas... Suceda lo que suceda, permaneced tranquilos, y no os mezcléis en extraña querella... La cosa me concierne, y á mí me toca salirme del paso. En otros me he visto mucho más acosado que hoy.

Después de desembarazarse de la gran capa que le envolvía de pies á cabeza, midió la puerta, con penetrante y resuelta mirada, y retrocedió un poco para concentrar sus fuerzas como noble corcel disponiéndose á saltar una barrera. Claro revelaba su ademán el proyecto de salirse de apuros, cayendo de improviso sobre los que iban á entrar, y que á toda costa quería llegar á fuera. Á juzgar por el vigor y agilidad de su persona y por sus aires de confianza feroz, no dudé un instante de que daría buena cuenta de sus adversarios, á no ser que tuviera que habérselas con personas armadas.

¡Momento de terrible incertidumbre el que transcurrió entre la abertura de la puerta exterior y la de la puerta del calabozo de Owen! No aparecieron soldados, con sus mosquetes, ni alguaciles con sus varas, picas ó alabardas, sinó que se presentó una joven de buen aspecto, con sayas de seda recogidas para andar mejor por la calle, la cual joven traía en la mano una linterna. Ésta iluminaba los pasos de cierto personaje, de otro modo imponente: vigoroso, pequeño y algo rechóncho. Era, conforme supe luégo, un magistrado, cubierto con redonda peluca, el cual llegaba murmurando con trabajoso aliento y de bastante mal humor. Á su entrada, retiróse á un lado mi compañero, sin que pudiera sustraerse á la inquisitiva mirada que el recién venido paseó al rededor del aposento.

— ¡Bueno está y puesto en razón el dejarme media hora fuera, capitán Stanchells! — dijo al carcelero en jefe, que acababa de aparecer, como para hacer la corte á su superior. — He debido, para entrar en el calabozo, golpear tan recio como lo harían los que quisieran salir, si esto pudiera servirles de algo á esas pobres criaturas caídas... ¡Oh, oh! ¡Oh, oh! ¿qué es esto? ¿quién anda por ahí? ¡Gente extraña, después de la clausura de las puertas y en domingo por la noche!... Yo averiguaré de quién sea la culpa, Stanchells, os lo aseguro;

ponéos sobre aviso! Luégo hablaré á esos señores... Ante todo debo decir unas palabras á un antiguo conocido. ¿Qué tal, señor Owen? ¿Cómo estamos, querido?



— La salud no es mala, gracias, señor Jarvie, — gimió el pobre dependiente con tardía voz; — pero el espíritu está muy malo.

— ¡Lo creo, lo creo!... ¡Ah! es una terrible derrota... sobre todo para alguien que erguía mucho la cabeza... ¡La naturaleza humana! ¡Ah! todos estamos sujetos á dar un tumbo. El señor Osbaldistone es hombre listo y honrado, pero siem-

pre he creído que pertenece al número de aquellos que juegan el todo por el todo, como decía mi padre el digno síndico. ¡ Hombre querido ! Siempre me repetía : « Nick , mi pequeño Nick , (su nombre era Nicolás , como el mio , pero las gentes , para divertirse , llamábanos el pequeño Nick y el viejo Nick) ; Nick , decía , no alargues jamás el brazo hasta tan lejos que no puedas retirarlo. » Otro tanto dije al señor Osbaldistone , pero no lo tomó tan á buena parte como yo hubiera querido . ¡ Y pensar que se lo aconsejé con buena intención , con tan buena intención !

El precedente discurso , formulado con gran volubilidad ; aquella vanidosa satisfacción de poner por delante la propia prudencia y los consejos que había dado , no eran para nosotros pronóstico favorable . Empero , habían sido formulados tan de improviso , que acusaban más bien falta de tacto que dureza de corazón . Como quiera que Owen se mostrase un tanto mortificado con cosas tan mal traídas á cuento , el comerciante de Glasgow tomóle una de las manos , exclamando :

— ¡ Un poco de ánimo ! ¿ Pensáis , acaso , que hubiera salido yo después de media noche y violado el descanso del domingo con el único propósito de venir á decirle á un desgraciado que dió un paso en falso ? No , no ; no es esta la costumbre del bayle Jarvie , como no era , antes de él , la de su digno padre el síndico . Escuchad , querido mio : tengo por regla la de no tratar jamás , en domingo , los asuntos mundanos , mas ; pese á todos mis esfuerzos , la carta que me escribisteis ayer mañana me ha alterado el cerebro durante todo el día , y he pensado más en ella que en el sermón . Tengo , asimismo , como regla de conducta el acostarme en mi cama de cortinajes amarillos , cada noche á las diez en punto , á no ser que cene una merluza con un vecino en casa de éste ó en la mía . Preguntadle á esa bachillera que está ahí si no es regla fundamental en mi casa . Pues , como decía , me he puesto á leer obras piadosas , bostezando como si fuera á tragarme la iglesia de San Enog , hasta que ha dado la última campanada de la media noche : hora en que me era lícito ya dar un vistazo á mi libro mayor para ver á que al-

tura estamos . Después , como el viento y la marea no aguardan á nadie , he dicho á la chica que tomara la linterna y emprendido el camino de esta cárcel con objeto de asegurarme de lo que hay que hacer en favor vuestro . El bayle Jarvie tiene derecho á entrar aquí á todas horas de la noche , como del día , al igual que lo tenía , en aquel tiempo , su padre el síndico , cuya memoria sea bendecida .

Á la mención hecha del libro mayor , Owen había suspirado : ¡ triste pronóstico que me hizo temer que , por aquel lado , la balanza se inclinaba también en contra nuestra ! Empero , si el discurso del buen magistrado parecía contener sólo alabanza propia , estaba saturado de una brusca franqueza y de cierta hombría de bien que me infundieron alguna esperanza . Pidió á Owen ciertos papeles , se los arrancó casi de las manos , y , sentándose luégo sobre la cama « para descansar sus piernas » , según frase particular suya , emprendió la lectura , á la claridad de la linterna , que acercó la sirvienta , prorrumpiendo en exclamaciones , gestos y gimoteos , ora contra la escasez de la luz , ora emocionado por ciertos pasajes de la lectura .

Viéndole mi guía absorto en dicha ocupación , pareció que se disponía á tomar el portante . Después de hacerme señal de que no me meneara , anunció , con su cambio de actitud , el intento de deslizarse hácia la puerta , moviendo el menor ruido posible . Mas el ladino magistrado , muy diferente de mi antiguo conocido el juez Inglewood , reparó en el proyecto é impidió la ejecución del mismo .

— ¡ Vigila la puerta , Stanchells ! — exclamó . — Cerradla y dad la guardia en el corredor .

La frente del forastero se oscureció , y éste pareció volver á su primitiva idea de recurrir á la violencia ; mas , antes de que estuviera decidido , cerróse la puerta y se corrió el cerrojo . Mi guía soltó un juramento en gaélico , atravesó la estancia y , con el talante desconfiado de un hombre resuelto á presenciar el desarrollo de los acontecimientos , volvió á apoyarse en la mesa , silbando un aire de danza .

El señor Jarvie , al parecer muy listo en negocios , púsose luégo al tanto del que acababa de examinar .

— Conque, señor Owen, — dijo á éste, — vuestra casa no debe poco dinero que digamos á los señores Mac-Vittie y Mac-Fin. ¡ Vergüenza para las viles manganillas de éstos, que tanto ganaron en el negocio de maderas de Glen-Cailziechat, que me quitaron de la boca gracias á vuestras lindas palabras, amigo Owen: fuerza es confesarlo! Pero no se trata de esto... Resulta, pues, caballero, que vuestra casa les debe ciertas cantidades, y que, con motivo de semejante deuda y de otros compromisos contraídos por ella, os han encerrado bajo doble llave, valiéndose de las muy recias de Stanchells. Sois, pues, su deudor, tal vez el de otras personas, tal vez el mío; sí, el mío, el del bayle Jarvie.

— Imposible negar, caballero, que la balanza no esté hoy contra nosotros, — respondió Owen; — empero, si tenéis á bien considerar...

— No dispongo de tiempo para considerar cosa alguna. ¿ Os parece, caro amigo, que, estando aún tan cerca del domingo, fuera de una cama tan calentita á estas horas y con la especie de escarcha que está cayendo, es éste momento á propósito para considerar algo? Volviendo á lo que decía, que me debéis dinero salta á la vista: será más ó menos, pero no dejo mi tema. Pues bueno; no se me alcanza, en absoluto, cómo vos, hombre activo y versado en negocios, váis á cumplir el encargo que os ha guiado á esta población y liquidar todas las deudas, conforme lo deseo de veras, si continuáis á la sombra de este calabozo de Glasgow. Procuráos una fianza *judicio sisti*, es decir, una garantía de que no abandonaréis la Escocia y que, en tiempo y lugar oportunos, compareceréis ante el tribunal, y esta misma mañana estaréis en libertad.

— Si algún amigo me prestara semejante servicio, me emplearía yo con provecho, no lo dudéis, á cuenta de la casa y de cuantos están en relación con ella.

— Muy bien dicho, y sin duda ese amigo podría fiar en vos para ser relevado de su compromiso!

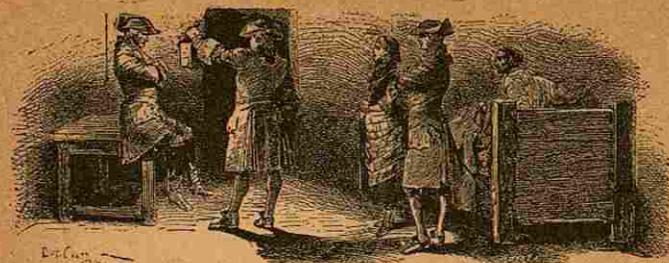
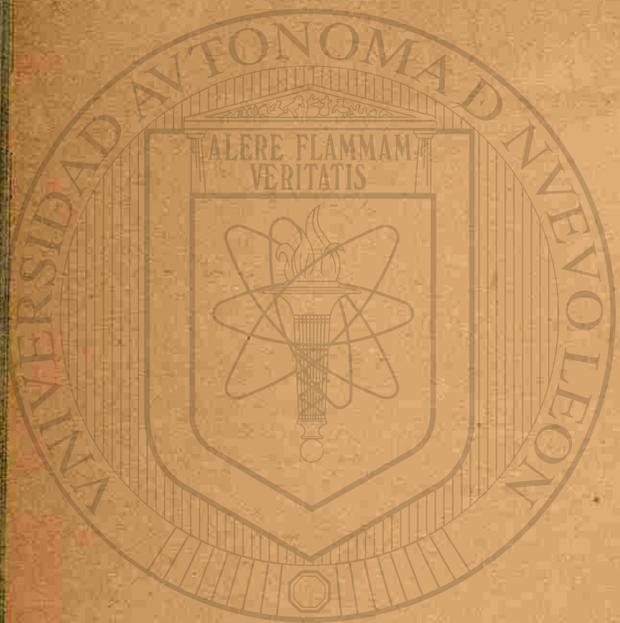
— Si, señor; salvo el caso de muerte ó de enfermedad, tan seguro como que dos y dos son cuatro.

— Mejor que mejor, señor Owen: no abrigo la menor duda, y voy á probaroslo. Soy hombre exacto, como es sabido, é industrioso, conforme puede atestiguarlo la población entera. Para ganar dinero, conservar dinero y contar dinero, á nadie temo, lo mismo en Salt Market que en Gallowgate. Además, soy prudente, como lo fué antes que yo mi padre el síndico. Pues bueno: antes que contemplar á un honrado y estimable hombre, versado en negocios y que pide sólo justicia, atado de piés de ese modo y privado de gestionar en provecho propio y en el de los demás, quiero servirle yo mismo de fianza bajo conciencia. Pero no echéis en olvido que se trata de una caución *judicio sisti*, como dice nuestro escribano, y no *judicatum solvi*; recordad bien esto, porque establece una diferencia radical.

Dada la posición en que estaba, Owen no podía esperar que nadie garantiera el pago efectivo de las deudas, y así se lo dijo al bayle, añadiendo que no corría riesgo alguno, puesto que no dejaría de presentarse ante el juez al primer llamamiento que se le dirigiera.

— Os creo, os creo; — replicó el señor Jarvie, — y basta ya. Seréis dueño del campo desde la hora del desayuno. Y ahora sepamos lo que tienen que alegar en su defensa vuestros compañeros de habitación, ó cómo el instinto del desorden les ha permitido penetrar hasta aquí en plena noche.





CAPÍTULO XXIII.

De noche, entra en casa nuestro esposo; entra en casa y halla á un hombre, á un hombre que no debiera estar en ella. — ¿Qué significa, comadre? — dice — ¿Qué quiere ese picaro? ¿Cómo ha entrado aquí, sin licencia mía?

Canción antigua.

TOMANDO la luz de manos de la criada, el magistrado adelantóse con la linterna en la suya para practicar la inspección, á semejanza de Diógenes por las calles de Atenas, sin esperar probablemente, más que el cínico, dar con algún tesoro en el curso de sus investigaciones.

Aproximóse, por de pronto, á mi misterioso guía. Este personaje no había cambiado en lo más mínimo de actitud: sentado sobre la mesa, puestos los ojos en la pared, inmóvil y sin expresión el semblante, los brazos cruzados á guisa de descuido, á la vez que de bravata, golpeando contra uno de los sustentáculos de la mesa el compás del aire que silbaba, sostuvo el exámen del señor Jarvie con tal aplomo que, de momento, burló la memoria y la penetración del sagaz observador.

— ¿Qué veo?... ¡ Oh, oh!... ¿ Eh? — exclamó el bayle — Pero... ¡ á fe mía que es imposible!... Y no obstante... ¡ Pero no!... Vaya, vaya, ¡ no puede ser!... Si fuera... Lléveme el diablo, si no estoy seguro!... ¡ Cómo! bandido, pillo,... demonio encarnado, sólo bueno para hacer mal... ¿ vos aquí?

— Ya lo véis, bayle; — respondió el otro sin más ceremonias.

— A fe mía, que estoy asombrado. ¿ Vos, burlador de horcas, vos aquí en la cárcel de Glasgow? ¿ Habéis tenido tanto desparrajo? ¿ Sabéis bien lo que vale vuestra cabeza?

— ¡ Hum! bien pesada en balanza holandesa, puede valer tanto como un preboste, cuatro magistrados, un escribano en jefe y seis síndicos de oficios, sin contar los perceptores y...

— ¡ Basta, impudente bribón! Haced examen de conciencia y preparaos, porque bastará una sola palabra...

— Cierto, bayle, mas esa palabra vos no la diréis.

El desconocido levantóse y cruzó sus manos por detrás de la espalda con la más perfecta imperturbabilidad.

— Y ¿ por qué no la diré, señor mio? ¿ por qué? Veamos, responded algo: ¿ por qué no la diré la palabra?

— Por tres razones, buenas las tres, bayle Jarvie... La primera, porque nos conocemos de antiguo; la segunda, por contemplación á la buena mujer que he dejado cerca de su hogar en Stuckavrallachan y que ha mezclado nuestra sangre, ¡ sea dicho para vergüenza mía! pues vergüenza es tener un primo ocupado en cálculos, devanaderas y lanzaderas como simple artesano; y la última, bayle, porque la menor señal de traición que hagáis os la haré tragar antes de que salgáis del paso.

— ¡ Sois un picaro redomado, caballero! — replicó el bayle sin retroceder un paso; — os conozco, bien lo sabéis, como sabéis que no ha de intimidarme el peligro.

— Si, si, tenéis sangre noble en las venas; y sentiría verme obligado á poner mano sobre un pariente. Pero es necesario que salga libre de aquí, como he entrado, ó las paredes del calabozo no acabarán de contar en diez años las cosas buenas que van á suceder esta noche.

— ¡ Vamos, vamos!... La sangre es más espesa que el agua, y entre parientes y aliados no sienta bien el buscarse una paja en los ojos cuando otros nada han visto. ¿ Triste nueva sería para la buena mujer del valle de Stuckavrallachan el saber que vos, tuno montañés, habéis hecho una tortilla con mi cerebro, ó que os he hecho danzar yo en el extremo de una cuerda! Conventréis, no obstante, demonio incorregible, en que, si vos no fuerais vos, hubiera atrapado ya al hombre más terrible de la alta montaña.

— Lo hubierais intentado, primo: convengo en ello; pero, en cuanto á lograrlo, le hubiera faltado mucho. Nosotros, libres hijos de la montaña, somos raza ingobernable cuando se nos habla de esclavitud. Si el contacto de la tela fina desagrade á nuestras piernas, con más razon nos disgusta el de un traje de piedra maciza y el de unas ligas de hierro.

— No os faltarán algún dia semejante traje y semejantes ligas, y, lo que es más, la corbata de cañamo. Nunca, en pais civilizado, se han jugado parecidas tretas... Capaz fuerais de escamotear hasta lo que lleváis en vuestros propios bolsillos... En fin, quedáis advertido.

— Pues bien, primo: asistiréis enlutado á mi entierro.

— Lléveme el diablo, Rob, si se ven en él otros trajes negros que los de los cuervos y cornejas: os lo fio. Y á propósito; ¿ á dónde han ido á parar, amigo, las sonantes mil libras de Escocia que os tengo prestadas, y cuándo volveré á verlas?

El montañés simuló que reflexionaba un momento.

— ¿ Que adónde han ido á parar? — dijo. — Pues no lo sé á ciencia cierta. ¡ Allá donde para la nieve de antaño, tal vez!

— Es decir, ¡ á la cúspide del Schehallion, desvergonzado! No, no: pues las necesito ahora mismo.

— Podrá ser, pero yo no traigo ni nieve ni monedas en mi bolsillo. ¿ Cuándo volveréis á verlas? Cuando el rey regrese á su casa, como reza la canción.

— ¡ Hé aquí lo peor, Rob... ó, más bien, traidor y desleal; hé aquí lo peor! ¿ Quisierais traernos otra vez el papismo, el poder absoluto, y los falsarios, los incensarios, las fórmulas

sacramentales y las antiguas exorbitancias de lienzo y sobrepellices? Id en hora mala: mejor fuera ateneros á vuestras antiguas prácticas de ocultaciones, de rescates, de rapiña y de pillaje. Preferible es robar bueyes á arruinar naciones.

— ¡Está bien; basta de palabras, caballero wigh! Hace más de una semana que nos conocemos. Procuraré que nadie intervenga en vuestros mostradores cuando los muchachos con faldas bajarán á visitar las tiendas de Glasgow y á limpiarlas de sus antiguos trastos. Hasta entonces, Nicolás, haced por no verme sinó cuando gustéis, á menos que el deber os obligue á lo contrario.

— Sois un bandido en regla, Rob, y de seguro que uno de estos días se dirá que habéis sido ahorcado; mas no haré yo como el villano pájaro que ensucia su propio nido, á menos que me obligue á ello el deber: ley imperiosa que exige la obediencia de todo el mundo... ¿Quién diablo es ese fulano? — añadió volviéndose hácia mí. — ¿Algún merodeador que habéis contratado, eh? Tiene trazas de hombre de camino real y pescuezo para la horca.

Owen y yo estábamos mudos de sorpresa durante la extraña escena de reconocimiento entre aquellos parientes extraordinarios. El primero juzgó oportuno romper el silencio.

— El joven que está aquí, mi querido señor Jarvie, — dijo, — es el señor Frank Osbaldistone, hijo único del jefe de nuestra casa, que hubiera ocupado en la razón social el puesto que su primo Rashleigh ha tenido la suerte...

— Ya, ya: — interrumpió el bayle; — he oído hablar de este guapo mozo! Es el que vuestro principal, el viejo temerario, quería, de grado ó por fuerza, colocar en el comercio y que, por antipatía á tan honrado trabajo, se asoció á una compañía de cómicos ambulantes. ¡Valiente carrera, á fe mía! ¿Qué me decís ahora, caballero? ¿Será Hamlet, el danés, ó el espectro de su padre quien suministrará fianza al señor Owen?

— ¡No merezco este sarcasmo, señor, — contesté, — siquiera la intención sea laudable, y os estoy demasiado reconocido por el auxilio que habéis prestado al señor Owen para ofender-

me! El único motivo de mi presencia era el de ver hasta qué punto (muy insignificante sin duda,) podré ayudar al señor Owen á arreglar los asuntos de mi padre. En cuanto á mi aversión por el comercio, es un modo de sentir del cual soy yo el único y el mejor juez.

— Por vida mía, — dijo el montañés, — que tenia ya simpatía por este joven antes de saber lo que era: ahora le tributo honor con motivo de su desprecio á los tejedores, hiladores, gente de negocios y á toda su parentela.

— Estáis loco, Rob, — replicó el bayle, — tan loco como una liebre en marzo. Y ¿por qué una liebre anda más loca en marzo que en la época de San Martín? La respuesta es superior á mi inteligencia... ¡Los tejedores! Lléveos el diablo por la camisa que ha tejido su lanzadera. ¡Los hiladores! ¡Ah! vos sí que estáis en camino de hilar y de dividir una linda canilla!... En cuanto á ese joven barbilampiño á quien vos impulsáis á escape por la vía de la horca y del demonio, ¿creéis que sus versos y sus comedias vendrán algo más en su auxilio que vuestras imprecaciones y vuestros puñales, réprobo de marca mayor? ¿Será *Tityre, tu patula*, como dicen, quien le cuente dónde se halla Rashleigh Osbaldistone? ¿Será Macbeth, con todos sus soldados y caballeros, y con el apéndice de vuestra barba, Rob, así se vendan en almoneda ellas y sus espadas de concha, sables, tablachinas de cuero, borcagnies, *brochan* y *esporrans*, quienes le facilitarán las cinco mil libras esterlinas necesarias para pagar los billetes que vencen dentro de diez días?

— ¡Diez días! repetí.

Maquinalmente saqué de mi bolsillo el pliego cerrado que me entregara Diana Vernon, y, como había espirado ya el plazo durante el cual se me había privado el abrirlo, apresuréme á romper el sobre. Éste contenía una carta lacrada, que se escapó de mis trémulas manos. Una ligera corriente de aire, proveniente de la abertura hecha por un vidrio roto, hizo volar la carta hasta los piés del señor Jarvie, quien la recogió, leyó la dirección sin ceremonia, y, con gran sorpresa mía, la ofreció á su primo el montañés, diciendo:

— Buen viento es el que ha traído esta carta á su destino, pues podían apostarse mil contra uno á que no llegaría.

Examinada la dirección, el montañés rasgó sin cumplidos el sobre. Intenté impedirle adelantar más.

— Para que consienta yo que os enteréis del contenido, — dije, — necesario es que me probéis, caballero, que esta carta va dirigida á vos.

— Tranquilizaos, señor Osbaldistone, — respondió con mucho aplomo. — Acordaos del juez Inglewood, del escribano Jobson, de Maese Morris, y sobre todo de Roberto Campbell, vuestro muy humilde servidor, así como de la linda miss Vernon. Acordaos de todo esto, y no dudéis ya más de que la carta va dirigida á mi.

Quedé estupefacto ante mi necesidad.

Desde que nos habíamos juntado, la voz de aquel hombre y lo poco que había entrevisto de su fisonomía habían despertado en mi memoria recuerdos que me era imposible referir con exactitud á lugares y personas conocidos. El incidente de la carta despejó mi vista en un momento: aquel hombre era el mismo Campbell.

Todos los rasgos especiales del personaje reaparecieronse á la vez. Si, aquella era su voz recia y grave; aquél, su rostro severo y pronunciado; aquél, su porte reflexivo; aquéllos, sus borceguies á la escocesa; aquél, su lenguaje pintoresco y aquél su acento nacional, de que se deshacía á capricho, pero que, en momentos de emoción, recuperaban su imperio, dando energía á sus sarcasmos ó elocuencia á sus apóstrofes. De estatura algo menor que la mediana, acusaban sus músculos todo el vigor que puede aunarse á la agilidad, y, al ver la soltura y prontitud de sus movimientos, no cabía duda respecto á que poseía la última cualidad en alto grado de perfección. Bajo dos conceptos, el conjunto de su persona estaba falto de proporciones: las espaldas eran tan anchas, que daban á su busto, bastante ancho y pequeño, exagerada dimensión, en tanto que sus brazos, aunque nervudos y robustos, tenían una extensión casi deforme. Supe, luègo, que hacía cierta gala

de semejante defecto, toda vez que, no sólo le permitía, cuando vestía el traje de las montañas, el anudar, sin bajarse, sus cintillas al rededor de la pierna, si que también manejar el *claymore* (1) con más ventaja y sin que nadie lo ejecutara con tanta habilidad.



Sea de ello lo que quiera, aquel defecto de simetría le quitaba el derecho (de que, á no ser por él, hubiera podido envanecerse,) de pasar por hombre guapo, é imprimía á su aspecto algo de salvaje y de anómalo, un no sé qué de sobrenatural, que me recordaba involuntariamente los cuentos de mi nodriza referentes á los antiguos pictos, los eternos devastadores del Northumberland « raza de hombres mitad demonios, — según decía ella, — tan notables por su fuerza, astucia y ferocidad, como por lo largo de los brazos y lo ancho de las espaldas. »

Meditando acerca de las circunstancias en que nos habíamos encontrado ante el juez, quedé convencido de que la carta de miss Vernon había llegado verdaderamente á su destino. Mi guía había desempeñado importante papel entre los misteriosos

(1) Espada larga y ancha en uso ya entre los antiguos escoceses.

personajes sobre los cuales ejercía Diana una influencia secreta, ejerciendo á su vez los mismos otra no menor sobre ella. ¡ Triste cosa era el pensar que la suerte de tan amable criatura estaba ligada á la de aventureros de la especie de la de aquel hombre, y, no obstante, imposible era ponerlo en duda! Mas ¿ qué socorro podía proporcionar semejante aliado en los compromisos financieros de mi padre? Una sola explicación me parecía ofrecer cierta propabilidad. Rashleigh habia, evidentemente y á instancia de miss Vernon, hallado el medio de hacer que compareciera Campbell en momento hábil para exculparme de la acusación de Morris; por lo que, influyendo á su vez sobre Campbell, no le sería más difícil lograr que comparciera Rashleigh en el momento apetecido.

Esta suposición incitóme á preguntar al montañés dónde estaba mi pérfido primo y desde cuándo no le habia visto. Su respuesta fué evasiva.

— ¡ Ruda partida es la que la joven quiere hacerme correr! — prosiguió. — Trátase, empero, de un juego limpio, y no faltaré. Señor Osbaldistone, no vivo muy lejos de aquí, y mi primo sabe el camino. Dejad al señor Owen arreglarse como pueda en Glasgow, é id á verme á la montaña, pues es probable que podré empeñaros en mi favor y venir en auxilio de vuestro padre en su desgracia. No soy sinó un pobre hombre, pero buen sentido suple riqueza. Por lo tocante á vos, primo, si os atrevéis á arriesgaros, para comer conmigo carbonada de buey á la escocesa y un muslo de gamo, acompañad á este joven inglés hasta Drymen ó Bucklivie, aunque mejor fuera que os llegarais hasta el *clachan* (1) de Aberfoil, adonde mandaré á alguien que os espere y os guie hasta el paraje en que á la sazón me encuentre. ¿ Os parece bien? Ésta es mi mano en vida y muerte.

— No, no, Rob; — respondió el prudente ciudadano; — no gusto de alejarme de los barrios; no soy libre, y un paseo

(1) Pueblo ó villorrio.

por vuestros salvajes valles, entre vuestras sayas y vuestras piernas desnudas, no conviene á mi posición.

— ¡ Que el diablo cargue con vos y con vuestra posición! La única gota de sangre noble que acaso circula en vuestras venas, ¿ de quién procede, sinó del bisabuelo de vuestro tío, que fué ahorcado en Dumbarton? ¡ Y os atrevéis á suponer que fuera mengua el ir á verme! Escuchad bien lo que voy á deciros, primo: media entre nosotros una antigua deuda, y os la pagaré hasta el último maravedí, si queréis ser hombre conforme y daros una vuelta por allá con este inglés.

— ¡ Dejadme en paz con vuestra nobleza! Presentad, de una vez, al mercado esa sangre noble, y veréis lo que os dan por ella!... Mas, en el supuesto de que fuera á veros, ¿ me reembolsaríais allá de las mil libras, sin chistar?

— Por la parte de paraíso de aquel que duerme bajo la piedra gris de la isla de las Mujeres Viejas, (G) os lo juro.

— Basta, Rob, basta: lo pensaremos... Mas no esperéis que vaya más allá de la cresta de las montañas altas: por nada del mundo diera un paso más. Será preciso que salgáis á mi encuentro á la parte de acá de Bucklivie ó del *clachan* de Aberfoil... y, sobre todo, no olvidéis lo esencial.

— No temáis, seré leal como la buena espada que jamás faltó á su dueño. Y con esto, tiempo es ya de que campe cada uno por su respeto, primo, pues los aires de la cárcel de Glasgow no son muy sanos, que digamos, para el temperamento de un montañés.

— Si, si, y, á cumplir yo mi deber, no cambiaríais de atmósfera, como dice el sacerdote, y fuera cosa hecha en un santiamén. ¡ Dios eterno! ¡ Cómplice yo de una evasión! ¡ Yo sacando á uno de manos de la justicia! ¡ Vergüenza será para mí y para los míos, vergüenza eterna y mancha para la memoria de mi padre!

— ¡ Ea, primo! ¿ qué mosca os pica? Cuando la balsa está seca, se la limpia. Vuestro honrado padre sabía, como otro cualquiera, cerrar los ojos para no ver la falta de un amigo.

— Puede que tengáis razón; — contestó el bayle, después de

reflexionar un instante. — Era hombre de buen sentido, el síndico, y dispuesto siempre para los amigos, sabiendo que cada cual tiene sus defectos. ¿Conque no le habéis olvidado, Rob?

Esta pregunta fué formulada con tierna voz y en un tono que infundía por igual risa y emoción.

— ¡Olvidarlo! — dijo el montañés. — ¿Y por qué había de olvidar á tan guapo y buen tejedor como era él, que me hizo el primer par de medias? Pero, vamos, primo, — añadió cantando

*¡Llenad ya mi botella: venga el criado;
Que se tenga el caballo preparado,
Y abrid la puerta luego... ¡Sitio hermoso,
Dundee, pero dejarlo es ya forzoso!*

— ¡Silencio, caballero! — dijo el magistrado, con ínfulas de autoridad. — ¡Reír y cantar cuando apenas ha transcurrido el domingo! Cuidad de no entonar aquí, segunda vez, otra antigua canción. Cada prójimo dará un día cuenta de sus errores. Stanchells, abrid la puerta!

El capitán obedeció y salimos todos, no sin que viera él con sorpresa á los dos hombres extraños en aquel lugar, y se preguntara, sin duda, por qué medio habían sido dispensados de su autorización para penetrar en sus dominios. El señor Jarvie puso coto al deseo que sentía aquél de entrar en averiguaciones, diciéndole:

— Son amigos míos, Stanchells; amigos míos.

En el vestibulo de la entrada llamóse repetidas veces á Dougal, quien, no sin motivo, se guardó mucho de contestar.

— Por lo que conozco á Dougal, — expuso Campbell con burlona sonrisa, — sé que es un muchacho nada dispuesto á esperar las gracias por su servicio de esta noche, y es probable que haya emprendido el vuelo hácia el lado de las montañas.

Esta explicación turbó de un modo singular al bayle.

— ¡Y nos planta aquí, — exclamó colérico, — á mí en especial, bajo llave, dentro de la cárcel y por toda la noche!

¡Presto: martillos, alicates, tenazas! Id por Yettlin, el síndico de los cerrajeros, y decidle que el bayle Jarvie ha sido encarcelado por un pícaro montañés á quien haré ahorcar tan alto como Haman...

— Cuando lo atrapéis, — concluyó gravemente Campbell. — ¡Pero un instante!... No es posible que la puerta esté cerrada.

En efecto: observando de más cerca, notóse que la puerta había quedado sin cerrar, y hasta que Dougal, al huir, había llevado consigo las llaves para que nadie pudiera, en un momento de confusión, hacer mal uso de su empleo.

— El pobre diablo tiene ráfagas de buen sentido, — añadió Campbell. — Sabía que una puerta abierta podía serme útil en caso dado.

Estábamos ya en la calle.

— Según mi humilde entender, Rob, — dijo el magistrado, — ó cambiáis de vida, ó deberéis, á todo evento, colocar uno de vuestros hombres como portero en cada cárcel de Escocia.

— Un pariente bayle en cada población daría lo mismo, primo Nick. Vaya, buenas noches; ó, por mejor decir, buenos días, y ¡no olvidéis lo del camino de Aberfoil!

Sin aguardar respuesta, pasó al otro lado de la calle y perdióse luego en la oscuridad. En el mismo instante resonó un silbido modulado con precaución y de una manera particular, al cual otro hizo eco enseguida.

— ¿Oís á esos demonios de la montaña? — me preguntó el señor Jarvie. — Se creen ya en los despeñaderos de Ben-Lomond, donde pueden aullar y silbar á su antojo, sin preocuparse porque sea sábado ó domingo.

Le interrumpió el ruido de un cuerpo pesado, que cayó á algunos pasos de nosotros.

— ¡Dios nos asista! — añadió. — ¿Más aun? Mattie, acerca la linterna... Á fe mía, que parece el manajo de las llaves... Vamos, mejor es así!... Hubiera costado dinero á la población y un enjambre de cuestiones... « ¡Cómo! ¿Perdidias las llaves? Y ¿cómo ha sido? » — ¡Ah! qué famosa historia! Si llega algo de lo sucedido á oídos del bayle Grahame, me pondrá como chupa de dómine.

Como quiera que no nos habíamos alejado mucho de la cárcel, volvimos á ésta para devolver las llaves al capitán Stan-chells, quien, en la imposibilidad de desempeñar su empleo al pié de la letra, estaba de centinela en el vestibulo esperando á uno de sus subordinados que habia mandado buscar para reemplazo del fugitivo.

El honrado Jarvie, tranquilizada su conciencia de magistrado, emprendió de nuevo el camino, y, como quiera que andaba yo á su lado, le acompañé, prestándonos mútuo socorro, él á mí con su linterna, y yo á él con mi brazo, á través de un dédalo de calles negras, irregulares y mal empedradas. Los hombres provecos déjanse conquistar fácilmente por las atenciones de los jóvenes. El bayle se ablandó con las mias, y dijo:

— Ya que no pertenecéis á esa raza de farsantes y de cómicos ambulantes que tanto horror me inspira, me haréis un obsequio yendo esta mañana á comer conmigo alguna rebanada de abadejo en salmonetes y un arenque fresco. Os encontraréis con vuestro amigo Owen, que ya estará libre.

— Señor mio, — contesté después de aceptar su invitación dándole gracias — ¿quién ha podido haceros creer que andaba yo mezclado en asuntos de teatro?

— Ni por asomo lo sabia, cuando anoche un estúpido badulaque, llamado Bonservice, fué á pedirme que os hiciera pregonar, al amanecer, en toda la villa como un objeto perdido, explicándome quién erais y que vuestro padre os habia arrojado de su casa porque, en vez de entrar en el comercio, preferiais, para vergüenza de la familia, echaros á comediante. Un tal Hammorgaw, nuestro gran sochantre, me lo habia presentado como conocido antiguo. He despedido á ambos mandándolos muy en hora mala por haberme hecho tan necia visita en domingo y por la noche. Ahora veo claro: el imbécil se ha desquitado, á costas vuestras... Me gustais, joven, — prosiguió.

— Quiero mucho á los chicos que no abandonan á sus amigos en la adversidad. Así he procedido siempre, á ejemplo de mi padre el síndico, ¡cuya alma Dios tenga en gloria! Empero, creedme, evitad el trato con los montañeses y villanas bestias

de su ralea: la pez deja rastro en los dedos: tenedlo presente. El más listo falta alguna vez: aquí me tenéis á mí, caballero. ¿Cuántas veces habré faltado? Una, ... dos, ... tres; sí, esta noche he hecho tres cosas que no creyera mi padre aunque las viera.

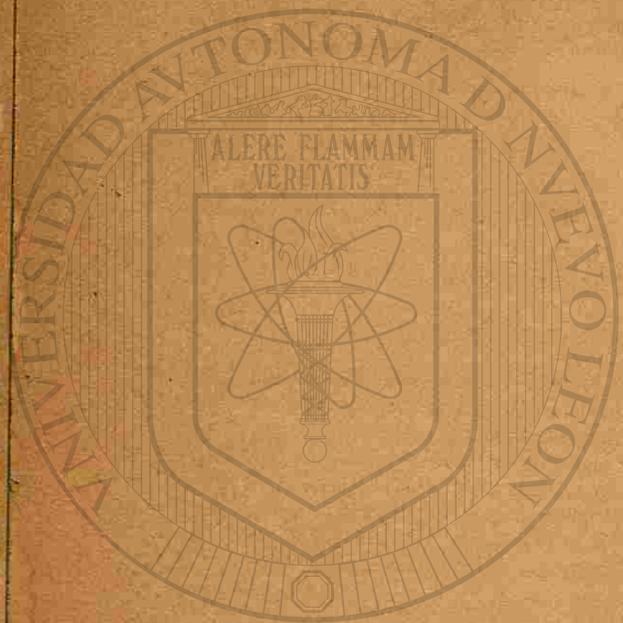
Habíamos llegado á la puerta de su casa. Detúvose nuevamente en el dintel y prosiguió con el solemne acento de una profunda contrición:

— Primeramente, he pensado en mis negocios temporales en dia fasto; en segundo término he prestado fianza á un inglés, y en tercero y último lugar, ¡mísero de mí! he consentido en que un malhechor se escapara. En fin, para todo pecado ¡misericordia! Mattie, volveré á ser quien era. ¡Acompaña al caballero á casa de la viuda Flyter, al extremo del callejón.

Y añadió luego, hablándome al oído:

— Joven, sed considerado con Mattie: es hija de un hombre de bien y primita del *laird* de Limmerfield.





NOTAS. (1)

A. PÁGINA 21 — *Príncipe Negro.*

En la composición que menciona dicho personaje, el autor ha padecido un error singular.

Por efecto, sin duda, de una licencia poética, coloca en Burdeos la muerte del héroe inglés, siendo así que la historia, tan conocida por él, nos refiere que acaeció en Londres.

Las fatigas y contrariedades de su expedición á España habían quebrantado su salud, y, en consecuencia, vióse obligado á resignar el mando de la Guyana y á reembarcarse para Inglaterra, donde falleció cinco años más tarde, (el 8 de junio de 1576): época en que los ingleses no poseían ya ni un pedazo de tierra francesa.

B. PÁG. 25 — *Papistas y jacobitas.*

Estas denominaciones (apelativos desdeñosos, tan frecuentes en el lenguaje de los partidos,) aplicanse la primera á los católicos romanos y la segunda á los partidarios del rey Jaime II y de sus descendientes.

Apellidóse, asimismo, *hannoverianos* á los que sostuvieron los derechos á la Corona, de la casa de Hannover. Muerta la reina Ana (1.º de Agosto de 1714) el Elector de Hannover, segundón de la familia de Jaime I de Inglaterra, fué llamado al trono en virtud de un acto del Parlamento que limitaba el derecho de sucesión á los príncipes de la línea protestante. Sin semejante precaución, la Corona revertiera, de derecho, á la línea católica, representada por Eduardo, hijo de Jaime II, destronado por la revolución de 1688.

El nuevo monarca tomó el nombre de Jorge I.

(1) Las continuadas al pie de las páginas son debidas al autor de la presente versión castellana. Las de esta sección especial están entresacadas de M. P. Louisy.

C. PÁG. 93 — *Desmontado como papista ó jacobita.*

En los momentos de alarma, á principios del siglo XVIII, eran detenidos, con frecuencia, los caballos de los católicos, por suponerseles prontos á insurreccionarse siempre.

D. PÁG. 130 — *La Abadesa de Wilton.*

La célebre Abadía de Wilton, situada en las cercanías de Salisbury, fué donada por Enrique VIII á uno de sus favoritos, Enrique conde de Pembroke, cuando la supresión de los órdenes monásticos.

Al advenimiento de la católica María Tudor (1554), dicho cortesano juzgó hábil el restablecer las monjas en sus asilos, nó sin protestas de arrepentimiento y genuflexiones ante aquellas á quienes él propio había expulsado.

Cuatro años más tarde, Isabel aniquiló la obra de su hermana, persiguiendo á los católicos, y Pembroke, atemperándose al ejemplo de su soberana, arrojó, por segunda vez, á las religiosas de sus conventos, sin que las protestas de la Abadesa consiguieran de él otra respuesta que las siguientes palabras: « ¡ A hilar, bribona, á hilar ! »

E. PÁG. 172 — *Los nabos de Holanda y los ratones de Hannover.*

Estas expresiones figuradas servían, entre los partidarios de los Estuardos, para designar á sus adversarios políticos, mediante una doble alusión á Guillermo III, que había sido *stathouder* (jefe de la antigua República de Holanda,) antes de destronar á Jaime II, y á Jorge I, antiguo Elector de Hannover.

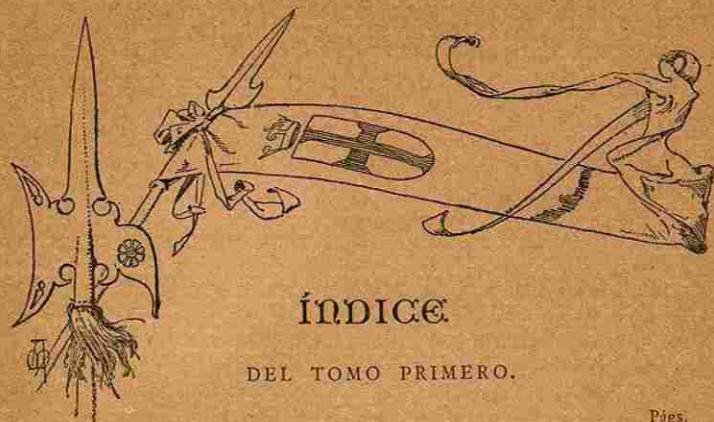
F. PÁG. 286 — *Veréis si ella tiene miedo.*

Dougal se expresa en tercera persona y emplea el femenino, en vez del masculino. Seméjante modo de hablar es propio de las gentes de la alta montaña de Escocia, las cuales sobrentienden, en tales locuciones, la palabra *criatura*.

G. PÁG. 309 — *La isla de las Mujeres Viejas.*

Entre las islas que, en número de unas treinta, se hallan exparramadas por el lago Lommond, hay una en que tenia sepultura la *clan* de Mac-Gregor, viéndose aún las tumbas de la misma.

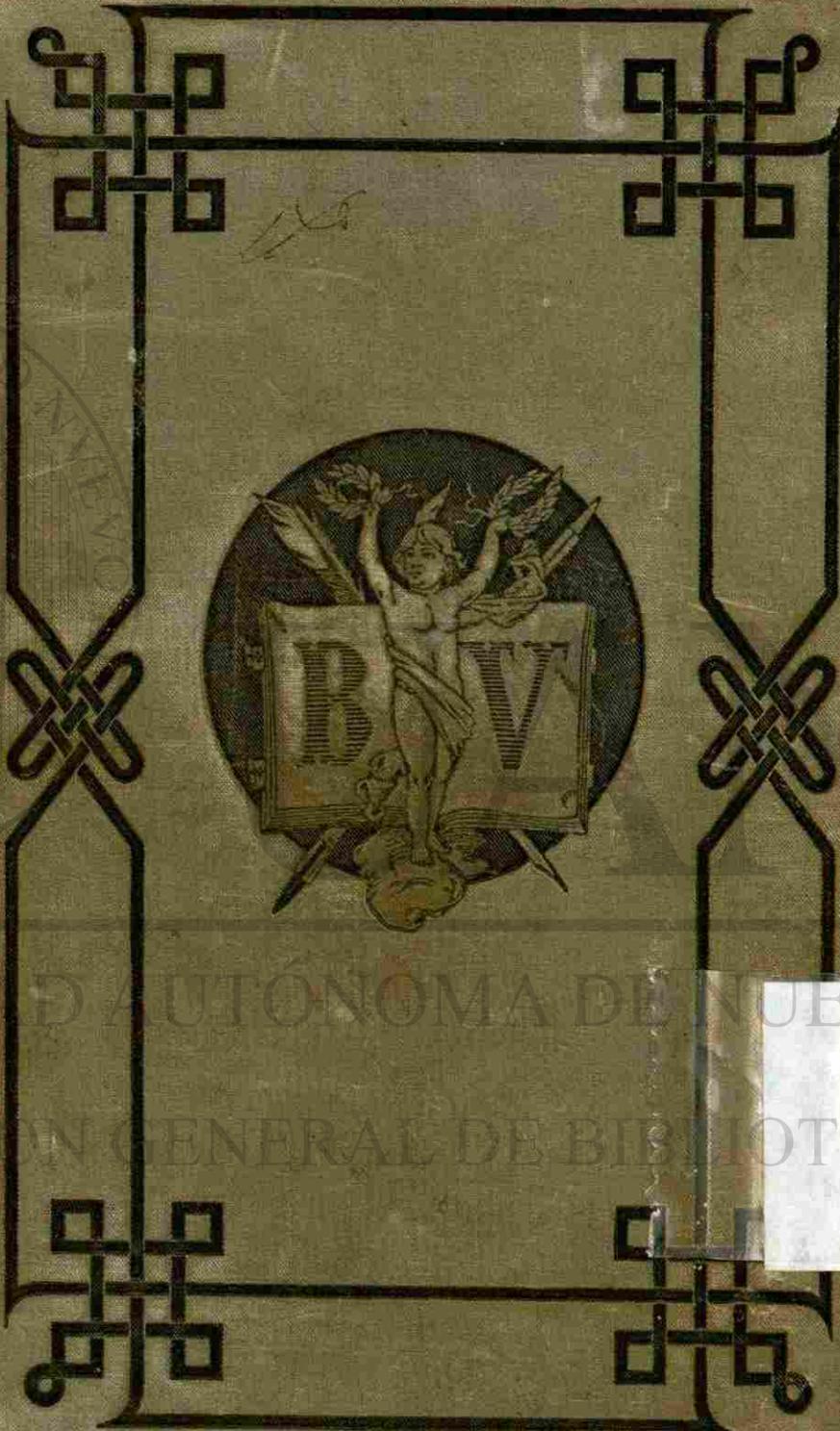
Establecióse en ella cierto convento de mujeres, durante la Edad Media, y de ello ha tomado su nombre característico de *Isla de las Mujeres Viejas* (*Inch Cailleach*.)



ÍNDICE.

DEL TOMO PRIMERO.

	Págs.
AL QUE LEYERE.	1
CAPÍTULO I.	1
" II.	13
" III.	31
" IV.	41
" V.	53
" VI.	69
" VII.	85
" VIII.	99
" IX.	117
" X.	135
" XI.	151
" XII.	163
" XIII.	175
" XIV.	191
" XV.	207
" XVI.	215
" XVII.	223
" XVIII.	237
" XIX.	251
" XX.	261
" XXI.	273
" XXII.	285
" XXIII.	301
NOTAS.	315



Handwritten mark or signature.

BIBLIOTECA AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

